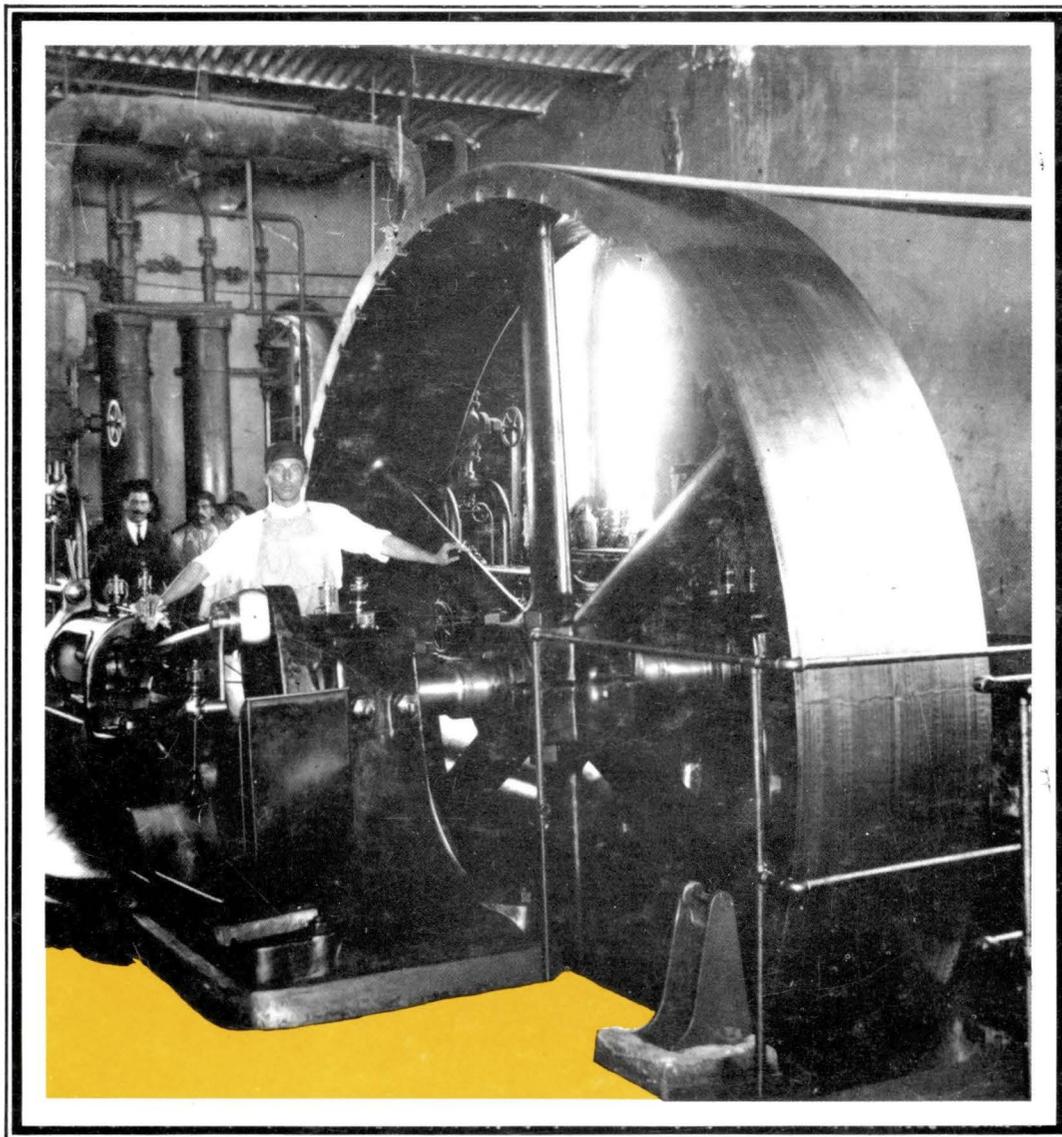


# HISTORIAS 7



**El movimiento obrero en los veinte: de la acción espontánea a la concertada**  
arena **Disciplina e indisciplina** □ Bernardo García **Acción**  
**er obrero** □ Lief Adleson **Estibadores y petroleros** □ Paco  
II **El breve matrimonio rojo: la CGT** □ Ingrid Ebergenyi **El**  
**errocarrileros** □ Gerardo Necochea **Mujer, trabajo y familia**  
gomery **Control obrero y producción** □ Entrevista con David



**INAH**

Instituto Nacional  
de Antropología  
e Historia

---

## publicaciones

---

Serie: **CUADERNOS DE TRABAJO**

DIRECCION DE ESTUDIOS HISTORICOS

- ▷ **Nación, Estado e ideología en las formaciones precapitalistas (Ponencias)**, No. 41, 1984  
Enrique Montalvo, Coordinador
- ▷ **Crónica de la literatura reciente en México (1950-1980)**, No. 42, 1984  
José Joaquín Blanco
- ▷ **La producción cigarrera a finales de la Colonia. La Fábrica en México**, No. 44, 1984  
María Amparo Ros
- ▷ **Hacia la ciudad del capital: México 1790-1870**, No. 46, 1985  
Adriana López Monjardín

---

DIRECCION DE ESTUDIOS HISTORICOS  
ANEXO CATILLO DE CHAPULTEPEC  
TEL.: 553-63-57

DIRECCION GENERAL DEL INSTITUTO NACIONAL  
DE ANTROPOLOGIA E HISTORIA:  
Enrique Florescano

DIRECCION DE ESTUDIOS HISTORICOS  
Ma. Teresa Franco

DIRECCION:  
Carlos Aguirre, Marco Gellingeri, Enrique Montalvo

CONSEJO DE REDACCION:  
Ingrid Ebergenyi, Rodrigo Martínez, Carlos San Juan, Ilán Semo, Antonio Saborit.

CONSEJO EDITORIAL:  
Clara García, Inés Herrera, Sonia Lombardo, Elsa Malvido,  
Sergio Ortega, José Emilio Pacheco,  
Salvador Rueda, Roberto Sandoval.

CONSEJO DE ASESORES:  
José Aricó, Marcello Carmagnani, Juan Carlos Garavaglia,  
Semo, Paco Ignacio Taibo II, Augusto Urteaga.

CORRESPONDENCIA: HISTORIA Apartado Postal 5-119  
México, D.F. CP 11850 Tel: 553 80 52

Impresa en Imprenta de Juan Pablos, S.A.

Diseño: Martha León

# HISTORIAS 7

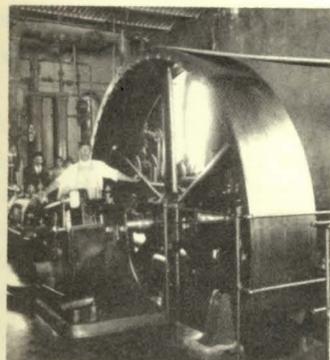
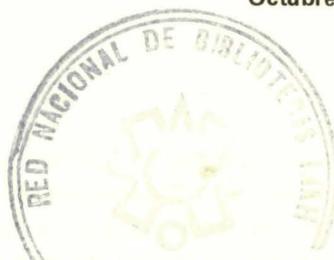


REVISTA DE LA DIRECCION DE ESTUDIOS HISTORICOS DEL INSTITUTO NACIONAL DE ANTROPOLOGIA E HISTORIA

México, D.F.

Octubre-Diciembre 1984

## INDICE



- MARIO CAMARENA  
Disciplina e indisciplina: los obreros textiles del valle de México en los años veinte 3
- BERNARDO GARCIA DIAZ  
Acción directa y poder obrero en la CROM de Orizaba (1918-1922) 15
- LIEF ADLESON  
Identidad comunitaria y transformación social: estibadores y petroleros en Tampico (1900-1925) 29
- PACO IGNACIO TAIBO II  
El breve matrimonio rojo: comunistas y anarcosindicalistas en la CGT en 1921 45
- INGRID EBERGENYI  
El surgimiento del sindicato de trabajadores ferrocarrileros en México 73
- GERARDO NECOECHEA  
Cinco autorretratos y un ensayo: mujer, trabajo y familia en Río Blanco (1890-1950) 85
- DAVID MONTGOMERY  
El control obrero de la producción de máquinas en los Estados Unidos (siglo XIX) 101
- MARK NAISON, PAUL BUHLE  
Entrevista con David Montgomery 123
- MARIO CAMARENA, GERARDO NECOECHEA  
Bibliografía básica para el estudio del movimiento obrero (1918-1930) 135



---

# Disciplina e indisciplina: los obreros textiles del valle de México en los años veinte

Mario Camarena

Los años veinte fueron escenario de un movimiento obrero textil sin precedentes dentro de la rama en el Distrito Federal.<sup>1</sup> Este sector conocido por su combatividad en los conflictos sucedidos en 1907 en Veracruz,<sup>2</sup> de 1909 en Puebla y durante toda la Revolución Mexicana,<sup>4</sup> continuó sus luchas en los años posteriores a ésta, manteniendo un nivel constante de agitación durante ellos. Entre 1920 y 1929 se produjeron más de un centenar de huelgas en el conjunto del Valle de México.<sup>5</sup> El descontento obrero acarreo en varias ocasiones enfrentamientos directos con las fuerzas públicas, que iban acompañados por brotes de resistencia, tanto en el nivel local como regional, los cuales estaban apoyados en las organizaciones sindicales.

La literatura existente sobre el movimiento obrero textil nos deja entrever su huella, debido a las constantes huelgas que pusieron en jaque a los industriales y al mismo tiempo al estado. Las presiones de los trabajadores textiles obligaron a los empresarios a negociar y a los gobernantes a reconocerlos como una fuerza social importante. Durante el breve régimen de Madero se formó un Departamento de Trabajo a través del cual se pretendió darle solución a los problemas de los trabajadores, lo que significó de paso un reconocimiento al movimiento obrero. Fue la primera vez que se negoció con los empresarios y los asalariados la creación de un salario mínimo, así como la duración de la jornada de trabajo. Junto a este convenio se procuró inaugurar la política de “conciliación y arbitraje” como una forma de

resolver los conflictos obrero-patronales, pero ésta no pudo implantarse sino hasta 1925 con otra correlación de fuerzas totalmente distinta, a través de la llamada “Convención de 1925”. En estas reuniones se institucionalizó la participación del estado como mediador en los conflictos obreros.

La literatura que ha venido desarrollándose hace tiempo se ha dividido en diversas vertientes. Una de ellas, es la perspectiva que se ha orientado hacia el análisis estadístico, económico y sociológico de la situación de los movimientos proletarios, haciendo énfasis en que las causas de esos movimientos se debieron a la precaria situación económica por la que atravesaban los trabajadores.<sup>6</sup> Visto así el movimiento se reduce a destacar el número de huelgas y de obreros que participaron en ellas y el costo económico de las mismas.

Otra perspectiva es aquella donde el investigador escoge un año o una región con el objeto de poder destacar la especificidad de la clase, de esta manera, se subraya su combatividad a través de sus huelgas, motines, etc., y por ello, hace hincapié en las victorias o derrotas obtenidas; a modo de ejemplo: la huelga de Río Blanco de 1907, el motín de San Angel de 1923, las huelgas de la Magdalena en 1925 en el Valle de México.<sup>7</sup> Así, la historia del movimiento obrero textil se inscribe dentro de la historia de los acontecimientos o hechos heroicos. Las fechas de las huelgas y de las insurrecciones reemplazan a las grandes batallas, los nombres de los líderes a los militares heroicos, reyes y generales. A veces el acento se coloca en la actividad de las masas, lo cual es más

satisfactorio, pero apenas se logra diferenciar de la perspectiva cuantitativa, ya que los movimientos de los trabajadores aparecen en un determinado momento buscando mejoras salariales, mejoras en las condiciones de trabajo, etc. Es decir, que el movimiento es visto en una forma coyuntural que surge sólo en peculiares condiciones de "inestabilidad de la estructura económica".

En ambas perspectivas de análisis se pierde de vista que la lucha de los trabajadores es una lucha permanente y continua, que se genera en el interior del recinto fabril. Es un sujeto en constitución envuelto en su medio histórico. No existe un modelo de lo que es la clase obrera por ser tal, es decir, no existe su esencia histórica. Por ello existe un movimiento que se expresa cotidianamente en las fábricas, barrios, regiones y épocas determinadas y, finalmente, se circunscribe a una nación y a una coyuntura.

En este artículo exploro varias facetas de los continuos enfrentamientos entre los trabajadores y las compañías de hilados y tejidos del Valle de México durante la década de 1920. Analizo sólo un aspecto de los conflictos: el fabril, donde se expresa el movimiento en una forma estructural y permanente; en esta ocasión dejaré a un lado el análisis coyuntural. Parto del supuesto de que los hilanderos fueron creando una identidad como clase mediante su oposición a la estructura de dominación que imponían los empresarios. Esta lucha era permanente, se generaba en las entrañas de las fábricas. Era la respuesta cotidiana de los trabajadores al sistema fabril; que era vista como indisciplina por los empresarios.

Esta forma de respuesta obrera se encontraba matizada por las características de la rama textil del Valle de México para aquella época, la naturaleza de estas relaciones sociales era típica de la explotación capitalista. Entre los empresarios que empleaban a la fuerza de trabajo y los hombres que directa e indirectamente dependían de la venta de la misma se estableció una relación capitalista incipiente, ya que la mano de obra esta-

ba todavía entrelazada con relaciones de tipo campesino y artesanal pues conservaban sus medios de trabajo: la tierra y el telar.

La industria textil se caracterizaba por su forma de explotación, basada en la intensificación del trabajo a través del alargamiento de la jornada de trabajo y la reducción de sus salarios. Esto se constata por el porcentaje del costo de la fuerza de trabajo en los costos de producción totales, aproximadamente un 50 por ciento del total de ellos. Así las ganancias estaban en función del abaratamiento del costo de la fuerza de trabajo y su rendimiento.<sup>8</sup> Esta peculiaridad de la rama influyó en la naturaleza de los obreros, en sus formas de control y en las formas de lucha y violencia que caracterizaron a las relaciones industriales de los años veinte.

#### *Características de la fuerza de trabajo*

El proletariado textil del Distrito Federal en los años veinte estaba integrado por campesinos, artesanos y obreros ambulantes. Constantemente iban de una a otra fábrica en busca de un mejor salario, eran ambiciosos, pero sólo en la medida en que la necesidad se los imponía. En la mayoría de los casos se trataba de campesinos que habían tenido que romper (al principio, temporalmente) con sus tradiciones, con la tierra, pero que al mismo tiempo estaban dispuestos a cambiar el arado por los talleres. Sin embargo, no debe pensarse, que estos obreros textiles tenían prisa en adaptarse al sistema fabril. La conservación de cierta forma de vida tradicional, en contraposición al nuevo ritmo de vida que las fábricas imponían a sus obreros, era el origen de los primeros conflictos laborales que enfrentaron estos nuevos hilanderos. La manifestación más notable fue la indisciplina, que en esta fase aparece como un modo primario de enfrentamiento y el primer paso para el fortalecimiento de una organización. Dentro de este proletariado textil debemos incluir a aquellos obreros cuyos padres también

habían sido hilanderos y tejedores. La segunda generación de obreros —por el hecho de vivir una experiencia diferente a la de sus antecesores— tuvo una relación más estable con el medio industrial; la estabilidad laboral se vio acompañada por su arraigo en los pueblos localizados alrededor de las fábricas. Por lo regular, estos trabajadores eran menos indisciplinados, y tendían menos a las reacciones espontáneas, en cambio eran más metódicos y estaban mejor adaptados a la industria. El cambio provocó transformaciones en el sistema de valores de la clase que contribuyeron a la formación de una cultura obrera.<sup>9</sup>

Las fábricas textiles instaladas en el Valle de México se nutrieron de la migración campesina proveniente de las zonas periféricas y de los estados aledaños a la capital. Pese a las diferencias de origen y costumbres, había entre estos inmigrantes cuatro rasgos comunes: su origen campesino, su insatisfacción ante el bajo rendimiento de la tierra o las recompensas humildes por el trabajo de ella, la necesidad de percibir un salario para enfrentar el empobrecimiento de sus economías y, finalmente, un vínculo muy fuerte con la tierra. Especialmente en el México central, el sector agrícola tradicio-



Obreros durante el proceso de preparación de tintes en las fábricas textiles. (Fototeca INAH).

nal sobrevive junto a la industria textil, y nos encontramos más frecuentemente con “campesinos-obreros” que con obreros en sentido estricto. Por lo regular el campesino se quedaba en su pueblo, trabajando la tierra, y algún familiar se iba a la fábrica del lugar a trabajar.<sup>10</sup> Hay que recordar que las factorías textiles se ubicaban en las cercanías de los ríos con el fin de satisfacer sus necesidades energéticas, es decir, en áreas rurales o semirurales; de esta forma los trabajadores podían conservar sus vínculos con el pueblo.

Aparte del factor económico, los motivos de la emigración respondían a decisiones individuales como el hecho que algunos parientes o amigos estuvieran instalados en alguna fábrica o que tuviesen que huir de su lugar de origen por tener problemas con la ley e incluso por el simple placer de la aventura. Pero aunque eran decisiones individuales estaban fuertemente condicionados por la crítica situación estructural que vivía el país después de diez años de guerra civil.

Este flujo migratorio, lejos de ser un conjunto homogéneo, estaba integrado por hombres y mujeres de los más variados oficios. Además de campesinos había artesanos de telares manuales, antiguos obreros de otras factorías y hasta los que trabajaban la mitad de su tiempo en una fábrica y la otra en el campo o en otro lugar.<sup>11</sup> La constante en este flujo migratorio era la población rural. Los desplazamientos no iban de un punto a otro; se trataba, mejor dicho, de una emigración por fases, donde el trabajo en una fábrica textil podía ser el destino final del viaje como una fase transitoria. Para muchos la presencia de paisanos o parientes en un lugar determinó el final de su travesía. Se formaron rutas de emigración específicas a los centros fabriles. En el Valle de México, cerca del 90 por ciento de los trabajadores debieron su ingreso a las fábricas por los lazos de parentesco. A su vez, el proceso de migración reforzó estos nexos, surgiendo entre los grupos de trabajado-

res una fuerte solidaridad.<sup>12</sup>

La incorporación del individuo al trabajo fabril implicó importantes cambios en sus relaciones con el mundo laboral y social. Por un lado, el campesino cambió el azadón por el telar, el artesano trocó sus herramientas y su conocimiento por la máquina y el trabajo sin calificación. Ambos perdían una independencia relativa al ingresar a la fábrica; ahora otros determinaban sus ritmos de trabajo y su relación con lo que producían. La necesidad les obligó a incorporarse a este nuevo ámbito laboral, pero no a aceptarlo. Y aunque al final se verían ellos mismos transformados, ese cambio fue el producto de su integración como de su resistencia. Por medio de la reafirmación de sus lazos de parentesco lograron adaptarse al nuevo ámbito y mantener sus ideas y costumbres; resistieron la hostilidad del trabajo fabril y se opusieron a sus formas opresivas. En este caso la solidaridad fue otro medio de supervivencia. Este fue el inicio de su formación como clase obrera y tuvo lugar en el choque entre su concepción del mundo campesino y la concepción capitalista textil.

#### *Disciplina: no mermarás la utilidad de tu prójimo*

Los patrones de la rama textil querían un incremento constante de sus ganancias. Para ello crearon todo un sistema de control —es decir, disciplinario— hacia sus trabajadores con el fin de que fueran más productivos. Esta reglamentación se contradecía con determinados hábitos y costumbres de los campesinos y artesanos habilitados como obreros en la rama textil.

Los trabajadores que ingresaron a las diferentes fábricas del Valle de México quedaron sujetos a este sistema de control y disciplina, al que considero como una mezcla del sistema tradicional hacendario y el de sanciones que disponían los industriales. Las multas, castigos y despidos tenían como único objetivo hacer del

obrero un ente disciplinado, metódico, reservado, menos violento, nada espontáneo, en pocas palabras, más trabajador. Aunque esta disciplina era rígida y autoritaria, los patrones la templaban por lo regular por medio de lazos muy estrechos con sus obreros; lazos que tenían su base en relaciones de compadrazgo; los empresarios, por ejemplo, bautizaban a los hijos de sus obreros, regalaban algunos cortes de tela; lo que en algunos casos redundaba en agradecimiento y estimación y, más importante, mantenía la buena marcha productiva de la fábrica.

Para garantizar una producción continua (que era vista en términos monetarios), los empresarios determinaban lo que debía ser la jornada de trabajo. Por lo regular comenzaba a las seis de la mañana, salían a desayunar a las ocho y media para regresar a las nueve de la mañana, y volvían a las dos de la tarde, para salir definitivamente a las ocho de la noche. No faltaban las “veladas”, aparentemente voluntarias, para reponer el tiempo perdido cuando la semana había sido “quebrada”, es decir, cuando había habido alguna fiesta nacional, religiosa o sindical. En esta forma, con una jornada semanal de 72 horas, y en ocasiones hasta de 80, la mayor parte de la vida activa del obrero transcurría entre las paredes de la fábrica.

Para mantener esta rutina era indispensable imponer una disciplina rígida en todas las factorías. Se expulsaba a todo aquel que atentaba contra la producción y el poder industrial, a cualquier persona reacia al sistema fabril. Estaba prohibido leer, fumar y tomar bebidas embriagantes en la fábrica y los que incurrieran en tales faltas eran multados; también se castigaba a los que no ponían atención a sus máquinas o dedicaban parte de su jornada a otras actividades; cualquier acto que “distrajera” de sus labores a los trabajadores, como jugar cartas, dormir, hacer tejido a mano (chambritas), cantar, silbar, pelear o ir al baño, era considerado como “holgazanería”, y objeto de sanciones. Los capataces eran los encargados de aplicar los

castigos y, de vigilar el trabajo en los salones, para ello utilizaban las amonestaciones, la agresión verbal o física según el caso; esta función estaba apoyada en el reglamento interno.<sup>13</sup>

Sin embargo, el propietario de una fábrica no limitaba el ejercicio de su poder a lo que sucedía en el interior de su empresa, sino que fuera de ésta tenía influencia indirecta sobre sus trabajadores, extendiendo por ello las redes de su dominio. Así les proporcionaba una vivienda que no tenía más de 10 metros cuadrados (2.5 x 4 mts.), que carecía de ventanas y agua, y estaban por lo regular ubicadas dentro de la factoría o en los alrededores de ésta. En las casas se les tenía prohibido a los obreros recibir visitas y tener la luz encendida después de las diez de la noche. La empresa enviaba regularmente vigilantes a las horas más inesperadas para cerciorarse del cumplimiento de las reglas internas que regían a las viviendas. Respecto a los servicios religiosos, los industriales textiles contaban con una iglesia o la patrocinaban; el control e información que de los curas recibían por medio de la participación en los eventos religiosos y de la confesión era otra manera de mantener a los trabajadores dentro de ciertos límites. La red de control de los empresarios logró extenderse hasta los ayuntamientos, por lo que pudieron imponer sus criterios sobre la asistencia de sus obreros a las cantinas y prostíbulos. Los hilanderos, por ejemplo, no podían permanecer más allá de las diez de la noche en los burdeles y no más de cuatro horas continuas.

Los patrones eran una especie de guardianes espirituales; incluso llegaban a oponerse a que ingresaran a la comunidad o cerca de ésta cualquier persona ajena a los intereses de la fábrica. La moral impuesta por los industriales permeaba hasta el último rincón de la vida obrera. Y, por supuesto, cuando los obreros se manifestaban era para oponerse en todos los niveles —fabril, familiar, religioso, cotidiano— contra ese poder de los empresarios que se erigía como omnipresente y todopoderoso.

La oposición entre sistema fabril y sistema agrícola natural dificultaba la incorporación y aceptación plena de la explotación empresarial. Acostumbrados al ritmo natural de sus labores agrícolas y a su dominio sobre su proceso de trabajo, a los operarios les resultaba demasiado molesto cambiar sus hábitos, les resultaba insoportable verse encerrados en un lugar frío y oscuro, repitiendo siempre la misma tarea y sin posibilidades de controlar ellos mismos los productos finales. Incluso los empresarios pretendieron erradicar el uso de jorongos y sombreros durante la jornada laboral. El carácter del trabajo fabril a base de tareas parceladas, repetitivas y mecánicas contribuyó a la parcelarización del obrero. Las formas de trabajo de los hilanderos y tejedores se parecían todas un poco, y compartían la misma monotonía, uniformidad, laxitud psicológica y el mismo desgaste físico. El enorme catálogo de las diferentes multas impuestas a los trabajadores no sólo muestra el intento por imponer cierta disciplina, sino también la oposición a ésta; una rebeldía encaminada hacia la creación de una vida menos monótona y menos agotadora que la vida que se llevaba en las fábricas.

Las actividades parceladas de los obreros hacían de éstos parte necesaria de un todo. El trabajo funcionaba como una cadena con diferentes tareas individuales engarzadas, por lo que la lentitud o la interrupción de algunas de éstas tenía como consecuencia el rezago del trabajo de los demás. Las ligas de hermandad que los trabajadores conservaron —como los lazos de parentesco y otros— permitieron la creación de un modo colectivo de trabajo. La ubicación del obrero en el proceso productivo creó una resistencia específica; sin embargo, su organización rebasaba el estricto ámbito fabril. La resistencia y la forma de rebeldía obrera estaba impregnada de tradiciones campesinas. La principal fue la defensa de los derechos que consideraban naturales, como el derecho a pausas entre la duración de la jornada y el tener

el control sobre la actividad productiva misma. De este modo, la interrelación de lo tradicional con lo fabril creó una cultura obrera opuesta a la forma de explotación y coerción del sistema capitalista. La lucha cotidiana encontró su raíz en la situación peculiar de los trabajadores y de la rama textil.

#### *La indisciplina: a la fábrica no voy*

En la década de los veinte, las fábricas del Valle de México fueron un centro de rebelión política. El Valle de México, desde los primeros años del siglo XX, se había convertido en una zona fabril importante, en ella se concentró algo más del 40% del total de las fábricas textiles. En 1922, de las ciento cuarenta huelgas que realizaron los textiles,<sup>14</sup> setenta y una tuvieron lugar en el Distrito Federal. Símbolo de energía social que deterioraba el curso de la naturaleza, las fábricas textiles traían consigo una amenaza doble. En primer lugar, alteraban la ecología de la zona y la marcaban con su presencia. El ruido, la concentración de viviendas alrededor de las fábricas, el acaparamiento de agua, la contaminación de los ríos son sus rasgos más sobresalientes. En segundo lugar, las prioridades industriales y la jerarquización interna del trabajo destruían las tradiciones de los obreros.

Desde el comienzo, los hilanderos incorporados a las fábricas se resistieron a la desaparición de su antiguo modo de vida. A pesar de los empresarios, de sus reglamentos y sanciones, los operarios siempre defendieron sus costumbres y estilos de vida, lo que trajo como consecuencia una cultura obrera que ayudó a su identidad como clase. Al entrar a la fábrica no sólo se incorporaban a la división del trabajo, sino también a un grupo formado por amigos, parientes y paisanos. Entre ellos mantenían tradiciones y costumbres de sus lugares de origen: el vestido, la comida, las diversiones y ciertos días festivos.

Precisamente en éstos últimos se rompían las barreras entre las nuevas amistades; los juegos de futbol y el box, por ejemplo, eran actividades que reunían a los obreros del Valle de México.<sup>15</sup> Viejas y nuevas amistades se continuaban dentro de la fábrica, por lo que era común que se les multase por visitar o pasear con los amigos durante horas de trabajo. Dentro o fuera de la fábrica la expresión de camaradería siempre encontró la desaprobación y, en ocasiones, la represión de los empresarios.

Los intentos empresariales por cambiar, reducir o abolir hábitos, diversiones y celebraciones de sus trabajadores produjeron múltiples conflictos en la rama textil. La celebración de fiestas religiosas y días de guardar, la forma de vestir de los operarios y el respeto a los horarios inflexibles fueron causa de muchas protestas y despidos.<sup>16</sup> Los obreros textiles, en su incesante intento por mantener una liga y una continuidad con su pasado, con las cosas que conocían y las que les eran familiares, iban moldeando una nueva identidad que conservaba rasgos de campesinos e incorporaba rasgos de obrero.

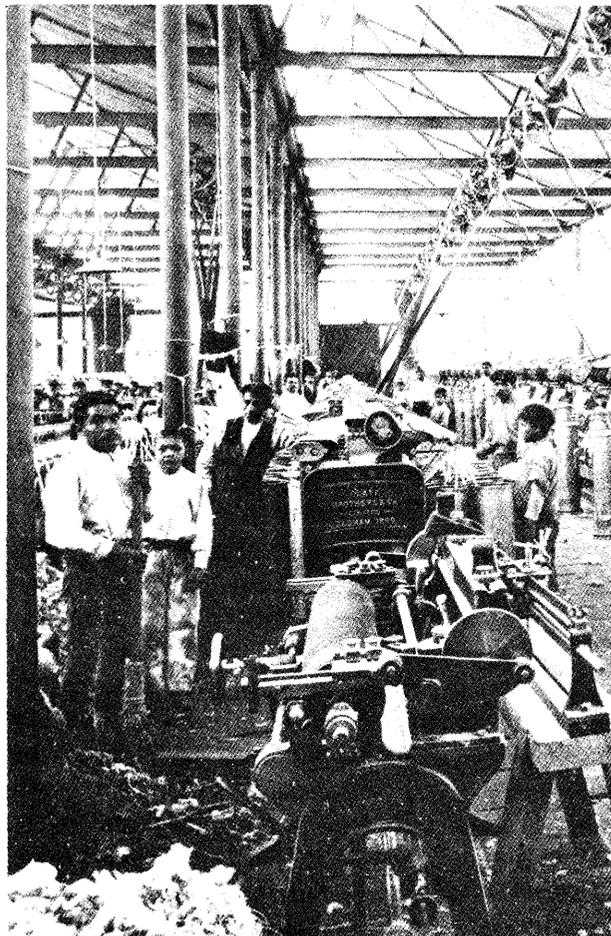
Parte integral y renovadora de esta identidad fue el lenguaje mímico de los trabajadores. El ruido intenso de las máquinas, ante el cual muchos reaccionaban con horror, fue la causa para que buscasen formas de comunicación que les permitieran contrarrestar y oponerse a la cacofonía fabril. Un lenguaje mímico similar en todas las regiones textiles les permitió comunicarse en horas de trabajo. Esta expresión de los trabajadores textiles creó las uniones no sólo en momentos de conflicto sino durante las horas en que las máquinas daban la ilusión al visitante casual de dominarlo todo. La rutina de trabajo al llegar los años veinte, ya incluía una considerable gama de formas de oposición indisciplinarias utilizadas por los textileros. La resistencia era contra el despotismo que ejercían propietarios, administradores y capataces, y se expresaba en dos niveles diferentes:

el individual y el colectivo. La obstinación individual no siempre se daba aislada, y en la mayoría de los casos, involucraba a todo un grupo. Por encontrarse en rejuego constante, sería imposible dar una significación separada de cada nivel de oposición; más útil es ver los mecanismos de mediación entre lo individual y lo colectivo.

Los primeros lazos de un obrero en la fábrica eran con sus amigos, parientes y paisanos. Por esto mismo, las primeras formas de organización estuvieron permeadas por el hecho de ser parientes, compadres o amigos, así como por la defensa de tradiciones y costumbres. Los obreros podían pelear entre ellos continuamente, pero se unían cuando eran atacados por el administrador o cuando un capataz regañaba y castigaba a algún trabajador. Es decir, se unían para protegerse del exterior. Estos fueron los primeros brotes de una organización informal; se defendía al amigo y no al obrero. Cotidianamente se repetían confrontaciones como ésta. La solidaridad cotidiana salvaba la distancia entre la resistencia individual y la colectiva. En los diversos talleres, este tipo de lazos solidarios permitió a los trabajadores actuar en forma organizada. Muchos de los que trabajaban en un mismo departamento no eran sólo parte de un mismo engrane productivo, sino también paisanos, parientes, compadres o amigos. Estos eran la célula de la organización obrera en la fábrica. Su trabajo daba vida a la gran masa inerte de edificios y máquinas. Su labor también les exigía resolver todo tipo de problemas.

El despotismo de los administradores y capataces eran el pan de cada día. Los paros continuos por departamentos contra un capataz son evidencia de como los hilanderos se enfrentaban a ello. De esta práctica surgió la forma de oponerse a las normas impuestas por los empresarios, la presión o la protesta en el momento y lugar mismo de los acontecimientos. Su eficacia dependió, ante todo, de la cohesión de los trabajadores en cada departamento.

Los líderes que surgían en los diferentes departamentos eran aquellos que los demás obreros reconocían por ser paisanos o compadres, por haberles ayudado a encontrar trabajo en la fábrica, por saber leer y escribir, por ser más hábiles para pelear, o por saber hablar en público.<sup>17</sup> Para mantener la confianza que en ellos se tenía, rendían cuentas tanto de sus aciertos como de sus fallas. Pero la responsabilidad de actuar no recaía en ellos únicamente, por lo común los operarios paraban las máquinas y discutían cuál debía ser su proceder. Los departamentos paraban continuamente por distintas razones: accidentes, mal trato, arbitrarie-



Hombres, mujeres y niños del departamento de hilados de la fábrica La Hormiga, DF. (Fototeca INAH).

dades, juntas sindicales. Decididos a protestar, se dirigían a las oficinas de los administradores y no reanudaban labores sino hasta conseguir sus demandas. La solidaridad, por lo regular, se regaba como pólvora y obreros de otros departamentos paraban sus tareas. Cuando el apoyo no surgía espontáneo, los obreros en paro no les surtían de materia prima y así los obligaban a parar. Las nuevas de un conflicto se difundían rápidamente y pronto un grupo considerable de obreros se veían involucrados. La solidaridad nacida de los grupos de trabajo y los departamentos encontraba eco en el resto de la fábrica, razón por la cual el sindicato fue en estos casos una prolongación de la organización informal de los trabajadores.

La forma de organización obrera estuvo mediada por las instituciones ya existentes: lealtades, parentesco, étnia. Las características de esta organización dieron al sindicato la naturaleza de su tendencia política; la organización sindical partía de las necesidades de sus agremiados, de aquí la vigencia de la acción directa. Los mecanismos y el significado de la labor sindical están retratados de manera ejemplar en un memorándum elaborado por la misma patronal textil:

Los funcionarios del Sindicato, en el interior de la fábrica y durante el desarrollo del trabajo, ejercen una inspección minuciosa en los departamentos, contrarían las órdenes de los maestros, designan las máquinas en que deben trabajar los obreros; se oponen a los cambios de los obreros de una máquina a otra y hacen imposible toda medida de disciplina; fijan a los maestros la forma y extensión en que han de ejercer sus funciones, y han llegado hasta impedir que el maestro de un Departamento visite el salón en que trabajan los obreros que están bajo su dirección inmediata.<sup>18</sup>

Los trabajadores en su departamento, así como el sindicato en el conjunto de la fábrica, se adjudicaban el derecho a determinar las condiciones en que producían las telas. Los obreros, queriendo imponer su poder en el interior de las fábricas, comenzaron a intervenir en las áreas administrativas; así fue como se crearon diversas

comisiones: de mugre, de control de peso, para resolver problemas, para revisar los libros y ver el monto de las ganancias patronales. A través de estas comisiones los trabajadores comenzaron a tener ingerencia en el proceso de trabajo, ganándole espacio a los patrones, haciendo —hasta cierto punto— autogestiva la producción. Esta política forzó a los empresarios a negociar con los operarios, y fue posible el surgimiento de una organización obrera para la defensa y oposición. El sindicato encabezó esta autodeterminación. Como en el centro de gravedad de estas luchas se hallaba en los problemas de organización del trabajo y en los ritmos de producción, es decir, en las relaciones mismas de producción capitalista, la participación del sindicato en estos problemas significó para los empresarios una intromisión insoportable, además de lo que significaba para ellos la utilización de parte del tiempo de trabajo para efectuar sus reuniones sindicales. La resistencia al despotismo empresarial como a la forma de trabajo planteaba un problema dentro de la lucha en las fábricas: el control sobre el proceso de trabajo.

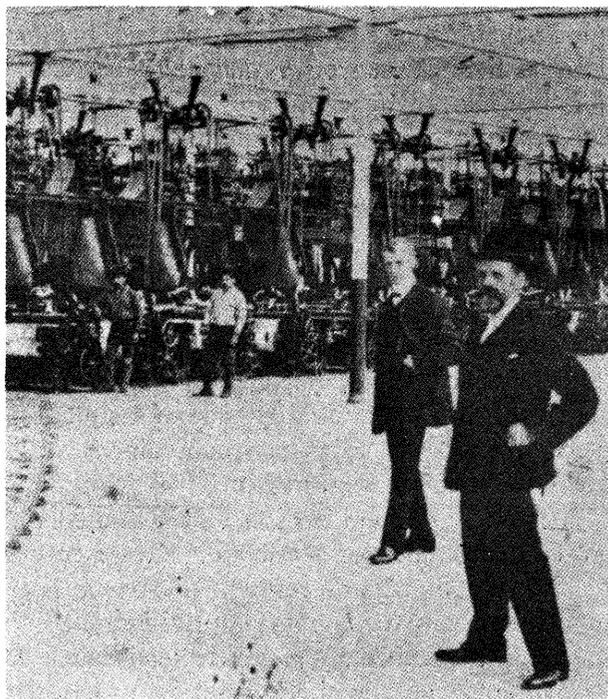
La lucha por salarios se presentó cuando ya hubo una organización previa a la lucha; y aun cuando esta organización no haya cuajado de una manera formal, esta lucha salarial actuó como catalizador para su formalización. Por otra parte, la disputa por la defensa de los salarios no puede separarse de la lucha por mejoras en las condiciones de vida y trabajo. En la década de los veinte, las huelgas de los trabajadores del Valle de México planteaban demandas por la modificación a los salarios, aumento salarial, pago por horas extras, descanso dominical, control de los abusos de los supervisores, derecho a leer periódicos, prohibición de las tiendas de raya, reconocimiento de sus sindicatos, etc.; es decir, que la lucha por el salario trascendió hacia otras reivindicaciones.

Así como hubo huelgas que rebasaron el marco de la fábrica para ligarse a otras organizaciones o trabajadores de la rama, también los operarios de una fábrica llegaron a integrarse a movimien-

tos cuyos espacios estaban en la comunidad. Dentro de estos movimientos dos motivos eran los más frecuentes: la escasez o carestía de las viviendas y el acaparamiento de los artículos de primera necesidad. En el porfiriato las casas para los trabajadores las encontramos vinculadas con las fábricas: las habitaciones se construyeron en las inmediaciones de las empresas. Al concluir la fase armada de la revolución, los patrones de la rama textil ya no siguieron construyendo más habitaciones, a excepción de casos especiales. El papel de los empresarios como caseros levantó protestas que reivindicaban la eliminación de las rentas y de las reglas internas que regían a estas habitaciones —como vimos más arriba. La falta de vivienda ocasionó el crecimiento y formación de colonias proletarias fuera de la fábrica, pero en las cercanías de los centros de producción. Esto llevó a los trabajadores a crear diferentes estrategias para hacerse de una casa; existió entonces desde el pequeño grupo que pudo comprarse una casa, hasta la gran mayoría que tuvieron que asentarse en terrenos baldíos o en las habitaciones propiedad de las fábricas y que, por ello, tuvieron que enfrentar a sus patrones desde la perspectiva de inquilinos. Por otro lado, la monopolización de los artículos de primera necesidad por parte de los comerciantes provocó una serie de protestas de los habitantes de las comunidades en contra de ese poder. Se realizaban mítines, boicots, incluso se buscaron otros métodos más persuasivos como dinamitar alguna tienda, golpear a los comerciantes, etc., todo con el fin de que bajaran los precios, pero, a pesar de estas actitudes amenazantes poco fue lo que se logró.

Así, en la primera década posrevolucionaria, en la década de los veinte, los trabajadores textiles se comportaron como una clase con posibilidades de actuar como una multitud y no como un ejército organizado. Sus manifestaciones de descontento no eran las huelgas ordenadas, lúcidas, burocráticas, sino las huelgas al vapor, sobre las rodillas, sin fondo de resistencia ni el

apoyo necesario para respaldar económica y moralmente al movimiento por un tiempo largo. Los obreros textiles luchaban de un modo espontáneo y siempre en el momento mismo en que tenía lugar algún conflicto; sin más organización que la que había en los talleres, decidían el sí o el no a la huelga o al paro, por lo que era indispensable recurrir al uso de formas de presión eficaces para resolver sus demandas de una forma rápida y favorable. Las tácticas eran por lo regular efectivas y sin embargo, los trabajadores contaban con un arsenal limitado de recursos; sólo podían luchar mediante marchas, gritos, abucheos, intimidaciones, paros, sabotajes, huelgas y violencia. El poder de los obreros residía en la acción directa (que entiendo aquí como la lucha de clase contra clase, a través de los recursos mencionados anteriormente), mientras no se admita esto, no se logrará comprender la especificidad ni la importancia de su lucha.



Departamento de tejido de la fábrica Santa Rosa, Veracruz, con personal extranjero a cargo de la administración.  
(Archivo Sindical textil de Santa Rosa).

### *Conclusiones*

Al analizar las luchas cotidianas de los obreros textiles, especialmente las que se dieron en el seno de las fábricas, observamos que la indisciplina de los trabajadores, enfocada hacia “el cabrón que nos roba dinero”, fue forjando la identidad de los hilanderos como clase y, paralelamente, fundaron y crearon las bases para una organización sindical. El potencial de resistencia de la clase obrera contra la explotación giró en contra de: la parcialidad de las leyes en el interior de la fábrica; la ruptura de las tradiciones; la pérdida del tiempo libre y las diversiones tradicionales; la reducción del hombre a la condición de instrumento, es decir, de objeto; y el trato por hacerlos producir más.

Los hechos que provocaron los movimientos de resistencia más fuertes en el seno de las fábricas no tuvieron nada que ver con los costos de vida y los problemas salariales, sino que se orientaron en contra de la estructura de dominación que se impuso en la fábrica; todo ello muy alejado del prosaico “pan, manteca y pulque” de los obreros. Las luchas de los hilanderos y tejedores en el recinto fabril fue una lucha sin cuartel, una guerra cotidiana y permanente.

<sup>1</sup> En el Valle de México existían treinta y siete industrias textiles, que ocupaban aproximadamente veinte mil obreros. Estas estaban ubicadas alrededor de la ciudad como un extenso cinturón. En San Angel Tizapán y Contreras: Santa Teresa y La Magdalena (propiedad de Veyan Jean y Cía. Francesa); La Alpina, La Hormiga y la Carolina (capital norteamericano de Robert's y Cía.); La Abeja (propiedad de méxico-italianos). En Tlalnepantla: San Ildefonso, La Colmena y Barrón (propiedad de Alberto Signoret; capital francés); Río Hondo (de Veyan Jean y Cía). En Tlalpan: La Fama Montañosa. En Cuautitlán: La Aurora. En Tenancingo: La Providencia. En Zinacantepec: San Pedro Tejalpa. En Tlalmanalco: La Miraflores. En 1925, se localizaban dentro de los límites del Distrito Federal y en la ciudad de México: La Linera; La Providencia, en Santa María; La Perfeccionada, en la colonia Doctores; La Aurora, en la Calzada de Chimalpopoca; San Antonio Abad, en la calzada del mismo nombre (propiedad de Alberto Signoret); La Carolina, en la calzada Zaragoza; El Salvador; La Victoria; La Rosa; La Sedanita Mexicana; La Luz; La Europea; La Castiza; La Trinidad; La Pasameña Francesa; La Española; El Angel; Sedería de Chambón; La Carolina (de la Casa Noriega y Cía.).

Estos datos están tomados de Guadalupe Ferrer, Paco Ignacio II, "Los Hilanderos Rojos", en *Segundo Coloquio de Historia Regional 1979*, Mérida, CEHSMO, y Censos de Hacienda, de 1936, de la Secretaría de Hacienda, 1936, Talleres Gráficos de la Nación.

<sup>2</sup> Véase Bernardo García, *Un pueblo fabril del porfiriato: Santa Rosa, Veracruz*, México, Fondo de Cultura Económica-SEP, sep/80, núm 2, 1981, pp. 87-155; John M. Hart, *El anarquismo y la clase obrera mexicana, 1860-1931*, México, Siglo XXI, 1980, pp. 127-135; Barny Carr, *El movimiento obrero y la política en México, 1910-1929*, Tomo I, México, sep/setentas, núm. 256, 1976, pp. 41-44.

<sup>3</sup> Ramón Eduardo Ruíz, *La Revolución mexicana y el movimiento obrero*, México, Ediciones ERA, 1976, pp. 31-42.

<sup>4</sup> Esperanza Tuñón Pablos, *Huerta y el movimiento obrero*, México, Ediciones El Caballito, 1982, pp. 91-95. Entre 1911 y 1913 se produjeron más de un centenar de huelgas en la industria textil del país.

<sup>5</sup> En 1920 estallaron 71 huelgas; en 1921, 161; en 1922, 140; en 1923, 85; en 1924, 30; y en 1925, 12. Véase Marjone Ruth Clark, *La organización obrera en México*, México, Ediciones ERA, 1979, p. 151.

<sup>6</sup> Véase Manuel Reyna Muñoz, *Movimiento obrero textil*, (1829-1929), Tesis de Licenciatura CP. y S, UNAM, 1973; Victoria Leticia Galván Ojeda, *La CROM de Puebla en la industria textil, 1920-29*, Tesis de Licenciatura en Economía, UAP, 1979; Patricia Luna, "Industria textil y clase obrera en Veracruz", en *Memoria del Primer Coloquio Regional de Historia Obrera*, Xalapa, CEHSMO, 1977, pp. 201-236.

<sup>7</sup> Véase Rogelio Vizcaíno, "Recordando 1921", en *Segundo Coloquio Regional de Historia Obrera*, Mérida, CEHSMO, 1978, pp. 553-642; Guadalupe Ferrer y Francisco Ignacio Taibo II, "Los Hilanderos Rojos", en *op. cit.*, pp. 669-753

<sup>8</sup> Datos obtenidos de la Secretaría de la Economía Nacional, "La Industria Textil en México", México, Talleres Gráficos de la Nación, 1934.

<sup>9</sup> Un 10% de los obreros que existían para los años veinte eran hijos de obreros. Por ejemplo la señora Eligia Reyes Corona que era obrera de La Abeja hoy puente Sierra, fue la madre de Ciro y Víctor Mendoza, que trabajaron en las fábricas La Magdalena, Santa Teresa, El Salvador y El Angel. Véase Guillermina Baena Paz y Luis Monroy, "Ciro Mendoza y Eduardo Arellano: dos líderes textiles cegetistas", en *Estudios Políticos*, núm. 16, FCP y S, UNAM, 1978, pp. 64-68.

<sup>10</sup> Entrevista realizada por Mario Camarena Ocampo al señor Gilberto Mondragón en febrero de 1983. Gilberto Mondragón fue obrero de La Magdalena desde 1917 hasta 1965. Tenía 7 hectáreas en el pueblo de Contreras, que le servían para cubrir sus gastos. Como vino a buscar trabajo a los 12 años para ayudar a su familia les mandaba parte de sus ingresos.

<sup>11</sup> Mi padre "tenía un telar rudimentario de madera e iba a la Merced a comprar sus materias primas y preparaba sus tintes para colorear sus hilos, redinaba sus canillas para la trama, urdía sus telas en la pared por medio de estacas e hilo por hilo; cuando ya tenía la cantidad de hilos (necesarios) en su tela, bajaba la tela, la colocaba en el telar que era accionado por él mismo, pues no era de poder, y tejía sus telas. Las cuales se les llamaban camballas, eran unas telas de cuadros en rojo y blanco, y verde y blanco. También tenía su metro de madera y después de sacada la tela del telar, salía a la calle a vender sus productos, todo esto es relatado a grandes rasgos pero el proceso de elaboración es mucho más largo..." Entrevista realizada por Mario Camarena Ocampo a la señora Aurora Franco Rodríguez, agosto de 1982.

<sup>12</sup> Generalmente, la manera de ingresar a cualquier fábrica textil era a través de los lazos de parentesco. Es decir, que si uno tenía en alguna fábrica un amigo o pariente podría fácilmente encontrar trabajo ahí; incluso los mismos porteros de las factorías, cuando algún desconocido se acercaba a preguntar por trabajo le decían: "Aquí no trates, es de familia". Entrevista realizada por Mario Camarena Ocampo a la señora Franco Rodríguez, agosto de 1982. Véase también Bernardo García, *op. cit.*, pp. 30-41.

<sup>13</sup> "Reglamento interno de las fábricas de hilados y tejidos en la República. Aprobado por la Convención de Industriales reunida en la Ciudad de México en julio de 1912", AGNM, Ramo Gobernación, Legajo 817.

<sup>14</sup> Marjone Ruth Clark, *op. cit.*

<sup>15</sup> Entrevista realizada por Emma Yañez al señor Luis Alvarez ex-obrero textil de La Carolina, 1983.

<sup>16</sup> Véanse las innumerables demandas y causas de muchas huelgas en el AGNM, Ramo Trabajo.

<sup>17</sup> Entrevista realizada por Mario Camarena Ocampo al señor Gilberto Mondragón, febrero de 1983.

<sup>18</sup> AGNM, Ramo Trabajo.



# Acción directa y poder obrero en la CROM de Orizaba (1918-1922)

Bernardo García Díaz

*“Otra cosa que esta ‘historia’ establecerá claramente y que tendrá validez en todo contexto, es que, por lo general, el pueblo valió más que sus dirigentes. Cuanto más profundizo más me doy cuenta de que lo mejor se hallaba debajo, en las oscuras profundidades. Y he comprobado también que esos oradores brillantes y poderosos que expresaron el pensamiento de las masas han sido considerados erróneamente como los únicos actores. Recibieron un impulso mucho mayor del que aportaron. El actor principal es el pueblo”.*

Jules Michelet, Historia de la  
Revolución de 1787

El anarquista Georges Ivetot, exparticipante de la Segunda Internacional, que volcó su militancia en la creación y orientación del sindicalismo francés, definió, en la segunda mitad del siglo XIX, a la acción directa de la siguiente manera: “es la que, aparte de todo socorro exterior, sin contar con ninguna influencia del poder o del Parlamento, se ejerce por los mismos interesados, con el fin de obtener satisfacción a sus reivindicaciones de una manera parcial o completa pero definitiva”.<sup>1</sup> Bastante semejante, pero más bien complementaria, es la que dio Paul Delsalle, otro anarquista francés: “Acción directa quiere decir acción de los obreros mismos, es decir, acción directamente ejercida por los interesados. Es el trabajador mismo quien realiza su esfuerzo, y lo ejerce personalmente sobre los poderes que le dominan, para obtener de ellos las ventajas reclamadas”.<sup>2</sup> Si tomamos

por certeras estas acepciones, tendremos que admitir que este método de acción fue ampliamente utilizado, aunque no exclusivamente, por los trabajadores industriales del Valle de Orizaba afiliados a la Confederación Regional Obrera Mexicana (CROM). Ciertamente, contra la apreciación general que sostiene la eliminación de la acción directa como método de lucha en la CROM, ésta se siguió utilizando en el seno de organizaciones cromianas, tan importantes, como las de Veracruz. El problema de las generalizaciones, que reconstruyen una imagen homogeneizante y reductiva del movimiento, ha sido que se apoyan más en declaraciones estatutarias que en la práctica de la clase, o bien que pierden la noción de la relación real que existe entre direcciones nacionales y cuerpos organizativos locales que, aunque están adheridos a ellas, han mantenido históricamente considera-

---

bles márgenes de autonomía. En ambos casos se ha pasado de largo por las luchas que se dan en la primera línea del frente del combate clasista industrial: los talleres y las fábricas. Nosotros atraídos y fascinados por el carácter afiebrado y explosivo del movimiento obrero orizabeño de estos años deseamos partir en sentido opuesto. En fin, estas páginas que pretenden inscribirse dentro de las nuevas vertientes de la historiografía obrera, que felizmente día con día crecen, esperan contribuir a la revisión que estamos acometiendo del proceso de la formación de la clase obrera.

El contexto en el que surgieron el tipo de acciones sindicales que enseguida reseñaremos estuvo enmarcado en el periodo de ascenso de la lucha de clases que vivió Veracruz en los años veinte, y más precisamente, desde mediados de la segunda década. En estos años se llevó a cabo la irrupción organizada y violenta de las clases subalternas en la conquista de sus reivindicaciones: aparecieron en todos los distritos industriales sindicatos afiliados a distintas centrales nacionales, que permitieron la participación organizada de las masas trabajadoras en el combate cotidiano con la patronal; igualmente fundamental fue el surgimiento de una central campesina estatal, la Liga de Comunidades Agrarias del estado de Veracruz, que se convirtió a finales de la década en uno de los contingentes agrarios más avanzados del país; además confluyeron diversas vanguardias radicales que lograron ascender a la dirección del movimiento popular. Fueron estas fuerzas, y sus movimientos sociopolíticos, las que le dieron su contenido a los gobiernos "radicales" de Cándido Aguilar, Adalberto Tejeda y Heriberto Jara.

En el caso específico del proletariado se puede anotar lo siguiente. Como consecuencia del novedoso, pero intenso desarrollo industrial del estado, nació una clase obrera diversificada y concentrada en una serie de grandes empresas. Estos establecimientos, gigantes para su época, permitieron un nivel de concentración que hizo

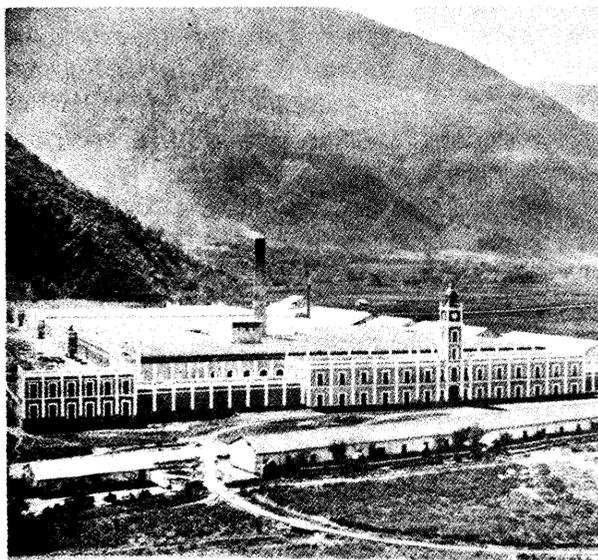
posible la organización de los obreros. De estas unidades productivas emergieron luchas tan importantes como la "Huelga de Río Blanco", episodio mayor pero no único, de la lucha de la clase por su emancipación. Fue tal la explosividad que alcanzó este proletariado que obligó a los representantes regionales del estado liberal-oligárquico a buscar formas singulares de intervención y conciliación en los problemas laborales. Estas tendencias intervencionistas se profundizaron con la revolución.

El general Cándido Aguilar lo mismo que el coronel Adalberto Tejeda se significaron, en su gestión como gobernadores, por decretar una legislación reformista notablemente avanzada en materia laboral; con ello el artículo 123 de la Constitución de 1917 adquirió fuerza de ley en el estado. Pero además de su actividad legislativa, estos dos representantes del ala jacobina del constitucionalismo se distinguieron por apoyar los movimientos reivindicativos de los obreros. Esto como parte de un proyecto político que, entre otros objetivos, buscaba enfrentar a las clases más retardatarias y encuadrar dentro de sus planteamientos los movimientos sociales que irrumpían por todo el estado. Es importante señalar que fue con el apoyo del estado que se organizaron decenas de sindicatos, al mismo tiempo que se daban numerosas escaramuzas y batallas contra los empresarios nacionales y extranjeros. Pero también debe decirse, que si las movilizaciones recibieron apoyo y fueron impulsadas desde el estado, originalmente tuvieron su punto de partida en las fábricas; no se puede olvidar que las conquistas laborales alcanzadas se obtuvieron en movilizaciones de la propia clase. Dentro de los distritos industriales, que se constituyeron en punta de lanza del sólido movimiento obrero veracruzano, estuvo el de Orizaba.<sup>3</sup>

El auge industrial de Orizaba se da en el último cuarto de siglo XIX con el establecimiento de factorías con fuerte inversión de capitales extranjeros: franceses en los textiles del algodón;

alemanes en la elaboración de cerveza; ingleses en los textiles de yute. Si les sumamos las compañías tabaqueras, la maestranza del ferrocarril, la fábrica de alcohol de Jalapilla y una serie de oficios y ocupaciones menores, nos encontramos con la formación de un proletariado heterogéneo y bastante numeroso. La presencia conjunta de textiles, ferrocarrileros y tabaqueros fue importante; iniciaron desde entonces su gran tradición de lucha que los llevó a colocarse en el liderato de las huelgas en el porfiriato. Los broncos trabajadores del Ferrocarril Mexicano y los autónomos e ilustrados pureros orizabeños, junto con los inflamables tranviarios y textiles, le dieron a la zona su característica efervescencia; además de sostener sus propias luchas, actuaron como catalizadores de la organización entre los operarios de otras ramas productivas, de menor dimensión e importancia, que se encontraban a su alrededor.

Los textiles desempeñaron especialmente este papel; trabajando en empresas de gran escala, bajo una nueva disciplina, con relaciones laborales cada vez más despersonalizadas, lograron



La fábrica textil de Río Blanco, Veracruz, entre un medio rural, a principios del siglo XX. (Archivo Sindical textil de Santa Rosa).

rápida una identificación comunitaria de sus intereses. Esta cohesión social proveniente del trabajo fue reforzada por la concentración física de los trabajadores: Río Blanco y Santa Rosa constituyeron auténticos “pueblos de Compañía”, que crecieron como colmenas alrededor de las factorías; similar fue el caso de los barrios obreros que se levantaron en Orizaba, junto a las textileras y lejos del centro de la ciudad. Los habitantes de estos asentamientos formaron grupos bastante homogéneos, semejantes a los de los mineros agrupados en una compañía, dado que padecían de los mismos problemas: explotados por extranjeros, partícipes de un trabajo que les enfermaba y de salarios bajos, descubrieron que sus destinos personales eran colectivos. Así sus experiencias comunes desembocaron en una profunda cohesión social y cultural que dio una gran fuerza a sus protestas.<sup>4</sup>

Otro elemento que influyó en la formación de esta clase fue la larga penetración de consignas radicales. Estas llegaron lo mismo de la región central, especialmente en el caso del magonismo, que del puerto de Veracruz, como consecuencia del arribo al país de inmigrantes y de literatura socialista. Con la revolución estas influencias intelectuales se fortalecieron por el espacio que se abrió para la agitación ideológica y política. En la primavera de 1915 el distrito fue sede del comité central de propaganda de la Casa del Obrero Mundial; la labor de agitación de los “mundialistas” fue definitiva para implantar el sindicalismo como forma de organización. La disolución de la Casa del Obrero no suspendió la circulación de ideas radicales; en los años siguientes continuaron transitando los militantes: el valle siempre estuvo dentro de las expectativas de las vanguardias. Según John Hart, en la antigua visión anarquista española de un mundo anarcosindicalista, Orizaba iba a ser el órgano regional mexicano.<sup>5</sup> La zona, después de la revolución rusa, también entró dentro de los proyectos comunistas.

Los factores mencionados agudizaron la incesante guerra de clases que allí se sostuvo. Las huelgas surgieron intempestivamente por cualquier motivo y se propagaron por diferentes sectores del trabajo; lo mismo brotaban en el transcurso de la jornada fabril, que cuando algún obrero, no necesariamente directivo sindical, se levantaba por encima de la masa, a la hora de la entrada, para arengarla y ganarse su adhesión de no laborar. Las manifestaciones en la cabecera del cantón eran un interminable desfile de grupos compactos, que se sucedían interminablemente, cargando sus pancartas y calicós con lemas reivindicativos; eran oleadas de manifestantes que llegaban a contarse por miles. Las huelgas generales eran virtuales estados de sitio: piquetes de huelguistas suspendían el tráfico de vehículos en la carretera, y grupos numerosos de operarios se apostaban en la puerta de las empresas impidiendo la entrada de esquiroleros y la salida de los empleados que habitaban en el interior de las bardas de la compañía. Los líderes sindicales tenían que andar muy atentos para que el ánimo levantisco y la insistencia en la protesta y en la huelga no los rebasara. Las bases con su constante activismo ejercían una presión permanente que obligaba a los sindicatos a ponerse a la cabeza de sus luchas y a convertirse en genuinos portavoces de sus afiliados. Inclusive los sindicatos se vieron obligados a asumir múltiples reivindicaciones que salían de sus marcos tradicionales de actividad.

La acción de los sindicatos textiles rebasaba los portones de las factorías y penetraba hasta el interior de los distintos talleres y departamentos; ahí, en el corazón de la producción, en la primera línea del frente, libraban una lucha sin cuartel contra el capital. El método más usado consistía en suspender repentinamente el trabajo, sin aviso previo a la patronal, en todas las secciones, después se dirigían a protestar en manifestación interna masiva hacia la administración. No regresaban a sus puestos hasta no

conseguir lo que pretendían. Esto hicieron los operarios de la Santa Rosa cuando lograron que les suspendieran los descuentos que les hacían por pago de renta, de casa y luz; en otra ocasión consiguieron que se solucionara un problema de salarios que tenían las costureras de pañuelos y delantales.<sup>6</sup> Las causas que provocaban las suspensiones repentinas eran diversas: por el pago a un operario castigado, acusado de trabajo defectuoso;<sup>7</sup> por exigir indemnización para un obrero enfermo;<sup>8</sup> para expulsar a algún empleado de la dirección;<sup>9</sup> para asistir a una asamblea sindical;<sup>10</sup> en este último caso había veces en que no salían de la fábrica para celebrar asambleas. Así sucedió con los de la San Lorenzo que pararon sus máquinas, se pusieron a discutir en el interior de los salones y terminaron armando una protesta contra el administrador,<sup>11</sup> apropiándose así del interior del espacio fabril para tratar cuestiones sindicales y tomar sus decisiones.

Los enfrentamientos en torno a la lucha que sostenían los operarios contra el despotismo fabril ganaron en violencia haciéndose más nítidos los intereses antagónicos del trabajo y del capital. Para los patronos el cuestionamiento que hacían los obreros al despotismo era una intromisión en la organización del trabajo, esfera reservada exclusivamente a ellos. Para los obreros era una lucha indispensable por recuperar el respeto a su dignidad en la fábrica, poniendo un freno al derecho absoluto de los agentes de la empresa sobre su persona en las horas de trabajo. De ahí que estas confrontaciones adquirieran gran virulencia. Cuando se acordaba la expulsión de un empleado de la empresa, los obreros suspendían sus labores, lo rodeaban y obligaban a que saliera de la fábrica. En las ocasiones en que un empleado, con referencias negativas, llegaba a tomar un nuevo puesto y los obreros estaban inconformes, no lo dejaban entrar al departamento que tenía asignado. Por ejemplo, en octubre de 1922, en la Santa Rosa, fue rechazado el maestro Emilio Estadel-

man, que venía a sustituir al segundo maestro del departamento de telares; la administración intentó introducirlo dos veces sin lograr vencer la presión masiva del gremio de tejedores.<sup>12</sup> La empresa declaró el cierre de la fábrica, y no fue sino hasta después de tres días, cuando se llegó a un arreglo, que permitió la entrada de Estadelman bajo condiciones del sindicato: no obstante, la agrupación obrera no pudo conseguir que la vacante en cuestión se cubriera con alguno de los trabajadores que había propuesto como terna.<sup>13</sup>

Fue distinto el desenlace en la expulsión de dos correiteros: la gerencia pretendió reinstalarlos, contando con el aval del secretario general del gobierno del estado; ni siquiera pudieron comenzar sus actividades, pues los tejedores los forzaron a salir de "tejidos" entre amenazas y empujones.<sup>14</sup> Otra expulsión, que muestra la franca disposición de los textiles a no cejar en sus acciones contra el autoritarismo, fue la de Ernesto Meyer que ingresó en la tintorería del departamento de hilados. Apuntaba un escribano de la empresa: "El viernes 2 ingresó... el joven Meyer y los obreros no estuvieron conformes con ello y en la tarde se propusieron echarlo fuera y aunque este día no lo lograron de una manera definitiva, sí se propusieron hacerlo al día siguiente".<sup>15</sup> Otros despedidos fueron Gregorio Diego, Vicente Acevedo y Alejandrino García.<sup>16</sup> En la Cocolapam también los obreros andaban activos y así en septiembre de 1922 paralizaron sus máquinas buscando "castigar" a un empleado de la sección de engomadores.<sup>17</sup> Estas confrontaciones, en las que los triunfos se dividían, señalaban un cuestionamiento abierto a que el capital fuera el amo absoluto de la fábrica; los obreros querían desterrar el anterior despotismo de los jefes y capataces, que mucho hacía recordar los tiempos porfirianos, tan cercanos y tan violentamente marcados en la carne y en la conciencia de los fabriles de las márgenes del Río Blanco.

Otra acción directa tumultuaria fue la que se efectuó en el departamento de estampado de la Santa Rosa. La administración dispuso que se colocaran unos letreros sobre cartones que decían: "Queda prohibido terminantemente cortar cualquier clase de tela", "Las paredes hablan. Sírvanse no estropearlas y dirán algo bueno de usted". El fin del primer letrero, el que causó el problema, era al decir de la empresa suspender los abusos que los estampadores cometían. La empresa, hasta antes del aviso, autorizaba la utilización de "camisas de estampadoras" para que los operarios se hicieran blusones con el objeto de proteger su ropa en el desempeño de sus labores. La disposición originó el descontento general; después de mandar una comisión a la administración en son de protesta, los estampadores acudieron masivamente, llevando consigo algunos letreros arrancados de las paredes exigiendo que se quitaran los demás. La empresa se negó, pero como la presión continuó, terminó accediendo a que los letreros fueran quitados. En la protesta que mandó el administrador al presidente municipal señaló: "Debemos hacer notar a esa H. Presidencia, que una comisión del sindicato pretendió que la administración hubiese consultado con éste antes de poner los letreros en cuestión, a lo que la administración hubo de responder que no consideraba derecho ninguno al sindicato para inmiscuirse en los asuntos administrativos".<sup>18</sup>

Fue distinto el movimiento que desarrollaron los operarios de la San Lorenzo cuando no aceptaron un cambio de horarios decidido unilateralmente por la dirección general de la Compañía Industrial de Orizaba, S.A., (CIDOSA). El día del cambio, a pesar de las rigurosas órdenes que emanaban de la sirena de la fábrica marcando las nuevas horas de entrada y salida, los hilanderos y tejedores parecieron volverse sordos y no darse por aludidos; ignorando los silbatazos, entraron y pararon sus labores para salir de acuerdo al horario que ellos juzgaban más conveniente.<sup>19</sup> En efecto era diferente la

reivindicación de este movimiento, sin embargo, tenía una profunda relación con las protestas reseñadas antes. Se asemejaban en cuanto expresaban la voluntad colectiva de los proletarios de liberarse del peso de las autoridades y órdenes que cotidianamente los aplastaban. Y era precisamente en el proceso productivo, el lugar donde los obreros mantenían una sorda guerra entre sí —el tejedor contra su ayudante, el hilandero contra el mudador—, en donde ahora una vez superada esta feroz competencia de todos contra todos, los operarios se solidarizaban frente a su enemigo común. Iniciaban así un verdadero proceso de emancipación: de seres determinados por las máquinas y por los jefes, se comenzaban a transformar en seres que se determinaban a sí mismos.

Esta autodeterminación estaba encabezada por la organización sindical. Leamos para mayor ilustración los interesantes comentarios de un memorándum que fue elaborado por la patronal textil:

Los funcionarios del Sindicato, en el interior de la fábrica, y durante el desarrollo del trabajo, ejercen una inspección minuciosa en los departamentos; contrarían las órdenes de los maestros; designan las máquinas en que deben trabajar los obreros; se oponen a los cambios de los obreros de una máquina a otra y hacen imposible toda medida de disciplina; fijan a los maestros la forma y extensión en que han de ejercer sus funciones, y han llegado hasta impedir que el maestro de un Departamento visite el salón en que trabajan los obreros que están bajo su dirección inmediata.<sup>20</sup>

Dado que el centro de gravedad de estas luchas se hallaba en los problemas de organización del trabajo y de la producción, es decir en las relaciones mismas de producción capitalista, la participación del sindicato en estos problemas significaba para los patrones una intromisión insoportable: “Tengo entendido que la vigilancia de los sindicatos como se hace en otras fábricas, no puede extenderse más allá de las puertas de la factoría”, se quejaba un representante de

la Compañía Industrial Veracruzana S.A., ante el gobernador del estado en una larga carta.<sup>21</sup>

Aún mas explícito respecto a la incompatibilidad entre la dirección proletaria y la capitalista sobre el proceso de trabajo es otro parrafo del memorándum citado anteriormente:

De las actividades que hemos mencionado unas van encaminadas a quitar al empresario la dirección del trabajo, pues se le impide escoger y aprovechar la mano de obra y los servicios que considera útiles y necesarios, y no se le deja vigilar la fabricación, ni desarrollar las labores de la fábrica conforme a su plan; otras actividades entorpecen el trabajo de la alta administración que se ve obligada a consagrar la mayor parte de las horas de la jornada, a discutir con los funcionarios del sindicato demandas y conflictos individuales: y todas estas actividades tienden a hacer del sindicato un intermediario obligatorio y único en todas las relaciones de los obreros con la fábrica (. . .) La gestión administrativa empresarial es así entorpecida, limitada, contrariada por un elemento extraño: el sindicato. Resultan de la fábrica dos jefes, dos jefes enemigos que tienen intereses diferentes y con concepciones opuestas. Y no debe ser esto: el empresario es el responsable de la producción y debe ser el único director.<sup>22</sup>

Los empresarios tenían razón, de acuerdo con su responsabilidad histórica de salvaguardar los intereses del capital, cuando veían los peligros que encarnaba la lucha sindical por asumir algunas medidas de control obrero. Esto no sólo significaba poner límites al derecho del capital a dirigir de manera indiscutida, cuestión por lo demás que podía revertirse una vez que descendiera el alto nivel de actividad huelguística y social, lo grave estaba, en que al prolongarse demasiado este tipo de luchas, se convertirían en un avance en la conciencia. Los obreros alcanzarían a percibir paulatinamente que la organización del trabajo no era un terreno reservado a los especialistas, y que ellos como productores directos estaban en capacidad de desarrollar diferentes opciones técnicas y de organización acordes a sus intereses.<sup>23</sup>

Inversamente al movimiento del sindicato que penetraba en el santuario reservado a la dominación del capital —la organización de la producción— la lucha obrera desbordaba las puertas de la fábrica para pelear por reivindicaciones políticas y democráticas. Los obreros llegaron a visualizar el vínculo que existía entre los movimientos al interior y al exterior de la fábrica y la forma en que ambos se reforzaban mutuamente. Así, por ejemplo, se pueden citar varios casos que sucedieron en el curso de un mismo año: el 17 de febrero y el 31 de marzo de 1922, los obreros paralizaron la elaboración de telas en el distrito para asistir a una protesta de carácter político que se efectuaba en Río Blanco;<sup>24</sup> en mayo volvieron a concentrarse en esta población, para manifestarse contra el Dr. Olataeta, médico de la CIDOSA. El ambiente estuvo tan caldeado, que arrancaron los letreros de su consultorio, siendo acusado penalmente por esta acción Francisco de B. Salazar director del Pro-paria;<sup>25</sup> en este mismo candente 1922 convergieron en Orizaba contingentes obreros de toda la región para protestar contra el jefe de armas por un lanzamiento de inquilinos que había efectuado.<sup>26</sup>

Asimismo fue central la disputa clasista que se daba, tanto en Orizaba como en las villas, por el control de las presidencias municipales. Esta reivindicación, lejos de responder a meros propósitos electores y de promoción de los dirigentes sindicales, se transformaba en apoyo para el enfrentamiento con la patronal. La relación entre las luchas en el interior y exterior de las empresas fue evidente en 1923 en la villa fabril de Santa Rosa. El 12 de agosto de aquel año fue llamado el administrador de la Santa Rosa al municipio porque se rehusaba a reconocer el pago por enfermedades profesionales (según la versión patronal se le llamó porque se negó a reconocer como enfermedad profesional una que no lo era). En las oficinas del ayuntamiento, después de una acalorada discusión con el presidente municipal, fue multado el administrador.

Este se negó a pagar la multa en el momento y terminó tras las rejas. La empresa intentó conseguir la libertad del administrador, llevando el dinero de la multa, pero las autoridades municipales se negaron a liberarlo. Ante esta situación, con el objeto de que el administrador pudiera descansar, algunos empleados le llevaron un sarape y un colchón, pensando seguramente, que mal venía con su dignidad de director de la CIVSA, el descansar en el mismo frío y mal oliente cemento donde dormían los borrachos perdidos que caían los fines de semana. Toda esta acción de mejoramiento de las condiciones carcelarias se desarrolló enfrente del síndico del ayuntamiento. Al día siguiente, en la sesión que se celebró en el sindicato, se consideró que el síndico con su presencia había autorizado el hecho y fue castigado: se le suspendió por 30 días en el trabajo y fue condenado a presentar su renuncia como miembro del ayuntamiento.<sup>27</sup>

Son más que explicativos los comentarios de la patronal:

Este caso demuestra con toda claridad el hecho de que el ayuntamiento de Santa Rosa está identificado con el sindicato de obreros de la fábrica del mismo nombre; se ve que la autoridad administrativa, que está en poder de los trabajadores, es el instrumento ciego de los acuerdos sindicales; privada de toda independencia, despojada de la investidura que le da la ley, la autoridad administrativa viene a ser un mero ejecutor de las disposiciones y acuerdos de los sindicatos, quienes en su activa campaña de odio contra el capital acuden a todos los procedimientos imaginables que pueden causar perjuicio a las fábricas y a las personas que las administran.<sup>28</sup>

Ciertamente existía un poder efectivo de las agrupaciones obreras en la región orizabeña. De la misma forma en que en años anteriores las empresas ejercían un dominio de los pueblos fabriles, ahora, el sindicato era el que se adueñaba del poder local. Este hecho le permitía, además de convertirlo en el organizador de la vida social, alcanzar una correlación de fuerzas

local, totalmente favorable a sus intereses. Son obvias las limitaciones de este poder obrero, circunscrito geográficamente y políticamente, pero aun así en esos años fue un auxilio indispensable para el sindicalismo.

Desde años antes fueron evidentes las consecuencias de la hegemonía de los sindicatos. Ya en 1918 fue encarcelado, al término de una huelga, el gerente de los ferrocarriles urbanos por haber desobedecido las disposiciones oficiales. Según el "Excelsior" los tranviarios pedían la entrega del gerente para colgarlo de un árbol, pero el presidente municipal les llamó la atención: "Haciéndoles notar que no era la manera de poner en práctica las doctrinas socialistas, que están llenas de libertades".<sup>29</sup> Menos drástica

que la anterior medida, pero de efectos más duraderos, fue la instalación en Orizaba de un departamento de trabajo municipal. Esta oficina no sólo tramitaba reclamaciones sino que resolvía demandas. Tuvo una gran clientela, en un lapso de 12 meses resolvió más de 140 asuntos. Se quejaban los industriales que las resoluciones sistemáticamente favorecían a los obreros, de ahí que en 1918 pedían la supresión de este departamento que ellos llamaban el "Negocio del Trabajo".<sup>30</sup>

Toda la gran carga de lucha que adquirieron los encuentros laborales de este periodo se fincaban centralmente en las adversas condiciones de vida y de trabajo de los obreros. Pero la ceguera patronal ante esto, confundiendo los efec-



Mitin de tabacaleros cromistas en Córdoba, el 12 de mayo de 1934, en protesta por las pésimas condiciones de trabajo. (Archivo Sindical textil de Santa Rosa).

tos con las causas, tuvo una consecuencia tan honda como las causas mismas. Siempre hubo una feroz resistencia empresarial a todo tipo de reivindicaciones e intentos organizativos de los fabriles. En cada uno de los testimonios de los agentes del capital es visible inmediatamente un lenguaje hostil y despectivo que califica como "agitadores", "instigadores" y "cabecillas" a los representantes de la colectividad fabril; o que habla de la "funesta labor de agitación, orientada a excitar las pasiones populares" para referirse a la labor de propaganda que llevaban adelante los dirigentes. Un lenguaje muy propio de ellos, pero que se negaba a tomar en cuenta las transformaciones que venían aconteciendo en el país después de diez años de convulsión social; que además habían despertado una colosal energía en el seno de la clase obrera. El vocabulario vigente en los empleados era del porfiriato, época en que podían utilizar con total seguridad a las fuerzas represivas: "El Sr. General Rosalino Martínez que bajó hoy con fuerza especial es bueno y estimado amigo de la compañía. Recomendamos a ustedes lo atiendan y obsequien lo mejor posible"; telegrama girado el 7 de enero de 1907, de las oficinas centrales de CIDOSA, en el Distrito Federal, a la fábrica de Río Blanco.<sup>31</sup> Para lograr su derecho a existir, y aún su consolidación, las agrupaciones tuvieron que transitar por un largo y sinuoso camino; y precisamente la recurrencia a la acción directa sería un medio privilegiado de lucha ante la negativa empresarial por reconocer la existencia real de los sindicatos.

Sin embargo se simplificaría la realidad si se pensara que el uso de la acción directa nacía exclusivamente de las experiencias resultado del enfrentamiento con la patronal o de las reflexiones que tenían sobre éstas. Indudablemente el vivo sentido de la lucha de clases de los orizabenses, que se manifestó en el uso constante de la huelga general o de la acción directa, tenía que ver también con la influencia de ideologías radicales. Así, por lo que respecta a la acción

directa, no sólo se aplicó en los hechos, sino que su utilización, como método de lucha, entró en más de una ocasión en la agenda de la discusión de los congresos locales.

La primera vez que se discutió fue en el Congreso Obrero Local, que se reunió a fines de 1918 (octubre-noviembre) en el teatro Nicolás Bravo de Río Blanco. El debate para elegir entre la acción directa y la acción múltiple fue extensísimo y duró varias sesiones; numerosos oradores "disertaron ardientemente", según el secretario de actas, a favor de uno y otro método; no faltó un delegado que presentara un folleto para demostrar que no era el único que sostenía la acción directa. Finalmente y con muchos trabajos se impuso la línea de la acción múltiple.<sup>32</sup> No obstante, entrarían nuevamente las discusiones sobre los diferentes métodos de acción en la Convención Obrera Local de 1921.<sup>33</sup> Esta renovación de la polémica se dio en parte como consecuencia de la existencia de corrientes "rojas" al interior de los sindicatos; grupos numéricamente reducidos que si bien nunca pudieron conquistar las directivas sindicales, con excepción de Cocolapam, contribuyeron con una cuota importante al desarrollo de ese espíritu agresivo característico del periodo.

Un ejemplo de estos centros de influencia ideológica son "los grupos comunistas" que existían en cada una de las tres villas textiles y en Orizaba. Al parecer uno de los dirigentes más importantes era un artesano de Orizaba, de oficio tallista, llamado Aurelio Medrano; en su casa de Orizaba se reunían los domingos ocasionalmente los comunistas para escuchar sus pláticas; también lo hacían en el solar de Aniceto Arroyo, un trabajador textil de Río Blanco. En sus juntas, discutían y avizoraban la nueva sociedad que vendría después de la dictadura del proletariado: "donde no haya ni lo tuyo, ni lo mío, sino lo de nosotros y lo de vosotros".<sup>34</sup> Se sabe que entre estos círculos leían las obras de los fundadores del anarquismo, que se llamaban así mismos comunistas libertarios y que

no hacían una diferenciación neta entre las ideas de los movimientos comunistas y las de los anarquistas.

El grupo comunista de Santa Rosa, compuesto por una veintena de jóvenes sindicalistas, mantenía hacia 1920 nexos tanto con el Partido Comunista de México, como con el Partido Comunista Mexicano. Un miembro del grupo, Cutberto Arroyo, sostenía en la primavera de 1920 (marzo-julio) correspondencia epistolar de cierta regularidad con el norteamericano Linn Gale del PCM y con José Refugio Rodríguez de la administración mexicana de la Industrial Workers of the World (IWW).<sup>35</sup> Según las cartas, en marzo se adhirieron al partido diez miembros del grupo; para el mes siguiente acordaron afiliarse también a la III Internacional. No obstante estas adhesiones eran más formales que reales. A través de las respuestas a Arroyo se nota un desconocimiento profundo de lo que representaba el partido y la IWW —pues la afiliación era doble— como para integrarse en ellos y participar orgánicamente en su seno. Esto tenía que ver con el tipo de política de Gale, que urgido de bases sociales para su fantasmal partido, buscaba sobre todo afiliar obreros, con los que apenas mantenía una relación de fomento del bolchevismo. La idea de Refugio Rodríguez de organizar una Convención Obrera Radical por carta es una muestra de los débiles lazos de esta relación.

Más importante fue la influencia del Partido Comunista Mexicano por medio de Manuel Díaz Ramírez de la Federación Comunista del Proletariado Comunista. Tabaquero, ex-woblie, promotor de la local comunista del puerto, fue el vínculo entre los sindicalistas afines a las ideas socialistas y el partido; además de enviar la revista "Vida Nueva", visitaba la región y organizaba conferencias con los grupos comunistas; inclusive en una ocasión dio una conferencia abierta: "El sindicalismo y el comunismo", que encontró oídos receptivos y entusiastas entre los operarios de la Santa Rosa reunidos en

asamblea para escucharlo.<sup>36</sup> Así comenzaban a abrirse cauce las ideas del soviétismo que ya de por sí llegaban, aunque en forma fragmentaria y deformada, por la prensa. El 11 de septiembre de 1920, Aurelio Medrano le escribía al secretario general del grupo comunista de Santa Rosa, Acisclo Pérez, la siguiente carta:

Con gusto contestamos a su comunicación de fecha 10 de septiembre, en la que nos dan a conocer su determinación de formar parte de los porta-estandarte de la nueva falange que dará al traste con el sistema social que padecemos. ¡Nuestra tarea es grande, fuerte el enemigo! ¡y lamentable la inconciencia de nuestros camaradas los trabajadores de la región! pero una gran voluntad y una intensa labor de unificación, hará trizas a esos obstáculos y elevará alto, muy alto, la acción proletaria. Los compañeros delegados entregarán a ese grupo una copia de la declaración de principios del Partido Comunista y desde luego quedaron cordialmente admitidos en el seno de este grupo como delegados al "Soviets" de la región Orizabeña que se establecerá tan luego estén nombrados los delegados que faltan de las demás fábricas. Vuestras por la causa. Dictadura del Proteltariado.<sup>37</sup>

Desde miles de kilómetros de distancia llegaba el eco de la revolución de octubre.

Pero esta naciente irradiación del soviétismo se vio interrumpida entre los textiles de la Santa Rosa. A principios de 1921, Manuel D. Ramírez invitó al grupo para que participara en la Convención Radical Roja, que se reuniría en febrero en el Distrito Federal. Los "rojos" locales lograron que la asamblea del sindicato acordara la asistencia de un delegado a la Convención, pero la asamblea decidió que fuera como delegado un obrero ajeno al grupo comunista y se mandó a Aurelio Hernández.<sup>38</sup> Junto con Aurelio Hernández, Acisclo Pérez envió una misiva para Manuel Díaz Ramírez donde le decía que el compañero Hernández iba a cerciorarse: "Si existía el Partido Comunista Mexicano o no".<sup>39</sup> En la Convención como ya se sabe se reunieron

obreros e intelectuales radicales y crearon la Confederación General de Trabajadores, que enfrentaría a la CROM. Díaz Ramírez se quejó de Aurelio Hernández: “no estuvo él muy de acuerdo con algunas de nuestras mociones y casi más bien votó en contra nuestra, por más que su voto no impidiera que la mayoría nos diera la razón como lo muestra el hecho concreto de las conclusiones a que se llegó”.<sup>40</sup> La asamblea general del sindicato de Santa Rosa no recibió con agrado la creación de una nueva central obrera que atacaba a la CROM; además la mayoría no apoyaba el programa de la CGT que negaba la acción múltiple.<sup>41</sup> El mismo grupo comunista sufrió una fractura, cuando a partir de este hecho, algunos de sus miembros desertaron de sus filas. Sin embargo, los militantes fieles a su organización mantuvieron una posición independiente del comité central en ciertas coyunturas; fueron ellos los que impulsaron, en marzo de 1921, la huelga solidaria con los trabajadores del Ferrocarril Mexicano a espaldas de la dirección nacional cromista.<sup>42</sup>

Es muy probable que no hubiera una definición muy estricta de las diferentes corrientes socialistas; la confusión crecía con la existencia simultánea, al menos formal, de dos Partidos Comunistas Mexicanos. Seguramente la duda de Acisclo Pérez, de si existía el Partido Comunista, era una duda compartida con otros sindicalistas. Si a ello se agrega la propaganda del comité central de la CROM se entiende que aflorara el escepticismo. Los grupos comunistas del resto de la región siguieron diferentes trayectorias, pero con mayores dificultades, una vez que se dio abiertamente el choque entre la CROM y la CGT. Los de Río Blanco y Orizaba siguieron participando y mandaron a Aniceto Arroyo a la elección del comité ejecutivo provisional del Partido Comunista a principios de 1921.<sup>43</sup>

Particularmente en Orizaba los comunistas continuaron cohesionados y activos entre los ferrocarrileros, los textiles de Cocolapam y el movimiento inquilinario. En Cocolapam alcan-

zaron la directiva del sindicato provocando una guerra civil en la CROM orizabeña en 1927. Igualmente se convirtieron en directores del belicoso movimiento inquilinario en Orizaba. Se agruparon entonces en el Centro Sindicalista Libertario, y crearon dos periódicos *El Rebelde* y *El Inquilino*, este último dirigido por Aurelio Medrano. En las páginas de *El Inquilino* se hace notar el libertarismo de sus editores, que señalaban con énfasis: “Somos por todo esto comunistas anarquistas porque queremos ser verdaderamente libres y completamente iguales”; así terminaba un artículo de Pedro Gori, reproducido en la primera plana del periódico, que llevaba el título de “Lo que queremos”.<sup>44</sup>

Fue precisamente el rejuogo de estas corrientes lo que obligó a que volvieran a discutirse los métodos de lucha en el invierno de 1921, en el marco de la Convención Obrera Local. En la exposición de considerandos de la convocatoria a la Convención es patente el reconocimiento de estas diferencias:

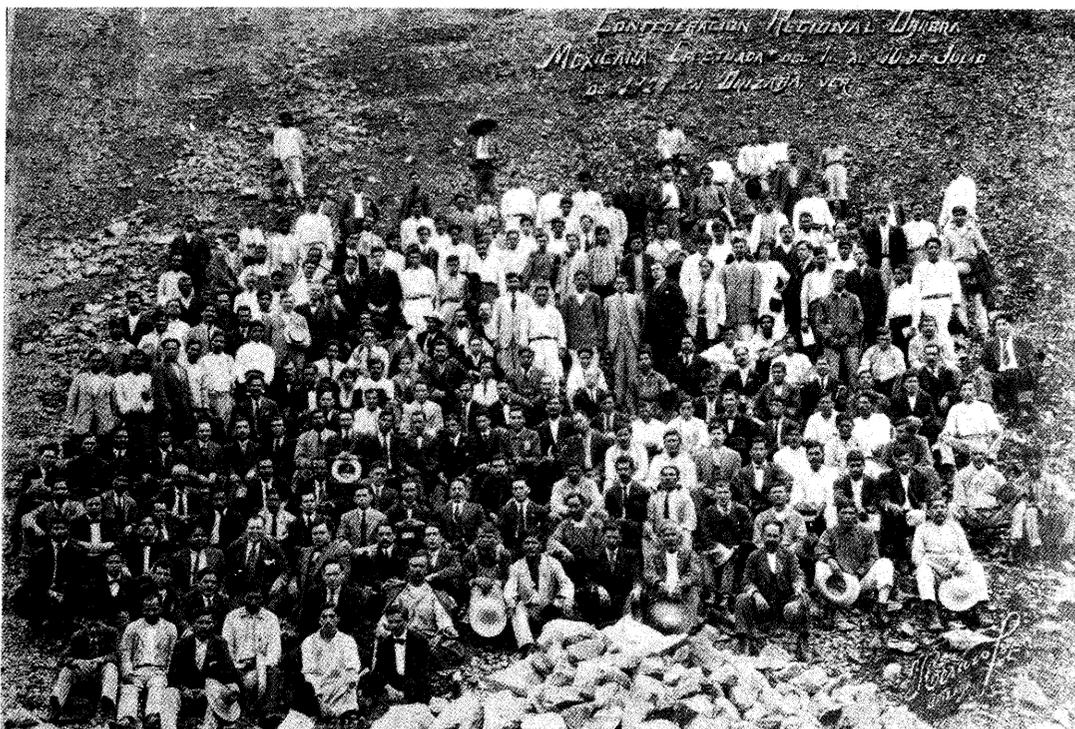
“Considerando: que la marcha evolutiva del conglomerado social que representa esta federación, no podrá continuar su avance ascendente mientras exista divergencia de criterio en materia ideológica entre los componentes de la misma federación; Considerando: que esta divergencia de criterio ha sido engendrada por las diversas interpretaciones que sufren los postulados que sostiene la federación y que se encuentran condensados en la declaración de principios, en el pacto de solidaridad y en las conclusiones del congreso local mencionado al principio; Considerando: también que, la ofensiva capitalista por una parte y los altos ideales manumisores que sustentamos por la otra, nos imponen la obligación a todos y cada uno de buscar soluciones, y proponer medios prácticos pendientes a unificar hasta donde sea posible el criterio de los trabajadores para poder adquirir la potencia necesaria que nos ponga las condiciones de lucha en contra del capitalismo opresor. . .”<sup>45</sup>

La convención se inició el 13 de diciembre con la presencia de numerosos “grupos cultura-

les” que asistieron al lado de las agrupaciones: Hermandad Acrata, el grupo Vía Libre, y el Centro Comunista de Orizaba; en este último participaba Aurelio Medrano, que fungió como secretario de actas. La discusión sobre los métodos de acción quedó “empatada”, pues se decidió utilizar tanto la acción directa como la múltiple dejando en manos de la federación la utilización de una u otra según las circunstancias.<sup>46</sup> Es decir para los delegados no hubo antagonismo final entre ambos métodos de lucha sino complementación; es obvio que en su acepción de la acción directa subrayaban más el aspecto del choque frontal contra la patronal, que el de la no relación con el estado. Que se siguió utilizando la acción directa lo corroboran los conflictos que hemos citado anteriormente.

En fin, hemos querido ofrecer algunos elementos que ilustran la gran combatividad de los sindicatos orizabeños en las luchas que se dieron

en el interior de las fábricas en aquellos años; luchas que estuvieron marcadas por la acción directa, tanto como medio de presión para obtener satisfacción a sus reivindicaciones, como por los intentos por intervenir en el control de la producción. Quedan fuera de estas notas las razones del porqué tan tremenda carga de lucha no se desarrolló en el nivel político-social, asimismo quedan sin tratarse la periodización de este ascenso de la lucha de clases o la ubicación de esta experiencia. Estas y otras posibles preguntas esperamos contestarlas en el futuro, hurgando en el pasado de esta valiente clase obrera, que no se sentó a vivir del recuerdo de la revuelta del 7 de enero de 1907, e hizo decir a los perplejos industriales en los años veintes: “...nos preguntamos asombrados, si no nos encontramos ya en un atrevido ensayo de la dictadura del proletariado en el estado de Veracruz”.<sup>47</sup>



Una de las reuniones efectuadas entre el 1o. y el 10 de julio de 1921 por los miembros del Sindicato Textil de Orizaba, pertenecientes a la CROM. (Archivo Sindical textil de Santa Rosa).

<sup>1</sup> Carlos Rama, *Las ideas socialistas en el siglo XIX*, España, LAIA, 1980, p. 182.

<sup>2</sup> *Ibid.*

<sup>3</sup> Para el periodo puede consultarse: Olivia Domínguez Pérez, *Política y movimientos sociales en el Tejedismo*, Tesis de Maestría, Universidad Veracruzana, 1981.

<sup>4</sup> Ana Laura Delgado R., *El sindicato de Santa Rosa y el movimiento obrero de Orizaba*, Tesis de Maestría, Universidad Veracruzana, 1977.

<sup>5</sup> John M. Hart, *El anarquismo y la clase obrera mexicana 1860-1931*, México, Siglo XXI, 1980, p. 187.

<sup>6</sup> CIVSA, Memoria núm. 29, 1923; Memoria núm. 32, 1922.

<sup>7</sup> CIDOSA, Informes diarios, 20 marzo 1923.

<sup>8</sup> CIDOSA, Informes diarios, 22 octubre 1923.

<sup>9</sup> CIVSA, Memoria núm. 43, 1922; Memoria núm. 6, 1923.

<sup>10</sup> CIVSA, Memoria núm. 20, 1921; Memoria núm. 22, 1923. CIDOSA, Informes diarios, 16 marzo 1923.

<sup>11</sup> CIDOSA, Informes diarios, 22 octubre 1923.

<sup>12</sup> CIVSA, Memoria núm. 43, 1922; Archivo del Sindicato de Trabajadores en General de la CIVSA -Fábrica Santa Rosa-; en adelante ASSR, folio 611, 2 octubre 1922; CIVSA, Copiador de Cartas, 21-4 octubre 1922.

<sup>13</sup> *Ibid.*

<sup>14</sup> CIVSA, Copiador de Cartas, 19 marzo y 14 junio 1918.

<sup>15</sup> CIVSA, Memoria núm. 6, 1923.

<sup>16</sup> ASSR, folio 094, 19 febrero 1923.

<sup>17</sup> CIDOSA, Informes diarios, 8 septiembre 1923.

<sup>18</sup> ASSR, (sin clasificación).

<sup>19</sup> CIDOSA, Informes diarios, 2 enero 1923.

<sup>20</sup> Archivo General de la Nación (en adelante AGN), Ramo Presidentes, Obregón-Calles, Leg. 407-0-9 (1923).

<sup>21</sup> ASSR, folio 0354, 31 mayo 1917.

<sup>22</sup> AGN, Ramo Presidentes, Obregón-Calles, Leg. 407-0-9 (1923).

<sup>23</sup> Varias de las ideas hasta esta parte del trabajo han sido tomadas de Adolfo Gilly, "Democracia obrera y consejos de fábrica: Argentina, Bolivia, Italia", en Enzo Faletto y otros, *Movimientos populares y alternativas de poder en América Latina*, México, UAP, 1980, pp. 143-194.

<sup>24</sup> Al parecer estas protestas giraban en torno a lo que los obreros consideraban un fraude electoral, véase: Gaceta Oficial,

tomo XII, núms. 38 y 40, 28 junio y 3 julio 1924; otro caso es el de los obreros de la Santa Rosa que protestaron contra la junta computadora: ASSR, folio 035, 18 septiembre 1918; CIDOSA, Informes diarios, 17 febrero 1922; CIVSA, Memoria núms. 8 y 22, 1922.

<sup>25</sup> CIVSA, Memoria núm. 15, 1922.

<sup>26</sup> CIVSA, Memoria núm. 32, 1922.

<sup>27</sup> AGN, Ramo Presidentes, Obregón-Calles, Leg. 407-0-9 (1923).

<sup>28</sup> *Ibid.*

<sup>29</sup> Miguel Angel Rodríguez, *Los tranviarios y el anarquismo en México*, México, UAP, 1980, p. 238.

<sup>30</sup> AGN, Ramo Junta Central de Conciliación y Arbitraje, (en adelante JCC y A), Exp. 37, 9 julio 1918.

<sup>31</sup> CIDOSA, (sin clasificación).

<sup>32</sup> ASSR, Actas del 1er. Congreso local de la Cámara del Trabajo, octubre-noviembre 1918, (sin clasificación).

<sup>33</sup> ASSR, folio 611, 03, 13 diciembre 1921.

<sup>34</sup> Francisco T. Olivares/Bernardo García Díaz, PHO del CIH.

<sup>35</sup> Linn A. E. Gale a Cutberto Arroyo, 23 marzo, 27 abril, 14 mayo 1920, México; José Refugio Rodríguez a Cutberto Arroyo, 16 abril, 12 junio, 10 julio 1920, México.

<sup>36</sup> Francisco T. Olivares/Bernardo García Díaz, plática informal.

<sup>37</sup> Aurelio Medrano a Acisclo Pérez, 11 septiembre 1920.

<sup>38</sup> Rogelio Viscaíno, *Recordando 1921*, mimeografiado, pp. 7-9; Francisco T. Olivares/Bernardo García, PHO, del CIH.

<sup>39</sup> Manuel Díaz Ramírez a Francisco T. Olivares, 6 marzo 1921, México.

<sup>40</sup> *Ibid.*

<sup>41</sup> Francisco T. Olivares/Bernardo García Díaz, PID, del CIH.

<sup>42</sup> Rogelio Vizcaíno, *op. cit.*, pp. 28-9; Francisco T. Olivares/Bernardo García Díaz, PHO del CIH.

<sup>43</sup> Manuel Díaz Ramírez a Francisco T. Olivares, 6 marzo 1921, México.

<sup>44</sup> *El Inquilino*, 20 agosto 1923.

<sup>45</sup> ASSR, folio 611.00 (2).

<sup>46</sup> ASSR, folio 611.03, 13 diciembre 1921.

<sup>47</sup> AGN, Ramo Presidentes, Obregón-Calles, Leg. 407-0-9 (1923).



# Identidad comunitaria y transformación social: estibadores y petroleros en Tampico (1900-1925)

Lief Adleson

Ubicada en el último recodo del Río Pánuco, antes de su desembocadura en el Golfo de México, Tampico es una prominencia rodeada por agua. El río y las lagunas circundantes han jugado un papel importante en el desenvolvimiento histórico del lugar. En ocasiones fueron causa de su aislamiento y atraso, en otras lo fueron de su florecimiento; y siempre han sido amenaza de inundación y de insalubridad. A partir de 1825, gracias al tráfico marítimo que llegaba a Tampico, la población experimentó un notable crecimiento. Para 1877, no sólo había adquirido el rango de segundo puerto más importante, sino que se le unió por vía terrestre a San Luis Potosí. Con el tiempo vinieron otras transformaciones: modernización del puerto y tendido de vías de ferrocarril. Hacia la vuelta del siglo XX, Tampico se encontraba ligado con una red nacional de distribución de productos, mientras que barcos de alto calado llegaban hasta sus muelles a cargar y descargar. En las primeras décadas del siglo XX sobrevino el descubrimiento del petróleo y, paso inmediato, la entrada de fuertes capitales extranjeros para su explotación. Así, una sola generación fue testigo de la total transformación de esta ciudad ribereña.

Fueron los hombres los que provocaron estos cambios, transformando la geografía en el transcurso de un siglo. En consecuencia, afectaron también las relaciones entre ellos. Si el profiriato fue un tiempo de cambios y novedades

—la llamada modernización— es también un espacio histórico en el que comenzaron a formarse nuevas relaciones y enfrentamientos sociales. Por ello nos interesa destacar aquí dos momentos, en que nuevas condiciones económicas y políticas vinieron a alterar las formas de vida de los tampiqueños. En un primer momento, fue la expansión comercial la que innovó ritmos y pautas. Con todo, la expansión comercial mantuvo un cierto equilibrio entre lo nuevo y lo viejo. Pero la aparición del petróleo significó una transformación total. Nuevos hombres llegaron, unos a controlar y otros a trabajar en la nueva industria. Estos últimos se vieron inmersos en una sociedad donde la empresa y el dinero estructuraron buena parte de su vida, para lo cual tendrían que crear nuevas maneras de ver el mundo y de relacionarse con él.

A fines de julio de 1900, ya maduras las transformaciones provocadas por la expansión comercial, un grupo de 400 trabajadores mexicanos atacó a los braceros importados por la compañía del ferrocarril. Estos braceros provenían de las colonias inglesas y francesas en el Caribe. Estalló en aquel mes de julio la hostilidad latente de los tampiqueños en contra de aquellos que, según creían, les privaban del empleo. Varios antillanos resultaron seriamente heridos; por su parte, los asaltantes saquearon las habitaciones y robaron dinero y ropa. Desposeídos de medios para modificar las estructuras a que los tenían

sujetos, los jornaleros descargaron sus frustraciones contra aquellos que tampoco poseían métodos adecuados para protegerse. Las víctimas, como los victimarios, estaban en los peldaños más bajos de la estructura social.

No muchos años después, en 1924, los obreros de la industria petrolera de Tampico se vieron envueltos en una prolongada huelga. Enfrentaban a la empresa más fuerte del país, la Compañía Mexicana de Petróleo "El Aguila". Gracias a su combatividad y al apoyo que recibieron de la comunidad, lograron negociar un contrato colectivo. Por primera vez se obligaba a un consorcio petrolero a reconocer los derechos sindicales de sus trabajadores. Poco después, los asalariados de la Huasteca Petroleum Company de Mata Redonda, Veracruz —al otro lado del Río Pánuco—, estallaron un movimiento contra las maniobras de la gerencia para instalar un sindicato blanco. La lucha se tornaría violenta, amarga y larga antes de resolverse. Miles de hombres marcharon sobre las instalaciones de la Mexican Gulf Oil Company para apoyar a los trabajadores. La columna fue recibida a balazos por el retén militar que protegía las propiedades. Una huelga general paralizó la producción petrolera en protesta por la masacre. La lucha todavía pasaría por otros momentos violentos y amargos antes de terminar las negociaciones.

Estos dos ejemplos no sólo muestran la militancia de los trabajadores. Muestran también formas diferentes de ver y entender esa militancia. En un caso, el tumulto, la acción directa contra la amenaza de competencia por la fuente de trabajo y la organización espontánea distinguen una forma de acción política. Esto es más cercano a la que autores como Hobsbawn, Rudé y Thompson describen para los albores del capitalismo. Se sustentan, como dice Thompson, en una economía moral que postula derechos naturales (al trabajo, a la subsistencia). El motín, según Hobsbawn y Rudé, era una manera de presión abierta de las clases trabajadoras a los patrones antes de la aparición de los sindicatos. En

el otro caso, la acción directa tuvo como motivo y objetivo la sindicalización; es decir, ya no es sólo una acción espontánea dirigida a resarcir un mal inmediato sino, también, una movilización organizada que perseguía ganar un espacio político. Es menester pues, explicar como surgieron nuevas formas de conflicto y nuevos actores en Tampico, lo cual nos lleva también a describir el paso del Tampico de 1900 al de 1924.

### *La expansión comercial*

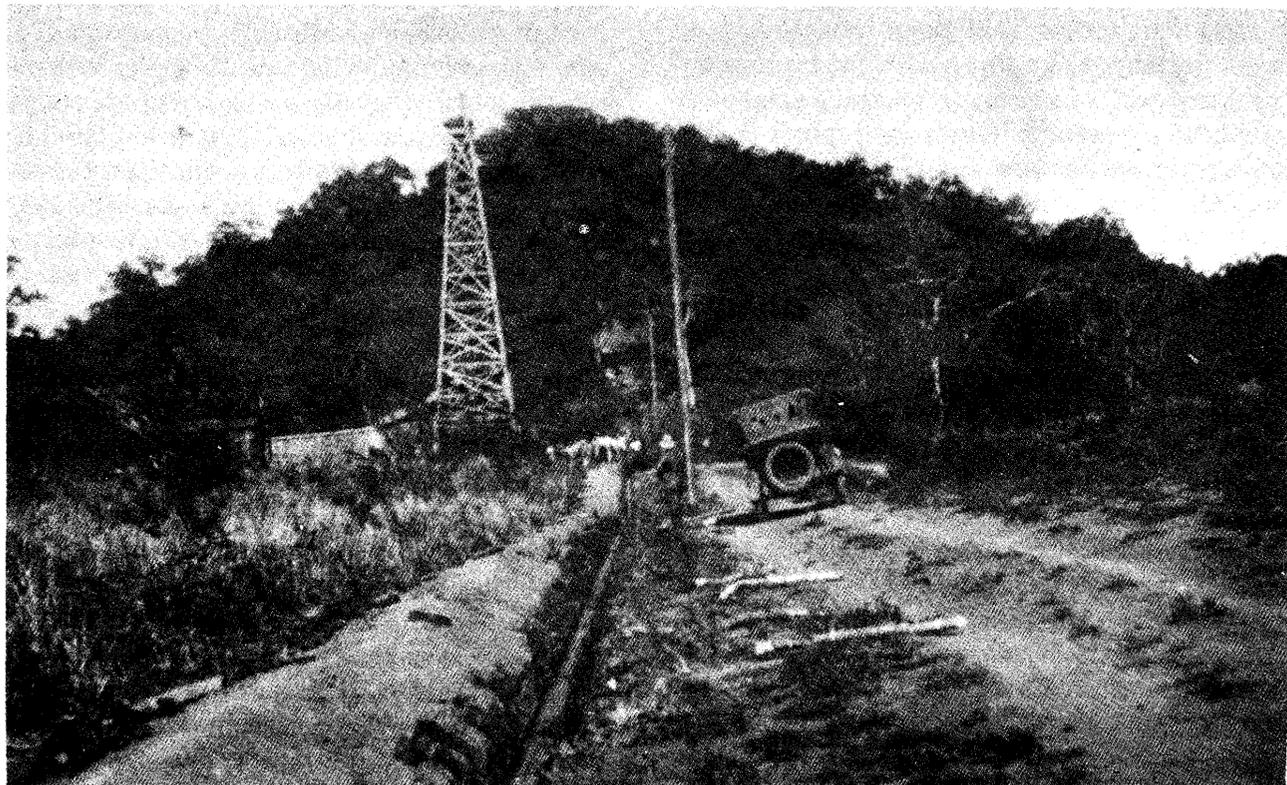
En la última década del siglo XIX, Tampico asumió rápidamente las características de un puerto de altura y se convirtió en una importante plaza comercial de la república. Entre 1885 y 1894, el número de barcos que llegaron anualmente al puerto aumentó de 48 a 328 unidades. Durante el primer año, después de la terminación de las escolleras, el tonelaje de mercancías manejadas en el muelle se multiplicó 3.5 veces.<sup>1</sup> Durante 1892, entraron en uso tres distintos complejos de andenes de desembarco: uno que estaba cerca de la entrada del río que se llamaba "La Barra", el del ferrocarril en Doña Cecilia y el muelle fiscal frente a la aduana marítima.<sup>2</sup>

Por otra parte, el manejo del carbón de piedra y del coque se convertía en una actividad cada vez más importante, ya que la terminación de la vía férrea hizo posible transportarlos al interior de la república. Entre 1892 y 1894 fueron recibidas en Tampico 81 734 toneladas de carbón y 32 331 toneladas de coque.<sup>3</sup> Durante los años fiscales de 1897 y 1898 las cantidades aumentaron a 126 200 toneladas y 103 961 toneladas respectivamente, cifras que representaban el 32% de todo el carbón importado al país y el 73% del coque.<sup>4</sup> En 1903, el tonelaje de estos dos minerales alcanzó 312 526 y 117 570 toneladas respectivamente. Casi la totalidad del carbón servía de combustible para las locomotoras del sistema del Ferrocarril Central Mexicano y el

coque se destinaba a las fundidoras de Monterrey, San Luis Potosí, Aguascalientes y Torreón.<sup>5</sup> Así, el nuevo dinamismo de Tampico acentuó la tendencia imperante, y la carga y descarga de los barcos se estableció como la principal ocupación en la que se ganaban la vida los habitantes del puerto.

El aumento del tráfico marítimo hizo necesaria la contratación de un mayor número de estibadores o alijadores para cargar y descargar el crecido tonelaje de productos en los muelles. La conclusión de las obras de infraestructura en 1893, desocupó a muchos jornaleros que más tarde ingresaron a las filas de los asalariados de los muelles. A su vez, importantes aspectos de los quehaceres de esos obreros fueron modificados por las nuevas condiciones surgidas a raíz de la modernización del puerto. Por ejemplo, se afectó el ritmo de trabajo de los alijadores.

Antes de la apertura del río a la navegación de los grandes barcos en 1892, el traslado de su cargamento se efectuaba en los fondeaderos, fuera de la bocana del río. Pequeñas embarcaciones, capaces de pasar por las aguas poco profundas de la barra, recibían los productos o, en su caso, los llevaban a los buques que los transportarían a otros puertos. Esta operación podía realizarse solamente con el mar tranquilo, por lo que los alijadores tenían periodos de inactividad en espera de que el mar se calmara. Por su parte, las naves que franqueaban la barra, muchas de las cuales eran veleros y goletas procedentes de los puertos cercanos a los Estados Unidos, con frecuencia tenían que anclar fuera de la desembocadura por lapsos de 10 a 20 días, debido al mal estado del tiempo o a las malas condiciones de la barra. De la misma manera, la salida del puerto sólo se podía realizar bajo adecuadas



Pozo petrolero en la huasteca veracruzana, en 1925. (Fototeca INAH).

condiciones climatológicas.<sup>6</sup> La carga y descarga de estos barcos tenía que efectuarse a un paso moderado porque su itinerario dependía de factores, hasta cierto punto, fuera de la voluntad del hombre. Por estas razones, antes de la conclusión de las mejoras que se llevaron a cabo en el puerto, el peso total de mercancías manejadas anualmente pocas veces rebasaba las 20 000 toneladas.<sup>7</sup>

Pero ese ritmo de trabajo empezó a acelerarse cuando los cambios físicos del puerto permitieron la entrada de nuevos tipos de grandes embarcaciones hasta el muelle fiscal.<sup>8</sup> La transformación más importante vino con la llegada de los barcos de vapor, mismos que habían empezado a surcar los mares durante las dos últimas décadas del siglo XIX. Sus dueños exigían de ellos un rendimiento más alto que el de sus predecesores, por dos razones. Primero, los vapores representaban una inversión de capital varias veces mayor a la de las goletas, sus principales competidores. Para recuperar el dinero utilizado en su construcción y operación, tenían que transportar más mercancías con mayor rapidez. Segundo, su propulsión mecánica libró a los vapores de los obstáculos ocasionados por vientos, e inclusive, se podía navegar cuando el tiempo impedía la salida de los veleros. Por ello, sus momentos menos "productivos" eran en los que no cumplían con la función de transferir mercancías por mar de un lugar a otro. Esos momentos tenían lugar en los puertos durante las maniobras de carga y descarga. Como consecuencia de la necesidad de asegurar su utilidad máxima, los responsables de los vapores insistían en que se realizara el manejo de sus fletes lo más rápido posible.<sup>9</sup>

El apresurado ritmo con que se obligaba a efectuar el trabajo fue establecido y mantenido por el uso de los malacates de vapor de los nuevos barcos. Esta maquinaria facilitaba el movimiento rápido de los productos entre las bodegas y los muelles. Una mayor cantidad de carga, de un mayor número de barcos, bajaba y subía con más celeridad. En tierra, los carretilleros tenían que

llevar, traer y alijar más mercancía en menos tiempo. Además, el empleo de estos aparatos creó nuevas especializaciones entre los estibadores: sus operadores tenían que dominar los controles del malacate para manejar eficientemente las líneas sin tirar la carga; los portaloneros tenían la delicada responsabilidad de dirigir, por medio de señales, el movimiento de los cables y redes que alzaban la mercancía; y los alijadores en general, habrían de aprender nuevas técnicas para colocar los objetos dentro de las redes y sobre las "paletas" para evitar que se cayeran durante su trayectoria entre el barco y el andén.<sup>10</sup>

En términos generales, la aplicación de este equipo mecanizado aceleró el movimiento de los bultos, atados, costales y cajas, mientras que las funciones básicas y la organización del trabajo de los estibadores continuaban iguales. Estos laboraban en unidades de 10 a 12 hombres, tanto en los muelles como abordó. Las cuadrillas estaban agrupadas alrededor de cada escotilla del barco y manipulaban el flete que pasaba por ella. Los obreros, dentro de las bodegas de los barcos, tenían que laborar velozmente por largas horas, en lugares estrechos, para llenar las redes con bultos, cada vez que las bajaban los malacates. Cuando les tocaba cargar abordó, los estibadores habrían de colocar cuidadosamente los líos en los sitios indicados según el puerto de su destino. Además, era necesario aprovechar eficientemente el espacio disponible en la cala y acomodar los objetos para que no cambiaran de posición en mares alborotados.<sup>11</sup> En suma, las nuevas exigencias provenientes de la entrada de los vapores obligaron a la fuerza laboral a acostumbrarse a un ritmo de trabajo más intensivo.

Los criterios económicos de los representantes de las líneas navieras afectaron las labores en otra forma. Convencieron a las autoridades del puerto de la imperiosa necesidad de establecer un rápido embarco y desembarco de sus vapores; asimismo, consiguieron el permiso para que los estibadores trabajaran de noche. Como esta concesión se basaba en los requisitos peculiares

de los vapores, sus agentes lograron que, al oscurecer, los navíos de vela se quitaran de los muelles para dar preferencia a las naves de potencia.<sup>12</sup> La ventaja acordada para los nuevos barcos y la discriminación contra las goletas, aceleraron la transición al nuevo sistema de trabajo, mismo que reflejó una rápida adaptación a la tecnología moderna y a las novedosas exigencias de las compañías propietarias de los buques.

Además de las influencias externas, ciertos factores locales provocaron cambios fundamentales en la forma de trabajar de los alijadores, así como en sus relaciones con los patrones. Hasta 1897, cada agencia marítima contratava directamente a los estibadores necesarios para el alijo de los barcos de su representación.<sup>13</sup> De esta manera, cada grupo de obreros solicitaba empleo en las distintas casas navieras (o a cada delegado en el muelle) cuando los buques respectivos llegaban al puerto. Este sistema les otorgó cierta libertad a los trabajadores para escoger la clase de barco en que deseaban laborar y, hasta cierto punto, les permitió decidir no trabajar cuando no querían hacerlo. Puede imaginarse que algunos hombres preferían manejar cargas minerales, otros bultos, otros costales o cajas; algunos deseaban trabajar por largos periodos mientras otros se contentaban con tan sólo un día o varias horas de actividad.<sup>14</sup>

Esta libertad de los alijadores empezó a erosionarse a partir de 1897. En ese año, un norteamericano, el señor Edward M. Rowley, organizó una compañía contratista que se encargaba de proveer la fuerza de trabajo de estiva en el puerto. Logró monopolizar el negocio en un año. Las agencias navieras dejaron de tratar directamente con los alijadores y negociaron exclusivamente con la Casa Rowley. Esta, que ahora fungía como el empleador de los alijadores, estableció una jerarquía de oficinistas y verificadores para estructurar y administrar las labores de carga y descarga. Se instituyó un sistema por medio del cual las cuadrillas se turnaban en el trabajo de

acuerdo con la demanda de mano de obra. Si un hombre o una cuadrilla se negaba a desempeñar el tipo de maniobra que se le asignaba, perdería la oportunidad de trabajar, hasta que su número apareciera nuevamente a la cabeza de la lista.<sup>15</sup>

Este procedimiento ahondaba uno de los problemas más sensibles para los laborantes de los muelles: la irregularidad de su ocupación. De por sí, la estiva y desestiva no era una operación constante ni fija, sino que fluctuaba de día en día según el número de barcos en el puerto, el tamaño de éstos y el tipo, la cuantía y la duración del manejo de la carga. Aunque la mayoría de las líneas de vapores tuviera itinerarios establecidos, con frecuencia se daban retrasos imprevistos, sobre todo debido al mal tiempo y a atrasos en el movimiento de mercancías en los puertos. Por otro lado, algunos barcos navegaban irregularmente. De esta manera, la demanda de estibadores oscilaba de un día a otro. Por eso, el incremento del tráfico náutico que resultó de la modernización del puerto, incrementó la demanda de trabajadores, mas no afianzó su regularidad.

Las variaciones del volumen naviero también afectaban a la misma Casa Rowley. Esta se afanaba para tener siempre disponible una masa de hombres listos para resolver cualquier contingencia. A fin de cumplir con esta meta, el contratista pretendía contar con una reserva de jornaleros capaces de atender a las necesidades del mayor número de embarcaciones que cupiera en el puerto. La Rowley logró este propósito mediante la rotación de las cuadrillas. Le fue posible mantener en expectativas de empleo a grandes aglomeraciones de gente, gracias a que durante la mayor parte del tiempo, la oferta de mano de obra excedía su demanda. Así, la consolidación de todas las operaciones de carga y descarga bajo la responsabilidad de una sola empresa, institucionalizó la irregularidad de esta ocupación.<sup>16</sup> Estas mismas circunstancias le permitieron a Rowley mantener un bajo nivel en los salarios.<sup>17</sup>

cualquier trabajador insatisfecho con el jornal, sabía que afuera esperaban muchos hombres, quienes gustosamente aceptarían la oportunidad de ocupar su lugar a fin de ganar unos centavos para llevar a casa. El hecho de que había solamente un empleador en la rama, fortaleció el control que éste podría ejercer sobre el mercado de trabajo.

Estas vicisitudes no fueron todas las penalidades del trabajo que conocieron los estibadores mexicanos de Tampico, a raíz de la modernización del puerto. Su nivel de desempleo se acrecentaba porque la compañía Ferrocarril Central Mexicano importaba centenares de obreros de las colonias inglesas y francesas del Caribe para laborar en sus muelles en Doña Cecilia. La explicación que la empresa daba al respecto era: "...las clases obreras nativas... no desean hacerlo, ni pueden realizar el tipo de trabajo para el cual se están importando los negros..."<sup>18</sup>

Los operarios foráneos se utilizaron principalmente en el desembarco del carbón de piedra y del coque, una de las tareas más arduas y agotadoras que se ejecutaban en los muelles.<sup>19</sup> Antes de que se construyera en 1903 un andén para su manejo exclusivo, estos minerales se descargaban manualmente a razón de 160 toneladas diarias por cada escotilla.<sup>20</sup> Las modificaciones del muelle se redujeron al empleo de unos aparatos estacionarios que conducían el carbón y el coque hacia los carros del ferrocarril. Las tareas más duras tenían que seguirse haciendo a mano; por ejemplo, los obreros todavía tenían que llenar con palas, desde la cala, las tinas que alzaban las gruas de vapor.<sup>21</sup>

Este tipo de explotación intensiva de mano de obra, ilustra por qué la empresa ferrocarrilera prefería contratar a los jornaleros de las colonias. Deseaba contar con un conjunto de asalariados más dóciles y más dispuestos a prestar sus servicios bajo las condiciones de trabajo mencionadas que los que se podían conseguir en Tampico. Los braceros antillanos vivían aisladamente en barracas y pequeñas casas de alquiler en el pobla-

do de Arbol Grande. Ni hablaban español, ni tenían mucha vida social o contacto con los residentes de Tampico. La separación física y cultural de los trabajadores inmigrantes hizo posible que los empleadores evitaran los problemas del ausentismo y del llamado "San lunes".<sup>22</sup> Por lo demás, la empresa les pagaba directamente sólo la mitad de su sueldo a los operarios importados; remitía el resto a Jamaica, donde los asalariados lo recogían a su regreso después de cumplir con las estipulaciones del contrato.<sup>23</sup> Tal arreglo, tendía a asegurar el buen comportamiento y obediencia de los obreros durante su estancia en Tampico. Con la amenaza de la deportación y el peligro de perder la mitad de su sueldo, los braceros importados acataban escrupulosamente las leyes y se mantenían estrictamente dentro del marco del orden público.

De lo anterior, se puede ver cómo la modernización del puerto afectó durante los años noventa a la fuerza laboral de los muelles. Se incrementó la intensidad de las labores, pero se deterioró el nivel de salario que percibía el jornalero por una unidad de trabajo determinada. Se institucionalizó la irregularidad del empleo, a la vez que se disminuyó la independencia del estibador para elegir su trabajo. Por su parte, las casas consignatarias y líneas navieras obtuvieron una sistematización de la carga y descarga de los buques mediante el contratista Rowley, quien se encargó de explotar más racional y eficientemente la mano de obra. Esta dinámica modernizante sin duda exacerbó las tensiones sociales, pero el aparato gubernamental se orientaba hacia la preservación de la tranquilidad pública.

La definición de la tranquilidad pública, así como su mantenimiento, estaba a cargo de las autoridades locales y estatales. A la cabeza de los poderes que ejercían el mando civil de la plaza estaba el visitador político permanente del distrito sur del estado de Tamaulipas. El presidente municipal era el segundo hombre más

poderoso en las esferas administrativas y políticas de la ciudad. Muchas de las disposiciones emanadas de las dependencias administradas por estos dos funcionarios estaban orientadas directa e indirectamente al beneficio de los más poderosos intereses económicos de Tampico.

Las mejoras portuarias y las campañas sanitarias de la ciudad, propugnadas por los ayuntamientos y patrocinadas por los visitantes políticos permanentes, contribuían desproporcionadamente a socorrer el bienestar de la gente "importante". Por ejemplo, el aumento del tráfico marítimo y del volumen de mercancías manejadas en los muelles provocado por la modernización del puerto, en mucho favoreció a las operaciones de las casas mercantiles. El centro comercial de la ciudad, donde se encontraban las residencias y negocios de las personas económicamente solventes, fue el único lugar donde se empedraron y adoquinaron las calles. El sistema de drenaje y agua potable servía a la misma zona, brindando comodidad y elementos de salubridad para las personas que allí vivían. Pero las secciones más alejadas de las dos plazas principales carecían de esos servicios y sus arterias eran de tierra apisonada, mismas que se llenaban de charcos y lodo durante las temporadas de lluvia.<sup>24</sup>

Entre 1880 y 1914, varios de los comerciantes más importantes desempeñaron el cargo de presidente municipal.<sup>25</sup> Su influencia en el gobierno local significó que la bienandanza de sus establecimientos y la de las empresas de la gente de su clase figurara prominentemente entre las prioridades de las autoridades. Por eso, el gobierno municipal se esforzaba por mantener un ambiente de estabilidad y tranquilidad en el cual pudieran prosperar sus negocios.

Garantizar los intereses de la gente importante implicaba ejercer control sobre la población. Esto a veces requería de la represión de los elementos sociales considerados como amenaza a la conservación de la armonía social, sin la cual la industria y el comercio de Tampico supuestamente no

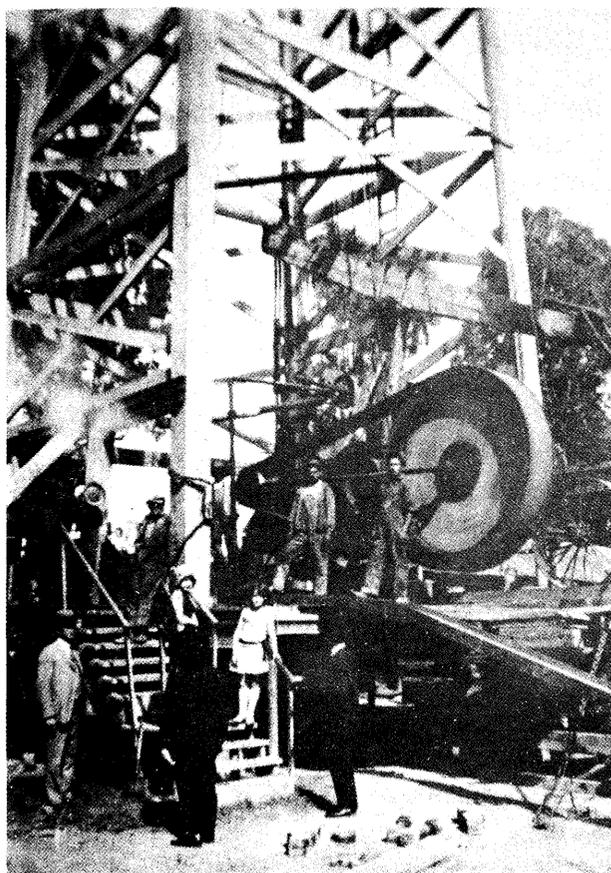
podían florecer. Para los que estaban en el poder, la falta de empleo, la que padecían muchos aparentemente, representaba una amenaza para la paz. Por eso, durante 1904 se ordenaba "... a la policía para que exija a los numerosos jornaleros que sin ocupación vagan por las calles, la cédula que acredite, el que subsisten de honesta ocupación, y en caso de no presentarla, detenerlos internos hasta que comprueben el trabajo a que están dedicados..."<sup>26</sup> El cumplimiento de esa disposición, además de otras tareas represivas para asegurar la tranquilidad de la población, se realizaba por medio de un numeroso cuerpo policíaco bajo la vigilancia del visitador político permanente.

Al igual que en otros pueblos y ciudades del México porfirista, la acción del gobierno tampiqueño favorecía a unos cuantos, mientras que mediante la represión generalizada se intentaba mantener a otros muchos bajo control. Esta política perpetuaba la inmensa disparidad económica y social, lo que fue uno de los rasgos fundamentales propios de la organización social tampiqueña durante los años anteriores a la bonanza petrolera.

La estructura social de la ciudad se formaba principalmente por dos grupos de desigual fuerza y tamaño que se miraban a través de una ancha llanura. En un extremo, estaban los miembros de la clase pudiente, donde en manos de unas cuantas familias, se concentraba el grueso de la riqueza global. En 1913, varios años después de que el comienzo del auge petrolero estimulara la venta de terrenos, toda la propiedad urbana se encontraba bajo el dominio de 168 personas. De ellas, 13 acaparaban el 32% del valor total de las fincas.<sup>27</sup> Varios de estos terratenientes también eran los dueños de un puñado de establecimientos mercantiles que controlaban de cabo a rabo el comercio de la plaza.<sup>28</sup> Entre 1905 y 1907, por lo menos, toda la actividad económica de compra-venta de productos en la ciudad, que en esos años tenía más de 20 000 habitantes, pasaba por 107 establecimientos.<sup>29</sup>

El pequeño núcleo de privilegiados que ejercían este control vivía más que cómodamente.

Al otro extremo del espectro social se encontraban, quizás, el 90% de la población total tampiqueña, que subsistía en calidad de jornaleros, cargadores, estibadores y otros trabajadores manuales sin calificación. En 1896, los haberes diarios devengados por estos obreros rasos, fluctuaban entre 50 y 75 centavos, mientras que los hombres que conocían el oficio de estibador, ganaban entre 1.00 peso y 1.25 por el día de 12 horas.<sup>30</sup> Sin embargo, habría que tomar en cuenta que estos sueldos solamente se percibían esporádicamente dada la irregularidad del empleo, de tal manera que los ingresos promedio diarios estaban más abajo. De cualquier



Plataforma para la extracción de petróleo en los años veinte. (Fototeca INAH).

manera, los salarios percibidos apenas alcanzaban para cubrir los gastos de una familia, ya que, para considerar nada más la alimentación, los frijoles costaban 12 centavos por kilogramo, el maíz 4 centavos por litro, los huevos 3 centavos cada uno, el azúcar 20 centavos el kilogramo, la cebolla se ofrecía a 14 centavos el kilo y la carne de res al por mayor a 20 centavos el kilo. Se puede deducir de las observaciones del cónsul norteamericano en Tampico que, en 1896, la mayor parte de la población tenía dificultades para sufragar los gastos de alimentación.<sup>31</sup>

En el transcurso de los años, la irregularidad de la ocupación no mejoró, en cambio los precios de los artículos de consumo básico aumentaban más rápidamente que los salarios. Por ejemplo, en 1909 la recompensa diaria del obrero sin especialización se había incrementado a un peso.<sup>32</sup> Pero en 1907, el costo del maíz estaba a más del doble de su cotización en 1896.<sup>33</sup> Por eso, los dos principales grupos en que se dividía el grueso del conjunto tampiqueño se encontraba en los extremos de la opulencia y la miseria, entre los cuales existía un extenso páramo.

Los pocos moradores de este espacio social eran un reducido número de artesanos, negociantes de corta escala y profesionistas, quienes formaban la diminuta clase media de Tampico. Por su parte, los obreros calificados se ocupaban en los pequeños y medianos establecimientos productivos donde sus habilidades y conocimientos les dieron cierta independencia de acción y señorío sobre la realización de su trabajo. Los maestros de oficio percibían un salario de aproximadamente el doble del sueldo de los jornaleros y formaban un grupo aparte en sus hábitos y costumbres.<sup>34</sup> Estos menestrales laboraban en un total de 35 talleres: herrerías, hojalaterías, carrocerías, sastrerías, panaderías, fundiciones, relojerías y joyerías, plomerías, carpinterías, mueblerías, corderías y zapaterías, además de una pequeña refinera de petróleo y dos plantas eléctricas. Con todos, su número probablemente no excedía a los 150.<sup>35</sup>

A su vez, los abarroteros y comerciantes con puestos de limitada magnitud, eran individuos de pocos recursos que habían juntado unos cuantos pesos para aventurarse en las aguas del mercado. Tarde o temprano, muchos de éstos naufragaron debido a que el mercado estaba monopolizado por contados establecimientos grandes. Durante el próspero año de 1905 se abrieron 75 de estos “changarros”, con capital en giro de menos de 140 pesos cada uno; en el mismo lapso, fracasaron 50 tienditas de la misma categoría.<sup>36</sup>

Existía algo de identificación entre los artesanos y los tenderos debido a la afinidad de su situación, a lo reducido de sus ingresos y a la similitud de su procedencia social. Por el contrario, el tercer grupo que componía la clase media tampiqueña —los profesionistas— aspiraba e imitaba el estilo de vida de los miembros de la clase alta, con quienes tenían un mayor contacto. Este conjunto de hombres incluía, abogados, dentistas, médicos, periodistas y otras profesiones que ofrecían sus servicios a los que tenían los recursos para remunerarlos. Eran pocos. En 1904 había quizás una veintena de ellos.<sup>37</sup> Durante estos años, los profesionales tuvieron por lo general poca participación en la política local, tal vez debido a que este campo de acción estaba reservado casi exclusivamente para los representantes de los intereses económicos predominantes de la ciudad.

Así se configuraba el panorama social de Tampico antes del auge petrolero. A semejanza de otros lugares de la república, donde el sistema porfirista funcionaba más o menos exitosamente, se trataba de una estructura de desigualdad, en la cual los pocos que acaparaban el poder se imponían a los muchos que estaban desposeídos hasta de su propia fuerza de trabajo. Esta situación que favorecía a unos cuantos, no se sostenía sólo por la fuerza, sino que también contaba con el apoyo de una serie de presiones sociales. Como es de esperarse, éstas prescribían normas de conducta que favorecían al sistema

imperante. Desde luego que las reglas sociales no emanaban directamente de las autoridades, sino que estaban incorporadas a las enseñanzas familiares, se predicaban desde el púlpito y se aprendían inconscientemente en la calle. Aleccionaban sobre la diferencia que merecían los influyentes y poderosos, la obligación de trabajar cumplidamente y de obedecer a los patrones, la necesidad de comportarse con recato para el bien común, la reverencia que se debía mostrar a los rectores de la comunidad por su benevolencia espontánea y la necesidad de respetar la jerarquía social. Las reglas de las autoridades reforzaban esto. De esta manera, el proceso de socialización integraba a los miembros de los diversos estratos, para que conocieran implícitamente su lugar en el sistema y para que aceptaran como inevitable su condición en él.<sup>38</sup>

En resumen, los trabajadores estaban en el primer peldaño de una sociedad en que, mediante diversos medios, se inculcaban hábitos de disciplina social que fomentaban y defendían el patrimonio de una minoría opulenta. El descontento popular hervía sigilosamente debajo de la superficie y con rara frecuencia brotaba a la luz del día. Cautivados por un ubícuo proceso de socialización, a menudo desempleados y vigilados por un aparato policiaco represivo, con pocas excepciones, los obreros aguantaban en silencio las penas de su situación.

Este panorama era producto de un complejo tejido de fuerzas sociales, económicas y políticas. Estos factores y su disposición eran comunes a muchos lugares del país durante el porfiriato, por lo que las condiciones en Tampico probablemente no eran significativamente peores que las de otros parajes mexicanos de la época. Tal vez eran mejores. La principal singularidad de Tampico era la ausencia de las faenas agrícolas y la presencia del trabajo portuario como quehacer primordial de la población. Las diferencias que esto implicaba —en términos de la estructura de poder, de la posibilidad de movilidad social y de los ritmos y oportunidades de empleo— tal

vez distinguían la experiencia de vida en esta ciudad de la de otras localidades de la república mexicana.

A pocos años, esto cambiaría notablemente. La industria petrolera y las actividades asociadas a ella modificaron los contextos político, social y laboral. Traerían oportunidades de cambio para aquellos que se sentían atrapados. A su vez, los cambios engendrarían nuevas contradicciones y pugnas, mismas que tuvieron que ser resueltas por medio de una contienda multiclasista.

### *La expansión petrolera*

Las fuerzas y sucesos que influyeron y determinaron el auge industrial de Tampico eran diferentes a las que se conocían en otros lugares de México. La fase más importante de su expansión y crecimiento aconteció entre 1910 y 1921, lapso durante el cual otras ciudades resintieron los efectos de la revolución. El puerto se constituyó en una especie de enclave social, político y económico. Su relativo alejamiento geográfico de otras urbes y el hecho de que no se situaba en el camino entre dos ciudades ni abordo de una ruta importante de tránsito, contribuyeron a que tradicionalmente estuviese distante del pulso de la nación.

En parte por ello, Tampico y el trabajo petrolero llegaron a tener un aire exótico. Circulaban por muchos lugares del país cuentos de toda índole acerca de las fantásticas oportunidades para hacerse rico con sólo el esfuerzo de agacharse para recoger las monedas de oro que rodaban por las calles.

Los principales campos petroleros se ubicaron al sur y al oeste de la ciudad, lo que propició que Tampico se convirtiera en el centro administrativo y productivo de la nueva industria de una amplia zona del noreste del país. El puerto ofrecía ventajas marítimas para la importación de maquinaria y enseres necesarios para la expor-

tación del producto; asimismo se ubicaba a una distancia razonable de los yacimientos de tal manera que se construyó una red de oleoductos que conducía el crudo a la ciudad para su procesamiento; además, poseía una incipiente infraestructura urbana compuesta por habitaciones, oficinas, obras públicas y sistema de comunicaciones que podían aprovechar las empresas industriales.

Entre 1910 y 1925 diversas empresas extranjeras invirtieron millones de dólares para dotar a sus instalaciones, cercanas al puerto, de sistemas modernos de exploración y exportación del líquido codiciado y de sus derivados. Siete refinerías principales, plantas de tratamiento, aglomerados de tanques de almacenamiento, estaciones de embarque, muelles, talleres, casas de bombeo, laberintos de tubería, etc., salpicaron el paisaje alrededor de la ciudad. Atraída por la oferta de empleo y la promesa de altos salarios durante momentos de intranquilidad social en otras partes, mucha gente emigró a la urbe. La población aumentó de 17 037 en 1910 a cerca de 150 000 en 1921.<sup>39</sup>

La gente que respondió a los fabulosos rumores de aventura, trabajo y riqueza de la zona petrolera, provenía sobre todo de los estados norte-centrales de México. La entidades federativas de donde emigraba gran parte de ella eran San Luis Potosí, Aguascalientes, Jalisco y Michoacán. Además de ser zonas donde el ritmo cotidiano de la vida se había visto afectado por el conflicto revolucionario, estas regiones se han identificado como lugares de donde números importantes de personas han migrado y siguen migrando a otros estados de la república y aun a los Estados Unidos. Esto sugiere que tal vez una porción significativa de la población migrante que pisó los caminos carreteros y que tomó los ferrocarriles rumbo a Tampico durante el primer cuarto del siglo veinte haya tenido algunos rasgos sociales, culturales y económicos similares a los de otros grupos o tipos de migrantes mexicanos en otras épocas.<sup>40</sup>

Cualesquiera que hayan sido los motivos de su peregrinación o las circunstancias generales de su existencia antes de emprender el traslado al puerto, en Tampico los recién llegados encontraron una situación distinta a la que dejaron atrás. Aparte de verse alejadas de los trastornos más visibles de la violencia bélica, la ciudad y la gente que la habitó, experimentaron rápidas y profundas transformaciones. El incremento poblacional, los cambios políticos suscitados por la revolución y las modificaciones económicas asociadas al impacto de la industria petrolera, provocaron dislocaciones en por lo menos tres aspectos de la vida cotidiana.

Primero, durante los doce años de 1910 a 1921, el número total de personas que requería de techo y habitación se multiplicó aproximadamente por seis veces. Sin embargo la construcción y ampliación de cuartos, casas, viviendas y vecindades no siguió el mismo ritmo de expansión. Además de encarecer enormemente el costo del alquiler de las moradas, este proceso aumentó de manera notable el hacinamiento. Esto, a su vez, afectó los términos en que los individuos se relacionaron en el ambiente social de Tampico. Durante los momentos de mayor escasez, se llegó a alquilar por metro cuadrado el piso de las casas con el fin de tener un lugar donde tender un petate por la noche. Era notorio el mal estado e insuficiencia en las vecindades de excusados y baños. Para mantener las condiciones higiénicas mínimas los inquilinos tuvieron que organizarse para realizar las tareas indispensables y para definir las responsabilidades colectivas. Esto implicó que se determinaran novedosas reglas de intercambio y solidaridad social.<sup>41</sup>

Segundo, a partir del triunfo del movimiento maderista en 1911, se debilitaron los mecanismos tradicionales de dominio político. Poco después del cambio de gobierno central, se realizó una multitudinaria manifestación de protesta popular contra el cabildo tampiqueño. Raras veces la gente del pueblo había participado en los asuntos de política local. El mayor número de gente

en y alrededor de la ciudad hizo más difícil la tarea de la gendarmería local para mantener el orden. Por lo demás, la desaparición en julio de 1911 del jefe político porfirista, simbolizó el desmoronamiento del antiguo sistema de control social. Sin la protección que tradicionalmente había sostenido a los cuerpos represivos, muchos miembros de éstos optaron por tomar trabajos mejor remunerados con las compañías petroleras.<sup>42</sup>

Posteriormente, cuando las huestes revolucionarias obligaron a las autoridades y tropas federales a abandonar la ciudad, el cambio de gobernantes regionales contribuyó al desprestigio de la autoridad pública y disminuyó el respeto popular por su mandato. Los nuevos administradores heredaron problemas complejos de sanidad pública, de escasez y encarecimiento de víveres básicos, de una galopante inflación y de conflictos obrero-patronales que aumentaban en número. Los dirigentes revolucionarios mostraron incapacidad para solucionar las dificultades más apremiantes de la población. Por un lado, las aspiraciones y rivalidades políticas de los comandantes militares propiciaron que éstos cambiaran de jurisdicción o que fuesen trasladados de puesto con alguna frecuencia. Las variaciones del estilo, tono, orientación y enfoque entre los jefes castrenses aparecieron como incoherencia y discontinuidad de la política oficial. Por otro lado, los intereses económicos establecidos de la plaza se opusieron a cualquier medida que regulara o afectase negativamente sus prerrogativas. De este modo, se manifestó la inhabilidad gubernamental para estabilizar los precios, regular el costo de la renta de vivienda y para mediar los conflictos entre trabajadores y patrones.<sup>43</sup> Esta conducción anémica de los asuntos políticos y su contraste con la tónica de mano fuerte que la precedió, dejó un vacío de poder. Surgirían, entonces, alternativas populares al margen de las instituciones para resolver los problemas inmediatos.

Tercero, múltiples renglones de la vida cotidiana

na se vieron sujetos a un proceso agudo de comercialización. El alquiler de piezas y cuartos de habitación se convirtió en un negocio magnífico. Era difícil que el trabajador contase con un lugar para descansar por la noche si no disponía de dinero. De modo parecido, las actividades de diversión proliferaron con el afán de lucro. Cantinas, cabarets, salones de baile, cines, etc., abundaron con el propósito de ofrecer al obrero un rato de distracción a cambio de aligerarle un poco del salario que ganaba. La monetarización de la economía también afectó a la salud personal. En la zona costera donde se concentraba el negocio del oro negro, el paludismo era endémico. Su alivio se procuraba con cápsulas de quinina que se obtenían con mayor facilidad en las farmacias, donde gustosamente ofrecían venderlas a precios abusivos.<sup>44</sup>

Circunstancias como éstas definieron el contexto en el cual se dieron modificaciones de comportamiento individual y colectivo. Representaron, en mayor o menor grado, variaciones de las reglas de cómo debería funcionar la sociedad. Tampico, en calidad de emporio de inmigrantes, tenía la peculiaridad de ser una urbe sin historia y costumbres que arraigaran socialmente a los habitantes. Más aún, debido a que la mayor parte de los inmigrantes durante este periodo eran hombres jóvenes, los elementos normativos del comportamiento eran suficientemente holgados. Por otro lado, la satisfacción de casi todas las necesidades básicas reclamaba la intermediación del dinero. Así, la transformación del individuo en el contexto industrial tenía mucho que ver con su relación con los medios de adquisición del circulante, el significado social de éste y la postura del individuo frente a las alternativas sociales que abría su posesión.

La forma más factible de obtener dinero, a parte de la del robo, era mediante el trabajo. Las compañías petroleras ofrecieron salarios atractivos, por lo menos en comparación con los que se pagaban en otras regiones del país, para construir refinerías, tender oleoductos, edificar

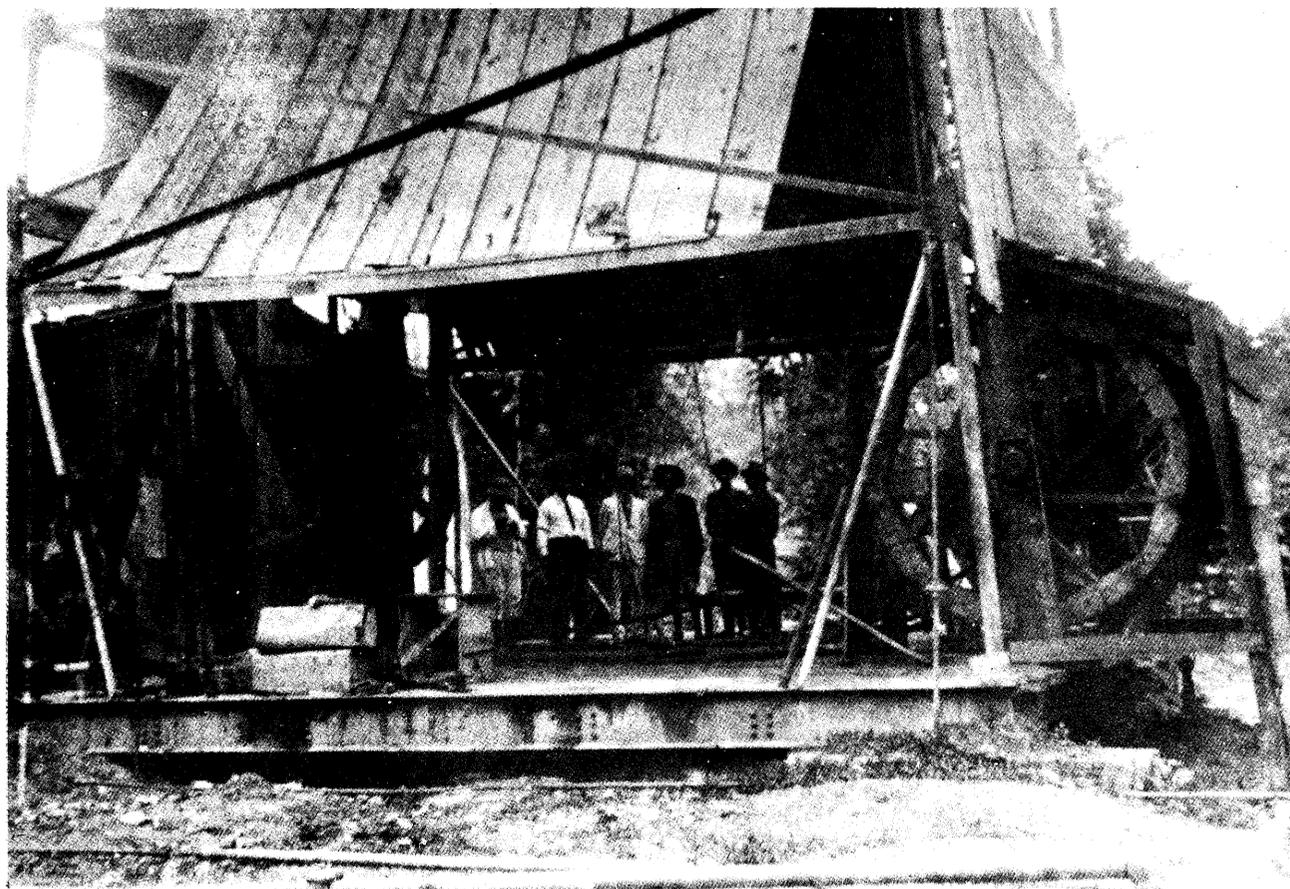
instalaciones de bombeo y almacenaje, así como para abrir vías de acceso y manejar dispositivos y sistemas de tratamiento una vez que se comenzara la explotación del hidrocarburo. En la explotación y aprovechamiento del oro negro se utilizaban procesos cuya tecnología provenía principalmente del exterior. Empero, la implantación de una nueva industria también englobaba múltiples actividades laborales que eran similares a las que se llevaban a cabo habitualmente en otros negocios. Se tenían que construir casas y edificios, realizar trabajos de plomería e instalaciones eléctricas, pintar paredes, abrir brechas, trasladar equipo y materiales de un lugar a otro, etc. No obstante, además de las herramientas y artículos de construcción, las empresas del hidrocarburo también importaron sus propias ideas acerca de cómo organizar y llevar a cabo el trabajo. Poseedores del capital y dueños de la tecnología decidían sobre el monto a pagar a la mano de obra y sobre el tipo y cantidad de materia prima a utilizar, para convertir los montones de ladrillo, cemento, tubos, válvulas, calderas, alambiques, etc., en unidades de producción para su beneficio. Dentro de su lógica empresarial, que medía tiempo y costos contra rendimiento y ganancias, parecía normal a los capitanes de la industria que ellos también regimentaran los procesos laborales.

Para ello se efectuaba una división del trabajo que disgregaba a los componentes de una obra compleja en una serie de tareas elementales. Departamentos de ingenieros trazaban de antemano los pasos a seguir en la construcción de edificios, en la elaboración de piezas, en la realización de tareas de mantenimiento, etc. Así, para los trabajos que demandaban obreros no especializados se asignaba a un capataz la responsabilidad de que su cuadrilla cumpliera con una de las partes básicas de la obra global. Si se trataba, por ejemplo, de la construcción de un edificio, posiblemente le tocara a un grupo de albañiles levantar, cada día, una distancia medida de muro. Mientras cada obrero sabía como pagar

ladrillos, la naturaleza de la construcción total, le era un misterio. Los albañiles, para los usos especializados, tenían que seguir al pie de la letra las instrucciones del capataz (quien a su vez procuraba cumplir con los requisitos fijados por los ingenieros). A veces sucedía que la división de labores estaba tan atomizada, que los trabajadores no podían medir la calidad de su propia producción sino por los comentarios del cabo de cuadrilla.<sup>45</sup>

Este proceder permitía a las compañías vigilar y controlar de cerca el rendimiento de sus obreros. Contrataban diariamente a los operarios necesarios para las obras en progreso y disolvían las cuadrillas tan pronto como terminaran su función. De este modo, muchas unidades de tra-

bajo existían por un solo día. El capataz juntaba un nuevo grupo cada mañana de acuerdo con la tarea asignada. Podía contar con la misma gente, o bien podía buscar un equipo nuevo, o requerir sólo a unos cuantos conocidos para mezclarlos con los principiantes. Esta forma de estructurar el trabajo incorporó aspectos de inseguridad a los ritmos laborales. El jornalero no sabía, de un día para otro, en qué se le ocuparía, ni siquiera si iba a encontrar trabajo. De esta manera no se creaba mucho sentido de identificación con ninguna empresa y con frecuencia los operarios no calificados se trasladaban diariamente de una a otra compañía en busca del empleo que más les convenía. No tardó mucho tiempo para que se manifestaran las consecuencias de este



Exploración y explotación del petróleo en el corazón de las selvas mexicanas. (Fototeca INAH).

sistema. El trabajador terminó sintiéndose un simple vendedor de su fuerza de trabajo dispuesta para ser aprovechada y utilizada como cualquier otro insumo de producción, sin que se preocuparan por la suerte que correría al día siguiente. El trabajo se convirtió en un medio de adquisición de dinero, mismo que servía para sobrevivir en el nuevo ambiente social de Tampico.

En Tampico, para mediados de la década de los veinte, se había operado una transformación de las relaciones entre sus habitantes. Los petroleros no sólo encararon formas nuevas de trabajo sino también formas nuevas de organización social. La importancia del dinero como vínculo central entre los hombres y mujeres rompió

con las relaciones establecidas de control social. El vacío político y la fluidez de una fuerza de trabajo sin ataduras tradicionales que normaran su conducta se combinaron con los conflictos surgidos entre obreros y empresas. De esta combinación nació una nueva manera de relacionarse entre los trabajadores y de entender los enfrentamientos con la empresa. En buena medida esto nos explica el carácter de la huelga de 1924, a la que hicimos referencia en la introducción de este artículo. También en buena medida estos elementos nos explican por qué, en la década anterior a la nacionalización de la industria petrolera, el sindicato de estos trabajadores tampiqueños se caracterizó por su cohesión y militancia.

<sup>1</sup> Elmer Lawrence Corthell, "The Tampico Harbour Works, Mexico" en *Minutes of Proceedings of the Institution of Civil Engineers, With Selected and Abstracted Papers*, Londres, CXXV (1895-1896), parte III, p. 262.

<sup>2</sup> National Archives, Washington, D.C., *Consular Dispatches from Tampico, Record Group 59*, microcopy No. 59 (en adelante, NA/RG 59/M304) rollo 7, cónsul Lieberknecht al Departamento del Estado, 21 de enero 1892.

<sup>3</sup> National Archives, Washington, D.C., *Tampico Post Records, Record Group 84*, Miscellaneous letters sent to U.S. consuls, embassy, and U.S. government departments", (en adelante, NA/TPR/CGD), p. 16, cónsul a Dishman, 11 de enero 1896.

<sup>4</sup> Public Records Office, Londres, *Foreign Office Records* (en adelante, PRO), FO50, Vol. 538 (el número del volumen seguirá el FO número, precedido por un diagonal. Ejemplo: FO50/538), pp. 117-21, cónsul al Foreign Office, Tampico 20 de agosto 1904.

<sup>5</sup> PRO, FO50/538, p. 113, vicecónsul al cónsul en México, Tampico 6 de mayo, 1904; PRO, FO50/538, p. 123, cónsul al Foreign Office, México 20 de agosto 1904.

<sup>6</sup> Juan Manuel Torrea e Ignacio Fuentes, *Tampico, apuntes para su historia*, Tampico, s.p.i., 1942, pp. 133-34; NA/RG 59/M304, rollo 7, cónsul Greathouse al Departamento de Estado, julio de 1889; Corthell, *op. cit.*, p. 260.

<sup>7</sup> National Archives, Washington, D.C., *Tampico Post*

*Records, Record Group 84*, "General correspondence" (en adelante, NA/TPR/GC), 1924, exp. 815.6, cónsul al Departamento del Estado, s/f, (informe del señor Verne Dyer, investigador de la empresa aseguradora y naviera inglesa, Lloyd's Register); Corthell, *op. cit.*, p. 262.

<sup>8</sup> *Ibid.*

<sup>9</sup> NA/TPR/CGD, p. 74, cónsul Magill al embajador en México, Tampico 19 de mayo 1900; John Lovell, *Stevedores and Dockers, a Study of trade Unionism in the Port of London, 1870-1914*, Londres, Mac Millan and Company, Ltd., 1969, pp. 22, 26-27.

<sup>10</sup> "Entrevista al señor Francisco Ruiz Hernández, realizada por S. Lief Adleson". Departamento de Estudios Contemporáneos, Instituto Nacional de Antropología e Historia (en adelante, DEC), PHO/4/57, Tampico 8, 9, 16 y 18 de septiembre 1976; "Entrevista al señor José Reyes Aguiñaga, realizada por S. Lief Adleson". DEC, PHO/4/61, Tampico 4 de diciembre 1976; Lovell, *op. cit.*, p. 37.

<sup>11</sup> "Entrevista al señor Filogonio Olguín Rojo, realizada por María Isabel Souza y S. Lief Adleson". DEC, PHO/4/46, Tampico 4 y 5 de mayo 1975; "Entrevista al señor Juan Castillo Martínez, realizada por S. Lief Adleson". DEC, PHO/4/85, Tampico 9 y 10 de marzo 1978; "Entrevista al señor José Reyes Aguiñaga", *op. cit.*; Lovell, *op. cit.*, p. 37-40.

<sup>12</sup> NA/TPR/CGD, p. 74, cónsul Magill al embajador en México, Tampico 19 de mayo 1900.

13 También las casas navieras dotaban los muelles con la maquinaria y herramientas necesarias para las labores. Véase Secretaría de Fomento, Colonización y Comercio, *Memoria del Congreso de la Unión*, México, s.p.i, 1885, p. 7.

14 "Entrevista al señor Filogonio Olguín Rojo", *op. cit.*; "Entrevista al señor José Reyes Aguiñaga", *op. cit.*; "Entrevista al señor Francisco Ruiz Hernández", *op. cit.* Para una descripción sobre las distintas clases de barcos, cargas, horarios, etc., y sobre la especialización de los estibadores en los puertos de Inglaterra, véase W.M. Langdon, "Casual labor at the Docks" en *The Toynebee Record*, XXIV: 6 (marzo 1912), pp. 78-86. Con respecto a la reacción de los estibadores acerca de la frecuencia de ocupación, véase Raymond Charles Miller, "The Dockworker Subculture and some Problems in Cross-Cultural and Cross-Time Generalizations" en *Comparative Studies in Society and History*, Vol. 11, Núm. 3 (junio 1969).

15 Archivo General de la Nación, México; Ramo de Trabajo (en adelante, AGN-RT), 1914-8 (232-24-3), pp. 46-51, Ortega Elorza al Departamento del Trabajo, s/1, 28 de marzo, 1914; AGN-RT, 1913-8 (206-24-3), Múm. 3, copia del contrato entre la casa Rowley y el Gremio Unido de Alijadores (en adelante, GUA) en el cual se refiere al antiguo sistema para turnar las cuadrillas.

16 En enero de 1905, el presidente municipal de Tampico hizo referencia a la gran cantidad de jornaleros sin ocupación que vagaba por las calles, mientras que el cónsul británico y su colega norteamericano describieron el gran aumento del número de barcos que habían llegado al puerto durante los últimos años. Véase Archivo Histórico del H. Ayuntamiento de Tampico (en adelante, AHT), "Memoria de labores que leyó el presidente municipal saliente de 1904", 1 de enero, 1905; PRO, FO50/544, pp. 60-61; cónsul Jerome al Foreign Office, México 20 de marzo 1905; National Archives, Washington, D.C., *Numerical and Minor Files of Department of State, 1906-1910, Record Group 59*, cónsul Magill al Departamento del Estado, Tampico 13 de noviembre 1906. Para una descripción del funcionamiento del sistema de contratación de estibadores y el método comúnmente utilizado en otros puertos del mundo para tratar el problema de las fluctuaciones de la mano de obra, véase Lovell, *op. cit.*, p. 33.

17 Véase el capítulo 3 de S. Lief Adleson "Historia social de los obreros industriales de Tampico", México, El Colegio de México, tesis inédita, 1982.

18 PRO, FO50/162, cónsul británico en la ciudad de México al Foreign Office, 6 de agosto 1900.

19 AHT, exp. 6-1909, s/n, superintendente de la terminal de la Compañía Limitada del Ferrocarril Central Mexicano al presidente municipal, 23 de febrero; "Entrevista al señor Filogonio Olguín Rojo", *op. cit.*

20 PRO FO50/538, p. 123, cónsul al Foreign Office, México, 21 de agosto 1904; NA/TPR/CGD, p. 173, cónsul al superintendente de la Monterrey & Gulf Railroad, 2 de mayo de 1897.

21 NA/TPR/GC, 1914, exp. 863, vicecónsul Bevan al Departamento del Estado, 29 de septiembre; "Entrevista al señor Filogonio Olguín Rojo", *op. cit.*

22 AHT, exp. 3-1905, "Manifiesto de hacienda presentados", 6 de octubre; PRO, FO50/164, vicecónsul británico al cónsul en la ciudad de México, Tampico 2 de agosto, 1900. En 1909 el superintendente de la citada compañía se quejó repetidamente de que muy pocos obreros mexicanos concurren al trabajo las mañanas después de los bailes en Doña Cecilia, por lo que declaró que se veía precisado a importar nuevamente a los trabajadores antillanos. Véase AHT, exp. 6-1909, s/n, superintendente de la terminal de la Compañía Limitada del Ferrocarril Central Mexicano al presidente municipal, 20 y 23 de febrero.

23 PRO, FO369/23, exp. 13844, vicecónsul al cónsul en la ciudad de México, Tampico 28 de julio, 1905.

24 *Memoria...*, *op. cit.*, p. 7; AHT, exp. 43-1909, s/n, presidente municipal al secretario del estado y del despacho de comunicaciones, 11 mayo, en el cual la autoridad local afirmó que las obras de saneamiento de la ciudad y las de la construcción de las escolleras hicieron "...abrigar a todos los hombres de negocios fundadas esperanzas de que la ciudad sería en término lejano un centro mercantil de primer orden..."; NA/TPR/GC, 1924, exp. 815.6, cónsul al Departamento del Estado, s/f (1924), "Compendio estadístico del puerto de Tampico, México"; Torrea y Fuentes, *op. cit.*, p. 317.

25 Torrea y Fuentes, *op. cit.*, pp. 380, 430-33.

26 AHT, exp. 1-1905, "Memoria de Labores que leyó el presidente municipal saliente de 1904", 1 enero.

27 AHT, exp. 4-1913, s/n, tesorero municipal al presidente municipal s/f (1913), "Lista de causantes de la contribución de fincas para el año 1913".

28 NA/TPR/GC, 1910, exp. s/n, cónsul al Departamento del Estado, 22 de agosto, "Directorio de los comerciantes principales de Tampico".

29 "1905. Noticia de los establecimientos mercantiles existentes en el estado, con expresión del capital aproximado en giro" en *Anuario estadístico del estado de Tamaulipas, año 1905*, Ciudad Victoria, tomo 1, núm. 5 (1906), pp. 97-104; Torrea y Fuentes, *op. cit.*, pp. 285-86.

30 NA/RG 59/M304, rollo 7, cónsul Maguire al Departamento del Estado, Tampico 4 de septiembre, 1896; NA/TPR/CGD, p. 74, cónsul Magill al embajador en México, 19 de mayo, 1900.

31 NA/RG 59/M304, rollo 7, cónsul Maguire al Departamento del Estado, Tampico 4 de septiembre, 1896.

32 La Compañía Mexicana de Express, S.A., pagaba \$1.00 diario a sus cargadores y la Compañía Eléctrica de Tampico, S.A., también remuneraba a sus fogoneros y engrasadores a razón de \$1.00. Véase AHT, exp. "Manifiestos de hacienda presentados", n. "Letras C, D y E", 1909.

33 National Archives, Washington, D.C., *Tampico Post Records, Record Group 84*, "Comercial letters sent and received", 1907, cónsul a la "El Maíz Sugar Plantation Company" (de Chicago, Illinois), 6 de mayo.

34 AHT, exp. 7-1907, s/n, presidente municipal a la Dirección General Técnica, 7 de abril, en el cual incluye una lista de los establecimientos y talleres industriales; NA/RG 59/M304, rollo 7, cónsul al Departamento del Estado, 4 de septiembre 1896, "Lista de salarios percibidos en el distrito consular de Tampico".

35 "Estadística industrial" en Estado de Tamaulipas, Dirección General Técnica, *Anuario estadístico del estado de Tamaulipas, año 1905*, Ciudad Victoria, tomo 1, núm. 4 (1906), pp. 48-51; AHT, exp. 7-1905, s/n, presidente municipal a la Dirección General Técnica, 7 de abril.

36 AHT, exp. s/n-1905, s/n, "Aperturas de giros mercantiles en Tampico durante el año 1905"; AHT, exp. 4-1905, s/n, "Clausura de giros mercantiles durante el año".

37 AHT, exp. 1-1904, s/n, presidente municipal a la Dirección General Técnica, 7 de abril, "Lista de médicos y abogados en Tampico" y "Publicaciones periódicas en el municipio".

38 Un buen ejemplo de esta ideología dominante fue articulada por el señor Pablo Soulés, antiguo tampiqueño activo durante muchos años en esferas oficiales de la comunidad:

*No obstante la heterogeneidad de los elementos que constituían el vecindario de Tampico, todos convinieron en la más completa confraternidad, llegando a constituir un conglomerado social, en el que imperaron los más nobles principios de moralidad y cultura. La honorabilidad era condición que todos procuraban conservar, y la probidad de sus habitantes era proverbial en todas las clases.*

*Los que más podían, ayudaban al que necesitaba auxilio, y todos rivalizaban en actos de filantropía. Tampico se sentía... satisfecho de que nunca hubo aquí sino gente dedicada al trabajo, llenando con él todas las necesidades de sus existencias.*

Citada en Torrea y Fuentes, *op. cit.*, p. 131-32.

39 Boletín municipal de Tampico, v. 48 (25 de diciembre 1910); AHT, exp. 4-1918, s/n, Cámara Nacional de Comercio de Tampico al presidente municipal, 14 de agosto; NA/TPR/GC, 1918, exp. 610, cónsul al Departamento del Estado, 21 de noviembre, "Tampico, México: its past, present, and future"; Ezequiel Ordoñez "El petróleo en México, bosquejo histórico" en *Revista mexicana de ingeniería y arquitectura*, vol. III, núm 3, 15 de diciembre 1932.

40 Las observaciones acerca de la procedencia de los inmigrantes se basa en diversos tipos de evidencia. Por un lado, referencias casuales de lugares de origen, aunque no tiene ninguna representatividad del conjunto de la población, sugieren que numerosos hombres provienen de las regiones mencionadas. Véase, por ejemplo, AHT, exp. 27-1915, jefe de la brigada sanitaria al presidente municipal, 31 de octubre, 30 de noviembre y 1 de diciembre en el cual incluye una lista de personas recluidas en el lazareto municipal y sus lugares de origen. Por otro lado, una lista de cerca de 2,000 pases de ferrocarril expedidos gratuitamente en 1921, para regresar a los obreros desempleados a sus lugares de origen, señala el predominio de sitios en los estados norcentrales como regiones de procedencia. Aunque esta evidencia no es más que una especie de índice de dispersión, puede ser indicativo de los lugares de dónde migraba la gente: Acámbaro, Michoacán,

Cd. Valles, San Luis Potosí, Salamanca, Guanajuato, Encarnación de Díaz, Jalisco, etc. Véase AHT, exp. 83-1921, octubre, 1921.

41 El incremento de hacinamiento se documenta a través de los años en varios expedientes del Archivo Histórico del Ayuntamiento de Tampico. Véase por ejemplo, expedientes 23-1914, 21-1914, 9-1916, 145-1917, 31-1918, en los cuales los informes de la brigada sanitaria dan cuenta del proceso. De modo parecido, el creciente grado de organización de los inquilinos para resolver de manera mancomunada los problemas de higiene y comodidad mínima se documenta en el mismo archivo. Véase por ejemplo, AHT, exp. s/n - 1914, s/n, brigada sanitaria al presidente municipal, 3 y 10 de noviembre; AHT, exp. 15-1915, s/n, brigada sanitaria al presidente municipal, 26 de junio; AHT, exp. 3-1918, s/n, inquilinos de la vecindad conocida como "los 18 cuartos" al presidente municipal, 25 de mayo.

42 Ciro de la Garza Treviño, *La revolución mexicana en el estado de Tamaulipas. Cronología (1885-1973)*. México, Librería de Manuel Porrúa, 1973-1975, 2 vols., pp. 68, 71 y 73; National Archives, Washington, D.C., *Records of the Department of State Relating to the Internal Affairs of Mexico, 1910-1929, Record Group 59*, microcopy 274 (en adelante, NA/SDR) 812.00/2238, cónsul al Departamento del Estado, Tampico 16 de noviembre 1911; PRO, FO371/1392, n. 11270, cónsul Wilson al cónsul general en México, Tampico 27 de febrero 1912; AHT, exp. 112-1914, n. 453, presidente municipal al gobernador y jefe militar interino del estado, 7 de octubre.

43 Véase Adleson, *op. cit.*, pp. 248-288.

44 Sobre el costo del alquiler de casas y cuartos, véase, por ejemplo, AGN-RT, 1913-8 (220-24-1), legajo 26, exp. 68, pp. 9-11, Gremio Unido de Alijadores al Ministro de Hacienda, Tampico 21 de marzo; AHT, exp. 8-1915, s/n, jefe de la brigada sanitaria al presidente municipal, 23 de mayo; AHT, exp. 34-1916, s/n, 90 miembros del cuerpo municipal de policía al presidente municipal, 22 de septiembre; AHT, exp. 257-1917, n. 118, Francis M. Mendoza al presidente municipal, 23 de abril; AHT, exp. 257-1917, n. 181, Atenógenes M. Sevilla al presidente municipal, 16 de mayo; AHT, exp. 169-1917, n. 593, presidente municipal al Secretario de Hacienda y Crédito Público, 7 de julio; AHT, exp. 2-1918, n. 39, inspector de aguas al presidente municipal, 20 de febrero. En Adleson, *op. cit.*, pp. 335-337. Se documentan las formas en que el solaz y recreación llegaron a ser negocios de gran envergadura y uno de los principales destinos del excedente salarial. Por su parte existe amplia documentación en torno a la prevalencia del paludismo y otras enfermedades contagiosas en Tampico, además de las medidas adoptadas para su eliminación. Véanse, por ejemplo, NA/TPR/GC, 1912, exp. 600, s/n, vicecónsul encargado al presidente de la Metropolitan Pharmaceutical Company de New York, 18 de noviembre; AHT, exp. 66-1913, n. 226, presidente municipal al gobernador del estado de Tamaulipas, 28 de enero; "Entrevista al doctor León Fermín Gual Vidal, realizada por S. Lief Adleson". DEC, PHO/4/93, Tampico 14 y 16 de noviembre 1978; National Archives, Washington, D.C., *Tampico Post Records, Record Group 84*, "Sanitary Reports to Department of State", 6 de febrero 1908 al 31 de diciembre 1914.

45 Sobre la operación de las refinerías, la organización del trabajo y su impacto sobre la fuerza laboral, en la región de Tampico, véase Adleson, *op. cit.*, pp. 382-424.

# El breve matrimonio rojo: comunistas y anarcosindicalistas en la CGT en 1921

Paco Ignacio Taibo II

## I) *Nace la CGT*

Por fin, el 15 de febrero, se reunió en la ciudad de México el congreso nacional convocado por la FCPM.

El congreso era un resultado directo del auge de 1920 y de la confluencia de la militancia roja a lo largo del país, <sup>1</sup> era el producto de la reorganización de la izquierda sindical tras dos años de dispersión, ante una CROM que se adueñaba formalmente de la dirección del movimiento obrero para ponerlo a la cola de un proyecto de conciliación clasista.

El acto había sido financiado penosamente: “escribiendo a los amigos, reuniendo fondos de los sindicatos, organizando fiestas que dejaban rendimientos pecuniarios. En ocasiones nos situábamos a las puertas de las fábricas de hilados y tejidos en el distrito de San Angel pidiendo ayuda a los trabajadores. La camaradería asomaba a derecha e izquierda. La espontaneidad nos conmovía y convencía”.<sup>2</sup>

El local, el salón de actos del Museo de Arqueología, había sido prestado por Vasconcelos<sup>3</sup> y se decía que Calles o De la Huerta habían proporcionado 26 pases de ferrocarril para que pudieran asistir los delegados de provincia.<sup>4</sup>

En el momento de la inauguración, se encontraban presentes 65 delegados con mandatos de 50 organizaciones. El número de trabajadores representados puede fijarse en 36 mil.<sup>5</sup> Estos delegados traían la voz de 37 organizaciones obreras y campesinas, 12 grupos culturales, locales comunistas, grupos anarquistas y agrupaciones de la JC, y una delegación fraternal de obreros de El Salvador. La composición era fundamentalmente obrera: 60 obreros industriales y artesanos entre los 65 delegados.

Resulta casi imposible precisar con exactitud las corrientes políticas representadas en el congreso, en la medida en que las fronteras entre anarquistas, anarcocomunistas, comunistas, sindicalistas revolucionarios y sindicalistas industriales, no están fijadas por los militantes en su lucha diaria. Puede decirse que el PCM tenía 10 miembros entre los delegados (Richard Francis Phillips como local del DF, Felipe Hernández como JC, Valadés y Díaz Ramírez como miembros de la dirección de la FCPM, Urmachea y Genaro Gómez como parte de la delegación del sindicato pana-

\* El presente trabajo forma parte del libro *Bolsheviks, una historia narrativa de los orígenes del comunismo en México*, que aparecerá editado por Mortiz-Planeta, y con cuyo permiso lo reproducimos.

dero, Allen como Grupo Cultural Vida Nueva, Juan Barrios representando a los tabaqueros de Veracruz, Baraquiél Márquez de la Federación de Atlixco y Recinos en nombre de la fantasmagórica representación de los obreros salvadoreños). Los anarquistas contaban con al menos 20 miembros de los grupos de afinidad, entre los que destacaban Huitrón (representando a obreros de la Compañía Cigarrera), Quintero (en nombre del grupo Luz), Benito Obregón (por la Casa del Obrero Mundial de Tampico), Moisés Guerrero (por El Palacio de Hierro), Samuel Navarro (de los Hermanos Rojos de Tampico), Rodolfo Aguirre (secretario general de la federación tranviaria del DF), Herón Proal (representando a Antorcha Libertaria de Veracruz) y Ateo Rivolta (del Grupo Libertario Mexicano de propaganda Comunista). Otros dos anarquistas importantes eran los españoles Rubio y San Vicente, que curiosamente traían las representaciones de las locales comunistas de Veracruz y Tampico.

Los industriales estaban representados por Palley, J. Refugio Rodríguez y Wenceslao Espinoza (Administración Mexicana de la IWW, Sindicato de Trabajadores del Petróleo de Tampico y Sindicato Minero de Guanajuato).

Junto a estos grupos más o menos definidos, se encontraba una enorme mayoría de militantes del sindicalismo revolucionario de los últimos años, que se habían formado en la lectura de materiales anarquistas y comunistas, en la fascinación por la revolución rusa y en las prácticas de la acción directa; que leían a Kropotkin, admiraban a Trotski y Levine y llamaban al boicot, al sabotaje en la producción, o a la violencia de masas.

En términos de organizaciones, el congreso mostraba la consolidación de un fuerte núcleo de sindicatos radicales en el valle de México encabezados por la Federación textil (9 mil miembros), los tranviarios (4 mil), los panaderos (3 500), los telefonistas (350), los trabajadores de los talleres de El Palacio de Hierro (560), cigarreros (900), impresores (400), trabajadores

municipales (1 500), canteros (200), ceramistas (100) y jaboneros (150).

Estaban presentes las organizaciones obreras veracruzanas más importantes del puerto (2 000 sindicalizados), representadas por miembros de Antorcha Libertaria que se encontraba escindida en varias corrientes. Del norte del país habían llegado Apolonio Castro por los sindicatos de Sonora (4 mil afiliados) y Mariano Castellanos por los obreros libertarios de Mexicali (400). Eran importantes las ausencias de los sindicatos mineros de Chihuahua y Coahuila, que la CROM seguía controlando, y de los grupos sindicalistas de Monterrey.

Del centro del país llegaban organizaciones de San Luis Potosí (Candelario Lucio representando a los sindicatos de agricultores), Guadalajara (Ignacio López del grupo Propaganda Roja y de los campesinos de Ahualulco), y eran de lamentarse las ausencias de la Federación de Zacatecas, distanciada de la CROM y de los ferrocarrileros de Aguascalientes.

De la zona textil de Puebla y Orizaba llegaban dos fuertes representaciones, la de la Federación de Atlixco representada por Baraquiél Márquez (que contaba en esos momentos con más de 4 mil afiliados en 7 fábricas) y la de los sindicatos obreros progresistas de Santa Rosa;<sup>6</sup> estaban ausentes la importante Federación Sindicalista de Puebla y los hilanderos de Tlaxcala. Había además representaciones de grupos campesinos de Mérida, Puebla y Veracruz.

La mitad, al menos, del sindicalismo radical que se había expresado en el ascenso de 1920<sup>7</sup> estaba reunida el 15 de febrero en el salón del museo de Arqueología.

Una comisión integrada por Herón Proal, Leonardo Hernández, José Allen, Leopoldo Urmachea, Genaro Gómez y Sebastián San Vicente, se hizo cargo de la revisión de credenciales.<sup>8</sup>

La tarea fue apacible, y sólo se produjo un momento de conflicto, cuando la comisión sometió a la asamblea la pretensión de Ciro Esquivel de asistir al acto representando al nuevo Par-

tido Socialista Mexicano. El congreso se negó acusando a Esquivel de "político".<sup>9</sup>

El Partido Comunista de México galelista, denunció acremente la reunión en un manifiesto público en el que sin ver que en el congreso confluía la mayoría de los núcleos sindicalistas revolucionarios del país, denunciaba a sus eternos rivales los miembros del PCM con frases como: "este partido compuesto de serpientes que buscan como sus víctimas a los oprimidos y miserables".<sup>10</sup> En el manifiesto se denunciaba particularmente a la figura de Allen como "individuo que no ha tenido ni salario ni trabajo conocido".

Viendo en el congreso un acto del "otro comunismo", los galelistas se separaron totalmente de la corriente roja y signaron su acta de defunción política.

Allen, mientras tanto, que si bien no tenía "trabajo conocido", cumplía con notable rigor su trabajo "desconocido", informaba a la embaajada norteamericana que las sesiones serían muy "ruidosas",<sup>11</sup> y en eso se equivocaba porque a pesar de las diferencias pesaba mucho la voluntad unitaria entre los asistentes. Araoz de León como secretario de la FCPM lo hacía evidente en el discurso inaugural:

Siendo los tiempos que corremos, de lucha y de agitación revolucionaria, creemos una necesidad ingente la concentración de todas las energías obreras hacia un fin determinado...<sup>12</sup>

Esta voluntad unitaria que duró los siete días de sesiones, tan sólo se vio rota una vez, el 18 de febrero, cuando la delegación de la IWW tras un enconado debate abandonó el congreso.<sup>13</sup> La discrepancia central era que, mientras la mayoría del congreso estaba en favor de la libertad de organización con una estructura federal, los "industriales", estaban por una organización basada en las ramas de industria, centralizada nacionalmente. Palley y Rodríguez argumentaban que los sindicatos de oficio eran la forma más atrasada de la organización obrera, y sus oponentes

que el federalismo y la libertad de organización eran la clave de una organización sindical democrática. Tomando distancia sobre la polémica, podía verse que la mayoría de los delegados al congreso no defendían los sindicatos por oficio; prácticamente ya existían muy pocos representados en ese momento, y todos eran de oficios artesanales al margen de las grandes industrias; es más, varios sindicatos estaban organizados por rama industrial en federaciones (portuarios de Veracruz, tranviarios del DF, textiles del DF y el estado de México), pero conservaban una estructura regional, que acorde a las prácticas del sindicalismo revolucionario, garantizaba mejor la toma de decisiones en asambleas y la coordinación federal del movimiento.

Las resoluciones del congreso reflejaron este espíritu unitario sólo empañado por la ruptura de los "industriales", espíritu que tenía mucho que ver con el aprendizaje del movimiento en los últimos cinco años.

A la pregunta ¿qué organización queremos?, la respuesta era:

Para poder defendernos y educarnos, así como para conquistar la completa emancipación de los Obreros y Campesinos, asentamos como principio fundamental la LUCHA DE CLASES, reconociendo que no hay nada en común entre la clase laborante y la clase explotadora; sostenemos como aspiración suprema el COMUNISMO LIBERTARIO y como táctica de lucha la ACCION DIRECTA, exenta de toda política burguesa.<sup>14</sup>

La nueva organización tomaría el nombre de Confederación General de Trabajadores, y sería una reunión de sindicatos y organizaciones que no "pierden ni perderán su autonomía y libertad en todo aquello que a sus asuntos interiores concierna, como son: cuotas, estatutos, bases, reglamentos, formas de organización, administración, etc., así como tendrán todas las facultades para declarar huelgas y declarar su fin"; esta autonomía sólo quedaba limitada por las situaciones que afectaran al conjunto de la organización y

las necesidades solidarias, punto en el que inter- vendría el consejo federal, máximo órgano de la CGT. Este consejo estaría formado por 1 a 3 delegados de cada sindicato, responsables ante ésta de las opiniones que vertieran y revocables en el acto. Se establecía como máximo principio la solidaridad, a la que cualquier organización federada podría apelar, determinando el consejo federal las formas de esta solidaridad.

La estructura de la CGT se basaba en Federaciones Locales, de las que quedaban excluidas las agrupaciones que tengan en su seno "políticos militantes de cualquier clase".

La coordinación de la CGT entre reuniones del consejo, quedaba en manos de un Comité Ejecutivo confederal que residía en la ciudad de

México, formado por trabajadores, que no recibían ningún sueldo por realizar sus labores, y revocable por el consejo.

El segundo punto de la orden del día respondía al problema de la relación entre los trabajadores y los partidos. Los considerandos establecían que para hacer la revolución se necesitaba la "perfecta organización" de la clase obrera en agrupaciones sindicales, que los partidos políticos "no han sido hasta la fecha sino organizaciones creadas para lograr el escalamiento del poder, los traidores a la causa del proletariado", que el "partido comunista mundial luchaba por el comunismo usando como medio la dictadura transitoria del proletariado", misma que se justificaba si no era "ejercida por un partido que se abrogue la repre-



Los cromistas expresan su descontento, pero siempre conservando su identidad nacional.  
(Archivo Sindical textil de Santa Rosa).

sentación de la clase trabajadora organizada, sino por el proletariado constituido en Consejos de Obreros, Campesinos y Soldados”.

Las conclusiones desconocían a los partidos democráticos o socialistas y reconocían al PCM “como una organización netamente revolucionaria en la lucha”, dándole los mismos derechos dentro de la CGT que a otros grupos culturales (o sea libertad de propaganda, representación en congresos con voz, posibilidad de intervención militante en labores educativas o en el interior de los sindicatos).

El tercer punto de las conclusiones desconocía a la Confederación Panamericana del Trabajo y hacía el llamado a la realización de un congreso que agrupara a anarquistas, comunistas y sindicalistas revolucionarios de todo el continente.

El cuarto punto establecía la “adhesión en principio” a la Internacional de Sindicatos Rojos (ISR), remitiendo esta decisión provisional a un referendun posterior.

El quinto punto establecía una declaración muy formal de protesta contra el terror blanco en América Latina y recomendaba la celebración de actos el próximo primero de mayo denunciando esta situación.

No sé que existan actas de las votaciones en las cuales fue elegido el Comité Ejecutivo Provisional de la CGT, y por lo tanto, es imposible saber si se hicieron bloques, pero ninguno de los dos comunistas del secretariado de la FCPM resultó electo dentro del primer comité, así como ningún miembro del PCM. Dentro del grupo predominaban los anarcosindicalistas: los tranviarios Rodolfo Aguirre, Guillermo Escobar y Genaro Castro, los telefonistas Araoz de León y Benjamín Quesada, la dirigente textil María del Carmen Frías; los anarcocomunistas José Rubio y Sebastián San Vicente<sup>15</sup> que dejarían sus trabajos en Tampico y Veracruz para radicar en el DF, y el anarquista *sui generis*, recién escindido de la CROM, Rafael Quintero. Para el Partido Comunista, el congreso había logrado levantar una potente organización, que si bien

quedaba fuera de la dirección del partido, le permitía tener una influencia importante en un movimiento de masas muy amplio y radical que podía dar la batalla a la CROM por la organización y dirección del sindicalismo mexicano.

Las resoluciones del congreso, fruto de la conciliación entre anarquistas y comunistas y de su coincidencia en el movimiento real de la izquierda sindical mexicana, no eran nada ortodoxas para la lógica comunista internacional, pero correspondían bien al apoliticismo del comunismo mexicano y a su visión soviética del proceso revolucionario. El *status* de grupo cultural, aunque muy limitado según los esquemas que hacían del partido la “dirección única del proceso revolucionario”, les permitía mantener su influencia y su trabajo dentro de la CGT, reconocidos como una fuerza revolucionaria. Igual de exitosa debió de parecerles en ese momento la adhesión de la nueva central a la ISR con sede en Moscú, y la descalificación de la Federación Panamericana del Trabajo, así como la convocatoria de un nuevo congreso Panamericano.

A un año y dos meses de nacimiento, al acabar el congreso el 22 de febrero, el Partido Comunista, que contaba con un par de centenares de afiliados, se había vuelto una fuerza promotora e influyente en la segunda organización sindical del país, la CGT, que contaba con 36 mil miembros a escala nacional, era la fuerza sindical dominante en la capital de la República, y si el ascenso sindical iniciado en 1920 proseguía, tenía grandes posibilidades de organizar a la mayoría de los trabajadores de México hacia la destrucción del capitalismo.

## II) *El Bureau de la Internacional Sindical Roja*

Tan sólo tres días después de haber terminado el congreso que dio origen a la CGT, la Confederación de Sociedades Ferrocarrileras inició una huelga general para su reconocimiento, que habría de sacudir al país.

El gobierno interpretó claramente los alcances de la huelga en una declaración de su ministro de gobernación: "El movimiento huelguístico actual es la oportunidad que buscan los obreros para definir cuál es su poder. Si en esta ocasión cede el gobierno en lo sucesivo no podrá reprimir ningún movimiento en el que tomen parte obreros sindicalizados".<sup>16</sup> Y así actuó. Un día antes de que estallara la lucha fueron despedidos 12 mil trabajadores y substituidos por esquirolas. La medida no pudo impedir que la huelga se generalizara, pero impidió que se paralizara totalmente el ferrocarril.

La respuesta de los ferrocarrileros fue enorme: mítines, propaganda entre los esquirolas, sabotaje, choques contra policías y soldados, manifestaciones. El ejecutivo ocupó militarmente las instalaciones ferrocarrileras y emplazó cañones en Buenavista y Nonoalco. La presencia de los esquirolas produjo varios accidentes graves y el gobierno amenazó con ese pretexto a los huelguistas ferrocarrileros. Se produjeron huelgas solidarias en el Ferrocarril Mexicano que fueron respondidas con nuevos despidos masivos.

La Confederación de Sociedades Ferrocarrileras, independiente de la CROM y de la CGT, pidió apoyo a ambas centrales y obtuvo de la CGT un compromiso de huelga general solidaria, lo mismo que de los cromistas, pero éstos, se dedicaron a buscar una mediación y el apoyo gubernamental, y ante las presiones del ejecutivo, terminaron cambiando la oferta de huelga por una invitación a que los huelguistas se sumaran a su confederación. Mientras las asambleas cegetistas votaban una a una la huelga solidaria, los ferrocarrileros, traicionados por la CROM se replegaban y aceptaban una oferta gubernamental para levantar el movimiento.

La debilidad de la dirección de la Confederación de Sociedades Ferrocarrileras no estuvo a la altura de las movilizaciones de sus bases, y se perdió una gran oportunidad de unificar el movimiento obrero ante una dirección cromista cada vez más desprestigiada.

Poca fue la intervención que los comunistas pudieron tener en el conflicto, pero en esta mínima intervención, destacaron los mítines que Phillips dio en algunos centros ferrocarrileros.<sup>17</sup>

Con los ecos de la gran huelga ferrocarrilera aún en el aire, la misión de la Internacional Comunista integrada por Katayama, Louis Fraina y Carl Johnson, llegó a México en los últimos días de marzo de 1921.<sup>18</sup> Los tres militantes comunistas enlazaron con Phillips, y éste les buscó lugares donde ocultarse. Es muy probable que apenas si hayan podido conversar con Manuel Díaz Ramírez, que salió en los primeros días de abril para Moscú con una credencial de la CGT para representarla en el II Congreso de la Internacional Sindical Roja, y un mandato del Partido Comunista para que los representara en el III Congreso de la Internacional Comunista que se celebraría primero.<sup>19</sup> Uno salía, los otros llegaban.

Valadés, cuenta:

Poco después de la marcha de Ramírez a Moscú, Seaman (Phillips) y Natasha nos invitaron a un café de chinos en la calle de Dolores. Los comparecientes fuimos José Allen, Alfredo Stirner y yo. Nos reuníamos, dijo Seaman, para hablar de un asunto delicado y peligroso, del cual estaba previamente enterado Allen.

Hallábanse en México, advirtió, dos delegados especiales de la Tercera Internacional. Tratábase de dos de los más importantes personajes del comunismo mundial. Uno de ellos había entrado clandestinamente al país por Del Río, Texas; aunque ambos necesitaban burlar a la policía norteamericana que les seguía los pasos.

Tales individuos se llamaban Sen Katayama y Louis C. Fraina.<sup>20</sup>

Lejos estaba Valadés de saber que la policía norteamericana estaba bien informada de la llegada de ambos, porque José Allen se había apresurado a transmitirlo en su informe semanal. Se planteó el problema del alojamiento. Fraina se hospedaba en el Hotel Cosmos bajo nombre supuesto, pero Katayama era muy fácilmente re-

conocible (japonés, más de 60 años, chaparrito, con lentes; una personalidad difícil de ocultar) y Valadés le ofreció alojamiento en su hogar. Tras una “operación” peliculesca en la que Felipe Hernández y él, armados con pistolas *stars*, vigilaron al pequeño japonés durante su traslado, Katayama quedó instalado en el lejano barrio de Mixcoac.<sup>21</sup>

Pocos días después, los delegados de la IC formaban el Bureau. A pesar de que la CGT era la única organización sindical afiliada en México a la ISR, Fraina y Katayama concibieron el Bureau a una escala diferente, más bien como un centro de enlace de los sindicalistas revolucionarios, y un punto de apoyo a la labor cegetista con gran poder de propaganda. El Bureau, desde luego, no tenía estructura latinoamericana, y sus alcances se limitaban a México. Los elegidos para formarlo fueron, Valadés por el Partido Comunista, José Rubio en representación del Comité de la CGT, Palley por la administración mexicana de la IWW y un cromista disidente, el joven impresor Felipe Leija Paz,<sup>22</sup> en nombre del ala izquierda de la CROM. El grupo adoptó el nombre de “Bureau Mexicano de la Internacional Roja de Sindicatos y Uniones de Trabajadores” y comenzó a funcionar los primeros días de abril.<sup>23</sup>

El dinero que manejaba Katayama, y que Fraina había traído desde Moscú, sirvió en principio para profesionalizar a varios militantes: los cuatro miembros del Bureau (Rubio, Valadés, Leija y Palley), Phillips, San Vicente y Rafael Quintero. La profesionalización de Rubio, San Vicente y Quintero, secretarios de la CGT, era contraria al espíritu de los acuerdos del primer congreso, pero formalmente, dado que el dinero no provenía de la organización sindical, de nada podía acusárseles.<sup>24</sup>

El equipo comenzó a reunirse en las oficinas de Palley en la calle Bolívar. Su primera labor fue montar una editorial, la “Biblioteca Internacional”, que inició sus funciones publicando el folleto de J.T. Murphy, “La Internacional Roja de Sindicatos Obreros”; más tarde editó un texto de

Fraina, “El imperialismo norteamericano”, uno de Katayama, “La república rusa de los soviets”, una biografía de Lenin de Máximo Gorki y “El programa de los comunistas” de Bujarin.<sup>25</sup> De abril a diciembre de 1921, el Bureau realizaría ediciones de unos 12 mil ejemplares de esos folletos.<sup>26</sup>

Con esta misma fuente de financiamiento se inició, también por parte de Phillips, la publicación de *El Trabajador*, como órgano extraoficial de la CGT y para impulsar el sindicalismo radical.<sup>27</sup>

En abril de 1921, la CGT estaba viviendo uno de sus mejores momentos. Se habían desarrollado movimientos exitosos en el Valle de México, en los centros textiles y entre los tranviarios, su influencia entre los ferrocarrileros era importante y se les había acercado la Federación de Trabajadores de Zacatecas. La Internacional Sindical Roja, haciendo crecer un poco las cifras, hablaba en su boletín de que la organización había llegado a los 100 mil adherentes.<sup>28</sup>

Los miembros del Bureau, iniciaron una serie de viajes por el país para fortalecer los nexos entre los grupos sindicales y extender la organización radical, además de trabajar entre electricistas del DF y ferrocarrileros (los dos grandes sindicatos independientes del país), Leija Paz probó con los electricistas y fracasó. Valadés viajó a Aguascalientes y tras enlazar con el grupo anarquista *Ni dios ni amo* que dirigía Alfonso Guerrero, fue duramente cuestionado por éste: ¿dictadura del proletariado? “Nada de dictaduras”, aun así lo relacionó con un joven ferrocarrilero que destacaba en la dirección de la Unión de Caldereros, Salvador Rodríguez, que se sumó al trabajo de propaganda.<sup>29</sup>

Con apoyo de los fondos del Bureau, San Vicente se fue a la comarca de Atlixco, donde dirigió una campaña virulenta contra las autoridades y en favor de dos obreros detenidos y acusados de robo y agitación.<sup>30</sup> Rubio y Palley prepararon un viaje al norte del país, en que tocarían Tampico y Monterrey, y Seaman organizó su

presencia en un mítin en Morelia para el 8 de mayo.

Hoy es difícil sopesar la importancia de estos fondos tan reducidos, que apenas llegaban, según diversas fuentes, a una cantidad entre 10 y 25 mil dólares, o sea entre 20 y 50 mil pesos mexicanos.<sup>31</sup> Pero si se piensa que la militancia radical de la época estaba constituida en un 99% por trabajadores industriales y artesanos, con raquíticos salarios; que mantener los periódicos sindicales era una proeza, que los sindicatos, muy jóvenes, apenas si tenían fondos de resistencia y que los sistemas de cuotas voluntarias funcionaban mal, que contar con dinero para viajar era excepcional, que ir en ferrocarril a Aguascalientes costaba seis días de salario de un trabajador, que no existían los permisos sindicales con un sueldo pagado por la empresa, porque los patrones no reconocían a la mayoría de los sindicatos, es fácil entender la importancia de la inyección que proporcionaron los fondos de la Internacional en el movimiento: permitir horas libres a los militantes, pagar pasajes, contar con folletos baratos y prensa regular; también es fácil entender por qué los "dólares rusos" hicieron su mito.<sup>32</sup>

Pero no todo lo hicieron las facilidades del oro ruso y los militantes de la CGT y el Bureau. La propia dinámica de los sindicatos radicales, tras el enfrentamiento de febrero-marzo, preparaba nuevas batallas. La agitación era creciente entre tranviarios y telefonistas en la capital, entre los textiles del cinturón rojo del DF y de Atlixco; y en Veracruz, el trabajo de Fernández Oca, un peruano recién llegado a México llamado Alejandro Montoya y Herón Proal, junto con Galván y Almanza, hacían avanzar el movimiento hacia la formación de una federación local potente, que pronto contaría con un semanario, *Solidaridad*.<sup>33</sup> Sólo las precauciones de las asambleas, conscientes de que un choque en esos momentos podía significar un enfrentamiento frontal con el gobierno de Obregón, impidieron que estallaran las huelgas en la ciudad de México, y tras ellas

la huelga general solidaria que había sido anunciada y discutida en las fábricas.

Así se llegó al 10. de mayo en la capital. La CGT realizó una gran manifestación con intervenciones de Phillips, Rubio y Quintero en las que denunciaba violentamente al gobierno de Obregón. Martín Palley de los IWW intervino también, sellando una nueva alianza entre la CGT y su grupo.<sup>34</sup>

### III) *La expulsión de Gale, el nacimiento del PCRM*

Un mes antes, el 2 de abril de 1921, el agente A. Anaya se presentó en la casa de Linn A. E. Gale encubierto bajo la personalidad de un reportero, lo acompañaban el inspector general de policía y el jefe de las comisiones de seguridad, y traían una orden de expulsión para Gale como extranjero indeseable decretada por Alvaro Obregón. Gale le dijo al supuesto periodista:

No soy enemigo del gobierno, sino en un 10% , por lo que me faltan ideales para ser comunista. Combato la intervención a mi modo, llamando al pueblo de E.U. para que por hermandad se abstenga de atropellar en cualquier forma al pueblo de México. No veo la razón de que se me expulse por esta labor, y menos aún de que se me deporte, y no se proceda enérgicamente, por la misma causa contra los señores De la Huerta, Gasca, Salcedo y otros que me apoyan y apoyaron para hacer esta campaña. En prueba de lo cual exhibo documentos (enseñó cartas cordiales del señor de la Huerta y del gobernador del Distrito).

Por último suplicó no ser deportado a E.U., "porque allí llevo el riesgo de ser acusado del delito de ser slacker".<sup>35</sup>

La causa formal de la deportación era "su labor pernicioso como agitador, y escribir difamando a México".<sup>36</sup> Pero tras la fórmula, se encontraba una situación que el conjunto del movimiento no supo apreciar. Obregón iniciaba una purga en los medios de la izquierda

radical, y la iniciaba empezando con los extranjeros, y entre ellos, el más vulnerable, Linn A. E. Gale, cuyo aislamiento respecto al movimiento obrero era cada vez mayor.

El gobierno notificó a la embajada de México en Guatemala que Gale viajaría hacia allá deportado, porque ese era el país que había elegido y de pasada se comunicó con la agencia financiera mexicana en Nueva York (representación informal de México dado que no había relaciones diplomáticas) para notificar la expulsión.<sup>37</sup>

El cinco de abril llegó a Veracruz para ser enviado a Guatemala y muy confiado, "rogó para que no lo enviaran a Estados Unidos".<sup>38</sup> Algo debería estar presintiendo, porque el gobierno reconsideró su actitud y el 23 de abril lo entregó a las autoridades norteamericanas en la frontera con Texas. ¿Había habido alguna presión estadounidense? ¿Habría habido alguna petición de la AFL a través de Morones para que así se hiciera?

El caso es que, inmediatamente después de su captura, las autoridades norteamericanas decidieron juzgarlo por haber evadido el servicio militar ante lo que, el 23 de abril, Gale inició una huelga de hambre, aunque a fines de mes desistió y fue enviado bajo vigilancia a San Antonio, donde se le encarceló.<sup>39</sup>

Cinco meses más tarde, Gale se pasaba al campo de los renegados, y a través de su abogado informaba que había renunciado a sus anteriores creencias y convicciones políticas, que había cancelado completamente sus conexiones con el movimiento radical y consecuentemente, no necesitaba ayuda de éste, que era absolutamente sincero y que en el futuro no se vería envuelto en actividades radicales. Así terminó su esperpéntica carrera como rojo.<sup>40</sup> En México, con la desaparición de Gale, el PC de M se desintegró, al igual que *Gale's Magazine* y *El Comunista de México*, y sus escasos miembros se dispersaron.

Un mes más tarde, para que la realidad no se simplificara, nació el Partido Comunista Revolucionario de México.

El 10. de mayo se hacía público el surgimiento del nuevo partido que encabezaba el diputado por Guanajuato Nicolás Cano y de cuya dirección formaban parte Diego Aguillón, Rafael Avila y Teódulo Loman.<sup>41</sup>

Supuestamente a partir de los restos del PSM, que había dirigido en sus últimos meses, Cano había organizado el nuevo partido. El 10. de mayo se hizo pública su constitución, en cuyo prólogo por un lado se deslindaba de los partidos que "siguen las instrucciones del gobierno haciéndose pasar por socialistas", y por el otro de "otros grupos con igual denominación (se refería al PCM), cuya actuación es bochornosa, pues malvada o ignorantemente no tienen en su haber un solo acto que los acredite como comunistas". Establecía el derecho a la lucha parlamentaria, y planteaba la necesidad de que los sindicatos se subordinaran de inmediato al partido. El documento incluía un programa y unos elaboradísimos estatutos con cerca de doscientos artículos.<sup>42</sup>

A la desintegración del grupo Gale, siguió el nacimiento del PCRМ que no se desarrolló a escala nacional, pues nunca tuvo ninguna intervención significativa en el movimiento, fuera de algunas asesorías que Cano prestó a trabajadores metalúrgicos del DF.

A fines de 1921, Cano se refugió en Guanajuato, y allí construyó un grupo, junto con W. Espinosa, minero y exdirigente de la IWW en la zona y A.E. Méndez. En noviembre, el PCRМ (que equivalía a su local de Guanajuato) editó el número uno de su periódico *Rebeldía*,<sup>43</sup> e inició una campaña contra el gobierno estatal que habría de durar un par de años, los mismos que su aislamiento.

#### IV) *Cacería de rojos*

Tras la manifestación del 10. de mayo de 1921 en el DF, los cuadros de la CGT y el Bureau, salieron a la provincia a continuar el trabajo

organizativo. Rubio y Palley<sup>44</sup> fueron a Monterrey de donde pensaban continuar hacia Tampico. Para Morelia salieron Phillips con su compañera Natasha, San Vicente y José Allen. Allí celebraron el día del trabajo con una manifestación (atrasada) el día 8.

Tras el mitin, grupos de manifestantes, encabezados por miembros del Partido Socialista Michoacano, siguiendo las mejores tradiciones anticlericales, avanzaron sobre la catedral donde izaron una bandera rojinegra.<sup>45</sup> El acontecimiento no pareció resultar trascendente, y el grupo de militantes rojos regresó al DF.

Cuatro días más tarde, el 12 de mayo, los católicos de Morelia se concentraron para realizar una manifestación de desagravio. Después de ir a la catedral, los grupos se desbordaron por la ciudad. Se multiplicaron los choques. La policía colaboró con los manifestantes y en un tiroteo fue asesinado Isaac Arriaga, dirigente del Partido Socialista, fundador de la Casa del Obrero Mundial en Michoacán, y que había fungido como director de la Comisión Local Agraria estando muy activo en el reparto de tierras durante el gobierno de Múgica. Arriaga en el momento del asesinato además de pertenecer al PSM, era miembro de la CROM.<sup>46</sup>

El acto repercutió en la ciudad de México, y la CROM realizó el 13 de mayo una manifestación que ingresó a la cámara de diputados con una bandera rojinegra. Violentas intervenciones de Carrillo y Soto y Gama pusieron el ambiente al rojo. La policía intervino y hubo detenidos.<sup>47</sup>

Obregón pasó a la ofensiva, y desencadenó la cacería de rojos que había estado preparando desde la huelga ferrocarrilera y cuyo primer ensayo había sido la deportación de Linn A. Gale.

El 23 de mayo, el gobierno dictó órdenes de expulsión contra 10 militantes radicales extranjeros. Dos días después, el partido mayoritario obregonista, el PLC, pedía el desafuero de los parlamentarios que habían intervenido en los acontecimientos del día 13. Obregón, por un

lado golpeaba a los radicales, por otro amenazaba a su propia ala izquierda, devolviendo la ofensa de septiembre de 1920.<sup>48</sup>

Según Robert Haberman, la dirección de la CROM había presionado fuertemente a Obregón para que realizara las deportaciones, él mismo había hablado con Gompers para que éste interviniera cerca de Obregón apoyando la petición de Morones,<sup>49</sup> esta información haría aparecer la manifestación del día 13 en la cámara como una provocación del grupo acción. Obregón, pocas presiones necesitaba de sus aliados; desde enero de 1921, venía intentando quitarle bríos al sindicalismo revolucionario<sup>50</sup> y con el pretexto del 13 de mayo ordenó la deportación de Palley (del que se pensaba era ciudadano ruso) y José Rubio (español) a los que detuvieron en Monterrey; de Phillips (conocido como Seaman), Sebastián San Vicente (español), Natasha Michailowa (polaca), Allen (que a pesar de reclamar su carácter de mexicano fue detenido como estadounidense, cumpliendo por primera vez en su vida su secreta voluntad), el colombiano Jorge Sánchez, Karl Limon (alemán, anarquista, que llevaba 15 años en México, los últimos trabajando en Veracruz en los medios obreros, y últimamente en el periódico *Solidaridad*), de dos norteamericanos de segunda línea en el movimiento, los IWW Walter Foertmeyer y A. Sortmary.

Los oficios que el presidente cursó a la Secretaría de Relaciones Exteriores y Gobernación, señalaban que los "extranjeros indeseables", "han participado en política, violando los principios de la hospitalidad y violando la constitución", eran "agitadores y se les encontraron documentos comprometedores en ese sentido", "intervinieron en los hechos sangrientos de Morelia y en los incidentes de la cámara de diputados, lo anterior justifica les apliquen el 33".<sup>51</sup> Los periódicos pusieron el énfasis en acusarlos de los sucesos del 13 de mayo en la cámara de diputados, a pesar de que ninguno de los detenidos había intervenido en ellos siendo la autoría estrictamente cromista.<sup>52</sup>

Phillips y San Vicente fueron detenidos en la ciudad de México y luego llevados a la prisión de Carretero; iban a ser expulsados a los Estados Unidos, pero las presiones de diferentes grupos sindicales invitaron a Obregón a no repetir la experiencia de Gale, y los enviaron a Manzanillo, donde se les unió la Michaelowa, para de ahí, en vapor, deportarlos a Guatemala.<sup>53</sup>

La captura de Allen en la ciudad de México causó conmoción en la embajada norteamericana. El coronel Miller telegrafió a Milstaff, agente del Departamento de Estado:

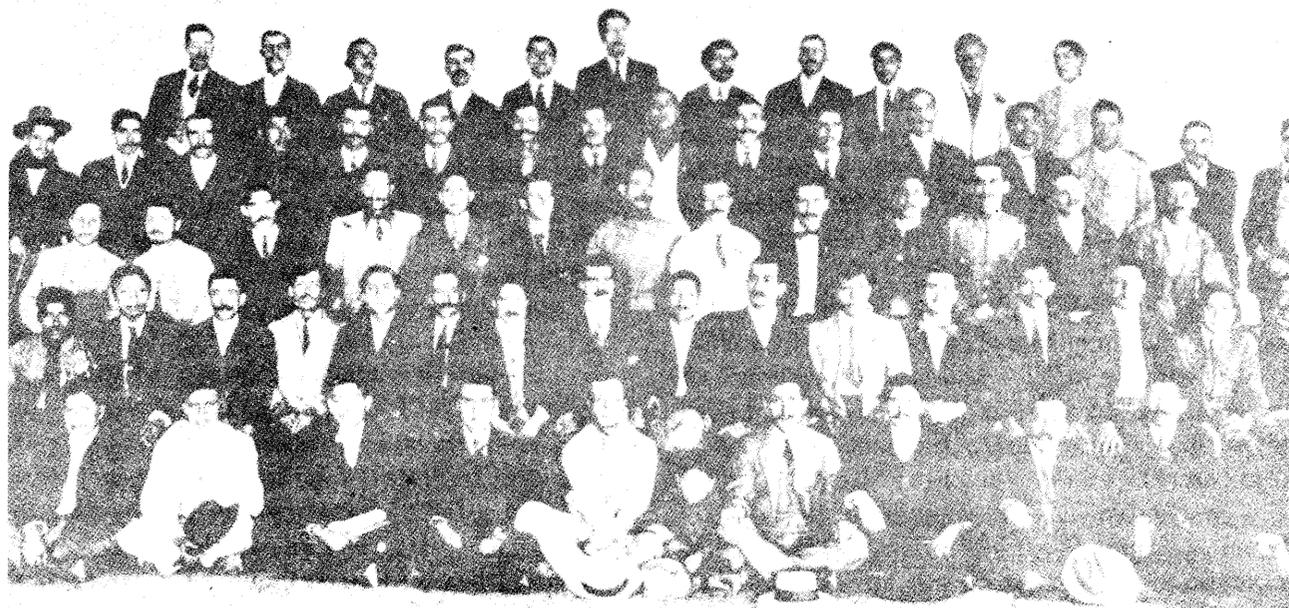
El agente secreto de esta oficina, José Allen, arrestado como rojo pernicioso. Tenía en su persona en ese momento, desafortunadamente, el reporte semanal de esta oficina. El reporte estaba sin firmar y mecanografiado. No tenía indicación de destinatario. Los papeles me los mostró el secretario privado del presidente. Si hay sospecha del gobierno en el asunto, no estoy informado. Su carácter militar se muestra en el reporte de Allen en español. Se pide que esto se remita al Departamento de Estado.<sup>54</sup>

A pesar de sus protestas, Allen, junto con Foertmeyer, fueron llevados a Nuevo Laredo, Tamaulipas, a donde llegó el 21 de mayo y los deportados fueron entregados al departamento de justicia de Laredo, Texas.<sup>55</sup>

Allí fueron interrogados. Un sorprendido agente, después de escuchar una seca respuesta de parte de Foertmeyer que reconoció que era IWW, que había evadido el servicio militar y que lo había hecho porque estaba en contra de una guerra que no era la suya, escuchó cómo Allen confesaba su pertenencia al servicio de espionaje militar norteamericano en México, y para que no quedaran dudas, informó durante varias horas (9 apretadas páginas de texto) sobre los radicales mexicanos.<sup>56</sup>

Mientras que Foertmeyer fue a la cárcel, el 28 de mayo, Allen había sido liberado por la inteligencia militar y se encontraba en Galveston.<sup>57</sup>

Limon fue deportado por vía marítima en los primeros días de agosto, poco después corría igual suerte el español Angel Gómez Estrada, ex-



Los dirigentes de la Casa del Obrero Mundial en 1916, año en que la organización fue reprimida por el régimen carrancista. (Del libro *Obreros somos...*).

dirigente de la huelga del Recuerdo, detenido en Michoacán.<sup>58</sup>

Rubio corrió con menos suerte, Obregón le dio a escoger a dónde quería ser deportado, y no pudiendo ir a Estados Unidos o a Cuba por tener deudas con la justicia, eligió España. El 16 de junio fue embarcado en Veracruz.<sup>59</sup> La siguiente y última noticia que el movimiento obrero mexicano tuvo de él, se recibió desde la cárcel de Oviedo, donde la monarquía española lo había encerrado.<sup>60</sup>

Palley fue expulsado el 26 de mayo también por Laredo y encarcelado por el gobierno norteamericano.<sup>61</sup> Sobre la mesa de Torreblanca, el secretario particular de Obregón, se apilaron los telegramas de protesta de organizaciones sindicales o grupos políticos, incluso se dieron algunos movimientos huelguísticos y se realizaron varios mítines, pero la operación "artículo 33" definitivamente había tomado por sorpresa al movimiento.

Allen regresó a México en agosto, y nuevamente el gobierno trató de deportarlo, pero ya estaba prevenido y mostró su acta de nacimiento y las de sus padres.<sup>63</sup> Sin embargo, no recuperó su lugar en el aparato del partido, y encontró una cierta frialdad aunque no un desenmascaramiento de su actividad como agente. Probablemente a esto contribuyera una filtración a partir de Foertmeyer, o la propia paranoia de Allen que lo condujo a retirarse. Su labor dentro del PCM ya no sería la misma aunque continuó ligado a él.

Phillips y San Vicente no perdieron tiempo. El norteamericano cuenta: "estuvimos en Guatemala alrededor de un mes, durante el cual gracias a los esfuerzos de San Vicente, que realmente era muy capaz en ese sentido, hicimos contacto con algo parecido a un movimiento guatemalteco; fue allí en Guatemala donde recibí el nombre de Manuel Gómez".<sup>64</sup> Phillips y San Vicente colaboraron en la formación de algunos sindicatos en la ciudad de Guatemala<sup>65</sup> y luego cruzaron la frontera clandestinamente regresando a México.

Ninguno de los dos podría volver a actuar abiertamente.

El gobierno no había detenido a ninguno de los dos delegados de la Internacional Comunista, su presencia en México no se había notado (ni Fraina ni Sen Katayama fueron molestados), pero había sacado de la línea de fuego a cinco de los mejores organizadores con los que había contado el radicalismo en México. El hueco que en el PCM dejó la deportación de Phillips mostraría su verdadero valor.

#### V) *El relevo JC y el viejo japonés*

Las deportaciones de mayo y la estancia prolongada de Díaz Ramírez en Rusia, dejaron al partido sin los cuadros claves de su "vieja" guardia, a la CGT sin sus militantes más activos, y al Bureau reducido a José C. Valadés limitado a su labor editorial.

El aislamiento de Fraina y Katayama aumentó, y la crisis de inactividad de los dos cuadros de la Internacional los hubiera consumido, de no ser porque fueron convocados a un congreso de los comunistas norteamericanos en Woodstock, Nueva York, en el que tenían que intervenir como mediadores.<sup>66</sup>

Valadés les organizó el viaje con la ayuda del "negro" García y de los cegetistas veracruzanos, y ambos embarcaron en el puerto, trabajando en un barco de la Ward Line, el norteamericano como minero y el japonés como pinche de cocina.<sup>67</sup>

La Federación de Jóvenes Comunistas dejada a su libre iniciativa se desarrolló vertiginosamente en aquellos meses. Era su actividad una mezcla de trabajo educativo, organizativo y de propaganda a través de la palabra y la prensa. Ninguna influencia tuvieron en la dirección los movimientos sindicales que se dieron entre mayo y agosto de 1921, pero comenzaron a enraizar cada vez más profundamente entre obreros jóvenes de las fábricas.

Respondieron a las deportaciones con mítines y protestas, y aprovecharon para hacer proselitismo en los barrios.<sup>68</sup> “Nos sentíamos gladiadores. Discurseábamos en la plaza del Salto del Agua, en la sala Netzahualcóyotl, en las reuniones sindicales. Poco a poco saltaban nuevos oradores; trasquilando palabras unos; remendando ideas otros; iventando designios los terceros; todo envuelto en el manto de la generosidad y probidad”.<sup>69</sup>

En su local de las calles de San Miguel se instaló una escuela atendida por los militantes más viejos (“los más jóvenes tenían 15 años, los mayores 22”). Se estudiaba “historia social, organización, economía marxista, economía rural, literatura revolucionaria, agitación, filosofía racional, historia de México e inglés”.<sup>70</sup>

Era esta mezcla curiosa de marxismo y anarquismo que hacía que en los mítines se hiciera la alabanza de la revolución rusa, se cantara “bandera negra” y se terminara con el grito de ¡Viva el comunismo libertario!<sup>71</sup>

Se habían constituido comités de la JC en Guadalajara, con Teodoro Michel y José de Alba Valenzuela a la cabeza, en Atlixco con José Rodríguez y Baraquiél Márquez, en Orizaba, con Teodoro Sánchez y Enrique Mata y José F. Díaz había viajado a México para fundar allí la JC.<sup>72</sup>

El periódico *Juventud Mundial* tenía una circulación mensual grande, y un equipo de redacción estable formado por Rafael Carrillo Azpeitia zapatero, María del Carmen Frías (obrero textil), Fernando Avalos, y el estudiante Aurelio Senda.

Además, se habían creado grupos en las zonas industriales del valle de México (Puente Sierra, Tizapán y Tlalnepantla)<sup>73</sup> entre los trabajadores de los Establecimientos Fabriles y Militares donde se combatía a muerte la política conciliadora de Morones<sup>74</sup> y entre los telefonistas.

La labor de los jóvenes comenzaba a inquietar a la CROM que además de sufrir los embates por la izquierda de la CGT, era penetrada por los

jóvenes comunistas en sus reductos. En Puebla, grupos de jóvenes habían pasado de las fábricas de Atlixco a las de la capital del estado haciendo labor de proselitismo, lo que había provocado una dura respuesta de la Confederación Sindicalista de Puebla prohibiendo la organización de los jóvenes obreros dentro de la Federación de Juventudes Comunistas pretextando que trataba de dividir a los trabajadores y que era la “avanzada de la CGT”. *Juventud Mundial* respondió a nombre de su organización que la “Juventud Comunista simpatiza con la CGT porque es afín con sus principios y sus tácticas, pero no es avanzada de ningún grupo o de ninguna organización, sólo está afiliada a la Internacional Juvenil Comunista”; en el texto denunciaba la falsa oposición sindicalismo-comunismo y decía haber “aterrorizado a los que hablan de la acción múltiple”.<sup>75</sup>

A principios de julio, apoyándose en el crecimiento que habían tenido en esos meses, los jóvenes comunistas convocaron a un congreso en el DF que se inició el 30 de julio.

A las seis de la mañana se constituyó la asamblea con delegaciones presentes de Atlixco, Puebla, Toluca, Puente de Sierra, Guadalajara, Orizaba, México, Santa Rosa (uno de cuyos delegados era Mauro Tobón que había abandonado Atlixco para trabajar como obrero textil en esa zona), Tampico, Tacubaya, Sinaloa, Chihuahua, Santa María (San Luis Potosí) y Campeche. En los días siguientes llegaron delegaciones de Oaxaca, Zacatecas, Aguascalientes, Guanajuato, Tampico y Coahuila.

En la mesa del congreso se encontraban José C. Valadés, el sastre Juan Culveaux, administrador de *Juventud Mundial* y el carpintero de los talleres de El Palacio de Hierro, J. Jesús Bernal.

En total, 37 delegados que representaban a un medio millar de jóvenes comunistas de todo el país.<sup>76</sup>

En medio de discursos tonantes y a lo largo de 3 días se ratificó la adhesión a la Internacio-

nal Comunista de los Jóvenes y se delegó a Stirner como representante al próximo congreso de la ICJ, se ratificó la línea antiparlamentaria (“absolutamente antiparlamentaria”), se ratificó la adhesión a la CGT y la relación “fraternal” con el PCM, se tomaron acuerdos contra el servicio militar, se decidió enviar propagandistas a las zonas agrarias y promover la organización comunista entre los aprendices (un proyecto que estaba dando resultados, puesto que los trabajadores más jóvenes tenían poca vida sindical).<sup>77</sup>

En el congreso se encontraba una generación nueva de militantes. R. Gómez Lorenzo, Valadés, Carrillo, Bernal, Felipe Hernández, se sumaban a los 4 hermanos González, Antonio Calderón, el recién llegado Luis Vargas Rea trabajador de El Palacio de Hierro, la costurera María Alonso, el impresor Enrique Arana, el ferrocarrilero José C. Díaz.

El congreso terminó el día 2 de agosto con la elección de un comité nacional en el que Stirner, Gómez Lorenzo y Valadés cedían sus puestos y eran substituidos por Carrillo Azpeíta, Juan González (ferrocarrilero) y su hermana María González.<sup>78</sup> El secretario general en el DF, sería José C. Díaz.

Fuera de consolidar a este grupo de jóvenes militantes, poco había avanzado el congreso para definir los problemas centrales del Partido (entre otros su reconstrucción). No se habían hecho análisis de la coyuntura, no se había estudiado la creciente interacción CROM-gobierno, ni las posibilidades de desarrollo de la CGT.

Estas omisiones no parecieron importarle a la policía que siete días después de terminado el congreso asaltó los locales de la FJC, se llevó su archivo y desalojó a los jóvenes comunistas, obligándolos a refugiarse en locales sindicales.<sup>79</sup>

El regreso de Katayama de los Estados Unidos a mediados de julio, no alteró la situación. Fraina ya no venía con él. Cuando Valadés le preguntó, Katayama se limitó a indicar que Fraina “tenía compromisos extra partido”.<sup>80</sup>

El japonés se hundió nuevamente en el aislamiento y mantuvo sólo relaciones con Valadés.

Hacía vida de estudio y trabajo. Leía en la mañana las revistas y libros que me pedía le comprase en la American Book (...) Desde el mediodía hasta la noche escribía una tras otra cartas epistolares y artículos para los periódicos socialistas de Estados Unidos y folletos que más tarde publicó.

Los informes que sobre México escribía a Rusia generalmente me los leía, pues la geografía mexicana le revoloteaba en la cabeza y los apellidos de mis paisanos se los tenía que deletrear cuatro y cinco veces. Los informes los remitía a un fulano en Nueva York y a otro en San Francisco.

Probablemente a causa de la represión, Katayama decidió abandonar la casa de Valadés, y éste le encontró un nuevo departamento en donde lo puso al cuidado de las hermanas González, miembros de la JC. “Allí, en su nuevo domicilio, escribió una pequeña historia del socialismo en Japón; también un extenso trabajo sobre la política leninista y la organización soviética.”<sup>81</sup> De este estudio hice un extracto que publicamos en México”.<sup>82</sup>

Así corrieron los días hasta mediados de agosto de 1921.

## VI) Díaz Ramírez habla con Lenin

Tras su salida de México, en abril de 1921, Manuel Díaz Ramírez se dirigió a Nueva York, donde con la colaboración de comunistas norteamericanos preparó el viaje a Rusia. Manuel Díaz Ramírez cuenta:

Fui detenido varias veces en la costa del Báltico, en el puerto de Danzing y en otros lugares, ya que las autoridades consideraban sospechosa la presencia de un mexicano en las cercanías de la frontera rusa, tanto más que llevaba visado su pasaporte desde Nueva York para desembarcar en Riga. Aparte del hecho de viajar (y esto era lo peor) en un barco que transporta-

ba a una gran cantidad de rusos emigrados que regresaban jubilosos a su país de origen desde los Estados Unidos.

Al fin, después de algunos incidentes, desagradables unos, otros risibles, logré, después de una odisea por varios países bálticos durante varios días, llegar a Riga; allí permanecí más de una semana eludiendo el espionaje que hervía en el mismo hotel donde viví durante casi ocho días antes de poder salir en un tren, en forma ilegal, atravesando así la frontera, al fin de un viaje fantástico que duró como ocho o diez días desde Riga; viaje que se hace normalmente en unas cuantas horas, pero que en esos días tenía que hacerse muy lentamente debido a la falta de combustible adecuado: las locomotoras quemaban leña verde, no había otra cosa.<sup>83</sup>

En Moscú, Díaz Ramírez fue identificado por Bill Haywood, el dirigente de la IWW a quien había conocido en Estados Unidos; y sus credenciales revisadas y aprobadas por Borodin y Manabendra Nath Roy, y de inmediato comenzó a preparar un informe sobre la situación de México y América Latina destinado al Comité Ejecutivo de la IC.

El 22 de junio dio comienzo el congreso de la Internacional. Díaz Ramírez escuchó a los oradores referirse a la última oleada de derrotas de la revolución europea, y cómo éstas eran minimizadas por parte de los dirigentes comunistas internacionales: "La lucha revolucionaria del proletariado por el poder evidencia en la actualidad (...) un cierto debilitamiento, una cierta lentitud, pero (...) la curva de la revolución es ascendente con algunos pliegues". El capitalismo se encontraba "en agonía" y si acaso los acontecimientos se desarrollaban más lentamente, esto no podía interpretarse como el advenimiento para los comunistas de una etapa de "organización". Era la hora de la revolución mundial y había que ponerse al frente de las masas.<sup>84</sup>

Si bien estas ideas difícilmente deberían encajar en su cabeza con el movimiento que había dejado atrás hacía un par de meses, la tesis sobre la conquista de la mayoría de la clase trabajadora

contra sus direcciones reformistas que era el centro del "Informe sobre la Táctica"<sup>85</sup> se aplicaba bien a la situación mexicana, aunque la traducción "reformista" resultaba muy blanda para los dirigentes del Grupo Acción.

Es muy probable que cuando Díaz Ramírez se sintió más comprometido fue cuando se dio lectura a las tesis sobre la estructuración de los Partidos Comunistas, y se enfatizó una y otra vez sobre la pureza ideológica del grupo de vanguardia, la necesidad del programa, la construcción del núcleo de dirección y centralizador de la actividad partidaria. Estas proposiciones deberían resultarle angustiosas si tenía en mente la debilidad y las carencias del PCM, respecto al modelo que ante sus ojos se exaltaba.

Díaz Ramírez no recibió para él y para su partido directrices más específicas, el congreso ignoró la existencia del subcontinente latinoamericano, aproximándose mínimamente a la problemática de los países no industrializados por la ruta de Asia.<sup>86</sup> Ni siquiera se reflejaba el interés puesto cuando, unos meses antes, se creó el Bureau de la ISR con Katayama y Fraina al frente. Si alguna vez la "Operación América Latina" había parecido prometedora, ahora no lo era más, se había olvidado.

Esto explica por qué Díaz Ramírez se mantuvo ante el congreso en una actitud pasiva, que dejaba un gran espacio para la admiración:

Fue un privilegio para muchos de nosotros representantes de países coloniales (...) conocer, oír y apreciar no sólo al gran conjunto de hombres que habían realizado la enorme tarea de hacer la primera revolución proletaria en el mundo e instaurar el primer gobierno de obreros y campesinos.<sup>87</sup>

No había terminado el congreso de la Internacional Comunista, cuando el 3 de julio dio comienzo el I Congreso Internacional Sindical Roja, para el que Díaz Ramírez estaba acreditado como enviado de la CGT.

220 delegados de 37 países se reunieron para constituir un proyecto sindical internacional alternativo al del sindicalismo socialdemócrata. Un proyecto así, implicaba una alianza en igualdad de condiciones entre comunistas, sindicalistas industriales, anarcosindicalistas y sindicalistas revolucionarios basada en objetivos comunes y en una unidad de acción.

Se dieron fuertes debates en torno a los problemas de la autonomía de la organización sindical respecto a la Internacional Comunista; donde chocó el autonomismo contra la tesis de la estrecha coordinación de ambas internacionales, expresada en el intercambio de tres miembros en sus direcciones (que finalmente fue la que prevaleció). Nuevamente el debate surgió hasta cuando se discutía si el objetivo central era la penetración de centrales socialdemócratas y reaccionarias o la construcción de sindicatos revolucionarios, punto en el que se adoptó una resolución conciliatoria que permitía optar de acuerdo a las condiciones nacionales, aunque recomendando desarrollar el trabajo en las centrales amarillas. Tras los debates flotaba el fantasma del manifiesto de la IC sobre el problema sindical que insistía en que los comunistas deben dirigir y en que el lugar del partido es la dirección y el sindicato su instrumento.<sup>88</sup>

Mediado el congreso, un grupo de delegados solicitó una entrevista con el Partido Comunista soviético para discutir el problema de la represión contra los anarquistas en Rusia.<sup>89</sup> Las entrevistas con la dirección bolchevique, culminaron con una cita para discutir el problema con el mismo Lenin a la que asistieron miembros de 7 delegaciones entre ellos el propio Díaz Ramírez.

Este señala el objetivo de la entrevista así:

En México (...) sosteníamos una lucha muy enconada contra los sedicentes anarquistas o anarquizantes, que obstruían nuestra labor de educación marxista y de lucha comunista entre los obreros (...) sentimos la necesidad de analizar la cuestión y, en consecuencia, participamos en algunas reuniones donde se dis-

cutió y se decidió plantear el problema ante Lenin mismo, para solicitarle su intervención a fin de que se pusiera término a este asunto de los presos, juzgando y condenando a los que fueran culpables y liberando a los que no estuvieran en ese caso, al objeto de que no se les utilizara como bandera de ataque contra nuestros partidos y movimientos revolucionarios por los anarquistas y anarcosindicalistas.<sup>90</sup>

Curiosos argumentos los del representante de una central sindical unitaria en la que militaban conjunta y hermanadamente comunistas y anarcosindicalistas, como lo era la CGT en julio de 1921.

Lenin los recibió a las dos de la mañana,<sup>91</sup> y escuchó al portavoz de los 30 delegados (franceses, españoles, italianos, mexicanos, norteamericanos, ingleses y canadienses). Lenin, según Díaz Ramírez, contestó:

Coincido con todos en buena parte de sus opiniones. Nos piden que solucionemos este problema cuyas repercusiones son perjudiciales para el movimiento revolucionario en sus países, lo mismo que para la revolución de octubre, por el uso indebido e inexacto que hacen de esta cuestión los anarquistas y, naturalmente los elementos burgueses o pagados por la burguesía contra nosotros.

Los anarquistas presos, tanto los de tipo intelectual como Volin;<sup>92</sup> así como otros que habían sido hechos prisioneros con las armas en la mano, serán examinados sus casos nuevamente como ustedes lo desean y libertados, siempre que esto no constituya un peligro para la revolución y su régimen.

La entrevista prosiguió particularizando nuevos temas, y Lenin se dirigió directamente al mexicano para intercambiar opiniones sobre el problema de la utilización de los parlamentos por los comunistas. Díaz Ramírez, tras señalarle el dominio de las tradiciones anarquistas en el movimiento obrero en México, y la ausencia de hábitos parlamentarios entre los trabajadores, durante la dictadura porfirista y la etapa revolucionaria, le expuso que el partido tenía una línea temporalmente antiparlamentaria aunque

“la mayoría de la dirección pensaba que esto era sólo temporal”,<sup>93</sup> táctico, “mientras que el partido se robustecía, nutriendo sus filas con obreros ya emancipados de la ideología anarcosindicalista”, este hecho era aceptado tácitamente aunque el partido no había hecho profesión de fe del antiparlamentarismo.<sup>94</sup>

Lenin, según Díaz Ramírez, le hizo varias preguntas y luego afirmó:

No sé mucho acerca de México, pero teniendo presente su condición de país dependiente, poco desarrollado industrialmente y con un proletariado exiguo; tal vez pudiera aceptarse aunque solamente como medida táctica temporal, esa posición antiparlamentaria, pasajera; lo que sería inaceptable, inadmisibles, en países como Alemania, Canadá y otros. En esos países, esto es un crimen contra la revolución, el cual no podemos menos que censurar acremente en los camaradas, grupos o partidos que sostienen esa actitud, lo que esperamos rectifiquen a la menor brevedad posible.<sup>95</sup>

Díaz Ramírez respondió que “creyendo interpretar la opinión de la mayoría de la dirección de nuestro partido (...) esa posición táctica y pasajera sería modificada en breve”.

Este fue el contenido de la breve conversación de “él único mexicano que habló con Lenin”.<sup>96</sup>

En el congreso, el debate sobre la situación de los anarquistas provocó nuevos y enconados enfrentamientos cuando no se permitió a la comisión informar y Bujarin calificó a los anarquistas en un discurso de “bandidos”.<sup>97</sup>

Por fin, el 20 de julio terminaron las sesiones. Antes de regresar a México, Díaz Ramírez hizo varias giras por Rusia, entró en escuelas, cooperativas agrícolas, fábricas, museos y cuarteles. Palpó la desolación en que se encontraba el país tras la guerra, la revolución y la guerra civil, las dificultades de abastecimiento, las carencias. Sus cuadernos de notas se fueron llenando de anécdotas y retratos, porque se había comprometido ante el Partido no sólo a regresar con un informe, sino a realizar una serie de crónicas

para el periódico *El Demócrata*, con las que obtendría algunos fondos.

Desde el punto de vista de los dos congresos, poco podía llevar de regreso a México, que no operara como un boomerang contra su partido en el interior de la CGT; en cambio, podía volver con las imágenes de la primera revolución, y con abundancia de material para alimentar el mito.

## VII) *Lucha de fábrica y tensiones rojas*

Las expulsiones afectaron al aparato militante de la CGT, pero no impidieron que en el interior de las fábricas siguiera la agitación y las movilizaciones.

En los últimos días de mayo los tranviarios paralizaron sus actividades en la ciudad de México pidiendo aumento salarial. La empresa trató de mover los tranvías con esquirols pero los trabajadores se armaron de palos, fierros y piedras y lo impidieron. Las instalaciones de tranvías quedaron bajo custodia policiaca, y bajo amenaza de intervención militar.<sup>98</sup>

El mismo día, fueron los trabajadores de La Hormiga los que se fueron a la huelga. El gobierno ordenó al jefe de gendarmería montada de Coyoacán que patrullara la zona. La federación textil solidarizándose con las huelgas de La Hormiga y las anteriores de Santa Rosa y Santa Rita (dos pequeñas fábricas) convocó a un paro general de hilanderos si no se resolvía la reglamentación de horas de trabajo y la inmediata reposición de despedidos.<sup>99</sup>

Los primeros días de junio mostraron el progresivo endurecimiento de las relaciones entre el gobierno y el radicalismo sindical. Obregón declaró: “Todos los atentados que sean de carácter bolchevique o provocados por el socialismo anárquico, serán sofocados energicamente por el gobierno de la República”.<sup>100</sup>

En Tampico se reprimió militarmente un

mitin sindical, y en Veracruz se realizó una huelga general de dos horas contra las deportaciones. La represión fue seguida en Tampico por una huelga general de protesta contra las detenciones. Las persecuciones se extendieron a Mexicali y Puebla, y se combinaron con cierres de fábricas y minas, y reducciones de salario y jornadas. El capital contraatacaba. En Santa Rita fueron detenidos dos dirigentes sindicales por hacer mítines en la puerta de la empresa en huelga, en Puebla fueron encarcelados los dirigentes de la huelga panadera.<sup>101</sup>

En Tampico la situación evolucionó hacia una crisis mucho más profunda. Combinada con la movilización obrera y la represión, las compañías presionaban al gobierno de Obregón para que no aplicara un impuesto a la exportación petrolera. Y presionaron cerrando pozos, despidiendo a 20 mil trabajadores y pidiendo la inmediata intervención de la marina de guerra norteamericana.<sup>102</sup>

En este contexto, la CROM el 10. de julio celebra su convención en Orizaba y la CGT el día 9 convoca su primer congreso nacional para septiembre.<sup>103</sup>

El acto cromista (que tan sólo reunió 67 delegados) se caracterizó por el endurecimiento de la actitud de la cúpula de la CROM respecto a la disidencia roja, y la vinculación más profunda al gobierno a pesar de la represión que éste realizó contra algunos movimientos de organizaciones miembros de la central. El nuevo comité se ajusta a la experiencia anterior y dejó los dos cargos más importantes en manos de miembros del Grupo Acción (secretario general José F. Gutiérrez y secretario del interior José Marcos Tristán), con Felipe Carrillo Puerto como tesorero de la central amarilla.<sup>104</sup>

La CGT mientras tanto, creció. Se recibieron adhesiones de la Cámara del Trabajo de Zacatecas. Se incorporaron los trabajadores organizados de Sinaloa. Y de Jalisco se le unieron la Unión de Carpinteros, la Unión de Trabajadores del Hierro, los campesinos de Santa Inés y el Centro Li-

bertario de Obreros y Campesinos de Ahualulco.<sup>105</sup>

Su crecimiento no estaba desvinculado de la crisis de la dirección cromista que en medio de su creciente movilización y la represión patronal y obregonista, tenía muy poco margen para maniobrar. En el DF, la CROM pierde el 16 de julio al Consejo Feminista Mexicano<sup>106</sup> y el 21 de julio se produce una escisión en la FSODF al abandonar las filas de la CROM un grupo encabezado por Rosendo Salazar, el secretario general de la FSODF, José Guadalupe Escobedo, Luis Araiza de los sindicatos metalúrgicos, Diego Sandoval y Felipe Leija Paz.<sup>107</sup>

Medianas y pequeñas fábricas se van a la huelga en esos meses, pero el movimiento no toma una forma global, ni siquiera a escala regional. La CGT, se ve incapacitada para dirigir el estallido, y se limita a protagonizar una guerra de guerrillas, en muchos casos defensiva y a escala de empresas.

Por esos animados días de julio, regresan a la ciudad de México clandestinamente Phillips y San Vicente, tras su experiencia guatemalteca. Phillips no localiza a Katayama ni a Fraina. "Mi actividad abierta cesó. Yo no podía actuar porque se suponía que no estaba en México".<sup>108</sup> Cambia nuevamente de nombre, y ahora bajo el seudónimo José Rocha<sup>109</sup> y enlazando con los jóvenes comunistas, concreta su trabajo en la organización de un semanario del partido. Así, nace *El Obrero Comunista* el 18 de agosto. Su declaración de principios está muy en la línea que Phillips ha propugnado: construir el partido, que no es diferente al movimiento, sólo su vanguardia, un diario que sea expresión de las luchas de los trabajadores. Implícitamente, un diario que señale la línea a una CGT sin dirección real, y que permita la reconstrucción del partido comunista. Sin embargo, el número 1 del periódico contiene muy poco material sobre las luchas fabriles que están agitando a la República, y es incapaz de ofrecer una alternativa táctica al conjunto del movimiento. Apoya iniciativas como la de la organización roja de los obreros del petróleo

en un sólo sindicato lanzada por la CGT, pero no aporta una visión más amplia. El periódico muestra la debilidad de la juventud comunista que si bien ha crecido y aumentado su influencia, se encuentra al margen de las luchas fabriles y de los problemas tácticos generales que afectan al movimiento. El periódico en cambio ofrece abundante material ideológico: declaraciones de la IC sobre el imperialismo, un manual de trabajo clandestino tomado de la prensa comunista norteamericana, y dos colaboraciones de Fraina y Katayama que llegan a través de Valadés; un artículo titulado "La república rusa de los soviets" del japonés, y un artículo de Luis Carlos Fernández (Louis C. Fraina) titulado "Construid el partido comunista", escrito sin duda meses antes. En él, Fraina tras aceptar que el partido no existe en México, señala que la clase obrera es revolucionaria, pero que necesita del partido, su vanguardia, para la conquista del poder.<sup>110</sup>

No piensan lo mismo, sin duda, los anarquistas de la CGT, que eligen esta etapa de confusión para desencadenar una ofensiva ideológica contra la revolución rusa. Los argumentos pueden sintetizarse en un artículo de Tomás Martínez publicado en *Solidaridad*, donde se caracteriza el "socialismo de estado" como el "último puntal que le queda a la burguesía llena de terror", y tras señalar que se reprimía en Rusia a los anarquistas, denuncia a los que "no ven más allá de sus narices" por creer que en Rusia se está instituyendo el comunismo libertario.<sup>111</sup>

Estos argumentos, novedosos en México, correspondían a la llegada a nuestro país de denuncias de los anarquistas europeos; materiales como la carta de Kropotkin "A los obreros de Europa Occidental" o las denuncias de Alexander Berkman y Emma Goldman. Con argumentos tomados de estos textos y de materiales que se recibían de algunos anarquistas españoles, Huitrón y Quintero abrieron el debate en el eterno foro de los radicales mexicanos, el local de los panaderos, sobre la validez de la "dictadura del proletariado". En tres sesiones, se polemizó

públicamente sobre el tema, teniendo los comunistas tan sólo la voz de Vargas Rea para oponerse a los argumentos ácratas.<sup>112</sup>

Ni Katayama, ni Phillips, en sus mutuas y separadas reclusiones, pudieron hacer oír su voz en el encuentro que rompía la fraternidad anarco-comunista en México, a causa de los acontecimientos sucedidos a millares de kilómetros.

#### VIII) Congreso de septiembre

Los jóvenes comunistas y Phillips, no dieron mayor importancia a las tensiones que se estaban desarrollando entre ellos y los anarquistas dentro de la CGT. Tres días antes de que se iniciara el congreso, *El Obrero Comunista* saludaba su próxima apertura con un par de artículos muy formales.<sup>113</sup> En un balance sobre lo sucedido desde el congreso de febrero, se encontraban tres males a criticar: la falta de fondos debido a que las cuotas nunca se fijaron y las federaciones no las pagaron, la debilidad del comité ejecutivo nacional que "no obró con energía y por largos intervalos casi dejó de funcionar" y la falta de participación en las huelgas, porque algunos militantes abusaban de la propaganda ideológica y no hacían trabajo en el movimiento.

En el segundo punto señalaba que los tres secretarios que actuaron correctamente fueron Rubio, Quintero y San Vicente y con la deportación de los dos españoles, Quintero se quedó solo. La deducción que sacaban, era un llamado a que se eligieran "compañeros activos" y que estuvieran "en condiciones de cumplir".

El tercer punto lo abordaban de una manera muy particular: "La confederación no debe convertirse en una organización de propaganda ideológica, en un pequeño secto (sic). La propaganda ideológica es más bien un trabajo de un partido comunista (...) Hay que haber división de trabajo (sic)".

Las críticas eran muy moderadas: "Esperamos que se comprenderá que hemos ofrecido nuestros

criticismos, no con el fin de pugnar, sino en el más alto espíritu del compañerismo”.

El artículo terminaba depositando sus esperanzas en que la CGT reafirmaría su adhesión a la ISR y a la tesis de la dictadura del proletariado.

Desde luego, la convocatoria, tampoco parecía anticipar un debate interno entre anarquistas y comunistas. El punto de la ratificación de la permanencia a la ISR no estaba en la orden del día; lógicamente, dado que el delegado de la Confederación, Manuel Díaz Ramírez, no había regresado a México, y el temario no incluía ningún debate sobre diferencias tácticas o estratégicas; de hecho, la convocatoria no invitaba a dar más que dos discusiones centrales: la actitud de la confederación ante la represión gubernamental, y la preparación de una convención panamericana. El punto siete, a cambio, dejaba abierta la presentación de proyectos por los asistentes y su debate.<sup>114</sup>

El domingo cuatro de septiembre en el local de la confederación, se iniciaron las sesiones. Asistían cuatro federaciones locales, las del DF, Zacatecas, Mérida y Atlixco, dos federaciones industriales, la de Tranvías y la de Hiladeros del

DF. Por primera vez estaban presentes la mencionada federación de Zacatecas, la de Guadalajara y grupos de la zona de Puebla. Acudieron también la escisión cromista (Salazar, Araiza y Escobedo) y los restos de la administración mexicana de la IWW que venía a sumarse a la Confederación.

No faltaban los núcleos radicales del DF (panaderos, telefonistas, El Palacio de Hierro), a los que ahora se había sumado el sindicato de carpinteros dirigido por el anarquista Pioquinto Roldán.

Se notaba la ruptura del equipo rojo de febrero que estaba produciéndose en el puerto de Veracruz al aproximarse el negro García a las posiciones de la CROM, porque sólo habían acudido tres sindicatos veracruzanos, el de los campesinos de Ojital (que representaba Ursulo Galván), el de carretilleros y el de los tabaqueros.

Se habían perdido para los rojos los textiles de Orizaba, y por motivo de distancia no asistían los sindicatos rojos de Sonora, Sinaloa y Mexicali.

Era también de notarse la desorganización en la que había quedado el movimiento radical de Tampico tras la huelga petrolera, pues en el



Manifestación de protesta en defensa de la CROM y en apoyo al gobernador del estado. Orizaba, 16 de agosto de 1931. (Del libro *Obreros somos...*).

congreso sólo estaba representado un pequeño grupo de afinidad, el grupo "Solidaridad".

El Partido Comunista no tenía más que 2 representantes indirectos, ninguno a nombre del PC, en cambio la Juventud reunía, directa o indirectamente, 11 (Valadés por la redacción de *El Obrero Comunista*, Vargas Rea por el Grupo Cultura y Acción, Juan González por la JC de Toluca, Leovigildo Avila por la fábrica de Metepec, Jesús Bernal por El Palacio de Hierro, Felipe Hernández, panadero, Rafael Carrillo, María Alonso y Antonio Calderón, por la Federación, Daniel González por la JC de Guadalajara y Teodoro Sánchez por el grupo libertario Conflagración de Orizaba).<sup>115</sup>

Mucho se ha malinformado sobre la composición del congreso de septiembre. El boletín de la ISR comentaba que de los 73 delegados al congreso "sólo 25 eran comunistas", el propio Louis Fraina repetía en otro artículo cifras similares.<sup>116</sup> La verdad es que entre los 59 delegados (varios de ellos reunían más de un mandato), 13 pertenecían al partido y a la juventud (los 11 citados miembros de la JC, Ursulo Galván de la local del PCM de Veracruz y el panadero Genaro Gómez). Pero así como los comunistas eran minoritarios, también lo eran los anarquistas. Entre sus delegados podía señalarse a Huitrón (representando al Grupo Luz) a Quintero y a Rodolfo Aguirre (con la representación del comité confederal saliente), a Fructuoso Aguirre de Tampico, a Manuel Flores de Zacatecas, a los telefonistas Araoz de León y Antonio Pacheco, al yucateco Doporto, al viejo Roldán y al peruano Alejandro Montoya que representaba grupos anarquistas de Orizaba y Santa Rosa.

Una capa de sindicalistas moderados tenía por vez primera un lugar importante en el congreso (representada por el grupo de Zacatecas y los recién salidos de la CROM), y a la enorme mayoría, no podía ponerse un sello que identificara claramente su ideología, aunque formaban parte de la "corriente roja" del sindicalismo revolucionario.

Lo que es cierto, es que de los 13 comunistas, sólo 5 tenían voto, y los demás eran sólo delegados con voz, de acuerdo con los estatutos. Lo mismo podía decirse de los anarquistas, quienes de sus delegados, sólo 6 tenían voto, puesto que los otros estaban en la categoría de representantes de grupos o miembros del comité nacional saliente.

Los debates se originaron desde la discusión para aprobar algunas credenciales. La de Valadés fue cuestionada señalando que los jóvenes comunistas tenían varias formas de hacerse presentes en el congreso, la de Mercado (de los carretilleros de Veracruz) fue rechazada porque llegó una comunicación donde sus representados lo acusaban de haber tenido intervención en "política"; incluso la de los ferrocarrileros de Yucatán, Arzamendi y Rodríguez, por sus supuestos nexos con el Partido Socialista Yucateco. Nuevo conflicto al rechazarse la credencial de Leonardo Hernández, puesto que sin ser molinero representaba a ese sindicato, cosa que prohibía la convocatoria. Por último, tras acalorado debate se aceptó la credencial del sindicato campesino de Jerez, Zacatecas.<sup>117</sup> Genaro Gómez, el dirigente panadero, también estuvo sometido a duras críticas por algunos delegados.<sup>118</sup>

Los primeros puntos de la orden del día se agotaron rápidamente, condenando la represión gubernamental, pronunciándose por los sindicatos únicos y acordando realizar un congreso panamericano, y los debates más áridos se pospusieron hasta los días finales.

El punto siete, registró debates calientes. Se presentaron proposiciones de Phillips (supuestamente enviadas desde Guatemala, porque aunque se encontraba en el DF tenía que mantenerse clandestino) sobre las condiciones que se debían exigir para pertenecer a la CGT, un punto de solidaridad internacional con las "hambrunas" en Rusia y un proyecto para enfrentar el desempleo. Los trabajadores de Atlixco presentaron un proyecto contra el trabajo infantil, Rosendo Salazar dos, uno sobre educación racional y otro

sobre reglamentación salarial, los delegados de la IWW insistieron sobre las virtudes del sindicalismo industrial, y los veracruzanos un proyecto para que la CGT apoyara la ley de reparto de utilidades que se había decretado en su estado;<sup>119</sup> José Valadés, hablando en nombre de los comunistas presentó varios proyectos, uno sobre contabilidad industrial, otro sobre el tipo de movilización que debería realizar la CGT en cada conflicto, y un tercero sobre las relaciones entre la CGT y el Partido Comunista y la Internacional.<sup>120</sup>

Sobre los primeros puntos se fueron dando resoluciones de poca trascendencia para el curso de la historia que aquí se narra, pero ante la última intervención de Valadés, que criticaba la labor de los grupos culturales y pretendía que la organización se concentrara en la movilización económica, cediendo a los comunistas la labor de educación ideológica, se provocó una fuerte respuesta por parte de los anarquistas, quienes además pretendían que el acuerdo de adhesión a la ISR se sometiera a referendun. En el debate se mezclaban las discrepancias (no muy claras) entre las diferentes concepciones de relación que debería guardar el grupo militante con la organización sindical,<sup>121</sup> con ataques a la revolución rusa, y

al concepto de dictadura del proletariado; se unía a esto, la demanda de que la organización tuviera control sobre los fondos que Valadés manejaba en nombre del difunto Bureau de la ISR.

La ofensiva, no encontró una respuesta en los jóvenes comunistas desbordados por la oratoria de los viejos ácratas, y Valadés cuenta que tuvo que soportar sobre sus espaldas el peso de la respuesta.<sup>122</sup>

El congreso se cerró con la retirada de los jóvenes comunistas, a los que no acompañó ninguna organización sindical.<sup>123</sup> Se aprobó una resolución en la que se sometía a referendun la permanencia en la ISR y se nombró un comité de seis miembros en el que dominaban los sindicalistas (Escobedo, Salazar, Balleza y Sandovál) con la presencia de dos anarquistas (Escobar y Doperto).<sup>124</sup>

Sin que formalmente se hubiera dado, la escisión entre los comunistas y los anarquistas se había producido. Los jóvenes comunistas habían cedido a los anarquistas la influencia en el interior de la única oposición de masas al sindicalismo amarillo de la CROM.

Los anarquistas habían escindido la oposición roja, el breve matrimonio había terminado.

1 En el "Informe sobre los rojos", caracterizábamos así la confluencia de *lo rojo*: "San Vicente saltando de Cuba (donde es perseguido por "bombero") a México; los asaltos a los carros cervecedores de los trabajadores de la FCPM, el sovietismo del empleado de la Cámara de Diputados que vende la constitución rusa en la ventanilla; la diaria guerra a muerte contra los capataces en las factorías textiles del DF, Ferrer Aldana encerrado en una mísera imprenta editando periódico tras periódico, las huelgas generales solidarias que encadenan un gremio a otro, una ciudad con otra; el Motín de Metepec al grito de ¡Viva Rusia, mueran los gachupines!; la vitalidad brutal del local de las calles de Netzahualcóyotl, *alma mater* de toda actitud revolucionaria, de toda inquietud social; la resistencia en los talleres de El Palacio de Hierro, el empuje y la extraordinaria vitalidad del puñado de jóvenes comunistas; el centenar de periódicos obreros editados en tan sólo tres años; la gloriosa rectificación de los pactistas del 15 como Huitrón y Aguirre que vuelven de la conciliación de clases para sumirse de lleno en el proyecto clasista; la evasión de las alternativas corruptoras cromistas de cuadros como Leonardo Hernández, el internacionalismo único y verdadero que engrandecía a esta gente; las noches de "banca sindical por toda cama de José Rubio". Francisco Ignacio Taibo II, Rogelio Vizcaíno, *Memoria Roja*, México, Leega-Júcar, 1984, p. 102.

2 José C. Valadés, *Memorias*, México, manuscrito, pp. 220-221.

3 *El Universal*, 16 de febrero de 1921.

4 Informe de Allen, 13 de febrero de 1921, National Archives, Washington, RG 165, 820-1323. En otro informe Allen dice que los pases los dio finalmente el ministro de Hacienda Adolfo de la Huerta. Informe Allen 25 de febrero 1921, National Archives, Washington, RG 165, 10058-0-50-6.

5 Estas estadísticas se realizaron sobre la base de una lista unificada y elaborada a partir de los siguientes materiales: J.C. Valadés, "Apuntes sobre el Congreso Constituyente de la CGT", *manuscrito*, archivo JCV. Informes de Allen en National Archives, Washington, RG 165, 10058-0-50-81W9. *Libertario*, núm. 2, Veracruz, extra del 26 de febrero de 1921. *Conclusiones sobre la convención convocada por la FCPM*, 4 pp, archivo autor. Los libros de Huitrón, Luis Araiza y Salazar-Escobedo tienen información complementaria: Jacinto Huitrón, *Orígenes e Historia del Movimiento Obrero en México*, México, EMUSA, 1974. Luis Araiza, *Historia del Movimiento Obrero Mexicano*, 4 volúmenes, México, ed. COM, 1975. Rosendo Salazar, José G. Escobedo, *Las pugnas de la gleba, 1907-1922*, México, PRI, 1976. Con cifras obtenidas de estos y otros materiales, se puede establecer el número de representados en el congreso en 35 911. Allen habla de "unos 40 mil".

6 El sindicato de Santa Rosa había aceptado participar en la Convención Roja impulsado por el Grupo Comunista de Orizaba, Santa Rosa y Cocolapam, pero su delegado Aurelio Hernández era partidario de la "acción múltiple". Era una de las tres organizaciones que acudían al congreso con una actitud cautelosa, más bien como observadores (las otras dos eran los sindicatos del DF de los Talleres Gráficos y de El Buen Tono), Bernardo García, "Acción directa y poder obrero en la CROM de Orizaba (1918-1922)", en este mismo volumen.

7 La distancia y la ausencia de fondos hicieron tanto o más que la CROM para evitar que muchas delegaciones asistieran.

8 *El Demócrata*, 16 de febrero de 1921.

9 *El Demócrata*, 17 de febrero de 1921. Ciro Esquivel había abandonado el PC de M para formar un nuevo Partido Socialista Mexicano, un partido electoralista junto con Salvador Alvarado y Camilo Arriaga, que postulaba que "no se puede abolir el estado" y que el enemigo de los trabajadores no era el patrón sino el obrero que no producía. *Manifiesto del PSM*, 2 de febrero 1921, Imprenta Naco, México, D.F.

10 Julio García, *Cómo y cuándo se formó el PC de M*, Guadalajara, manuscrito, 25 de julio 1938, p. 15.

11 Informe Allen, 13 de febrero 1921, NAW RG 165, 820-1323.

12 Araiza, *Historia...*, p. 57.

13 J.R. Rodríguez y M. Palley, "El congreso comunista", *El Obrero Industrial*, núm. 7, 1 de marzo de 1921 y "Los IWW se retiran del congreso", *El Universal*, 19 de febrero de 1921.

14 Esta cita y todas las siguientes están tomadas de *Conclusiones de la Convención convocada por la FCPM*, también reproducidas en *Libertario* de Veracruz, mucho más completas que el resumen que reproduce Araiza.

15 José Rubio, anarquista asturiano de unos 60 años, había llegado a Veracruz, perseguido en los Estados Unidos donde había dirigido una escuela racionalista e intervenido en movimientos sindicales. En Veracruz trabajó con la Local comunista del puerto mientras vivía de la fabricación de puros. Valadés lo retrata así: "No correspondía al marxismo, pero los revolucionarios —decía— caminaban con dos obligaciones: apoyar a la revolución del pueblo ruso y no dividir las fuerzas revolucionarias del mundo, mientras el Partido Comunista no combatiese al anarcosindicalismo". Valadés, *Memorias*, p. 223.

Sebastián San Vicente, anarquista vasco de 25 años, de oficio marinero y mecánico de calderas, había militado dentro de los grupos anarquistas de la costa este de los Estados Unidos y en sindicatos de la IWW. Acusado de haber intentado volar el barco en que Wilson regresaba a los Estados Unidos, huyó a Cuba donde fundó el grupo "soviets" y estuvo implicado en actos de sabotaje a barcos tripulados por esquiroleros. De Cuba entró como polizón a México vía Tampico donde colaboró con la Casa del Obrero Mundial y la Local comunista. Paco Ignacio Taibo II, "Sebastián San Vicente un nombre sin calle", *Memoria Roja*, p. 185 y ss.

16 *El Demócrata*, 16 de marzo de 1921, declaración de Plutarco Elías Calles. Para una versión más detallada del movimiento ferrocarrilero de 1921, ver: Rogelio Vizcaíno, "1921, el año I de la CGT", *Memoria Roja*, p. 11 y ss y Marcelo Rodea, *Historia del movimiento obrero ferrocarrilero*, México, edición del autor, 1951.

17 Como resultado de su intervención, Calles declaró en febrero que los Servicios Confidenciales de la Secretaría de Gobernación estimaban que Seaman (Phillips) era el "autor intelectual" de la huelga. *El Demócrata*, 26 de febrero de 1921.

18 H. Kublin, *Asian revolutionary, the life of Sen Katayama*, Princeton, 1964, pp. 280-281.

19 Manuel Díaz Ramírez, "Hablando con Lenin en 1921", *Liberación*, núm. 8, nov-dic 1957. Araiza, *Historia...*, T. IV, pp. 68-69 y 156-157.

20 Valadés, *Memorias*, p. 239.

21 Valadés, *Memorias*, pp. 244-245.

22 "Leija Paz era un joven de edad no mayor de 24 años, sensato, reflexivo, con influencia, debido a su honorabilidad, dentro de los sindicatos de la CROM. Creo que tenía un lugar directivo en la organización de los trabajadores de artes gráficas". Valadés, *Memorias*, pp. 255-256.

23 Prólogo del folleto de J.T. Murphy, *La internacional roja de sindicatos obreros*, México, Biblioteca Internacional, 1921.

24 Salazar-Escobedo, *Las pugnas...*, p. 311: "Sebastián San Vicente cobraba un sueldo diario a Sen Katayama no menor de 7 pesos, y Rafael Quintero administraba estas y otras cantidades..."

25 En abril editó el texto de Murphy que costaba 5 centavos, en septiembre los de Katayama (10 ctvos.) y Bujarin (50 ctvos.) y el 16 de diciembre el de Fraina (10 ctvos.).

26 J.C. Valadés rindió cuentas de una inversión en libros de \$665.80 (Salazar-Escobedo, *Las pugnas...*, p. 274), lo que a los costos de la época equivale a la producción de los 12 mil folletos citados.

27 *El Trabajador* debe haber nacido hacia marzo-abril de 1921; era un periódico de gran tamaño con amplia información nacional sobre las luchas sindicales y buenas ilustraciones. En IIIES/Amsterdam se encuentran los números 17 y 18, de septiembre y octubre de 1921, dirigidos por José G. Escobedo. Desconozco quien fue su primer director. Phillips en su entrevista con Draper menciona su papel rector en el semanario, del que fue editor en su primera etapa.

28 "México", *RILU Bulletin*, núm 7, 15 de octubre de 1921.

29 Valadés, *Memorias*, p. 261.

30 Informe Allen, 12 de mayo de 1921, NAW, RG 165, 2347.

31 Theodor Draper (*The roots of american communism*, Viking Press, 1957) habla de 10 mil dólares en manos de Fraina; Valadés (*Memorias*) dice que Katayama le mostró 25 mil dólares.

32 Parece ser que fue Alejandro Montoya (Víctor Recoba), el anarquista peruano que colaboraba con la CGT en Veracruz y Tampico, quien comenzó a correr el chisme sobre el "oro ruso". Jacinto Huitrón (*Historia...*, p. 307) menciona despectivamente el hecho, lo mismo Salazar y Escobedo (*Las pugnas...*, p. 274) quienes lo mitificaron.

33 *Solidaridad*, núm. 1, 10 de julio de 1921.

34 En la primera edición de *Las pugnas de la gleba*, hay una foto de esa intervención de M. Palley, que lo muestra hablando sobre una carretela, rubio, con poco pelo rizado y grandes entradas; aire de joven judío transplantado a otra realidad (infla-

mado, rojizo), señalando hacia algún lugar para enfatizar sus palabras.

35 AGN, Obregón-Calles, Informe A. Anaya, 421-G-2.

36 Archivo Secretaría de Relaciones Exteriores 17-10-221. Lino Medina ("La fundación y los primeros años del PCM", *Nueva Epoca*, núms. 4-5, abril-mayo de 1969) lo atribuye a la publicación por Gale de un artículo titulado "Antes que gobernador soy obrero" en que atacaba a Gasca. Otra versión, atribuye la expulsión a un mitin donde Gale intervino con Carrillo Puerto el mismo 2 de abril en el que se atacó a Obregón. *El Demócrata*, 3 de abril de 1921.

37 AGN, Obregón-Calles, 421-G-2.

38 *New York Times*, 6 de abril de 1921.

39 *New York Times*, 24 de abril y 30 de junio de 1921.

40 *New York Times*, 17 de septiembre de 1921, citado por Robert J. Alexander, *Communism in Latin America*, New Jersey University Press, 1957, nota p. 320.

41 Este es el grupo marxista rojo con que estaban relacionados Mauro Tobón y Cervantes López y que se proclamaba "comunista parlamentario". Salazar-Escobedo, *Las pugnas...*, pp. 268-269. Más datos sobre el PCRM en Rosendo Salazar, *La carta del Trabajo de la revolución mexicana*, México, Libromex, 1960, p. 123.

42 *Constitución del Partido Comunista Revolucionario de México*, México, D.F., 1921.

43 *Rebeldía*, núm. 1, 6 de noviembre de 1921.

44 Informe Allen, 12 de mayo 1921, NAW RG 165, 2347. Phillips había convencido a Palley de la necesidad de unificar el movimiento rojo en la CGT y probablemente lo había reclutado para el PCM.

45 J. Ortiz Petricioli, "Isaac Arriaga", *Revista CROM*, 1 de mayo de 1923. Apolinar Martínez Múgica, *Isaac Arriaga*, Morelia, Universidad Michoacana, 1982, p. 166. La manifestación se realizó atrasada porque el 1 de mayo se habían elegido jueces en Morelia.

46 Arnulfo Embriz, *El movimiento campesino y la cuestión agraria ante la sección mexicana de la III Internacional*, tesis ENAH, 1982, p. 133. Martínez, *Isaac Arriaga*, p. 170. Arriaga trataba de calmar a la multitud y fue impulsado por el jefe de policía para que hablara sobre una banca, momento que aprovechó Heladio García para disparar sobre él.

47 *El Demócrata*, 14 de mayo de 1921. Barry Carr, *El movimiento obrero y la política en México, 1910-1929*, vol. I, México, Sep Setentas 256, 1976, pp. 188-189.

48 Aunque las peticiones de desafuero de Carrillo y Soto y Gama no prosperaron, funcionaron como una llamada de atención de Obregón a su indisciplinada izquierda parlamentaria.

49 Hoover a Hurley, reporte del informe de Haberman, NAW,

DJ 820-1144. Esta información fue dada por Haberman a Edgar Hoover en Washington el 2 de agosto de 1921, en una entrevista concertada por el dirigente de la AFL Davison, en la que el tráfuga R. Haberman ofreció sus servicios como informador al Departamento de Estado, a más de su archivo y sus conocimientos. Haberman además denunció la presencia en México de Phillips y Katayama, acusó a los comunistas de haber querido asesinar a los dirigentes de la Confederación Panamericana, y señaló que el partido tenía varios pasaportes falsos para uso de los cuadros de la IC.

50 En el momento de la expulsión había fuertes movimientos cegetistas en teléfonos Ericsson y la Cía. Mexicana de Teléfonos apoyados por una amenaza de huelga general de toda la Confederación.

51 Archivo SRE 9-4-172 y 17-14-128.

52 *El Demócrata*, 18 de mayo de 1921.

53 Entrevista Phillips-Draper, "From Mexico to Moscow", *Survey*, núm. 53, octubre 64 y núm. 55, abril 65, y SRE 17-14-128. La deportación le costó a la policía 110 pesos.

54 NAW, RG 165, 8. 120-1353.

55 Informe del policía Luis G. Ontiveros, SRE 9-4-172.

56 NAW DJ, 202600-1913.

57 Hoover a Hicks, 28 de mayo de 1921, NAW RG 165, 10058-0-55.

58 *Solidaridad*, núm. 7, Veracruz, 21 de agosto de 1921. *El Demócrata*, 19 y 25 de agosto de 1921.

59 AGN, Obregón-Calles, 421-R-7 y SRE 9-4-172.

60 "Desde España. Carta del compañero Rubio", *Solidaridad*, núm. 7, 21 de agosto de 1921.

61 Informe Gobernación a SRE, SRE 9-4-172.

62 *Juventud Mundial*, núm. 9, junio de 1921. AGN, Obregón-Calles, 421-S-11 y 811-F-13.

63 El 10 de septiembre de 1921 Obregón ordenó que Allen fuera nuevamente expulsado, SRE 9-4-172. Allen más tarde le pidió a Obregón que le pagara ciertos bonos gubernamentales porque se encontraba en la miseria debido a "su deportación errónea". AGN, Obregón-Calles, 813-A-81.

64 Entrevista Phillips-Draper, "From Mexico..."

65 *El Demócrata*, 28 de agosto de 1921. "Ya organizando grupos de propaganda ideológica, ya dando mítines y conferencias en los teatros *Guatemala* y *La libertad*" (*El Trabajador*, núm. 17, 4 de septiembre de 1921). Phillips y San Vicente colaboraron a la consolidación del proyecto de Unificación Obrera Socialista, un núcleo militante clave en el desarrollo del movimiento obrero guatemalteco.

66 H. Kublin, *Asian...*, p. 284.

67 Valadés, *Memorias*, p. 254.

68 *Juventud Mundial*, núm. 9, junio de 1921.

69 Valadés, *Memorias*, p. 261.

70 *Juventud Mundial*, núm. 9, junio de 1921.

71 *Juventud Mundial*, núm. 10, julio de 1921.

72 "Interiores", *Juventud Mundial*, núm. 9, junio de 1921 y *El Machete*, núm. 47, 3 de junio de 1926.

73 *El Demócrata*, 20 de agosto de 1921.

74 *Manifiesto de la JC dirigido a los trabajadores del sindicato de los Establecimientos Fabriles y Militares*, 14 de agosto de 1921, Fondo ENAH.

75 "La Juventud Comunista de Puebla", *Juventud Mundial*, núm. 10, julio de 1921.

76 *El Demócrata*, 31 de julio de 1921.

77 *El Demócrata*, 2 y 3 de agosto de 1921.

78 *El Heraldo de México*, 13 de agosto de 1921.

79 *El Demócrata*, 10 de agosto de 1921.

80 Valadés, *Memorias*, pp. 266-267. Draper, *The roots...*, atribuye la deserción de Louis Fraina a su incapacidad para ligarse al movimiento mexicano: "su labor organizadora en México era rudamente descorazonadora. Había sido bruscamente apartado del trabajo y la gente que conocía mejor (...) Comenzó a sentirse desilusionado y traicionado. Algunos de sus mejores amigos se le habían volteado en su ausencia. Las cartas lo hicieron despertar al fraccionalismo enfermizo del partido americano. La existencia nómada de un representante de la Comintern, no convenció a su joven esposa, con la que se había casado en Moscú. México era una clase de exilio que hubiera sido difícil de soportar en las mejores circunstancias. Tres meses de frustración se convirtió en intolerable." (pp. 294-295). Tras su viaje a los EU, Fraina abandonó su misión en México (aunque siguió escribiendo algunos artículos para la prensa comunista internacional) y viajó a Alemania. En el otoño de 1922 rompió con la IC y pasó a la vida privada y silenciosa de un maestro universitario de economía.

81 Sen Katayama, *La república rusa de los soviets*, México, Biblioteca Internacional, 1921. El folleto aparece fechado (quizá por motivos de clandestinaje) en Nueva York, julio de 1921. Katayama en México firmaba con el seudónimo Yavki, y bajo ese nombre hay en el archivo de JCV dos originales mecanografiados en inglés, uno de ellos titulado "The dictatorship of the proletariat".

82 Valadés, *Memorias*, pp. 266-268.

83 Díaz Ramírez, "Hablando con Lenin..."

84 "Tesis sobre la situación mundial y la tarea de la Internacional Comunista", *Los cuatro primeros congresos de la IC*,

T. II Buenos Aires, Cuadernos de Pasado y Presente, núm. 47, 1973. Resulta difícil precisar los contenidos del III Congreso, donde la inercia triunfalista desplegada en el II Congreso, aunque se prolonga, se matiza; donde la ofensiva leninista contra el "izquierdismo" y la política de consolidar a toda costa la revolución rusa (NEP, monopolismo bolchevique), se ajustan a la idea de que en lo internacional había que pasar de "la revolución ahora" a "la revolución pronto". De estas contradicciones que la retórica del III Congreso trataba de nublar, surgían multitud de proposiciones en las que no se quería decir lo que se decía, y que eran significativas sólo por comparación con proposiciones de un año atrás. A los ojos del delegado mexicano, deberían resultar más atractivos los llamados formales, que los matices cuyos alcances no eran fáciles de entender, es por eso por lo que los destaco.

85 *Ibid.*

86 Ricardo Melgar Bao (*El marxismo en América Latina 1920-1934*, manuscrito) precisa esta tesis. América Latina igual a países dependientes y coloniales, por lo tanto, para referirse a ellos, se les sitúa en un plano de igualdad con los países asiáticos que la IC conocía mejor: India, China, Turquía, Japón. De manera que para ir ideológicamente de Moscú a México, se recorrió un tortuoso camino de paralelismo que pasaba por Tokio o Nueva Delhi.

87 Díaz Ramírez, "Hablando con Lenin...".

88 Este espíritu, muy lejano al reconocimiento de que existían otras fuerzas revolucionarias no comunistas en el movimiento, con las que había que tratar en pie de igualdad, produjo en 1922 que abandonaran la ISR federaciones nacionales importantes como al CNT española, la CGT francesa o los IWW norteamericanos. Ver Robert Wohl, *French communism in the making*, Stanford University Press, 1966, pp. 237 y ss; Melvin Dubofsky, *We shall be all, a history of the IWW*, New York, Quadrangle, 1969, pp. 463-464 y Antonio Bar, *La CNT en los años rojos*, Madrid, Akal, 1981, pp. 573 y ss.

89 Hay que recordar que el III Congreso se celebraba a pocos meses de la represión bolchevique a la Comuna de Kronstadt, a la ofensiva final contra el ejército de Makhno en Ucrania (iniciada en diciembre de 1920 y que culminó en agosto de 1921) y al proceso de subordinación de los sindicatos al estado (diciembre de 1920).

La represión contra los anarquistas iniciada en 1919 se recrudeció en 1921; y en julio de ese año, 13 anarquistas presos sin causa en la cárcel de Taganka, Moscú, se declararon en huelga de hambre exigiendo su procesamiento o su libertad. Emma Goldman y Alexander Berkman se pusieron en contacto con los sindicalistas norteamericanos y franceses que asistían al congreso de la ISR quienes hicieron suyo el problema. Volin, *La revolución desconocida*, T.I., Madrid, Campo Abierto, 1977, pp. 215-216 (hay otra edición de Editores Mexicanos Unidos). Richard Drinnon: *Rebelde en el paraíso yanqui*, Buenos Aires, Editorial Proyección, 1965, p. 327.

90 Díaz Ramírez, "Hablando con Lenin...", p. 49.

91 "... en Moscú, en aquel tiempo y hoy mismo no es una cosa extraordinaria trabajar toda la noche. Lenin y todos los hombres que dirigen los destinos soviéticos trabajan así". Díaz Ramírez, "Hablando con Lenin...", p. 50.

92 Díaz Ramírez influido por la parafernalia bolchevique definía a Volin así: "se decía que éste era el guía teórico de Makhno, el jefe de las bandas terroristas que volaban trenes, asaltaban poblados, robaban y violaban mujeres en Ucrania". Díaz Ramírez, "Hablando con Lenin...", p. 51.

93 La dirección del PCM se componía en ese momento de Díaz Ramírez, Valadés y Allen, y los dos últimos se habían pronunciado públicamente con posiciones antiparlamentarias, de manera que Díaz Ramírez no era muy fiel a la verdad en su conversación con Lenin.

94 De nuevo Díaz Ramírez ocultaba la verdad, el Partido se había declarado antiparlamentario en varias ocasiones. Desde su primera declaración en noviembre de 1919 (ver *El Soviet*, núm. 6), pasando por los documentos pragmáticos de la FCPM elaborados por comunistas, los comentarios a las tesis del comité ejecutivo de la IC (ver *Boletín Comunista*, núm. 4) y los acuerdos del primer congreso de las JC, aunque esta última declaración, quizá la más enfática, Díaz Ramírez la ignoraba pues se había producido en su ausencia.

95 Díaz Ramírez, "Hablando con Lenin...", pp. 52-53.

96 Ciertamente fue el único, dado que otros delegados que representaron a México en diversos congresos en Moscú y que conocieron y hablaron con Lenin eran extranjeros, como M. N. Roy, Evelyn Trent Roy, R.F. Phillips y A. Stirner. En esta calidad, fue conocido Manuel Díaz Ramírez en la prensa comunista durante muchos años: "el único mexicano que habló con Lenin", lo que virtualmente lo convertía en el Juan Diego comunista para efectos de propaganda.

97 Salazar-Escobedo, *Las pugnas...*, p. 409.

98 *El Demócrata*, 29 de mayo de 1921.

99 *El Demócrata*, 29 y 30 de mayo de 1921.

100 *Excélsior*, 2 de junio de 1921.

101 Vizcaíno, *CGT año I y NAW FA* (Colmex MP 138) 812. O-1384.

102 *Ibid.*

103 *El Trabajador*, núm. 17, 4 de septiembre de 1921 y Arai-za, *Historia...*, T. IV, pp. 70-72. La convocatoria resultaba francamente apresurada y no había en la orden del día puntos que la justificaran. Tras esta premura se encontraba indudablemente la necesidad de fortalecer la coordinación nacional muy golpeada por las expulsiones, y tratar de captar a las federaciones que estaban rompiendo con la CROM.

104 "Un congreso obrero que resultó político", *Solidaridad*, núm. 1, Veracruz, 10 de julio de 1921. *El Demócrata*, 2, 3 y 15 de julio. La convención se caracterizó por la dureza de las intervenciones de los miembros del Grupo Acción, muchos de ellos funcionarios públicos, contra los rojos.

105 *El Trabajador*, núm. 18, 2 de octubre de 1919. *El Demócrata*, 12 de julio y 9 de agosto de 1921. Numéricamente, estas incorporaciones significaban el aumento de los contingentes de la CGT en unos 9 mil obreros y campesinos.

106 *Volante firmado por la secretaria general Elena Torres*, archivo autor. El argumento formal fue que el congreso de Orizaba discriminó a la mujer trabajadora y se negó a permitir que las mujeres tuvieran puestos de dirección de la central.

107 La ruptura se produjo en un consejo de la Federación de Sindicatos Obreros del DF cuando Salazar denunció que se había negado a entregar el 16% de su salario como director de los Talleres Gráficos de la Nación a Morones (supuestamente para gastos del PLM), por lo que fue despedido diez días después. Ezequiel Salcedo amenazó a Salazar con una pistola y se produjo un forcejeo. Los choques se repitieron en los pasillos, Araiza se vió precisado a tumbiar de un puñetazo a uno de los pistoleros de Gasca. Araiza, *Historia...*, T. IV, pp. 72-73.

108 Entrevista Phillips-Draper, "From México...". Al regreso del norteamericano, Katayama se encontraba todavía en Estados Unidos.

109 Phillips había adoptado en Guatemala el seudónimo de Manuel Gómez (mismo que volvería a usar años más tarde en Estados Unidos), y en México además de usar el de Rocha, firmó artículos en *El Obrero Comunista* como Manuel Díaz de la Peña.

110 *El Obrero Comunista*, núm. 1, 18 de agosto de 1921. El núm. 2 incluía artículos de Trotsky, Katayama (como Yavki) y "Díaz de la Peña".

111 Tomás Martínez, "Deslindando en el campo", *Solidaridad*, núm. 7, 21 de agosto de 1921. Otros órganos anarquistas como *El Pequeño Grande* se sumaron a la crítica hasta después del congreso de la CGT, no fue el caso de *Luz y Vida* de Huitrón que en agosto atacó duramente a la revolución rusa.

112 *El Demócrata*, 10, 15 y 28 de agosto de 1921. Salazar y Escobedo, *Las pugnas...*, p. 400.

113 "El domingo se inaugurará el congreso de la CGT" y "El primer congreso de la Confederación General de Trabajadores", *El Obrero Comunista*, núm. 3, 1 de septiembre de 1921. El segundo artículo había sido probablemente redactado por Phillips.

114 Convocatoria en *El Trabajador*, núm. 17, 4 de septiembre de 1921.

115 *El Trabajador*, núm. 18, 2 de octubre de 1921, y lista manuscrita de JCV encontrada en su archivo.

116 *RILU Bulletin*, núm. 10, 15 de diciembre de 1921 y Louis C. Fraina, "The Red International in México", *RILU Bulletin*, 12 de febrero de 1922.

117 Recortes de varios diarios del DF, archivo JCV.

118 *El Demócrata*, 7 de septiembre 1921.

119 La respuesta cegetista al movimiento que se estaba dando

en Veracruz en torno a "la ley del hambre", muestra el eclecticismo del congreso para mantener los "principios" y no aislarse de los movimientos reales: "ni el seguro obrero, ni la ley de participación de utilidades resuelve el problema del salario, pero está dispuesta (la CGT) a solidarizarse con los obreros de Veracruz en caso de que el conflicto que se está sosteniendo en aquel estado, tenga como resultado alguna medida criminal de los industriales que agrave la situación económica de los trabajadores" (punto 8 de las resoluciones del I Congreso).

120 Los proyectos en *El Demócrata*, 9 de septiembre de 1921.

121 Para los anarquistas, el papel del partido como "reunión de lo mejor de la clase" era inaceptable, así como la reducción de la central a un núcleo de lucha económica, despojado de las tareas de la lucha social revolucionaria y de la labor de divulgación ideológica. Proponían al partido que se mantuviera con el *status* de crupo cultural y abandonara la pretensión de dirigir a la organización sindical. Las diferencias con la revolución rusa, era el otro punto envenenado de las relaciones y se sintetizaban en el ataque anarquista al concepto de "dictadura del proletariado".

122 "Tanto fue el asedio que sufrí en el segundo congreso de la CGT, que me hicieron subir a la tribuna más de 20 veces, como si hubiese cometido delito alguno", Valadés, *Memorias*, p. 264.

123 Difícilmente podría así suceder, porque la escisión de los jóvenes comunistas no se presentó como un proyecto alternativo, ni en lo sindical ni en lo político; y porque formalmente no hubo expulsión, ni abandono; por último, porque los comunistas que tenían influencias en algunos sindicatos (Palacio de Hierro, panaderos, Metepec) difícilmente podrían aclarar su posición frente a sus sindicatos.

No conozco prensa del PCM del mes de octubre de 1921 (las colecciones de *El Obrero Comunista* y de *Juventud Mundial* son incompletas) que permita recoger una explicación oficial de la salida de la CGT por parte de los comunistas. Explicaciones posteriores señalaban que las deportaciones permitieron que los anarquistas tomaran el control de la organización (Stirner, "El movimiento obrero en México", *Imprecor*, 1927 y Fraina en el artículo citado), o autocríticamente se decía: "en este congreso los comunistas bajo la dirección de Valadés demostraron una incapacidad muy grande para el trabajo entre las masas. Casi sin lucha fueron colocados al margen de la organización económica" (*El Machete*, núm. 41, 13 de agosto de 1925). Versiones contemporáneas sin embargo, hablan de la "expulsión". Para deshacer estas versiones basta revisar las resoluciones del congreso citadas.

124 "Importante circular a las organizaciones confederadas", *El Trabajador*, núm. 18, 2 de octubre de 1921 y Araiza, *Historia...*, p. 84. Balleza y Escobar eran tranviarios; Escobedo, ex secretario del exterior de la CROM era ebanista. R. Salazar, hombre sin oficio, había renunciado a la dirección de los Talleres Gráficos de la Nación, y sostenía un proyecto editorial independiente; Doperto, anarquista yucateco; sobre Diego Sandoval no poseo información. El secretario, de acuerdo a los estatutos debería residir en el DF y "sostenerse con su trabajo personal pues la confederación no tiene asegurado sueldo alguno para sus representantes".



---

# El surgimiento del sindicato de trabajadores ferrocarrileros en México

Ingrid Ebergenyi

El sindicalismo ferrocarrilero es, en tanto parte del movimiento obrero mexicano en las tres primeras décadas de este siglo, al mismo tiempo, un tema tanto para la investigación histórica, como para la reflexión política. Los procesos de organización colectiva de los ferrocarrileros mexicanos, así como la historia de sus conflictos más importantes, han sido objeto de estudio de varios trabajos, a partir de los cuales es posible extraer solamente las líneas más generales y aparentes de sus términos.<sup>1</sup>

La organización de los ferrocarrileros mexicanos aparece en sus inicios bajo la forma de agrupaciones “gremiales” (o de oficio), copiadas de las norteamericanas. Algunas de estas organizaciones, concretamente aquellas que agruparon a trenistas y a despachadores, realizaron el movimiento llamado de “mexicanización” de los Ferrocarriles Nacionales de México, entre 1909 y 1914.<sup>2</sup> El movimiento revolucionario aunque involucró estrechamente a los ferrocarrileros (más a unos que a otros, dependiendo de su papel en el proceso general de operación del sistema), trajo como consecuencia la desestructuración temporal de las organizaciones gremiales.<sup>3</sup> Durante la década de los años veinte, estas organizaciones iniciaron un “anhelado” proceso de unificación a través de la Confederación de Sociedades Ferrocarrileras (CSF), surgida como resultado del Pri-

mer Congreso Ferrocarrilero en 1921, y transformada en la Confederación de Transportes y Comunicaciones (CTC) en 1926, que culmina, según la interpretación existente, en la formación del Sindicato de Trabajadores Ferrocarrileros de la República Mexicana, “el primer sindicato nacional de industria de América Latina”.<sup>4</sup>

Los conflictos más importantes protagonizados por los ferrocarrileros antes de la revolución fueron: las huelgas de la Unión de Mecánicos, una en 1906 y la otra en 1912, y la de La Gran Liga de Empleados del Ferrocarril en 1908. Después del movimiento armado destacan: la huelga por el reconocimiento de la Confederación de Sociedades Ferrocarrileras en 1921, la huelga de Mecánicos y la de la Confederación de Transportes y Comunicaciones en 1926-27, ambas en contra de Ferrocarriles Nacionales de México, la huelga de 1929 contra el Ferrocarril Mexicano y la de 1932 contra el Ferrocarril Sudpacífico, las dos últimas resueltas por arbitraje de los presidentes Portes Gil y Ortiz Rubio de manera favorable a los trabajadores.<sup>5</sup>

Durante la década de los veinte, en la que tuvieron lugar los procesos más sustanciales que dieron origen al sindicato único, el sindicalismo ferrocarrilero aparece como una corriente distinta de la organización obrera. Se distingue por su autonomía tanto frente al obrerismo “reformista”

de la Confederación Regional Obrera Mexicana (CROM) y de su líder Luis N. Morones (Secretario de Industria y Comercio durante el callismo), como también frente a los “revolucionarios” rojos, anarquistas y comunistas. Se les llamaba “sindicalistas”<sup>6</sup> a secas y también se les conocía como “aristocracia obrera”;<sup>7</sup> además, tenían la reputación de percibir los salarios más altos entre los diferentes sectores de la industria. Los ferrocarrileros, después de la CROM y la CGT, eran la tercera fuerza dentro de las organizaciones obreras. Los conflictos que protagonizaron, lo mismo que la formación del primer sindicato nacional de industria, son pilares de la mística del movimiento obrero mexicano.

La revisión de la bibliografía y los primeros pasos en la investigación documental, nos proporcionaron, en términos generales, más preguntas que respuestas. Fue necesario, entonces, jerarquizar estas preguntas partiendo de tres áreas de interés básicas: a) El interés de la expresión colectiva organizada, y, en este sentido, política, de los trabajadores ferrocarrileros; b) el contexto de la “institucionalización” posrevolucionaria como eje central de la reflexión; c) la referencia, o conexión, con la condición actual del Sindicato de Trabajadores Ferrocarrileros de la República Mexicana (STFRM), y por lo tanto, la búsqueda de una o varias explicaciones de lo que sí sucedió o permaneció en el desarrollo de la organización sindical ferrocarrilera.<sup>8</sup>

A continuación intentaremos exponer brevemente algunos de los resultados de nuestro trabajo de investigación. Este trabajo, en una primera fase, se orientó a tratar de esclarecer el contexto laboral estructural de los trabajadores ferrocarrileros mexicanos —inevitablemente anclado en un momento histórico y un espacio geográfico concreto. Este contexto involucró necesariamente, por un lado, la situación de las empresas ferrocarrileras en México y, en consecuencia, la valoración del papel de la empresa de los Ferrocarriles Nacionales de México; por otro lado, la comprensión de los términos del

trabajo en un sistema ferrocarrilero, en este caso, Ferrocarriles Nacionales de México en 1925. Esta primera fase de nuestra investigación dio como resultado un catálogo primario de utilidad para orientar el trabajo posterior. Su contenido ofrece una serie de instrumentos, y algunas conclusiones, también primarias, de las cuales señalaremos las que nos parecen más importantes.

Por lo que respecta a la situación de las empresas ferrocarrileras, destaca el papel de Ferrocarriles Nacionales de México. Esta empresa surge como resultado de una fusión de varias empresas extranjeras en 1908; pero anexiones posteriores (de líneas en el sur que ya eran propiedad del gobierno mexicano) la convierten en una unidad de administración y operación que, más adelante, llega a abarcar el 80% de las líneas en todo el país, con un promedio de 30 a 40 mil obreros a su servicio. El patrón es el gobierno mexicano: es no sólo poseedor de la mayoría de las acciones, sino el administrador directo (por incautación) de la empresa entre 1915 y 1925.<sup>9</sup> La presencia de FNM es significativa cuando menos en los siguientes aspectos fundamentales.

1) Por sus dimensiones. No existe otra unidad tan grande en operación en ningún otro sector de la industria. La necesidad de racionalizar su movimiento operativo obligó a la empresa a buscar la formalización de las relaciones de trabajo desde tiempos muy tempranos.<sup>10</sup> De este modo, el Reglamento de Trabajo de 1925 es una especie de contrato colectivo muy detallado de todos los aspectos de las relaciones laborales, salarios, indemnizaciones, horarios, escalafones, jubilaciones, etc. En este mismo sentido las dimensiones de la empresa influyen en la formación de representantes sindicales profesionalizados para la solución de los conflictos laborales, conocidos en el medio como “comités de ajustes” por especialidad, presentes ya en las organizaciones ferrocarrileras desde antes de la Revolución y que permanecen hasta nuestros días. Por el tamaño de la empresa, ésta no propicia la aparición de “líderes” sino de “negociadores”. Esto explica en

parte la presencia de las poderosas dirigencias sindicales de la CTC que anteceden al surgimiento del sindicato. Finalmente, es aquí, en esta empresa, donde tuvieron lugar los procesos principales que llevaron a la formación del STFRM. Un indicador, en este sentido, es que de los 35 mil socios con los que se funda el STFRM, unos 30 mil eran trabajadores de Ferrocarriles Nacionales.

2) Por su funcionamiento centralizado. Ferrocarriles Nacionales de México era una empresa organizada, para su administración, por departamentos —aunque su operación exigía también la organización divisional.<sup>11</sup> Sin embargo, la toma de decisiones administrativas se daba en la ciudad de México. Esta centralización, en conflicto con la racionalidad económica de la empresa, coincidía, en cambio, con la tendencia de los poderes políticos federales —sobre todo en la década de

los veinte—, influyendo en la organización colectiva de los trabajadores que, durante esos años, vio aparecer la “dictadura” de los presidentes de las organizaciones gremiales —los Gobiernos Generales. Estos tenían su asiento en la ciudad de México, así las negociaciones las realizaban con las direcciones generales —centrales— de la empresa y/o con los funcionarios públicos federales y, en muchos casos, directamente con el presidente de la República.

3) Si por la naturaleza del sector y su importancia económica y política, los ferrocarriles y sus trabajadores son, de por sí, objeto de la injerencia y la atención de los poderes públicos,<sup>12</sup> en el caso de FNM, es necesario destacar lo (casi) obvio: los trabajadores de FNM siempre se encontraron adscritos al proyecto de centralización o “federalización” del poder. Los ferrocarrileros, durante



El ferrocarril, a principios del siglo XX, fue uno de los medios de comunicación más importantes del país.  
(Fotografía de Rebeca Monroy).

el conflicto armado y las subsecuentes rebeliones que tuvieron lugar en la década posrevolucionaria, se vieron envueltos en situaciones ajenas a su voluntad, en última instancia las líneas férreas eran parte de los territorios ocupados junto con sus respectivos trenes y tripulaciones, estaciones, etc.;<sup>13</sup> sin embargo, en cuanto a su condición laboral y más allá de lealtades y aficiones, los ferrocarrileros de FNM, como la empresa misma, fueron instrumentos del poder federal. Esto los colocaba en una posición afín a la de la CROM y organizaciones afiliadas a ella en un periodo en el que la vida política nacional estuvo marcada precisamente por la pugna entre el poder federal en construcción y los antiguos y nuevos poderes políticos regionales.

El análisis de las categorías del trabajo en el sistema ferrocarrilero en 1925 proporciona algunas conclusiones primarias que son, en resumen, las siguientes:

a) Determinada por el peculiar funcionamiento de un sistema como el ferroviario se da una diferencia enorme entre los tipos de calificación, salarios y condiciones generales de trabajo. Esto lleva, en primer lugar, a descartar el concepto de los “ferrocarrileros” como un grupo homogéneo, si es que uno desea comprender cabalmente sus procesos de organización.<sup>14</sup>

b) La diferencia en salarios y condiciones de trabajo permite distinguir, por encima de las diferencias por especialidad o “gremiales”, dos grupos de trabajadores. Se les puede llamar, y así los designa un instructivo de pases para auditores de trenes, trabajadores de “primera” y de “segunda”. Entre los últimos se encuentran los de menor calificación, ingresos, etc. y constituyen por mucho, la mayoría numérica.<sup>15</sup>

c) El análisis de las categorías del trabajo que integran cada una de las organizaciones por “oficio” que se fusionaron en el STFRM cuestiona radicalmente la interpretación existente. En algunos casos, como entre los talleristas, las organizaciones reflejaban realmente una estructura gremial: obreros, hojalateros, pintores, carpinteros,

mecánicos, todos ellos se organizaron independientemente. En otros casos, como en el de la Alianza de Ferrocarrileros Mexicanos, no se trató de la agrupación de ningún “gremio” como tal; formaban parte de la Alianza: enfermeras, inspectores, oficinistas, etc. Esta funcionaba más bien como una corporación: ser socio de ella garantizaba tanto la entrada a los escalafones como las condiciones de trabajo de los “oficinistas”. Los trabajadores de vía, agrupados en la Sociedad Ferrocarrilera Departamento de Vía, no pertenecían a ninguna “especialidad”, sino que la organización integraba a todos los trabajadores del departamento —entonces “departamental” y no gremial— con calificaciones diferentes y de diferentes grados.

Estas consideraciones sugieren tanto la inoperancia del concepto “los ferrocarrileros” como el cuestionamiento de “pugnas intergremiales”, donde cada organización defiende sus intereses, en abstracto, todas en el mismo nivel. El hecho es, y la historia lo confirma, que algunas de las organizaciones eran notablemente más poderosas que otras en términos de su fuerza de negociación con la empresa y con el estado. Esto tiene más de una explicación. Se puede considerar la posición estratégica de cada uno de los grupos en el funcionamiento global de la empresa. En este sentido, los despachadores, por ejemplo, pueden detener inmediatamente el flujo de los trenes. Lo mismo puede ocurrir con los telegrafistas, trenistas, maquinistas y conductores. Se puede pensar también en la importancia numérica de la agrupación: de ahí la diferencia en fuerza entre las organizaciones de talleres, que fraccionan a un personal igualmente numeroso, y la de vía, que es una sola y agrupa a una gran cantidad de trabajadores.<sup>16</sup>

Partiendo de estas primeras líneas indicadoras nos ocupamos a continuación en reconstruir los procesos que consideramos determinantes en el surgimiento del STFRM. En esta parte del trabajo escogimos como límites cronológicos los años 1928 y 1936. El primero de ellos está marcado, desde el punto de vista interno, por la derrota de

la huelga de mecánicos y de la CTC y el inicio de una nueva dinámica entre las organizaciones ferrocarrileras. El segundo es el de la huelga del STFRM contra Ferrocarriles Nacionales de México, declarada inexistente por la Junta Federal de Conciliación y Arbitraje antes de su estallamiento y levantada inmediatamente. Esta fue, sin embargo, la primera vez en la historia de su organización que todos los trabajadores de Nacionales actuaron conjuntamente en un movimiento. La resolución del mismo marca también los límites y el alcance de este sindicalismo, ya entonces claramente dependiente de la legalidad obrera sancionada por el estado.

Entre 1926 y 1936, tuvieron lugar una serie de hechos que relacionan a la organización ferrocarrilera y su desarrollo con diferentes procesos sociales y políticos en una situación económica drásticamente señalada por las repercusiones del "crack" mundial de 1929-32; para los ferrocarrileros fue una etapa crucial por la particular situación económica de Ferrocarriles Nacionales de México, entonces en manos privadas. A continuación haremos una enumeración de temas, que son como las partes de un rompecabezas que deben proporcionar una imagen más o menos completa, susceptible de un análisis final, del que esbozaremos las líneas más generales.

1. La situación de Ferrocarriles Nacionales de México. El funcionamiento de Ferrocarriles Nacionales acusa deficiencias críticas que tienen que ver fundamentalmente con: el centralismo administrativo que ya se mencionó, la injerencia de intereses políticos en la designación de funcionarios, mal funcionamiento y corrupción en los departamentos de compras y exceso de personal: 45, 000 trabajadores en 1929 frente a 30, 000 al inicio de la década.<sup>17</sup> Este exceso de personal se observa sobre todo en las áreas de talleres y entre los trenistas, quienes además, según Coverdale y Colpitts, perciben salarios demasiado altos aun en comparación con sus equivalentes entre los norteamericanos. En los años que nos ocupan el gerente Javier Sánchez Mejorada intentó llevar a cabo

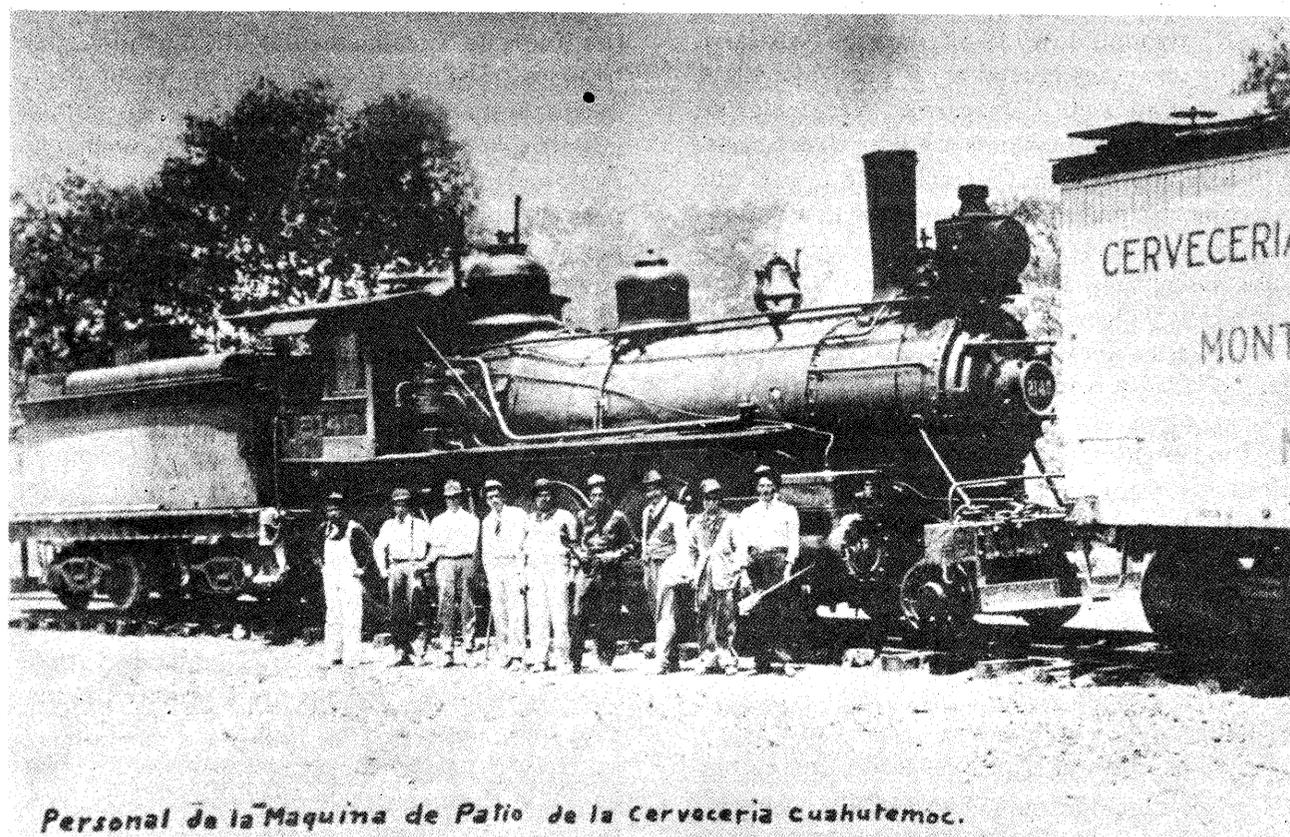
la "reorganización" de la empresa a través de diversas medidas sugeridas por la comisión de eficiencia presidida por el expresidente Plutarco Elías Calles. A pesar de los intentos de la CTC para evitar el despido de 11 mil trabajadores entre 1929 y 1931, esto tuvo lugar de cualquier modo.<sup>18</sup> Cuando subió a la presidencia Abelardo Rodríguez sustituyó a Sánchez Mejorada por Mariano Cabrera, un gerente más apreciado por los trabajadores (o por los dirigentes sindicales cuando menos), entonces el movimiento de reorganización se detuvo y el personal volvió a aumentar. Esta situación debe ser incorporada en el análisis de movimientos posteriores, incluyendo el de 58-59.<sup>19</sup>

2. La situación de las otras empresas ferrocarrileras en el contexto de la crisis. Los dos movimientos que se dieron en 1929 y 1932 contra las dos empresas privadas más importantes de esos años (las líneas de Yucatán seguían una dinámica aparte y sus trabajadores no se incorporarían al sindicato hasta mucho más tarde) fueron por los intentos de las empresas por reajustar, en mucho menor medida que en el caso de Nacionales, su personal, a la vista del descenso en las operaciones. Es indudable que los ingresos de los ferrocarriles disminuyeron ininterrumpidamente entre 1929 y 1932 para de aquí comenzar el movimiento de recuperación. Los arbitrajes presidenciales demuestran una actitud totalmente distinta por parte del gobierno frente a estas empresas privadas que frente a Nacionales; y la CTC, como representante de los ferrocarrileros, se anota dos —dudosos— triunfos, al mismo tiempo que se muestra impotente frente al reajuste masivo en Nacionales.

3. La situación de la CTC. La derrota de la huelga de 1926-27 significó el debilitamiento de la Confederación. En algunas secciones, las más afectadas, como Tierra Blanca y Puebla, la organización prácticamente desapareció. Sin embargo, la recuperación se dio y la CTC continuó funcionando cuando menos en el nivel de sus representaciones en la ciudad de México, agru-

pando, en general, a las organizaciones que se habían aglutinado en la CSF en 1921 y que serían también, prácticamente, las que participarían en el IV Congreso Ferrocarrilero que daría origen al STFRM. Aunque tal vez sea una explicación demasiado fácil, parece claro que la CTC inicia su recuperación al mismo tiempo y por razón del desmoronamiento de la CROM, y, sobre todo, con la remoción del ministro Morones, quien durante su gestión había derrotado consecutivamente a las organizaciones conferadas. A partir de 1928, los dirigentes o representantes de las diferentes especialidades o, mejor dicho, de las especialidades “importantes” —la Alianza, la Mutualista (despachadores y telegrafistas) y de la CTC en general— comenzaron a formar parte de las Juntas Federales de Conciliación y Arbitraje, y a realizar

su gestión prudente y legalista, agriamente criticada por *El Machete Ilegal*.<sup>20</sup> Tal vez lo más importante en este punto sea señalar la existencia de una poderosa cúpula de dirigentes: los Gobiernos Generales o el conjunto de presidentes de las organizaciones, y aun en el interior de este grupo, la existencia de otro más pequeño y más destacado, integrado por: Salvador Romero, Gudelio Morales, Pedro Soto Moreno, Luis G. Segura y otros. Los Gobiernos Generales aparecen, en conflicto con las “fuerzas democráticas”, durante el movimiento de 26-27. Estos personajes, verdaderos dirigentes estrictamente sindicalistas, serían el núcleo promotor del IV Congreso y mantuvieron su poder aún después del surgimiento del STFRM. No se puede hablar en términos ligeros de estas cosas, sin embargo, el poder de



Personal de la Máquina de Patio de la Cervecería Cuauhtémoc.

Trabajadores de la máquina de patio de la Cervecería Cuauhtémoc a principios de siglo.  
(Archivo de la Cervecería Cuauhtémoc).

este grupo es evidente entre 1928 y 1936.<sup>21</sup>

4. La situación de las organizaciones en particular. Aquí importa destacar sus diferencias. Mientras la Unión de Mecánicos, como resultado de la huelga, se encontraba en una situación de suma debilidad reflejada en el hecho de que el contrato para los mecánicos, uno de los pocos firmados en esos años, se firmó con la Sociedad de Mecánicos y Ayudantes de la CROM, la Alianza vivía una de sus épocas de auge, contratando con FNM en 1930 condiciones de jubilación que serían la referencia para las gestiones globales del STFRM muchos años después.<sup>22</sup> Los trenistas por su parte, divididos en más de dos organizaciones "gremiales", se encontraban en pugna por la titularidad de los contratos.<sup>23</sup> Entre esta heterogeneidad de situaciones, las organizaciones "punta" serían la Mutualista y la Alianza, como se dijo anteriormente, y las menos fuertes, las de talleres. Pero esto es sólo una aproximación. Sin embargo, la lista de los "constituyentes" del STFRM proporciona una idea de ello.

5. Los procesos promovidos por representantes de los distintos sectores obreros y del gobierno para la promulgación del Código Federal del Trabajo en 1932. La participación de los ferrocarrileros en estas discusiones, así como los términos que la Ley Federal impuso a la dinámica sindical en general, resultan muy importantes para la comprensión de la formación del sindicato.

6. Las relaciones con los representantes del poder político. Más allá de la inevitable participación de los trabajadores ferrocarrileros en el desarrollo de las contiendas políticas y militares, existe la relación directa de los dirigentes con los ministros correspondientes, los mismos presidentes y los personajes prominentes. El caso más explícito es el del presidente Abelardo Rodríguez, quien estuvo a punto de aparecer en el IV Congreso por iniciativa de los dirigentes de la CTC. Esta relación es rastreada en el detalle y no hay espacio aquí para referirla, pero lo que sí parece importante señalar por el momento es que, salvo contadas excepciones, los ferrocarrileros nunca

manifestaron una oposición al estado o a su proyecto nacional. La tendencia vigente, antes y después del STFRM, fue la de atribuir los males de los trabajadores a funcionarios corruptos o ineficientes. Lo que, hasta cierto punto, era cierto.

7. La relación de los ferrocarrileros con los demás grupos obreros. El "desmoronamiento" de la CROM a fines de la década, los intentos promovidos por diferentes líderes para reunir las fuerzas obreras en una nueva central, la relación con otras grandes agrupaciones independientes, conforman un panorama muy conflictivo de la situación obrera en general y constituyen el contexto en el cual se da el surgimiento del STFRM y sus primeros años de vida. Los principales líderes ferrocarrileros estuvieron presentes, en la cúpula, en la formación de la CTM.

8. Las vanguardias: la CROM y el PCM. Sólo por razones de espacio hablamos de estas dos organizaciones en un mismo apartado, sin embargo, con respecto al surgimiento del STFRM, jugaron papeles de alguna manera similares, es decir, propiciaron de manera indirecta el movimiento de unificación de los "gremios" en un sindicato único. Tanto la CROM como el PCM iniciaron su militancia en ferrocarriles hacia 1924,<sup>24</sup> aunque de manera totalmente diferente. La CROM construyó una serie de organizaciones paralelas, la más fuerte de las cuales fue su Sociedad Ferrocarrilera del Departamento de Vía, con elementos sueltos y no incorporados a las organizaciones confederadas. Armó con todas ellas una Federación Nacional Ferrocarrilera que competía y obstaculizaba el trabajo de las organizaciones confederadas y favorecía a la empresa. El PCM tuvo en el "Escuadrón de Hierro" a un grupo dedicado y con ideales revolucionarios, al que se deben buena parte de los cambios en la organización confederada que se dieron en el paso de la CSF a la CTC. Trabajaron en las organizaciones confederadas, o más bien, entre las bases mismas de los trabajadores. Parece indiscutible que la participación del PCM fue decisiva para impulsar la combatividad de los trabajadores en el movimien-

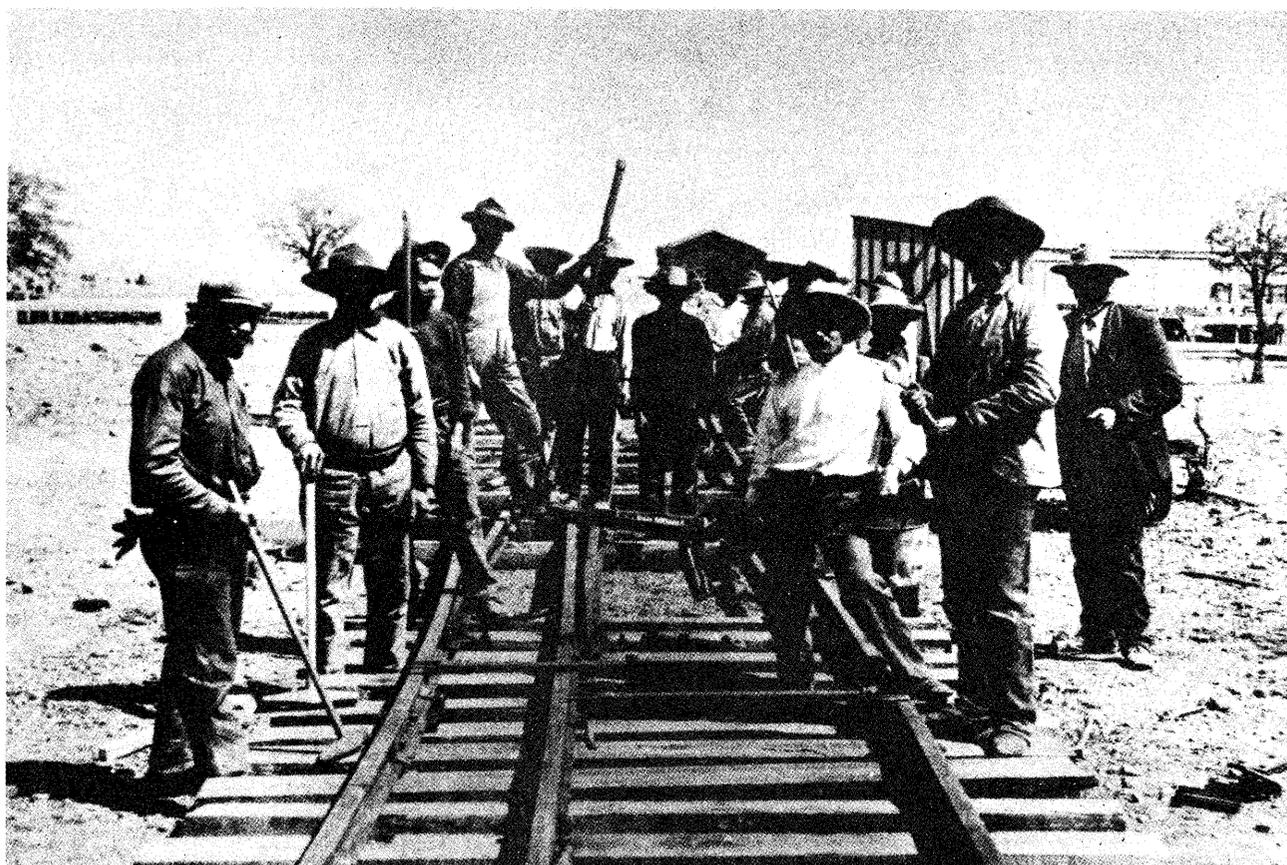
to de 26-27, y también que su derrota, fue la derrota de la línea “revolucionaria”.

Durante los años que estudiamos, el PCM mantuvo una campaña intensa pro-sindicato único “afiliado a la CSUM”,<sup>25</sup> iniciada por los militantes comunistas probablemente desde 1927. Sin embargo, la fuerza política del partido era muy limitada en esos años, que fueron de represión e ilegalidad; de este modo, los comunistas no pudieron incidir realmente en el proceso de formación del STFRM.<sup>26</sup> La influencia comunista, por otro lado, tendría que ser rastreada. La evidencia que tenemos nos indica que se dio en algunas regiones, como Puebla, Monterrey y Jalapa. Pero la campaña comunista, indudablemente, propició la lucha por la formación del sindicato entre las

bases de los trabajadores y, al mismo tiempo, indirectamente, entre la cúpula dirigente de la CTC.<sup>27</sup>

La CROM, por su parte, con sus organizaciones paralelas, es realmente la contrincante de la CTC en las “luchas intergremiales”. Si existe una palabra clave para la gestión del STFRM en sus primeros dos años de vida es: “exclusión”. La CROM promovió la formación del sindicato único porque los dirigentes sindicales lo veían como única alternativa para conseguir la exclusividad de la contratación colectiva. Esta es la gran lucha del STFRM: la eliminación de las organizaciones minoritarias.<sup>28</sup>

Pero exclusividad en la contratación ¿para qué? Una vez que el STFRM se convierte en el



Ferrocarrileros en el tendido de vías, trabajo que se realizaba manualmente y que requería del apoyo de gran cantidad de operarios. (Archivo del Museo de Historia del INAH).

representante único de los ferrocarrileros en México, cosa que realiza con la clara ayuda de Abelardo Rodríguez en todos los casos,<sup>29</sup> cuál es su significado en términos, no ya de la lucha “revolucionaria” sino simplemente como instrumento para el mejoramiento de las condiciones de vida y de trabajo de sus agremiados.

Esta cuestión central requiere una discusión cuidadosa y un mayor conocimiento de la trayectoria posterior del STFRM, ahora sólo podemos señalar algunas líneas indicadoras para esa discusión. En primer lugar, y de manera general, la comparación con la organización colectiva ferroviaria en otros países resulta de suma importancia. No existe aquí espacio para hacer referencias, pero sí afirmamos que la forma de sindicato único no representa la evolución política natural de la clase ferroviaria en sus formas de organización. En otros casos, como en Estados Unidos, las hermandades por especialidad se afiliaron como tales a la AFL desde sus inicios y así han permanecido hasta nuestros días, y son poderosos instrumentos de negociación de sus asociados. El fenómeno de constitución del STFRM, por tanto, tiene que ser observado como un proceso específico, determinado por las condiciones históricas particulares del país, de su sector y de la organización colectiva de los ferrocarrileros mexicanos.<sup>30</sup>

El STFRM no modificó substancialmente, por mucho tiempo, la reglamentación del trabajo de 1925, es decir, un sistema de relaciones internas pactado de manera “gremial”, altamente jerarquizado. A pesar del discurso “obrerista” que permea la mística del surgimiento del STFRM, las diferencias gremiales se mantuvieron en el interior de las condiciones laborales. La dirección sindical, en esta misma línea, también mantuvo el poder de los “gremios” como lo criticó *El Machete Ilegal* en su momento. La instalación de un Consejo Directivo, formado por representantes de cada especialidad (que sería removido dos años después del surgimiento pero vuelto a instalar después, hacia 1945), es evidencia de esto. El STFRM

es, hasta nuestro días, un sindicato “mixto” de industria e internamente de oficio. Los problemas de la unidad sindical fueron, desde su origen y durante muchos años, centrales en la política interna.

La presencia de una cúpula dirigente es evidente, aunque esto, en la visión de los mismos dirigentes (“los representantes se elegían por votaciones rigurosas”) no implicaba una falta absoluta de democracia, como la que se instaló después del “charrazo” de 1948.<sup>31</sup> Es un hecho que los líderes penerreanos de la CTC, como los llamaba *El Machete Ilegal*, tuvieron la suficiente fuerza para filtrar las posiciones antagónicas en el IV Congreso y orientarlo según sus intereses y compromisos políticos. A manera de anécdota que ejemplifica la situación: Gudelio Morales, el dirigente más renombrado de la CTC “se construyó un sueño de ser el primer secretario general. Sin embargo vino gente del interior que no lo conocía tanto y los que sí lo conocían más, se inclinaron por un secretario general ‘desconocido’: José Ordorica”. En este mismo sentido el grupo pactó que los secretarios generales del sindicato fueran, durante los primeros años de vida de la organización rotativos, uno de cada especialidad: oficinas, telégrafos, talleres, vía, etc., y así fue.<sup>32</sup>

Finalmente, el STFRM nace cobijado por una estrecha relación amistosa entre Abelardo Rodríguez y las cúpulas dirigentes. Vale la pena señalar, para nuestro caso, que este tipo de relación no es nuevo y que se dio, entre las organizaciones más fuertes como las de trenistas, despachadores, telegrafistas y oficinistas, probablemente desde los inicios mismos de su vida política. Este punto nodal en la comprensión del desarrollo del STFRM en los años posteriores a su formación sirve —en el marco de nuestras reflexiones generales sobre la institucionalización del movimiento obrero— para concluir que, durante la década de los años veinte el sindicato ferroviario sí representó un espacio de resistencia a los ataques del reformismo cromista, pero no por una diferencia de proyecto político, no por una posición

ajena al colaboracionismo con el proyecto estatal nacional, sino más bien, utilizando la jerga de las organizaciones ferrocarrileras, por "el control de los agremiados".<sup>33</sup>

---

<sup>1</sup> Para un bibliografía general sobre ferrocarriles y ferrocarrileros: Ingrid Ebergényi, *Primera aproximación al sindicalismo ferrocarrilero (1917-1936)*, México, Tesis en Antropología Social, ENAH, 1983.

<sup>2</sup> Ver Marcelo Rodea, *Historia del movimiento obrero ferrocarrilero en México (1890-1947)*, México, s. ed. 1944; Servando Alzate, *Historia de la mexicanización de los Ferrocarriles Nacionales de México*, México, s. ed. 1946.

<sup>3</sup> Los ferrocarrileros de FN de M fueron prácticamente militarizados durante algunos años del movimiento armado y la presencia de oficiales del ejército en muchos de los puestos importantes fue un problema para la operación eficiente de la empresa. Ver Alfredo B. Cuéllar, *La situación financiera de los Ferrocarriles Nacionales de México con relación al trabajo*, Tesis de Economía, México, UNAM., 1935.

<sup>4</sup> Así lo dice, por sugerencia del entonces gerente Luis Gómez Z., la placa conmemorativa del 50 aniversario del STFRM en 1983.

<sup>5</sup> Ver Esther Shabot, "La Unión de Mecánicos Mexicana y la huelga de 1906"; José Woldenberg, "La huelga de mecánicos de 1912", los dos en II Congreso Nacional de Historia Obrera del CEHSMO, Mérida, 1979. El movimiento de 1921 es considerado por Marcelo Rodea, *op. cit.* y por una monografía hemerográfica: Rogelio Vizcaíno, "Recordando 1921", *Yucatán: Historia y Economía*, año 3, Núms. 15 y 16, Sept-Dic. 1979, Revista del Departamento de Estudios Económicos y Sociales, Universidad de Yucatán. La huelga de 26-27 es el tema

de: Elías Barrios, *El Escuadrón de Hierro*, México, Ed. de Cultura Popular, 1978, y existe un trabajo de Marcelo Rodea: "El movimiento huelguista de 1926-27", Ponencia presentada en el Congreso Ferrocarrilero de Puebla, agosto 1980.

<sup>6</sup> *Nuestra Palabra*, Órgano de la Confederación General de Trabajadores, núm. 33, junio 19 de 1924. La nota firmada por José C. Valadés acerca de la CFS se llama "Revisionismo Sindical".

<sup>7</sup> Entrevista de Ingrid Ebergényi con Guillermo Treviño, México, mayo 1981.

<sup>8</sup> Una caracterización rigurosa del STFRM requiere un estudio que no ha sido realizado. Es sabido sin embargo, que éste es la cuna del "Charrismo Sindical": desde 1948 cuando el "Charro" Jesús Díaz de León se apoderó de la directiva del sindicato por la fuerza, los secretarios generales (a excepción de Demetrio Vallejo), son designados al igual que el Gerente de FN de M por los representantes del gobierno o el mismo presidente. Entrevista de Ingrid Ebergényi con Juan Gutiérrez, México, septiembre de 1983.

<sup>9</sup> La empresa regresó a sus dueños privados —siempre con mayoría del gobierno mexicano— en enero de 1926. En 1937 fue expropiada por el presidente Cárdenas.

<sup>10</sup> Esta parece ser una condición compartida por todas las empresas de grandes dimensiones. Ver John T. Dunlop, *Industrial Relations Systems*, Harvard University, USA, Southern University Press, 1971, pp. 44-47.

11 Colpitts y Coverdale, Consulting Engineers, *National Railways of Mexico. Report to the International Committee of Bankers on Mexico*. New York, septiembre 1929. Los técnicos ferroviarios recomiendan explícitamente una “descentralización” de la empresa que otorgara mucho más autoridad y responsabilidad a los superintendentes de división. Esta recomendación, que no fue atendida en su momento, sigue vigente. FN de M es un monstruo macrocefálico del estilo de otros que abundan en nuestro país.

12 Esto es general para el sector en todos los países, John T. Dunlop, *op. cit.*, pp. 19-23.

13 El caso de la rebelión de la huertista parecer ser la excepción, pero requiere de más investigación.

14 No se discute si el término valga, entre otras cosas, para ellos mismos y su propia identificación. Para nuestros fines es necesario distinguir radicalmente a un oficinista de un tallerista, pero sabemos que ambos se sienten, y son, “ferrocarrileros”.

15 Estos trabajadores “de segunda” se encontraban incorporados a las organizaciones gremiales en las jerarquías menores. Pero hay casos en la historia de la organización ferrocarrilera como el de la American Railroad Union (ARU), protagonista de la huelga contra Pullman en 1895 (“the Debbs rebellion”), y la Gran Liga de Empleados de Ferrocarril (1904-1908) en México, en que fueron sobre todo estos trabajadores los que se agruparon “sin distinción de especialidad”, ya que los de “primera” se encontraban en sus hermandades. La fuerza desplegada en sus movimientos fue bastante impresionante, al igual que la drástica represión ejercida por las empresas y el estado.

16 A la organización del departamento de vía se le conocía en las asambleas como “la aplanadora de vía”. Entrevista de I. Ebergenyi con Guillermo Treviño, México, mayo 1981.

17 Dos documentos proporcionan una visión bastante completa, especialmente para la situación del personal: Coverdale & Colpitts, *op. cit.*; Jesús Silva Herzog, *Los salarios y la empresa de los Ferrocarriles Nacionales de México*, Informe núm. 1, del Comité Reorganizador de los FN de M, México, 1931, véase también Alfredo Cuéllar, *op. cit.*

18 Aunque el recurso es demasiado fácil, no se puede evitar relacionar este despido con la entrada de los mismos 11 000 trabajadores a la nómina de Nacionales en el conflicto de 1921. La razón: se quedaron los esquiroleros y regresaron los huelguistas. Ver Vicente Fuentes Díaz, *El Problema Ferrocarrilero de México*, México, Ed. del autor, 1951.

19 La lucha por la destitución de Sánchez Mejorada es el episodio “más heroico” en la lucha de la CTC en esos años. Ver Gudelio Morales, *Contra la dictadura ferroviaria*, México, s. ed., 1932. Don Gudelio, secretario general de la CTC y su personaje más destacado, sostuvo una campaña en la prensa donde desplegó su poderosa retórica en contra del gerente mientras tenía lugar el reajuste masivo de la empresa.

20 Véase Gudelio Morales, *Tres años de lucha sindical*, Informe rendido a la Alianza de Ferrocarrileros Mexicanos en su carácter de Presidente General de la misma, 1928-1931, México, s. ed., s.f.

21 Elías Barrios, *op. cit.* Los gobiernos generales no secundaron el movimiento mientras los consejos divisionales —las representaciones locales— sí lo hicieron. Esta falta de unidad explica en parte la derrota. Otras razones, además de la parcialidad de Morones como ministro, la total ausencia de adhesión de los trenistas y, más en el fondo, la indisciplina y la soberbia de los dirigentes de la Unión de Mecánicos, quienes lanzaron a su organización a la huelga sin consulta previa en la CTC y pidieron que “sólo no estorbaran”. Entrevista de I. Ebergenyi con Guillermo Treviño y Juan Gutiérrez.

22 Contrato de trabajo colectivo celebrado entre los Ferrocarriles Nacionales de México y la Alianza de Ferrocarrileros Mexicanos, México, marzo de 1930, Imp. E. Limón, 1930.

23 Gloria Tirado Villegas, “Acerca de la lucha por la titularidad del contrato entre los conductores del ferrocarril (1927-1930)”, *Boletín de Investigaciones del Movimiento Obrero*, Año 1, núm. 2, febrero de 1981. Universidad Autónoma de Puebla.

24 Barry Carr, “Marxists, Communists and Anarchists in the Mexican Labor Movement, 1910-1925”, Australia, La Trobe University, sin fecha, para lo relativo al PCM; y Fabio Barbosa, *La CROM de Luis N. Morones a Antonio J. Hernández*, México, Universidad Autónoma de Puebla, 1980.

25 *El Machete Ilegal* en todos sus ejemplares entre 1929 y 1934 contiene una sección sobre problemas ferrocarrileros, terminando siempre con la consigna “pro-sindicato único”.

26 Este punto requiere más investigación. Sin embargo, los comentarios del mismo *Machete Ilegal* son indicadores de esta incapacidad política. Véase *El Machete Ilegal*, 30 de enero y 28 de febrero de 1933.

27 Entrevista de I. Ebergenyi con Juan Gutiérrez, septiembre 1983.

28 Véase Alfredo Navarrete, *Informe que rinde el Secretario General por su periodo social de febrero de 1934 a enero de 1936*, México, Sindicato de Trabajadores Ferrocarrileros de la RM, 1936.

29 *Idem.*

30 La visión de evolución de “lo gremial” a “lo sindical” es la línea de interpretación aun en los trabajos más recientes sobre movimiento ferrocarrilero.

31 Entrevista de Ingrid Ebergenyi con Juan Gutiérrez, septiembre de 1983.

32 *Idem.*

33 Tenemos evidencias, aunque muy pocas, de actitudes contestatarias, concretamente en algunos números de “Fuerza y Cerebro”, la publicación de la Unión de Carpinteros, hacia 1924. Este tipo de problemas son materia para la investigación monográfica. El juicio sobre la relación con el estado vale, de cualquier modo, para la orientación general del sindicalismo ferrocarrilero.



# Cinco autorretratos y un ensayo: mujer, trabajo y familia en Río Blanco (1890-1950)

Gerardo Necochea

“Trabajo, siempre trabajo. ¿Jugar? ¿Visitar? ¡No había tiempo!” Así resume Blandina Terrazas sus más de ochenta años de vida. Tan contundente afirmación no puede más que abrirnos multitud de preguntas. Un ensayo reciente plantea algunas de ellas; preguntas sobre la vida cotidiana, sobre la distribución del tiempo y los tipos de trabajo, y sobre la experiencia diversa de campesinas, artesanas, obreras, profesionistas y aristócratas.<sup>1</sup> Pocos han sido los intentos por desentrañar estas interrogantes. El presente ensayo se suma a esta búsqueda. Cuando tengamos respuestas, descubriremos el profundo significado de las de Blandina.

Este ensayo habla de mujer, trabajo y familia. No pretende abordar la complejidad total de la problemática femenina ni pretende abordar la experiencia de todas las mujeres. Hablamos de mujeres de la clase obrera en una sola comunidad: Río Blanco, Veracruz, en el valle de Orizaba, famoso por sus fábricas textiles y sus luchas obreras. La lectura del ensayo dará a entender por qué nos centramos en mujer, trabajo y familia. El por qué enfocamos sólo a mujeres de la clase obrera obedece a dos razones: primera, la consabida limitación de tiempo y espacio; segunda, que nos parece importante diferenciar con-

ductas y hábitos entre mujeres pertenecientes a distintas clases sociales. Si bien todas sufren la opresión sexista, su historia no ha sido la de meros recipientes pasivos de ella. Las mujeres de la clase obrera, a lo largo de su experiencia han organizado su vida y sus relaciones en forma activa y diferente a la de mujeres de otras clases y épocas. No todas pueden hablar, como Blandina, de una vida de trabajo y más trabajo.

La principal fuente de este ensayo son cinco autorretratos, elaborados por participantes en el Taller de Historia Local, en Río Blanco. Entre los meses de abril y septiembre de 1983, llevamos a cabo un proyecto, cuyo objetivo era una historia oral recabada por las personas de la comunidad. Los autorretratos fueron un ejercicio, en el que se respondió a la indicación de contar las cosas que las participantes consideran importantes de su vida. Aunque los textos no aparecen completos, es poco lo que se omite; todos, excepto uno, tienen alrededor de dos cuartillas de largo.

Analizar estos autorretratos nos permite hablar de un tiempo determinado por crisis y fases en la vida de cada mujer. Después de este análisis —o, como diría Clifford Geerts, “descripción gruesa”— introducimos la perspectiva histórica

que nos da el comparar los ciclos de vida entre generaciones. Esta comparación muestra cambios en los cuales el trabajo femenino juega un papel principal.

El tiempo generacional e individual definen un tiempo familiar y una historicidad tanto en la estructura como en las relaciones familiares. El estudio de caso, parafraseando a Geertz, desmenuza particularidades para profundizar en procesos generales. Entre los años de 1890 y 1950, una economía familiar que es unidad de producción y reproducción se transforma en una economía familiar salarial.<sup>2</sup> Estos dos tipos de familia fueron, en su debido momento, elemento importante en la conformación de una clase obrera en México.

Si bien trataremos sobre sus similitudes, sus autorretratos no son iguales.<sup>3</sup> La primera y más obvia diferencia está en la experiencia, que es particular para cada una de ellas. La especificidad de lo que vivieron y su manera de entenderlo se puede atribuir en parte a su edad.

Nací en Río Blanco, Veracruz, en el año de 1912 (Ernestina). Nació en Río Blanco, Veracruz, el 25 de enero de 1929 (Lourdes). Nació el 24 de enero de 1933 (Osbelia). Nació el día 29 de septiembre de 1937, en la casa ubicada en Poniente 6, número 37, de esta ciudad de Río Blanco, entonces villa (Gudelia). Nació en Orizaba, Veracruz, el 14 de enero de 1949 (Yolanda).

Las fechas nos muestran a generaciones diferentes. Ernestina se cuenta entre aquellos cuyos padres emigraron de Puebla, Tlaxcala y Oaxaca principalmente. Entre las otras, en cambio, al menos uno de sus progenitores era originario del valle de Orizaba.

Fueron mis padres Ladislao Ramírez Sánchez, originario de Puebla, Puebla y Altigracia Romero Herrera, de Tlaxcala, Tlaxcala (Ernestina). Mi padre nació en Orizaba, mi madre en Río Blanco (Gudelia). Mi papá José María Cabrera Pérez y mi mamá Blandina Terra-

zas. El primero originario de Puebla y la segunda originaria de Río Blanco, Veracruz (Lourdes).

De las circunstancias que las acercan, la primera en la memoria, es la vida escolar. Todas ellas terminaron los seis años de primaria y algunas continuaron estudiando una carrera.

Mis primeros recuerdos son cuando tenía cuatro años, nos diríamos mamá y yo a la estación de ferrocarril. Poco antes de llegar ahí, mi atención se quedó en unos niños del kinder que formados iban dirigidos por la maestra hacia el interior del salón de clases. Sin pensarlo yo, me formé al último niño y entré también con ellos al salón (Lourdes). Mis recuerdos se remontan hacia el año de 1941, cuando a la edad de cuatro años ingresé al kinder "Gonzalo Vázquez Vela" (Gudelia). Estuve dos años en el jardín de niños "Gonzalo Vázquez Vela", después un año en una escolita particular en donde aprendí a leer y escribir, después pasé a la escuela primaria "Josefa Ortiz de Domínguez" de esta ciudad, la secundaria la hice en Orizaba, después hice un año de enfermería pero por ser algo nerviosa no pude seguir. Asistí a una academia y me recibí de Secretaria Corresponsal (Osbelia).

Pocas de la primera generación, en cambio, llegaron más allá del cuarto año. Ernestina perteneció a esta minoría.

Mi educación la recibí en la escuela "Josefa Ortiz de Domínguez" y fui de la primera generación que salió con primaria superior.

En su relato nos explica que, anterior a su graduación, las escuelas contaban con sólo cuatro años.

Otro aspecto de la vida escolar que se desprende de los relatos es la relación con la maestra. Se hace alusión a una relación fuerte, menos evidente según la edad de la autora.

De mis maestras conservo un grato recuerdo y gratitud, pues siempre las admiré por su educación, dedicación y amor hacia nosotras alumnas; aún vive la que fue mi maestra de segundo año. . . (Ernestina).

Así nos dice la mayor de estas autoras, en

cambio Yolanda, la más joven, ni siquiera menciona a sus maestras.

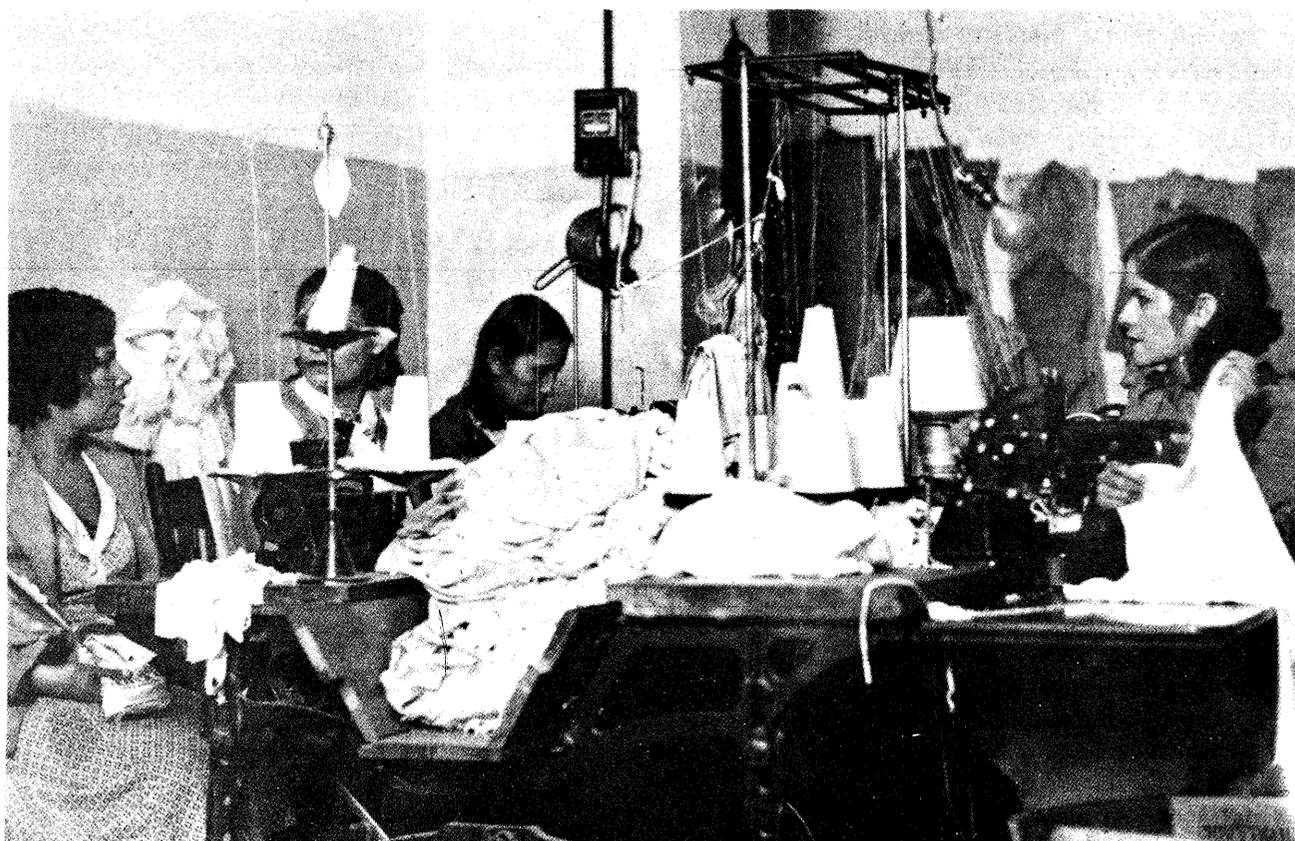
La generación de Ernestina depositó gran parte de su afecto infantil en sus maestras. La maestra aparece en sus recuerdos como figura de autoridad pero no de poder. Sus consejos, en situaciones específicas, podían determinar el rumbo de la vida de las niñas.

Cuando yo terminé el cuarto año me otorgaron un certificado y me dijeron que si quería hasta ahí podían quedar mis estudios. Pero la maestra Lolita Rodríguez, que era directora de la escuela "Josefa O. de Domínguez", nos aconseja a las alumnas de dicho plantel que termináramos la primaria con sus seis años completos. Yo seguí el quinto y luego el sexto año y nuevamente me dieron otro certificado por terminar la primaria (Lourdes).

La repetición de estos sentimientos en los otros relatos, con una excepción, nos habla de una escuela que no era fría ni impersonal. Al contrario, la figura de la maestra semeja a la de la madre. La excepción, Yolanda, es significativa porque sugiere la burocratización de la institución escolar donde la maestra es figura de poder.

La vida en familia aparece junto a los recuerdos escolares. La estructura familiar es nuclear, aunque en ocasiones la unidad doméstica incluyera a alguna otra persona, como un abuelo o abuela.

La primera vez que recuerdo a papá fue cuando ese año en el kinder en un festival bailamos en el teatro, con niños y niñas, Cuando iba entrando en formación con los niñitos al teatro Nicolás Bravo, vi la cara sonriente de un señor y me quedé mirándole como que-



El trabajo de las mujeres en los talleres de costura era insustituible. (Fototeca INAH).

riendo conocerlo. Entonces ese señor me hizo una señal con su cabeza y yo me dije, es papá. Para mí fue como si por primera vez lo viera y sin embargo parecía lo conocía de mucho tiempo (Lourdes). Me gustaba mucho esperar a mi papá cuando salía del trabajo, en la esquina de la casa. Me cargaba y me hacía caricias con la barba. Cuando llovía lo iba a esperar al parque "7 de enero", con su gabardina y su paraguas (Gudelia). Mi madre murió cuando tenía yo once años y mi padre ya estando yo casada. Cuando murió mi madre lo sentí mucho, afortunadamente ya para entonces tenía yo un hermano casado y mi cuñada fue muy buena conmigo. Me quería mucho y me ayudó a sobrellevar mi pena (Osbelia). Mi padre falleció cuando tenía siete años y mi madre vive todavía. Ella trabaja y con su ejemplo y modo de enfrentarse a la vida me ha dado un camino a seguir, ya que ella luchó mucho y sigue luchando por defender su hogar y ayudarnos a mis hermanos y a mí a hacer una causa (Yolanda).

Las relaciones afectivas dentro de la familia son fuertes y definidas. La afectividad tiene un importante componente de respeto y obediencia hacia los padres. Se evidencia en la actitud hacia las obligaciones familiares. Estas, dada su condición de mujeres, limitaron en ocasiones su desarrollo individual. Sin embargo parecen haberlas acatado con un mínimo de conflicto.

En ese año, los alumnos del cuarto año, promovieron la sindicalización de los maestros, y ayudados por el gremio de panaderos y textiles de San Bruno (Xalapa), le declararon al gobierno una huelga de maestros. Fuimos comprometidos todos los estudiantes (de la Escuela Normal), en especial los que teníamos pensión, a apoyar esta huelga no asistiendo a clases, por su parte el gobierno nos conminó a los becados a no secundar el movimiento bajo pena de que de hacerlo perderíamos nuestras becas. Pero fueron más fuertes los lazos de compañerismo, que desafiando esta orden del gobierno, secundamos la huelga. Por medio de un Grande Manifiesto se hizo saber al gobierno nuestro apoyo a los maestros, en dicho manifiesto aparecían nuestros nombres. La huelga triunfó, los maestros comenzaron a sindicalizarse. . . y la amenaza del gobierno no se cumplió, el descontento del pueblo fue en

aumento contra el gobernador, hasta que por fin fue depuesto. Mi madre y hermano, enterados de todos estos sucesos determinaron que no siguiera la carrera de maestra. En México se produjo el levantamiento del general Gómez al que se unió el general Serrano, y por Perote hubo levantamientos; ante la situación de angustia que vivía Jalapa, el director dispuso que las alumnas de fuera regresáramos a nuestro lugar de origen hasta en tanto se produjera la calma. . . Por esta causa regresé a Río Blanco y aunque después fui avisada por la dirección de que las clases se reanudaban, mi madre y hermano no quisieron que regresara, ni yo insistí porque me consideraba incapaz de llegar a ser una buena maestra, como lo habían sido las mías (Ernestina). Al terminar la primaria yo quería estudiar secundaria para después seguir la carrera de química, pero desgraciadamente no recibí apoyo de mi familia, quizá porque mi padre empezó a estar enfermo, y aunque ya dos de mis hermanas trabajaban, no pudieron sostenerme esa carrera. Entonces me inscribieron en Orizaba en la escuela "José Ma. Vilaseca", particular, de monjas, para estudiar la carrera de comercio (Gudelia). Y volví a regresar con mis hijos para Río Blanco, por ayudar a mamá que se encontraba sola y con problemas, ya que pretendían despojarla de la casa que ella habitaba y ahí la había dejado papá al fallecer (Lourdes).



Viviendas y lavaderos colectivos del barrio de La Huaca, Veracruz, donde habitan los trabajadores de los muelles desde principios de siglo.  
(Del libro *Obreros somos...*).

Estas mujeres, cuando niñas y adolescentes, subordinaron sus deseos a los de sus padres y hermanos. Su interés individual formaba parte y tenía que estar en armonía con los intereses y necesidades familiares.

Relaciones fuera de la familia dejaron menor huella, aunque tienen sus lugares y momentos específicos. Hay, por ejemplo, compañerismo en la escuela y en las actividades organizadas por ésta.

Para mí el sexto año fue el más alegre y hasta mis días recuerdo a todas y cada una de mis amigas. Todavía cuando tengo oportunidad nos saludamos con cariño (Lourdes). Recuerdo que cuando íbamos a salir en algún bailable, las maestras nos llevaban todos los días a ensayar en el teatro. . . En la primaria practiqué varios deportes: carreras, soft ball, basket ball, voli ball. Aunque no destacaba mucho, me gustaba participar (Gudelia).

También crearon vínculos de compañerismo a través de otras instituciones.

A los diez años, más o menos, pertencí a una congregación católica de niñas. El "local" como le llamábamos estaba ubicado por el parque Centenario. Cuando tenía once o doce años, me gustaba ir a las "kermeses" que organizaban asociaciones católicas (Gudelia).

Aun cuando el espacio de las relaciones familiares predominaba, la vida de estas niñas era variada. El compañerismo, aprendido en esta edad, podía tocarse en acciones solidarias importantes, como cuando Doña Ernestina decidió sumarse a la huelga del magisterio.

No se hace mención, en cambio, de tíos, tías, primos o primas de manera específica.

Todavía me acuerdo cuando íbamos al campo a las compuertas a Ixtac o Sumidero. La familia invitaba a sus amistades y estos a sus familiares. Se hacían grupos grandes y cada familia llevaba su comida, refrescos y fruta. Algunos sabían tocar guitarra y violín. También se tocaban discos en una vitrola que se le daba cuerda con una manivela (Lourdes).

La omisión es significativa. Podríamos suponer que a la primera generación le faltasen tales relaciones porque no siempre migraban familias completas. Era costumbre, sin embargo, ir a ver a los familiares que quedaron en sus pueblos de origen. Los autorretratos sugieren un debilitamiento en las relaciones de parentesco. En su lugar, como vínculos integrativos a la comunidad, aparecen las relaciones basadas en la homogeneidad social: casi todas son hijas de obreros que conviven con otras hijas de obreros.

Las adolescentes dejan de serlo al entrar a trabajar. Cuatro de ellas trabajaron antes de casarse, comenzando más o menos a la misma edad.

Entré a trabajar al Seguro Social teniendo 17 años (Osbelia). Cuando terminé mis estudios en el colegio Vilaseca, descansé solamente dos o tres meses, o más bien un mes, y mis hermanas me llevaron a practicar con un contador, el señor Rodolfo Buendía, con quien ellas habían trabajado. . . Cuando tenía unos tres meses con el contador, me llamó mi exmaestro de contabilidad, el señor Frangos, para que trabajara en la relojería "Cantú" que tenía poco de haberse inaugurado. Fui de inmediato y me encontré con que estaba trabajando como cajera una compañera de Vilaseca con quien tenía buena amistad. Nos dio mucho gusto a ambas. . . Era el año de 1954 (Gudelia). . . Cursé primaria en la Leona Vicario de Orizaba. De ahí entré a trabajar, ya que los recursos económicos de mi hogar eran escasos; a los 15 años entré a la secundaria nocturna para trabajadores Centro de Educación de Oaxaca (Yolanda).

Al parecer, de no haber una necesidad económica imperativa las mujeres comenzaban su vida de asalariadas al final de su segunda década.

La vida laboral se interrumpe para casi todas con el matrimonio y los hijos. Su edad al casarse también revela cierta uniformidad.

Cuando tenía 19 años conocí a mi esposo y cuando cumplí los 23 nos casamos (Lourdes). A los 18 conocí al que hoy es mi esposo, nos casamos seis años después (Osbelia). Cursé dos años (de enfermería) y como conocí a mi esposo en prepa, murió su mamá

y nos casamos (Yolanda). . . Entonces ya era novia del que hoy es mi esposo, y fijamos la fecha para casarnos, pero yo no quería dejar a mi madre. Esperamos un tiempo, y fue cuando ella falleció. Esperamos otro año, y nos casamos el 30 de septiembre de 1967, o sea un día antes de cumplir yo treinta años (Gudelia).

Comúnmente el primer hijo nació al año de casados. Tuvieron un promedio de cuatro hijos, con intervalos de uno y medio a dos años. Por tanto, la parte de su vida dedicada a la maternidad osciló entre los veinticinco y los cincuenta años de edad.

Al casarse y ser madres, no abandonaron la actividad laboral por completo, aunque sí cambió el carácter de esta actividad.

A los 29 años ya tenía a tres de mis hijos todos pequeños y esperaba el cuarto pero nació muerto. A los quince días de este suceso, estando todavía incapacitada, me mandan llamar de mi trabajo, me encuentro con otras veinte o veinticinco personas compañeras de trabajo de las oficinas de la caja regional del Seguro Social, para informarnos que vamos a salir indemnizadas por reducción de personal y nos entregan los cheques con la cantidad que obtuvimos. Se me hizo duro este cambio pero ya no quise conseguir otro trabajo. Me dediqué a estar con mis hijos en la edad que más me necesitaban. Al poco tiempo quise ganarme unos centavos vendiendo ropa pero no tuve carácter para andar cobrando, preferí perder el dinero que me debían. Después me dediqué a hacer gelatinas y así por varios años ayudé a mi esposo con los gastos de nuestros hijos (Osbelia). Nuevamente empezamos mi esposo y yo a batallar. El con su trabajo y yo en la casa con mis hijos para mandarlos a la escuela y a tratar de ganar yo también algún dinero para que alcanzara el gasto. Vendíamos calzado y ropa hecha, también vendía productos de tocador (Lourdes).

Durante este lapso, las mujeres trabajaron irregularmente, dedicando su ingreso a complementar lo necesario para el gasto y necesidades extras. Por otro lado, la posibilidad de regresar a una vida laboral plena no estaba descartada.

Tardé diez años sin trabajar, y casi encerrada en mi casa, cuidando a los niños. Cambió totalmente mi carácter. Me volví hosca, huraña y siempre estaba preocupada. Cuando mi esposo salía de viaje, hacía un drama. Entonces, un día en 1977, me avisó mi hermana que le había llamado mi exjefe para que volviera a trabajar pues no encontraban secretaria. Mis hijos tenían entonces 8, 6, 4 y 2 años. Hablé con mi esposo y consintió en que trabajara nuevamente. Esto alivió un poco la situación económica y al mismo tiempo me ayudó a recuperarme. Mis jefes me recibieron muy bien, y en poco tiempo volví a ponerme al tanto del trabajo (Gudelia). Tuve dos hijos y cuando ya sabían comer por sí solos y avisar de ir al baño, fue cuando con el apoyo de mi esposo, después de dialogar con él mucho, ya que una inquietud bullía dentro de mí, como una frustración, como un algo que me decía mi rebeldía a ser una mujer opacada por la sociedad, a seguir un círculo vicioso en el cual cae la mujer del trabajador, del proletario, que tiene problemas y no sabe a veces cómo darles solución, fue por esto que hablando con mi esposo me dio la oportunidad de seguir estudiando y terminé mi carrera corta de enfermera general; claro que me costó muchas privaciones y sacrificios de mi familia, o sea a todos; ya que cuando quiere uno superarse, cuesta trabajo y sacrificios, pero vale la pena. Entré a trabajar y vi y supe que esa frustración ya la había superado, que me sentía más segura. . . (Yolanda).

Es decir, la formación de una familia y la contribución a la economía familiar no se excluyen. Al contrario, ambas forman parte de un continuo en las actividades de estas mujeres.

Los trabajos que se mencionan nos hablan de un mercado de trabajo femenino limitado y segmentado. Las mujeres eran maestras, secretarias, enfermeras o vendedoras. Algunas sin embargo, sugieren que en su época estudiantil se comenzaban a abrir otras posibilidades. Gudelia, recordemos, quería estudiar para química y Yolanda

trabajando y estudiando también hice mi preparatoria en la ESBO. Al terminar tenía planeado seguir estudiando medicina, para esto mi madre me dijo que ella con su trabajo me ayudaría y fui a presentar examen a Puebla y paré con unas amistades, pero se atravesó

una huelga estudiantil que duró tres meses por la agresión y muerte que sufrieron unos estudiantes; para esto, mi mamá me dijo que presentara antes de irme examen en enfermería y como me mandaron regresarme de Puebla, porque no se definía el paro, regresé y entré en enfermería.

Esto nos habla de sus deseos pero también de un mercado de trabajo que, aunque, continúa segmentado, se fue ampliando.

Los autorretratos aluden al trabajo doméstico en particular al cuidado de los hijos, pero no se detienen en él. Sabemos, sin embargo, que ellas pasan varias horas del día en esta tarea y así lo han hecho desde pequeñas.

Cuando yo salía a vender, mamá guisaba. Si regresaba temprano, limpiaba y lavaba, cosía y arreglaba la ropa, en fin, todas las labores del hogar (Lourdes). De aquellos tiempos recuerdo también una costumbre muy peculiar que había entre los habitantes de Río Blanco. Tal vez por la falta de agua dentro de las casas, se estableció hacer limpieza general un día a la semana. Este día era sábado, y no había casa en que no se realizara. Recuerdo que mis hermanas mayores lavaban todo: pisos, sillas, mesas, puertas, ventanas, etc., y al final, baño para todos. Había instalados en las esquinas de las calles (no en todas) unos hidrantes de agua potable (todos les llamábamos "el chorro"). De ahí se acarrea el agua para las casas, y se iban llenando barriles o tinacos que no faltaban en ninguna casa. Las muchachas acostumbraban acarrear el agua por las noches, para "echar novio", mientras los más chicos cuidábamos que no las vieran los papás (Gudelia).

La omisión también en este caso es reveladora. Nuestras autoras recuerdan su actividad doméstica, pero en el espacio que le dedican en sus relatos no la sitúan a la par del trabajo asalariado.

A través de sus autobiografías, las autoras nos describen un ciclo de vida.<sup>4</sup> Durante la niñez, primera fase de este ciclo, ocurren las dos primeras crisis vivenciales, la entrada a la escuela y el desempeño de un trabajo doméstico (aunque a veces asalariado). El alargamiento de la vida

escolar prolongó también esta etapa de desarrollo, hasta desembocar suavemente en la adolescencia. Esta segunda fase no difería en mucho de la niñez, excepto por la mayor participación en eventos no familiares que se desarrollan fuera del hogar. Durante la tercera fase del ciclo, la juventud, atravesaron por otras dos crisis. En primer lugar, entraron al mundo del trabajo asalariado y, por tanto, compartieron la responsabilidad de mantener a la familia. En segundo lugar, las relaciones extrafamiliares condujeron a noviazgos y matrimonios, que a su vez franquearon el paso a la siguiente fase. Así, el paso de la infancia a la madurez fue suavizado mediante estas dos fases intermedias. Llegaron, como mujeres maduras, a la última crisis de la cual nos hablan: los hijos y, en ocasiones, la vuelta al trabajo. No sabemos, finalmente, nada al respecto de la fase de la vejez. Más adelante veremos como este ciclo de vida, con sus fases de desarrollo y crisis vivenciales, difiere de la experiencia vivida por otras generaciones.

Las autoras en sus autobiografías describen también diferentes tipos de labor desempeñada en el transcurso de sus vidas. En su juventud trabajaron por un salario, mientras que en su niñez y adolescencia se dedicaron a quehaceres domésticos y a la escuela. En su madurez combinaron ambas labores. En tanto nos interesa el trabajo de las mujeres, tenemos que tomar en cuenta estas diferencias en el ciclo de vida.

Cuando hablamos de trabajo, por convención nos referimos al trabajo asalariado, distinguiéndolo de lo que hemos llamado actividades o trabajo doméstico.<sup>5</sup> En realidad, hablando de mujeres, no siempre es posible establecer una clara separación entre trabajo productivo y trabajo reproductivo. En el ciclo de vida descrito, la separación es clara en la juventud. Las labores domésticas recaen sobre la madre, las hermanas menores, y la abuela, si vive en la misma casa. A excepción de este momento, uno y otro tipo de trabajo se confunden. Pero este momento de clara distinción parece ser de suma importancia en su

conciencia. No siempre y de igual manera, pero en general el trabajo asalariado de la mujer obrera es un complemento del salario familiar, mientras que el trabajo doméstico pasa a ser primordial y se distingue claramente del trabajo productivo. La concepción que estas mujeres tienen del trabajo en general concede más peso al trabajo productivo.

Hemos tratado los autorretratos con el contexto individual para describir los ciclos de vida y de trabajo. El propósito de historiar estos ciclos nos remite a una comparación con generaciones anteriores. Nuestra primera tarea es situar tanto a la generación ya descrita como a las que le precedieron.

Los primeros pobladores de Río Blanco provenían de otros estados de la república.<sup>6</sup> En su mayoría eran originarios de México, Tlaxcala y Oaxaca. Por lo general se trataba de individuos jóvenes, entre los quince y los veinticinco años de edad. Podemos por tanto suponer que, si llegaron a Río Blanco en la década de los noventa, nacieron alrededor de los años setentas. A estos inmigrantes los consideramos la primera generación. Entre los años de 1898 y 1912 nació la segunda generación; entre 1928 y 1942, la tercera; entre 1956 y 1972, la cuarta.<sup>7</sup> Las mujeres de los autorretratos pertenecen a la tercera generación.<sup>8</sup> ¿Cuáles fueron entonces los ciclos de vida y trabajo y cuál fue la estructura en la primera y segunda generación de mujeres?

Entre las mujeres de la tercera generación existen transiciones claras entre una y otra fase de desarrollo individual. Estas transiciones están marcadas por importantes crisis vivenciales, como sería la entrada al trabajo asalariado y la fase de la juventud o el matrimonio y la madurez. Para las generaciones anteriores, estas transiciones no son tan claras ni dan paso al mismo número o tipo de fases en el ciclo de vida.

Los inmigrantes de Río Blanco salieron en mayor proporción del campo. Es necesario por ello describir brevemente el ciclo de vida de la

mujer campesina.<sup>9</sup> También en ella la niñez se caracteriza por la participación en labores domésticas. Pero esta niñez es corta, muy pronto comienza a participar en el tipo de trabajo productivo que le corresponde. A diferencia también del ciclo de la tercera generación, no hay un periodo de escolaridad. Su preparación la recibe de sus progenitores y está íntimamente ligada con la labor que se desempeña y seguirá desempeñándose toda la vida. Su incorporación al trabajo productivo no constituye una crisis tajante sino un cambio gradual. La crisis del matrimonio es mucho más importante: asume una nueva unidad doméstica,<sup>10</sup> se incorpora como miembro pleno de la comunidad, y adquiere toda una nueva red de relaciones (la familia del esposo). Así, tanto el número de fases y su definición, como el número y tipo de crisis son distintas.

Las mujeres de la primera y segunda generación guardan semejanza con la mujer campesina. Una corta niñez dio paso a la participación en el trabajo remunerado, aunque hubiera ya un corto periodo de escolaridad (de 3 a 4 años). Pero el trabajo estaba ligado a las labores domésticas y generalmente consistía en ayudar a la madre a cocinar, lavar, coser para los suyos y para sus clientes. Es decir, cuando niñas, estas mujeres eran como "adultas chiquitas", dependientes de la autoridad materna y paterna pero integradas al trabajo bajo la supervisión de sus mayores. La madurez se inicia con el matrimonio, aunque al parecer no hay uniformidad en la edad de casarse. Pueden tener tanto quince como treinta años, lo cual nos habla de la disrupción causada por la migración. El matrimonio las independizó de la autoridad paterna mas no condujo a un rompimiento. Podríamos decir mejor que se iniciaba un nuevo núcleo familiar partícipe de una red de relaciones familiares de apoyo.<sup>11</sup>

Resalta la diferencia que el trabajo tuvo en el ciclo de vida de la tercera generación con respecto de la primera y segunda. Si bien todas trabajaron, para la tercera generación fue determinante su entrada al mundo del trabajo asalariado. Se

incorporaron durante la década de los años cincuenta siendo aún solteras. Entre mediados de los cincuenta y finales de los sesenta, abandonaron la fuerza de trabajo para dedicarse a sus familias. Su capacidad de ganar un salario pasó a ser reserva familiar, utilizada en momentos de necesidad. Las mujeres trabajadoras de la tercera generación eran jóvenes y solteras, o bien bastante mayores y libres de la responsabilidad de los hijos.<sup>12</sup> En cambio, entre las mujeres de la primera generación, y en menor grado entre las de la segunda, este ciclo no apareció debido a que siempre combinaron trabajo y labores domésticas.

El tipo de trabajo desempeñado también muestra diferencias entre mujeres de la tercera generación y sus madres y abuelas. La transformación durante la industrialización en el porfiriato condujo a cambios en el mercado de trabajo. En algunas áreas la industria textil empleó abundante mano de obra femenina. Curiosamente no fue así en Río Blanco, donde las textileras fueron pocas, concentradas todas en un departamento de la fábrica. Pero las migrantes llegaron con la costumbre de trabajar e ingresaron, sobretodo, al comercio y los servicios.<sup>13</sup> Eran fonderas,



Viviendas y lavaderos de los estibadores veracruzanos.  
(Del libro *Obreros somos...*).

lavanderas, maestras, costureras, es decir, su trabajo asalariado era extensión de sus labores domésticas. (Habría que investigar hasta que punto otras actividades de carácter productivo, como el trabajo a domicilio, absorbieron mano de obra femenina). La familia de estas dos primeras generaciones mantuvo continuidad con la familia campesina a este respecto: la unidad doméstica siguió siendo el ámbito de trabajo de la mujer.<sup>14</sup>

El trabajo de las mujeres de la tercera generación difería obviamente del trabajo campesino y del trabajo de la primera y segunda generación. Ellas trabajaron para una institución o para un patrón individual mientras que en generaciones anteriores las mujeres trabajaron supervisadas por sus madres. Aunque hay continuidad en el hecho de que su trabajo se ubique en los sectores terciarios, estos sectores se han modificado. Su expansión en las décadas de los años veintes y treintas crearon un mercado de trabajo para las mujeres que ya no era meramente una extensión de labores domésticas. En estos dos aspectos hay una clara ruptura con la tradición de trabajo femenino que pasa de la sociedad campesina a la sociedad urbana industrial.

En base a estos datos podemos esbozar una periodización para el trabajo femenino. Anterior a la industrialización porfiriana, las mujeres trabajan dentro de la unidad doméstica de producción y reproducción. Entre 1890 y los años treinta, generalmente se autoemplean en labores que no demarcan límites entre trabajo y labor doméstica. A partir de los cuarenta, y más claramente en los cincuenta, trabajan como empleadas en los sectores de servicios y comercio. Importante cambio éste —ubicable en el segundo tercio del siglo XX— que resulta en la diferenciación marcada de trabajo productivo y trabajo reproductivo y la nueva tendencia a que las mujeres empleen más años de su vida en labores reproductivas.

Las estructuras y las relaciones familiares son también diferentes entre las generaciones. En la sociedad campesina, la unidad doméstica la cons-

tituye la familia extensa que, en ciertos casos, inclusive comparte el lugar de residencia.<sup>15</sup> A la familia extensa la complementa una amplia red de parentesco, a través de la cual se estructuran las relaciones sociales. Los inmigrantes que arribaron a Río Blanco no recrearon estos patrones de familia extensa y coresidencia. Las relaciones de parentesco, en cambio, fueron esenciales en su proceso de migración, en la manera en que se incorporaron al trabajo, y en la forma de organizar su comunidad y sus relaciones cotidianas.<sup>16</sup> En las generaciones siguientes las relaciones de parentesco no desaparecieron, pero sí perdieron peso respecto de otras relaciones surgidas de la homogeneidad de su condición social. En la tercera generación, las mujeres pertenecen a familias nucleares y se relacionan a través de la escuela, de la participación en actividades institucionales y del trabajo.

El papel de la mujer dentro de las relaciones familiares se ha transformado en la tercera generación. En primer lugar, como ya hemos visto, no había separación tajante entre trabajo productivo y reproductivo en la primera y segunda generación. Ello implica que, como en el caso de la sociedad campesina, los hombres participan en las decisiones concernientes a asuntos familiares mientras que las mujeres prolongan su rol del ámbito doméstico hacia el público.<sup>17</sup> En segundo lugar, no había gran diferencia en su función cuando hija y cuando esposa-madre.

El papel de la mujer en la familia de la tercera generación es diferente. Como hija, ayudó en las labores domésticas. Pero también fue recipiente de una inversión familiar en su educación. Llegado el momento de complementar el salario familiar, su educación le facilitó entrar al mercado de trabajo y posibilitó un mejor salario. Sus ingresos le dieron independencia creando potencialmente un conflicto con la autoridad paterna y materna. De aquí la importancia de los fuertes lazos afectivos y de la subordinación de los intereses individuales a los familiares. De cualquier modo, esta participación en la economía fami-

liar duró relativamente poco tiempo, hasta el matrimonio y la creación de una nueva unidad doméstica.

Como mujer-esposa, la mujer de la tercera generación se especializó en la administración de los recursos necesarios para la reproducción. Dicha administración derivó su importancia de la recurrente escasez de dichos recursos. Esta función ha requerido del irregular uso de su fuerza de trabajo. También le ha conferido control sobre la socialización de la prole, aun cuando la escuela sustituya parcialmente esta función. Consecuencia de esta especialización fue que la autoridad y poder de decisión sobre los asuntos familiares recayera en ella.<sup>18</sup>

En el transcurso de tres generaciones la familia atravesó por importantes cambios. Las décadas de la primera mitad del siglo XX muestran una tendencia hacia la familia nuclear. Dentro de esa familia, se alargan los años de dependencia de los hijos e hijas. El matrimonio adquiere un nuevo sentido, es el punto inicial de una nueva unidad doméstica a la que la mujer da prioridad sobre la unidad doméstica de sus progenitores (aunque su papel de apoyo, principalmente económico, no desaparece). Por último, observamos una tendencia hacia la interiorización de la función de la madre-esposa dentro de esta familia nuclear.

Esta nueva estructura y relación familiar aparece a mediados de siglo. Hay correlación en estos cambios y los periodos y cambios en el trabajo de la mujer. Establecer una posible relación de causalidad requeriría de más y mejores estudios de caso. Hay que tener en cuenta, sin embargo, que los cambios en la familia son menos marcados. La familia nuclear tiende a ser central, pero no lo es completamente mientras las funciones de la hija y la esposa-madre son flexibles. Los cambios en la estructura económica y en el trabajo femenino influyen en las relaciones familiares pero no de manera directa ni automática.

Podemos, no obstante, aventurarnos a hablar de dos tipos de familia y de economía familiar.

Por un lado, hemos hablado de familias que son unidad de producción y reproducción. Tal sería el caso de la familia campesina. Por otro lado, hemos descrito a familias que son unidad de salario y, en este sentido, sólo unidad de reproducción.<sup>19</sup> Una periodización tentativa ubicaría al primer tipo de familia en el periodo anterior a 1890. Con la migración hacia ciudades fabriles entraríamos en un periodo de tránsito entre un tipo y otro. El tercer periodo, el de consolidación de la economía salarial familiar, se habría iniciado a finales de los años treinta.

Hemos desarrollado una visión del tiempo individual y del tiempo generacional entre 1890 y 1950. Con ello intentamos plantear la periodización del tiempo familiar. Ahora nos preguntamos la importancia que esta discusión sobre mujer,

trabajo y familia tiene para el estudio de la clase obrera. No es posible ofrecer una firme respuesta sino más bien señalar un camino: historiar la interrelación entre tiempo familiar y tiempo histórico.<sup>20</sup> Ilustraremos aquí un sólo problema de esta interrelación: la periodización de las organizaciones obreras.

El siglo presente podríamos dividirlo en dos periodos. El primero parte del auge industrial del porfiriato y nos lleva hasta los años de la institucionalización revolucionaria (de 1890 a los años treinta). El segundo comienza con un nuevo auge industrial en la década de los cuarenta y termina con la presente crisis económica.<sup>21</sup> Estos periodos incluyen importantes sucesos de orden político y económico, que no hace falta detallar aquí. Baste decir que la sociedad mexicana de 1950 es otra de la de 1900. Coinciden estos cortes con la periodización sugerida para el trabajo



Hijas de mineros representan una obra de teatro en Angangueo. (Del libro *Obreros somos...*).

femenino y para la estructura familiar. La pregunta central entonces es, cómo los cambios esbozados influyeron y fueron influenciados por los sucesos contenidos en cada periodo.

En forma esquemática podríamos mencionar algunos sucesos y cambios importantes en la historia de la clase obrera. En el periodo de 1890 a los años treinta asistimos a la formación de una clase obrera urbana situada en industrias ligeras o extractivas. En ese casi medio siglo observamos la entrada de campesinos y artesanos a las fábricas.<sup>22</sup> Y aunque este proceso seguirá renovándose a través del siglo, irá también formándose un importante núcleo de familias cuyos antecedentes son el trabajo fabril y la vida urbana. El proceso de formación incluye la fundación de organizaciones defensoras de los intereses de los trabajadores. En el valle de Orizaba aparecieron temprano y vivieron confrontaciones importantes desde la vuelta del siglo. Dichas confrontaciones fueron los ladrillos a los que el cemento de las costumbres y tradiciones fue fijando para erigir el edificio de la clase. En este proceso identificamos ciertas fases, que nos llevan de la organización informal a los grupos de resistencia y a los sindicatos. Cada fase coincide con la utilización de nuevos lazos solidarios: redes de parentesco y paisanaje, lazos entre grupos de trabajo y entre obreros de una fábrica, y lazos entre obreros de una industria. El recorrido fue rápido. Ya para los años veinte hubo éxito en la fundación de federaciones de industria y de federaciones regionales y nacionales.

Los autorretratos son evidencia de la formación de una tercera generación de trabajadores en Río Blanco que nació en los treinta. Los padres y abuelos vivieron las transformaciones entre 1890 y 1930. La tercera y siguientes generaciones no conocieron el paso de las "lealtades primordiales" a las lealtades de clase.<sup>23</sup>

Transición del campo y la agricultura o de la artesanía a la ciudad fabril. Transición de las relaciones sociales estructuradas por la familia extensa a la familia nuclear. Transición de rela-

ciones solidarias surgidas de lazos familiares a la solidaridad surgida en la fábrica y la comunidad. Transiciones todas que coinciden en el tiempo y marcan el primer periodo de formación de la clase obrera en México. Natural es pensar que no se trata de una simple correlación por su coincidencia en el tiempo; la interrelación de estas fases en la vida y la familia obrera es intrincada. Su carácter específico queda como pregunta abierta a nuevas investigaciones que quieran abordar la complejidad de este proceso.

El sindicalismo de uno y otro periodo presenta diferencias claras. Los sindicatos anteriores a 1940 en su mayoría son organizaciones de resistencia. Se caracterizan por recurrir a la acción directa, se adhieran o no a la corriente anarquista que postula esta forma de resistencia como única. Los sindicatos después de 1940 no presentan ni una ni otra característica. Más que resistencia buscan acomodo, prefiriendo la negociación a la disrupción de la producción. Los primeros sindicatos son representantes de los obreros; los segundos son mediadores entre obreros y patrones u obreros y estado. Para entender el paso de un periodo a otro habría que entender qué condujo a estos cambios.

Muchas podrían ser las vertientes de investigación a seguir. Una de ellas debe intentar relacionar la cuestión del salario familiar y la educación con las nuevas funciones sindicales. Nuestras impresiones sobre Río Blanco nos permiten aventurarnos en este terreno inexplorado.

La generación fabril que se incorpora al trabajo en los cincuenta cuenta con dos características importantes: posibilidad de educación superior para los hijos y estabilidad en el empleo. La particular significación de estas características se entiende una vez que vemos el ciclo familiar. Las unidades domésticas que se forman tienen, en sus primeros años, necesidades económicas serias debido al advenimiento de hijas e hijos. En estos años el salario familiar depende principalmente del padre. La esposa-madre funge principalmente dentro del hogar, aunque necesariamente em-

plea parte de su tiempo en trabajo remunerado que, por lo general, no la aparta del ámbito doméstico. En años posteriores la educación de los hijos va a absorber parte del ingreso pero también va a liberar a la madre para que emplee más tiempo en trabajo remunerado. Después, cuando hijas e hijos pueden trabajar y la condición económica es más desahogada, la madre puede dejar el trabajo y dedicarse a la administración del hogar. Al paso del tiempo, cuando los hijos e hijas se van, los padres entran en un nuevo ciclo de apuros económicos que generalmente coincide con la jubilación y la vejez.

Tres son los ciclos: de pobreza a holgura a pobreza. La educación, sin embargo, puede aminsonar las carencias del tercer ciclo y aumentar la holgura del segundo.<sup>24</sup> La realización de esta posibilidad requiere de estabilidad política en la comunidad obrera y de seguridad en el trabajo. Nuestra hipótesis es que la nueva función mediadora de los sindicatos arroja precisamente estos resultados. Mientras la familia mantiene su unidad salarial, el equilibrio alcanzado por ésta no se rompe, ya que este salario permite la reproducción.

En este periodo, como en el anterior, observamos coincidencia en el tiempo familiar y en el tiempo histórico. Ahora los nuevos factores son: el renovado crecimiento económico que transforma la producción,<sup>25</sup> el nuevo sentido de las organizaciones sindicales, la institucionalización y estabilidad estatal, la ampliación de servicios

sociales y de los sectores terciarios de la economía y la renovada migración campo-ciudad. Por otro lado, los factores que delimitan la estructura y fluidez de las relaciones familiares están constituidos por: el predominio de la familia nuclear como unidad salarial, la educación como estrategia familiar para resolver los problemas de clase, los ciclos de la economía familiar, los movimientos de entrada y salida de las mujeres a la fuerza de trabajo. Al igual que en el periodo anterior, las coincidencias no son fortuitas. Investigaciones venideras tendrán que desarmar el entramado social para explicar las interrelaciones apenas aquí vislumbradas.

Quedan muchas preguntas sin respuesta. Hemos visto que la función económica de la familia en las clases subalternas y el papel de la mujer dentro y fuera de ella difiere según la estructura socioeconómica. La complejidad de los problemas que abre esta conclusión es, de primera impresión, apabullante. Los autorretratos aquí presentados, sin embargo, ofrecen una entrada. En ningún momento hicieron estas mujeres cortes tajantes en su relación de lo que fue su vida familiar y de trabajo. Al ir desenredando la madeja de su vida, fueron mostrando como estos elementos definieron su experiencia de clase. Así, nosotros podemos tomar las categorías de esta experiencia —mujer, familia, trabajo, clase— para bordar el patrón de una historia de mujeres y, también, los intrincados patrones de la clase obrera en México.

1 Carmen Ramos Escandón, "Peones, bueyes, sacos de maíz pero no mujeres", *Fem*, núm. 11, nov-dic, 1979, p. 17. Este ensayo no puede ofrecer ni respuestas ni conclusiones definitivas puesto que se basa en evidencia particular y la literatura sobre las mujeres en México es aún escasa. La intención es continuar una discusión que ha sido ya abierta. Ver, por ejemplo, los trabajos citados por Ramos: Mary Goldsmith, "Trabajo doméstico asalariado y desarrollo capitalista", *Fem*, núm. 16, sept.-enero, 1980-81, pp. 10-20; Lourdes Arizpe, *Indígenas en la Ciudad de México: el caso de las Marías*, México, Sep-Setentas Diana, 1977; Helen Shapiro, "The many realities", *NACLA*, núm. 5, sept.-oct. 1980, pp. 2-13; Ann Pescatello, ed., *Female and Male in Latin America*, Pittsburgh, University of Pittsburgh, 1973; Virve Piho, "La Obrera Textil", *Acta Sociológica*, núm. 4, UNAM, 1974.

2 La elaboración de este trabajo fue en mucho motivada por la lectura de Louise A. Tilly y Joan W. Scott, *Women, Work and Family*, Nueva York, Holt, Rinehart and Winston, 1978, quienes elaboran los conceptos de economía familiar de producción y economía familiar salarial. También fue muy útil el ensayo de Tamara K. Hareven, "Family time and industrial time", *Journal of Urban History*, núm. 1, 1975, pp. 365-389 quien estudia diferentes concepciones de tiempo y su importancia para el estudio de la familia. Ver, también, Tamara K. Hareven, "The history of the family as an interdisciplinary field", *Journal of Interdisciplinary History*, núm. 2, pp. 399-414; Alice Kessler-Harris, "Women's Wage Work as myth and history", *Labor History*, núm. 2, 1978, pp. 287-307.

3 No presentamos aquí los textos completos que fueron elaborados por sus autoras para el Taller de Historia Local, entre abril y septiembre de 1983. Los nombres de las autoras son: Osbelia Araujo de Jurado, Lourdes Cabrera de Terrazas, Gudelia Hernández de Castro, Yolanda Ortega de Acuña, Ernestina Ramírez Romero.

4 Ver Tilly y Scott, *op. cit.*, p. 4-8 y Sydel Silverman, "The life crisis as a clue to social functions", *Anthropological Quarterly*, núm. 40, 1967, pp. 127-138.

5 Ver la discusión sobre este punto en Goldsmith, *op. cit.*, pp. 14-15; ver también el muy sugerente ensayo de Joan Kelly, "The doubled vision of feminist theory: a postscript to the 'women and power' conference", *Feminist Studies*, núm. 2, 1979, pp. 216-227.

6 Para mayores detalles de la migración al valle de Orizaba, ver Bernardo García Díaz, *Un Pueblo Fabril del Porfiriato: Santa Rosa, Veracruz*, México, Fondo de Cultura Económica-SEP/80, (Colección SEP/80, 2), 1981.

7 Sobre periodización de generaciones, ver T. H. Hollingsworth, *Demografía Histórica*, México, Fondo de Cultura Económica, 1983, pp. 321-334. Luis González y González utiliza los periodos de 14 años para marcar el principio y el fin de cada generación, ver *Pueblo en Vilo*, México, Colegio de México, 1968, pp. 11, 75-77.

8 No de manera exacta, ya que Ernestina nació en 1912 y Yolanda en 1949. Ya hemos apuntado algunas de las particularidades que resultan de esta divergencia en edades. La similitud entre Ernestina y las otras mujeres apunta hacia la existencia de un grupo entre la segunda generación más asimilado a la vida urbana y fabril. La similitud entre Yolanda y sus compañeras, que

son mayores, sugiere que los cambios de los que tratamos se afianzan en la cuarta generación. "Entrevista de Gerardo Necoechea con Blanca Aída Terrazas Cabrera", Río Blanco, mayo 1983.

9 Para la familia campesina, ver Julio de la Fuente, *Yalalag*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1949; Doren L. Slade, "Status marital e identidad sexual: la posición de la mujer en la sociedad campesina mexicana", en Olivia Harris y Kate Young, eds., *Antropología y Feminismo*, Barcelona, Anagrama, 1979, pp. 181-204; E. Wolf, *Campesinos*, Barcelona, Labor, 1978; A. Chayanov, *La Organización de la Unidad Económica Campesina*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1974; Teodor Shanin, ed., *Peasants and Peasant Societies*, Middlesex, England, Penguin Books, 1971, pp. 21-80.

10 Julio de la Fuente describe la muy diferente y abrupta manera en que una niña campesina se convierte en mujer: "Las niñas de once años son retiradas de la escuela y recluidas en casa, conforme a un antiguo patrón comarcano que subsiste más recientemente en Yalalag. . . Con muy escasas excepciones, los padres proceden al 'encierro' de las doncellas, restringiendo su vida pública. . . El casamiento. . . es asunto que se resuelve por los padres y pocos familiares muy cercanos. Al darse pasos para realizarlo, se está buscando que dos familias no emparentadas lleguen a ser 'una'. Hombres y mujeres deben casarse cuando han llegado a su desarrollo biológico y físico conveniente. . . Ya no se casa a las doncellas de 12 a 14 años con varones de 14 y 15, y se acata la ley estatal casándose a las primeras cuando ya tienen 16 años con varones de 18 a 21", *op. cit.*, pp. 182-3, 190-1.

11 "Entrevista del Taller de Historia Local a Altigracia Ramírez", Río Blanco, julio 1983; "Entrevista de Gerardo Necoechea con Blandina Terrazas Vda. de Cabrera", Río Blanco, junio 1983; "Entrevista de Gerardo Necoechea con Elodia Gordillo Contreras", Río Blanco, julio 1983; también los hombres que entran a trabajar en la fábrica presentan un patrón similar de supervisión por parte de parientes, como lo demuestran las entrevistas realizadas durante el "Primer Foro de Jubilados", evento organizado por el T.H.L., Río Blanco, 27 mayo 1983; ver Tilly y Scott, *op. cit.*

12 Ver Virve Piho, *op. cit.*, pp. 40-41.

13 Carmen Ramos, *op. cit.*, pp. 22-23; Josefina Vázquez, "De encomenderos, colonizados y otros animales de razón", *Fem*, núm. 11, 1979, pp. 5-11; ver también Luis Vitale, *Historia y Sociología de la Mujer en América Latina*, Barcelona, Fontamara, 1981.

14 Tilly y Scott hablan de la importancia de esta continuidad en "Women's work and the family in nineteenth-century Europe", *Comparative Studies in History and Society*, núm. 17, 1975, pp. 36-64.

15 Sobre este punto, ver Julio de la Fuente, *op. cit.*; May N. Díaz, *Tonalá*, Berkeley, University of California Press, 1966; William I. Thomas y Florian Znaniecki, "A Polish peasant family", en Shanin, *op. cit.*, pp. 23-29; Paul Friederich, *Revuelta Agraria en una Aldea Mexicana*, México, Fondo de Cultura Económica, 1979. Hasta no contar con estudios sobre las comunidades de las que salen los migrantes a Río Blanco, la discusión sobre los patrones de relaciones familiares tiene, por necesidad, un carácter teórico.

<sup>16</sup> Ver García Díaz, *op. cit.*; Virve Piho, *op. cit.*; y Mario Camarena, B. García Díaz y G. Necoechea, "La Acción directa y los obreros textiles en los veintes", de próxima publicación.

<sup>17</sup> Tilly y Scott, "Women's work. . ." *cit.*, pp. 47-50; el ya citado artículo de Doren Slade trata precisamente este punto.

<sup>18</sup> Esta conclusión se desprende de repetidas pláticas con las autoras y con compañeras de ellas durante la realización del proyecto del Taller de Historia Local. Los ya citados trabajos de Tilly y Scott reafirman esta conclusión.

<sup>19</sup> Chayanov y Wolf describen con detalle la economía familiar de producción y reproducción; Tilly y Scott describen el surgimiento de la economía familiar salarial en "Women's work. . ."

<sup>20</sup> Ver T. Hareven, "Family time and industrial time", *op. cit.*

<sup>21</sup> Roger D. Hansen, *La Política del Desarrollo Mexicano*, México, S. XXI, 1971, pp. 41-43.

<sup>22</sup> Una discusión de este proceso para los trabajadores textiles se encuentra en Camarena, Díaz y Necoechea, "La Acción directa. . ."; ver también los ensayos aquí reunidos, que problematizan algunos aspectos del periodo.

<sup>23</sup> En México nos falta aún pormenorizar la complejidad de este proceso, tal como E. P. Thompson lo ha hecho en *La For-*

*mación de la Clase Obrera en Inglaterra*, Barcelona, Laia, 1977. Trabajos sugerentes para abordar las peculiaridades del caso mexicano son Gastón García Cantú, *El Socialismo en México. Siglo XIX*, México, Era, 1969; John Hart, *El Anarquismo y la Clase Obrera Mexicana, 1860-1931*, México, Siglo XXI, 1980; Hamza Alavi, *Las Clases Campesinas y las Lealtades Primordiales*, Barcelona, Anagrama, 1976; Sidney Mintz, "A note on the definition of peasantries", *Journal of Peasant Studies*, núm. 1, 1974, pp. 91-106.

<sup>24</sup> Siguiendo este razonamiento, podríamos hablar de la educación como ejemplo de la planificación a largo plazo de los obreros. No es lo mismo una lucha por cambios departamentales que una inversión a largo plazo para resolver la condición individual de clase. Los obreros entrevistados hablan en repetidas ocasiones de la importancia de la educación. Ver Ana Laura Delgado R., "La construcción de la Escuela América en Santa Rosa, Veracruz", ponencia presentada en el primer Encuentro de Historia del Movimiento Obrero, CEHSMO, Xalapa, Ver., 1978.

<sup>25</sup> En la industria textil se inicia la introducción de nueva tecnología entre los años cuarentas y cincuentas; las características de esta modernización no se han estudiado. Hay que señalar también una nueva política de inversión extranjera, que se inicia en los años de posguerra y que va a afectar el crecimiento económico en tanto que está dirigida no a la extracción de materias primas sino al establecimiento de plantas industriales, problema también poco estudiado.



# El control obrero de la producción de máquinas en los Estados Unidos (siglo XIX)

David Montgomery

**E**n su famosa crítica sobre las prácticas gerenciales de la industria que entonces estaban en boga, Frederick Winslow Taylor escribió: “En un establecimiento industrial que emplea digamos entre 500 y 1,000 obreros se encontrará en muchos casos, por lo menos 20 o 30 diferentes oficios”.

En cada uno de estos oficios el obrero había adquirido por tradición oral sus propios conocimientos... Este conjunto de reglas empíricas o conocimiento tradicional, puede decirse que es el principal capital de los trabajadores... Los capataces y superintendentes (que conforman la administración) saben mejor que nadie, que su propio conocimiento y habilidad personal están muy por debajo de los conocimientos y destrezas que poseen, conjuntamente, los trabajadores que están bajo sus órdenes... Aquéllos reconocen su tarea como la consistente en inducir al trabajador para que dé sus mejores esfuerzos, su trabajo más arduo, todo su conocimiento tradicional, sus habilidades, su ingenuidad y su buena voluntad; en una palabra su “iniciativa”, para producir los mayores beneficios posibles para su patrón.<sup>1</sup>

Big Bill Haywood hizo la misma observación, aunque de manera más mordaz cuando declaró: “Los cerebros de la administración están bajo las garras de los obreros”.<sup>2</sup>

Ambos, Taylor y Haywood, estaban describiendo el poder que ejercían ciertos trabajadores

sobre la dirección del proceso de producción a fines del siglo XIX, un poder que el movimiento científico de administración se esforzó por abolir, y que los Trabajadores Industriales del Mundo (Industrial Workers of the World) quisieron incrementar y extender hacia el resto de los obreros. Es importante señalar que ambos coincidían en que el poder de los trabajadores emanaba de la superioridad de su conocimiento sobre el de los propietarios de las fábricas. Es aún más importante resaltar que no se estaban refiriendo a prácticas “preindustriales” de trabajo, sino al trabajo llevado a cabo en las fábricas mismas.

El impresionante y rico trabajo de Herbert Gutman en este país, de E.P. Thompson en Inglaterra y otros<sup>3</sup> nos ha revelado los profundos cambios forzados por el advenimiento del capitalismo industrial sobre los valores y expectativas de la gente, sobre sus hábitos de trabajo, su sentido del tiempo y también la persistencia con la que los trabajadores se aferraban a sus tradiciones, a su estilo de trabajo espasmódico y orientado a la tarea, y a un código social que era menos férreamente disciplinario, menos individualista y que imponía condiciones de explotación menores que las que forzaba la industrialización. Estos estudios han dirigido nuestra atención a las experiencias de la primera generación de

trabajadores industriales, o en el caso de la concepción de Gutman, a la persistencia de la experiencia de esa "primera generación" sobre más de un siglo en la vida americana.

De cualquier manera, mi preocupación actual no es la de contraponer los estilos de trabajo industrial y "preindustrial", sino más bien los patrones de conducta que se moldearon en la segunda y tercera generaciones de la experiencia industrial, principalmente entre obreros cuyos mundos se habían cincelado desde sus primeros días entre molinos de humo, calles congestionadas, recreación como un asunto exclusivo de fin de semana y faenas en el tiempo y ritmo dictados por el reloj (excepto cuando en periodo más o menos largo de despidos significaba descanso total).<sup>4</sup> Era con estos trabajadores, los veteranos de la vida industrial, por los que Taylor estaba preocupado. Ellos habían interiorizado el sentido industrial del tiempo, se habían disciplinado tanto colectiva como individualmente, y consideraban tanto a la extensa división del trabajo, como a la producción de las máquinas como su ambiente natural. Sin embargo, no se habían condicionado con atributos tales como la de la dócil obediencia de autómatas, ni la del individualismo de la movilidad ascendente sino que más bien habían adoptado una forma de control del proceso de productividad que iba colectivizándose, deliberada y agresivamente, hasta que los patrones estadounidenses acometieron con un contraataque parcialmente exitoso enarblando los principios de la administración científica y utilizando el recurso del taller franco.\* [n.e. El "taller franco" (open shop) era una situación por la que cada trabajador firmaba un contrato individual y no tenía obligación de pertenecer al sindicato, en caso de que lo hubiera].

El control de la producción por parte de los obreros no fue, sin embargo, un estado de cosas o condición que existiese en un punto dado en el tiempo, sino que fue una lucha, una batalla crónica en la vida industrial que asumió una

variedad de formas. Estas formas pueden ser tratadas como estados sucesivos en un patrón de evolución histórico, si bien debemos recordar que los estadios se sobreponen unos con otros cronológicamente en diferentes industrias, o incluso en una misma industria en diferentes localidades, y que cada estadio incorpora los anteriores en lugar de reemplazarlos. Los tres niveles de desarrollo que aparecieron en la segunda mitad del siglo diecinueve se caracterizaron por: 1) la autonomía funcional de los artesanos, 2) el dominio del sindicato y 3) el apoyo mutuo de diversos oficios en la aplicación de los reglamentos y en las huelgas solidarias. Cada uno de estos niveles serán examinados aquí, para posteriormente concluir con algunas observaciones sobre el impacto de la administración científica y del taller franco en los patrones de conducta que estas prácticas representaron.

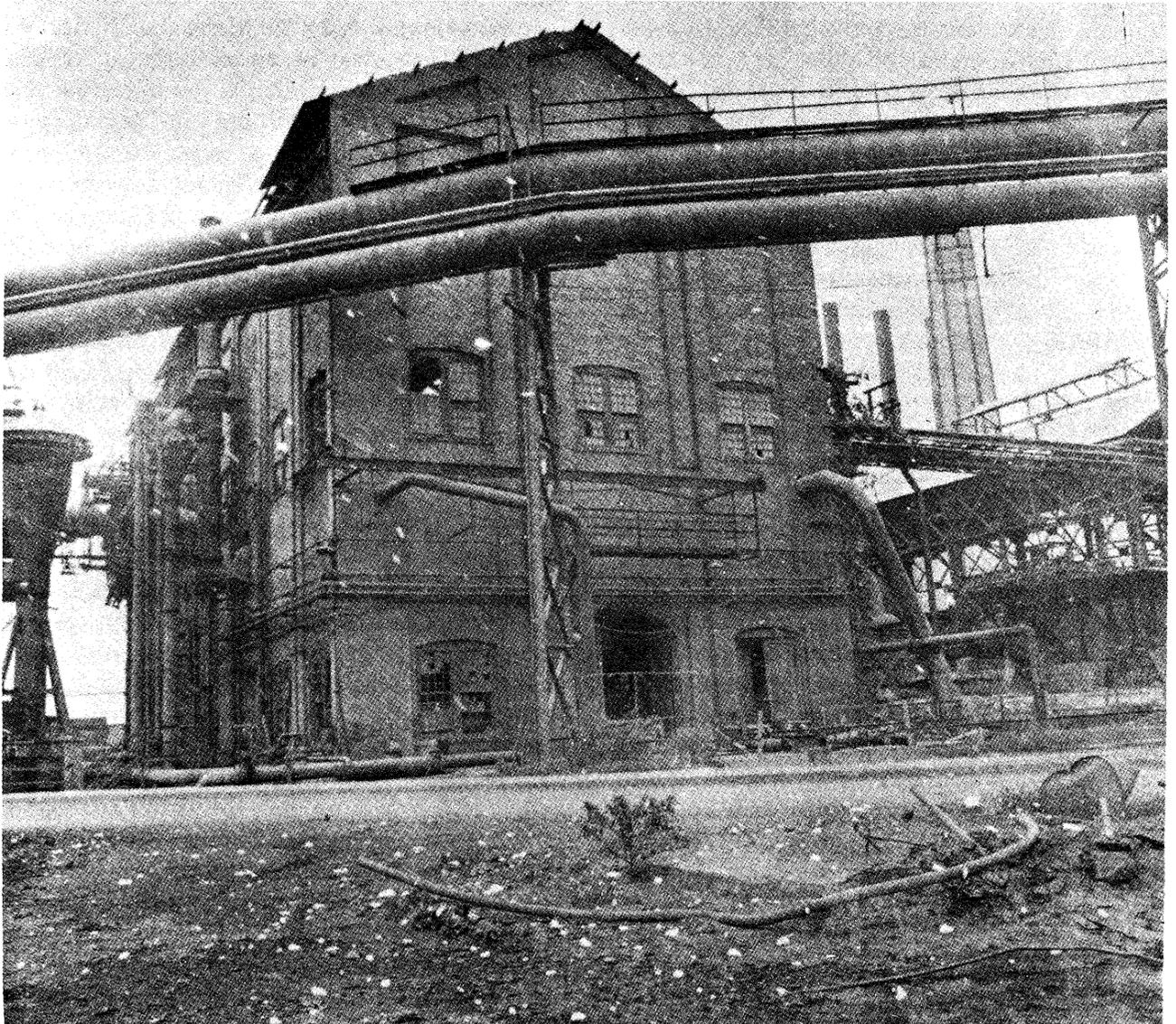
#### *La autonomía del artesano*

La autonomía funcional de los artesanos descansaba en dos premisas, por un lado en su conocimiento superior, y por otro en la supervisión que daban a uno o más ayudantes. La primera situación los hacía ser los propios directores de sus tareas. Forjadores de hierro, sopladores de vidrio, barrileros, encargados de las máquinas papeleras, ingenieros locomotrices, hilanderos, caldereros, montadores de tuberías, tipógrafos, alfareros, mineros del carbón, enrolladores de hierro, pudeladores, operadores de las máquinas de coser de McKay y Goodyear en fábricas de calzado y, en muchos casos, los maquinistas y ajustadores en fábricas metalúrgicas ejercieron una amplia y discreta dirección en su propia tarea y en la de sus ayudantes. Ellos frecuentemente contrataban y despedían a sus ayudantes, pagándoles una porción fija de sus propios ingresos.

James J. Davis quien terminó siendo secretario

del trabajo durante la presidencia de Warren Harding, aprendió el oficio del pudelado del hierro trabajando como ayudante de su padre en Sharon, Pennsylvania. En sus memorias recordaba como “ninguno de nosotros fue a la escuela a aprender química (de pudelar) en los libros”. “Aprendíamos los trucos en la práctica, parados, inmersa la cara en el penetrante calor,

al tiempo que nuestras manos pudelaban el metal en su deslumbrante baño”.<sup>5</sup> Su primer trabajo, de hecho, lo obtuvo a los doce años, cuando un viejo pudelador ideó una forma que le permitiera continuar ejerciendo este arduo oficio, que consistió en contratar a un niño (Davis, de doce años) que liberara a su ayudante de las tareas menores tales como alimentar el



Construcción de principios del siglo XX perteneciente a la Compañía Fundidora de Fierro y Acero Monterrey, donde se alojaban las máquinas sopladoras y calderas. (Del libro *Obreros somos...*).

horno, para que este último dedicara un mayor tiempo a la desgastante labor de remover el hierro hasta que alcanzara el "estado natural". Cuando Davis consideró que había aprendido lo suficiente como para manejar su propio horno tuvo que irse de Sharon, pues los hornos pasaban de padres a hijos, y su padre aún no estaba listo para dejarle el paso libre. Todavía en 1900, cuando Davis vivía en casa de su padre, mientras asistía a la escuela de comercio, después de haber sido electo para un puesto público, se hacía cargo del horno de su padre por las tardes, después de haber llegado a un acuerdo con él.<sup>6</sup>

Los enrolladores de hierro de la Columbus Iron Works en Ohio, nos han dejado un claro registro de la forma en que manejaban su ramo en el libro de actas del sindicato local entre 1873 y 1876. Los tres equipos de doce enrolladores de metal, que constituían el sindicato, negociaron con la compañía una tarifa única por tonelaje para cada trabajo específico de enrollado que demandara. Los trabajadores decidieron colectivamente qué porción de la tarifa le correspondería a cada uno de ellos (y los repartos no eran en absoluto iguales, oscilando entre 19<sup>3</sup>/<sub>4</sub> centavos del precio negociado, de 1.13 dólares la tonelada, para el enrollador, a 5 centavos para el enganchador); decidieron también la forma en que los trabajadores debían ser colocados, el número de vueltas que los rollos debían tener al finalizar la jornada, los arreglos especiales que debían hacerse para la ardua y cálida labor de los enganchadores durante el verano, la forma en que los miembros deberían ser contratados y ascendidos dentro de los diferentes rangos del grupo.<sup>7</sup> En otras palabras el patrón sólo debía comprar la materia prima y el equipo y vender los productos terminados.

No deja de impresionar el hecho de que los trabajadores enrolladores de hierro de Columbus condujeran las operaciones de la firma precisamente del modo en que J.T. Murphy y el Consejo de Trabajadores de Sheffield demandaban que

los administradores de la tienda deberían manejar a las industrias británicas en 1918: la unión o sindicato se contrataría con la empresa para hacer todo el trabajo, para después ejecutarlo sin la interferencia de los patrones.<sup>8</sup> Pero hacer esta analogía es ir demasiado aprisa. Los enrolladores de hierro de Columbus no levantaban demandas revolucionarias, sino tan sólo perseguían prácticas comunes. Por otro lado, estas prácticas eran históricamente muy nuevas (el término de enrollador de hierro "preindustrial" es una contradicción en sí mismo), estaban sujetas a ataques incesantes por parte de los patrones y eran defendidas por los códigos éticos de los propios artesanos.

Tres aspectos del código moral, que protegían la autonomía de los artesanos, merecen una revisión más cercana. Primero, en la mayoría de los trabajos había una autorrestricción, una cuota de producción era fijada por los mismos trabajadores. Como dejaron claro los lamentos de los apóstoles de la administración científica del trabajo y el notable estudio de 1904 del comisionado del trabajo, *Regulation and Restriction of Output* (Restricciones y Regulaciones de la Producción), sobre la autorregulación de los obreros, las restricciones sobre la producción florecieron tanto con los sindicatos como sin ellos.<sup>9</sup> Abraham Hewitt testificó en 1867, que sus pudeladores en Nueva Jersey, quienes no estaban sindicalizados, se arreglaban entre ellos para trabajar once turnos por semana (cinco y medio días), hacer tres calentamientos por turno y poner 450 libras de hierro por carga. Treinta y cinco años después la autorrestricción seguía vigente en el oficio, aunque la notable mejora en los hornos de pudelar se reflejaba en las reglas sindicales y especificaban once turnos, cinco calentamientos por turno y 550 libras por carga (una mejora en la productividad de 104%), mientras que algunos trabajadores no sindicalizados, seguían la misma rutina pero hervían cargas mayores.<sup>10</sup>

La autorrestricción siempre estuvo bajo la

presión de los patrones y con frecuencia, al paso del tiempo, cedió ante la fuerza combinada de la competencia entre los patrones y el mejoramiento de la tecnología. En este caso, la productividad se expandió, bajo los reglamentos de los sindicatos, en más de un tres por ciento anual durante tres y media décadas. Pero los trabajadores siguieron aferrados a sus prácticas, y usaron su conocimiento superior tanto para determinar cuanto debían trabajar, como para frenar el esfuerzo de los patrones para obtener una mayor producción a costa de ellos. Por ejemplo, en una fábrica de maquinaria agrícola estudiada en 1902, los talleres de máquinas y herrería y los departamentos de pulido y ajuste fijaron sus autorrestricciones, de tal manera que cada grupo de trabajadores recibía en promedio los mismos sueldos, a pesar de que cada departamento trabajaba a destajo. En la herrería, que a diferencia de otros, no tenía reglas sindicales, que multara a quienes ganaban demasiado, los trabajadores frenaban el ritmo rehusándose a cambiar la parte que habían calentado por una nueva parte fría. Vaciaban los calentadores completamente antes de rellenarlos y esperaban hasta que las nuevas partes se calentaran.<sup>11</sup> De forma similar, el colega de Taylor, Carl Barthe, descubrió que el operador de un tamborilete, evitaba sobrepasar la autorrestricción, aun cuando parecía permanentemente ocupado, gracias a que removía el equipo cortador de su máquina de tiempo en tiempo y la dejaba correr alegremente.<sup>12</sup>

“Hay en todo lugar de trabajo un estilo, un hábito de trabajo”, escribió el consultor Henry Grantt, “y todo obrero nuevo, sigue este estilo, pues no sería respetable no hacerlo”.<sup>13</sup> Un gran número de epítetos esperaba al desviado: “cochino”, “patrón”, “glotón acaparador”, “porro”, “trepador”, “corredor”, “veloz”, “mascota del jefe”,<sup>14</sup> para mencionar algunas de las formas decentes. Y cuando toda una fábrica se ganaba la reputación de trabajar febrilmente, los artesanos la describían desdeñosamente,

tal y como lo hicieron los torneros de la Torre de Gisholt que incluía la mitad de “granjeros, y otra mitad, con pocas excepciones, de cuatros”.<sup>15</sup>

Por otro lado, aquéllos que rápidamente se ceñían a la autorrestricción, a pesar de las maldiciones de sus patrones y de la tentación de mayores ingresos, se veían a sí mismos sobrios maestros de sus oficios y dignos de confianza. La producción ilimitada argüían, llevaba a rebajas en las tarifas por pieza, a la contratación irregular, al alcoholismo y al libertibaje. La restricción racional de la producción, en cambio, reflejaba una “hermandad no envidiosa”, dignidad personal y “cultivo de la mente”.<sup>16</sup>

En segundo lugar, como el lenguaje sugiere vivamente, el código ético de los artesanos, demandaba una conducta y un porte “viril” frente al jefe. Pocas palabras gozaron de más popularidad durante el siglo XIX que las honoríficas, con todas sus connotaciones de dignidad, respetabilidad, igualitarismo a ultranza y supremacía patriarcal masculina. El obrero que las merecía, se rehusaba a acobardarse ante la mirada del capataz; de hecho, a menudo no trabajaba en lo absoluto si estaba el jefe vigilando. Cuando se confrontaba con propuestas indignas se esperaba que respondiera como lo hizo un maquinista de Lowell en 1867, al encontrarse con ciertas regulaciones pegadas en su taller. En éstas se ordenaba a todos los trabajadores que estuvieran en sus puestos, con ropa de trabajo, al sonar el primer timbre, que permanecieran allí hasta que sonara el último timbre y que no abandonaran su trabajo durante ese tiempo, en el cual las puertas se mantendrían cerradas:

Al no haber nacido bajo este régimen de esclavitud (recuerda), recogí mis cosas y salí, seguido en unas pocas horas por el resto de los hombres. Pensando que podría ser benéfico para los demás, permanecía en huelga junto con los otros. Regresaron a trabajar en el entendimiento de que las nuevas reglas no se aplicarían, excepto la de mantener las puertas cerradas.

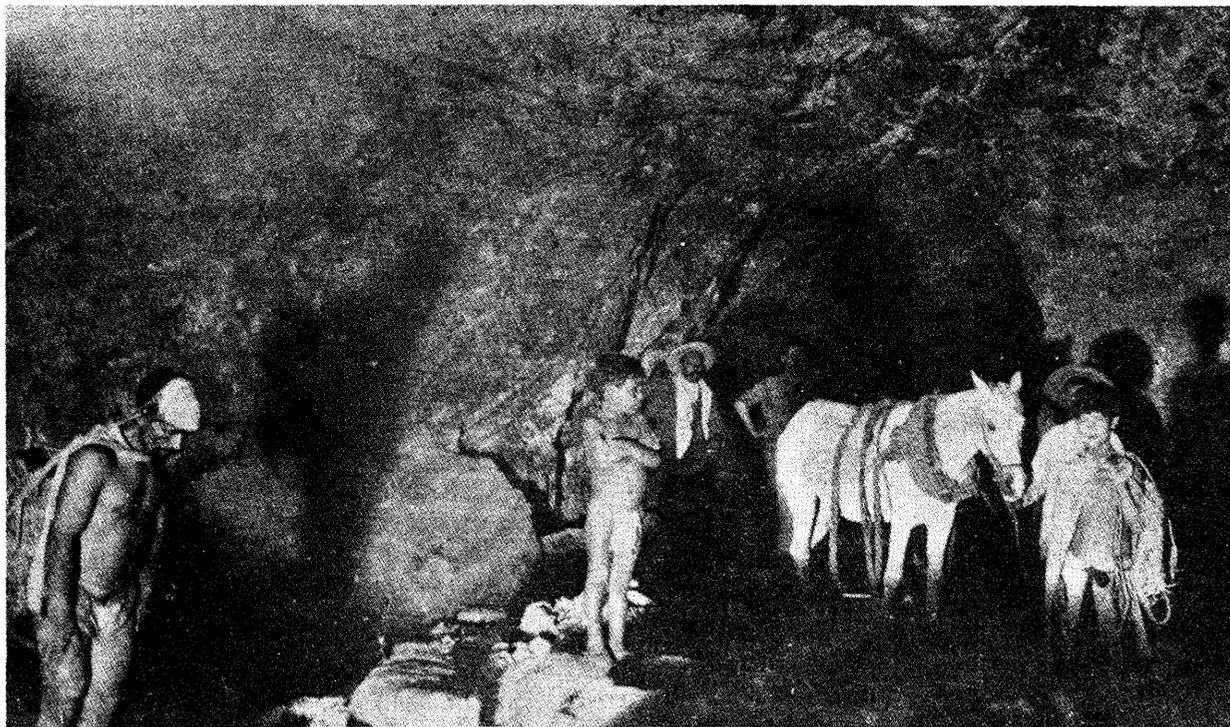
Días después, fui por mi pago y me lo entregaron cortésmente sin siquiera tenerlo que pedir.<sup>17</sup>

Finalmente, la “hombría” hacia los compañeros era tan importante como hacia los propietarios. “Debilitar o confabular contra” el puesto de un hermano, era una forma “cochina” de conducta y era rechazada tanto como el trabajar más de una máquina, o hacer el trabajo de dos hombres. Las reglas sindicales ordenaban la expulsión de los miembros que hicieran este “trabajo sucio” con objeto de asegurar su empleo o conseguir ascensos. Cuando en 1875 los trabajadores de un taller, miembros del Sindicato de Enrolladores y Calentadores del Hierro de Filadelfia, supieron que uno de sus hermanos había sido despedido por “insatisfactorio manejo de la máquina”, y que otro miembro había “desacreditado” al primero con el superintendente al habersele prometido su tarea, el

delincuente fue expulsado de la logia, junto con otro miembro que lo había defendido, y todos fueron a la huelga para demandar el inmediato despido de ambos excomulgados.<sup>18</sup>

En resumen, una simple explicación tecnológica del control ejercido por los artesanos del siglo XIX no es suficiente. El conocimiento técnico adquirido en el trabajo estaba enclavado en un código ético mutualista, que también se adquiría en el trabajo, y en conjunto estos atributos proporcionaban a los trabajadores calificados una considerable autonomía en su trabajo así como la resistencia para combatir los deseos de sus patrones.

Por otro lado, era tecnológicamente posible para los trabajadores utilizar su autonomía de manera individualista, en términos de su propia promoción e identificación de sus intereses con los de los propietarios. La práctica ubicua de la subcontratación alentaba esta tendencia. En la



Trabajadores mineros a principios del siglo donde podemos observar sus nexos con el campo.  
(Del libro *Obreros somos...*).

rama de la costura, la largamente establecida costumbre de los sastres de llevarse el trabajo a su casa para su familia, fue transformada al emplear trabajadores a destajo en su inocuo sistema ("sweat shop") de explotación.<sup>19</sup> Entre los moldeadores del hierro el sistema "berkshire" se extendió rápidamente después de 1850, al contratar los moldeadores un equipo de ayudantes que los asistieran en la producción de una multitud de vaciados. Los carpinteros y albañiles fueron igualmente tentados por la mezquina explotación del sistema a destajo. Otras formas de subcontratación florecieron entre los canteros, los mineros del hierro, los mineros de la antracita, y entre los trabajadores ferroviarios, en donde una unidad entera de la construcción de una máquina era dada en contrato a los maquinistas que ofrecían hacerlo al más bajo costo; ellos, a su vez, contrataban un equipo para que los ayudara a hacer y ensamblar las partes.<sup>20</sup>

Las prácticas de subcontratación minaron rápidamente tanto la autorrestricción como la ética mutualista (aunque se sabe que los contratistas fijaban restricciones para su propia protección tanto en trabajos ferroviarios como en trabajos de prendas) y tendieron a inundar los oficios con trabajadores semientrenados, que trabajaban por tarifas más bajas. Esta invasión alentó a muchos artesanos a ir más allá de su autonomía funcional y a escalar el siguiente nivel de control de oficios y estatuir y hacer cumplir los reglamentos de trabajo sindicales. En cierta forma, las reglas sindicales simplemente codificaron la autonomía que ya he descrito. De hecho, ya que comúnmente eran escritas y ejecutadas por una acción conjunta, las reglas sindicales son visibles para los historiadores, por lo que me he referido a ellas como evidencia en la discusión sobre la autonomía *per se*. Pero esta íntima relación histórica entre la habitual autonomía obrera y las reglas sindicales no debe evitarnos ver el hecho de que tales reglas representan una significativa nueva etapa del desarrollo.

### *Las reglas sindicales*

Los miembros de un sindicato se referían a los reglamentos sindicales como "legislaciones".<sup>22</sup> La frase denota un cambio de la acción espontánea a la acción colectiva deliberada; de un código ético grupal a reglas y sanciones formales; y de la resistencia a las pretensiones de los patrones al control sobre ellas. En algunos sindicatos las reglas eran bastante simples. Por ejemplo, la Asociación Internacional de Maquinistas, como su predecesora La Unión Internacional de Maquinistas y Forjadores, las muchas asambleas locales de maquinistas de los Caballeros del Trabajo (Knights of Labor), simplemente especificaban la duración del aprendizaje para cualquier futuro oficial, el establecimiento de un salario estándar para cada rama, la prohibición de que los ayudantes ejecutaran el trabajo de un oficial, y la prohibición para todos los miembros de manejar más de una máquina a la vez o de aceptar cualquier forma de pago a destajo.<sup>23</sup>

Otros sindicatos tenían reglas mucho más detalladas y complejas. Por ejemplo, para los trabajadores del vidrio para las ventanas de la Asamblea Local 300, de los Caballeros del Trabajo, había sesenta y seis "reglas para trabajar"; en ellas se especificaba que todo un equipo debería estar presente en "los lugares de las marmitas"; que el limpiado de desperdicios o desnatación debía hacerse sólo al principio del soplado o a la hora de la comida; que los sopladores de vidrio y los que lo reunían, no deberían "trabajar más rápido que a razón de nueve enrolladores por hora"; y que, el "tamaño estándar de un enrollador" de resistencia sencilla debería ser de "40x58 para cortar 38x56". No se debería trabajar en el Día de Gracias, ni en la Navidad, ni en el natalicio de Washington. Ningún cortador, soplador o juntador trabajaría entre el 15 de junio y el 15 de septiembre. En otras palabras, el sindicato regulaba que durante el verano no trabajaría ningún horno.<sup>24</sup> En 1884, la asam-

blea local sostuvo una larga y exitosa huelga para conservar su límite de 48 cajas de vidrio a la semana, regla que sus miembros consideraban como la clave de la dignidad y el bienestar del oficio.<sup>25</sup>

En el siglo XIX las reglas de trabajo no estaban generalmente contenidas en el contrato, ni eran negociadas con los patrones. De 1860 en adelante, empezó a ser común que los salarios mínimos se negociaran con los patrones en vez de ser fijados unilateralmente, como anteriormente los sindicatos habían tratado, pero los reglamentos de trabajo cambiaron más lentamente. Los sindicatos locales generalmente las adoptaban en forma unilateral, o la hacían los delegados a una convención nacional y eran ejecutadas por miembros individuales que se rehusaban a obedecer cualquier orden del patrón que violara estas reglas. Con suerte, su negativa sería secundada por la acción conjunta de sus compañeros, pero si no era así, debería honrosamente empacar sus herramientas y salirse, antes que romper las normas sindicales. Como acertadamente describió Fred Reid en sus trabajos sobre el sindicalismo minero escocés del siglo XIX: "La fuerza del movimiento obrero dependía de la hombría del obrero individual".<sup>26</sup>

Por otro lado, la autonomía del artesano, que estaba codificada en las reglamentaciones sindicales, no era en forma alguna individualista. Los artesanos eran inequívoca y conscientemente hombres de grupo, que buscaban con avidez su mejoramiento con base en la colectividad. Como los sindicatos se volvieron más fuertes después de 1886, el número de huelgas para hacer cumplir los reglamentos sindicales creció continuamente. No fue, sin embargo, sino con la aparición de las legislaciones sindicales contra la subcontratación cuando el conflicto, tanto en sus aspectos prácticos como en los ideológicos, entre grupos solidarios y el individualismo ascendente móvil, se hicieron más evidentes, pues estas regulaciones buscaban en primer término controlar no ya a los patrones,

sino a los obreros mismos. Así el Sindicato de Moldeadores del Hierro atacó al sistema "berkshire" al prohibir que sus miembros contrataran ayudantes para otras tareas que no fueran las de "limpiar, cortar y remover arena" o que contrataran ayudantes pagándoles ellos mismos. En 1867, cuando 8 615 moldeadores de los 10 400 conocidos en el país estaban sindicalizados, el sindicato nacional prohibió que ninguno de sus miembros trabajara antes de las siete de la mañana.<sup>27</sup> En los años ochentas del siglo XIX el Sindicato de Albañiles frenó la subcontratación al prohibir a sus miembros que trabajaran para contratistas que no pudieran reunir el capital suficiente como para comprar sus propios ladrillos. Todos los sindicatos de la construcción instruyeron a sus miembros para que no permitieran a los contratistas trabajar junto a ellos. El Sindicato Unido de Trabajadores Mineros limitó el número de los ayudantes, normalmente uno, que un minero del bismuto podía contratar, pero el empleo de varios jornaleros por parte de un minero de la antracita continuó hasta la primera guerra mundial. Los carpinteros y los maquinistas suprimieron el trabajo a destajo conjuntamente, por la misma razón. Los obreros del hierro amalgamado y del acero requirieron de las compañías el pago directo a los ayudantes, en lugar de ser los artesanos quienes lo hicieran, aquéllos fijaron también el monto del reparto por tonelaje al que tenían derecho los ayudantes.<sup>28</sup> Todas estas regulaciones aseguraban el bienestar del grupo al rechazar decididamente la incitación de la sociedad para convertirse en empresarios mezquinos, clarificando e intensificando la división del trabajo en el lugar de trabajo y agudizando la línea entre patrones y empleados.

Donde el ramo estaba bien organizado, un comité en cada taller supervizaba el cumplimiento de los reglamentos y del salario mínimo que el sindicato hubiera adoptado para todo el ramo. El sindicato de oficio y la asamblea local de oficios de los Caballeros del Trabajo,

eran formas de organización bien adaptadas a este tipo de actividades regulatorias. Los miembros legislaban sobre asuntos en los que eran expertos indiscutibles, reglas que sólo su valor y solidaridad podían reforzar. Por una parte, la forma de organización por oficio vinculaba sus intereses personales con los del ramo, en lugar de vincularlos con los de la compañía en que trabajaban; y por la otra, sus esfuerzos por hacer respetar las mismas reglas a todos sus patrones, cuando eran exitosos, creaban al menos unas cuantas islas de orden en el océano económico de anárquica competencia del siglo XIX.

Las organizaciones de trabajadores de la última parte del siglo XIX lucharon persistentemente para transformar la lucha obrera espontánea en otra de acciones deliberadas, de la misma manera que trataron de sujetar las huelgas salariales y los esfuerzos por acortar la jornada de trabajo a una reglamentación consciente. "El movimiento sindical es de razón, de deliberación, depende enteramente de la acción voluntaria y soberana de sus miembros", declaró el consejo ejecutivo de la AFL.<sup>29</sup> Sólo a través de una "cuidadosa y total organización", para usar la frase favorita del día, fue posible hacer cumplir las reglas laborales en las fábricas, las minas o los lugares de construcción. A pesar del número creciente de huelgas por reglamentaciones y reconocimientos sindicales en los últimos años de los ochenta, la ejecución de las normas de control del trabajador se extendió con mayor frecuencia a través de la cotidiana autoafirmación de los artesanos en su trabajo, más que por medio de largas y dramáticas huelgas.

Por lo contrario, las huelgas por reducción salarial involucraban ataques apenas disimulados de los patrones en contra del control del trabajo por parte de los artesanos. Para citar sólo dos ejemplos, los manufactureros textiles de Fall River y los operadores del carbón de Hocking Valley en 1884, impusieron deliberadamente una severa reducción de los salarios a los alta-

mente organizados obreros sindicalizados, por provocar huelgas. La esperanza de los dueños, consistía, en que los empleados abandonaran por hambre el sindicalismo y así liberarían a las compañías para poder cambiar los métodos de producción.<sup>30</sup> Como testificó el tesorero de una fábrica de Fall River en 1870: "Creo que el problema con los hilanderos no es el de los salarios, sino el de si ellos o los manufactureros deben dirigir. Durante los 6 u 8 años pasados ellos han controlado Fall River".<sup>31</sup> Al vencerlos en una huelga, el control del sindicato se rompió temporalmente. Dicho control había crecido por el reclutamiento continuo de miembros y con la observancia de reglas durante años, en los cuales el trabajo había estado relativamente libre de paros.

#### *Apoyo mutuo*

El tercer nivel de la lucha por el control del trabajo emergió cuando trabajadores de diferentes oficios se apoyaron mutuamente en sus batallas por hacer valer los reglamentos sindicales y su reconocimiento. Un examen de la estadística de las huelgas entre 1881 y 1905 reunida por el Comisionado del Trabajo de EUA revela el patrón básico de este desarrollo.<sup>32</sup> Aunque hubo un incremento estable tanto en el número, cuanto en el tamaño de las huelgas entre 1881 y 1886, los doce años siguientes, vieron un retroceso en su crecimiento, al hacerse más pequeñas y más confinadas a los oficios especializados (excepto en 1894). Con este cambio, surgieron tres importantes tendencias. Primera, la proporción de huelgas propuestas por los sindicatos aumentó considerablemente en comparación con las huelgas espontáneas. Casi la mitad de las huelgas entre 1881 y 1886 habían ocurrido sin que el sindicato las apoyara o sancionara. En los siete años siguientes a 1887 más de dos terceras partes de las huelgas de cada año fueron deliberadamente puestas por

---

algún sindicato, y en 1891 casi el 75% de las huelgas fueron oficiales.

Segunda, en tanto las huelgas se volvieron más deliberadas y sindicalizadas, la proporción de huelgas primordialmente por salarios descendió abruptamente. Las huelgas por reglamentos sindicales, reconocimiento de sindicatos y protección a sus miembros creció de un 10% o menos del total, antes de 1885, a un 19 o 20% entre 1891 y 1893. Las huelgas espontáneas y las huelgas de jornaleros y trabajadores de fábricas, casi siempre estaba dirigidas a conseguir un incremento en el salario, o a evitar una reducción del mismo, con la parcial excepción de 1886, cuando un 20% de las huelgas fue por jornadas de trabajo. Sin embargo, mientras más se organizaban los obreros calificados, más frecuentes eran las huelgas y los paros patronales ocasionados por reglamentos de trabajo.

Tercera, la sindicalización de los trabajadores creció, en general, más rápidamente que la participación en las huelgas. La tasa de los participantes con respecto a los miembros que pertenecían a organizaciones laborales cayó gradualmente de 109 en 1881 a 24 en 1888; se incrementó abruptamente en 1890 y 1891 (de 71 a 86 respectivamente), para después retomar su tendencia a la baja hasta llegar a 36 en 1898, interrumpida por supuesto, por un brinco en 1894 de 182.<sup>33</sup> En una palabra, las tendencias dominantes de la actividad huelguística fueron la organización y el cálculo, tal y como sucedió con la evolución de los reglamentos de trabajo durante el siglo XIX. Pero la afirmación del control deliberado a través de la organización formal, se sostuvo no únicamente por niveles altos de militancia (una alta y persistente propensión a la huelga), sino también por un notable y agresivo apoyo mutuo, el que algunas veces tomó la forma de sindicalización en todos los niveles dentro de una misma industria, pero más frecuentemente se dio en la forma de huelgas solidarias que involucraban a miembros de diferentes sindicatos.

Las organizaciones conjuntas de todos los tipos de trabajadores, al parecer florecieron en los lugares donde ningún oficio alcanzaba a dominar la vida laboral, como sucedió con los moldeadores de hierro, los albañiles o los pudeladores de metal. También era más factible que aparecieran durante las crestas de las olas de la actividad huelguística entre trabajadores no calificados y operarios. Esto no es sorprendente, pues es muestra de las ventajas que el impulso organizativo ofrece entre sus filas. En la industria del calzado en Filadelfia entre 1884 y 1887, por ejemplo, los Caballeros del Trabajo organizaron exitosamente once asambleas locales, cuyos tamaños iban de los 55 a los 1 000 miembros. Cada una de éstas representaba un oficio diferente o un grupo de ocupaciones relacionadas, en ellas se formulaban demandas salariales y reglamentarias para sus propios miembros. Cada asamblea mandaba tres delegados a la Asamblea Distrital 70, que era el más alto cuerpo gobernante de los Caballeros del Trabajo, ella a su vez escogía a siete representantes para que se reunieran con un número igual de representantes de los patronos, en un comité de arbitraje. Dentro de cada fábrica, un "sindicato de taller" era elegido por los trabajadores para que manejara las desavenencias y vigilara el cumplimiento del reglamento del sindicato local, ayudado por un hombre y una mujer "estadísticos", que llevaban el cómputo del complejo sistema de pagos por destajo.<sup>34</sup>

No hay ninguna evidencia de que las asambleas locales de trabajadores semicalificados o no calificados intentaran ellos mismos regular el proceso de producción como lo hicieron las asambleas de los sopladores de vidrio y otros oficios calificados. En cambio, sí trataron de restringir la contratación a miembros de los Caballeros, y algunas veces regularon despidos mediante cláusulas de antigüedad. Pero en su mayoría, las asambleas de operarios y trabajadores, dirigían su atención a los salarios y a la protección de sus miembros en contra de tratos arbitrarios

TENDENCIAS HUELGUISTICAS, 1881-1905

Año	Número de huelgas (1)	Trabajadores involucrados (000) (2)	% de huelgas salariales (3)	% ordenadas por los sindicatos (4)	% de huelgas solidarias (5)	Número de huelgas solidarias (6)
1881	471	101	79.8	47.3	0.8	2
1882	454	121	75.4	48.5	0.9	3
1883	478	122	77.2	56.7	0.6	2
1884	443	117	74.1	54.2	2.0	6
1885	645	159	72.9	55.3	3.1	20
1886	1432	407	63.0	53.3	2.9	37
1887	1436	273	54.8	66.3	4.7	71
1888	906	103	55.2	68.1	3.8	34
1889	1075	205	59.0	67.3	6.1	67
1890	1833	286	50.9	71.3	9.9	188
1891	1717	245	48.9	74.8	11.5	204
1892	1298	164	50.4	70.7	8.9	117
1893	1305	195	58.8	69.4	4.5	62
1894	1349	505	63.7	62.8	8.8	120
1895	1215	286	69.6	54.2	0.6	7
1896	1026	184	57.6	64.6	0.6	7
1897	1078	333	66.2	55.3	0.7	9
1898	1056	182	63.0	60.4	0.8	9
1899	1797	308	59.4	62.0	1.5	29
1900	1779	400	59.0	65.4	1.5	29
1901	2924	396	46.6	75.9	2.4	71
1902	3162	553	51.2	78.2	2.6	87
1903	3494	532	51.5	78.8	2.4	88
1904	2307	376	42.2	82.1	3.7	93
1905	2077	176	44.5	74.7	2.7	61

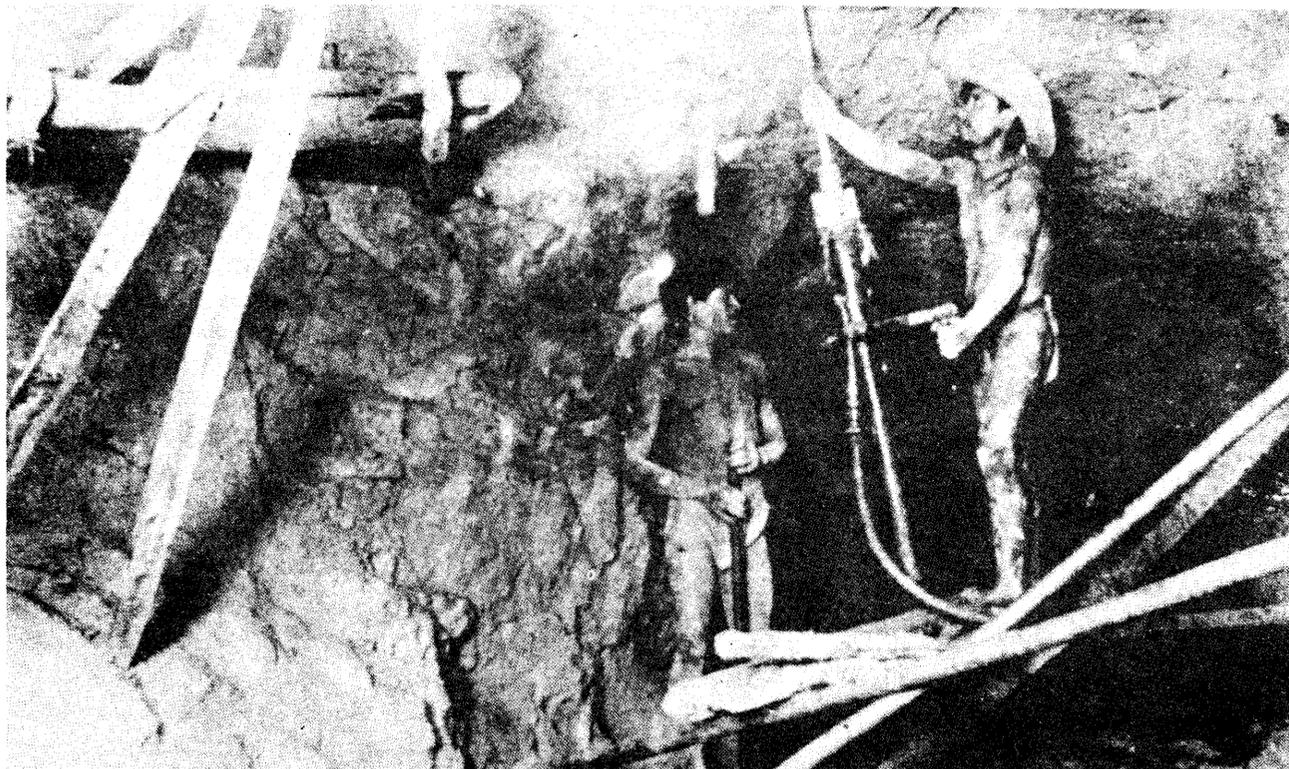
Fuentes: El número de huelgas, y el número de obreros involucrados (1 y 2) se tomó del U.S. Commissioner of Labor, *Twenty-First Annual Report* (1906), p. 15. El porcentaje de huelgas salariales respecto al total de huelgas (3) de J.H. Griffin, *Strikes*, 1939, p. 76. El porcentaje de huelgas ordenadas por sindicatos, el porcentaje de huelgas solidarias del número total de huelgas, y el número de huelgas solidarias (4, 5 y 6) de Florence Peterson, *Strikes in the United States 1880-1936*, 1937, pp. 32-3.

por parte de los supervisores.<sup>35</sup> Por otro lado, el sólo hecho de que los trabajadores estuvieran organizados dificultaba a los patrones el poder hacer concesiones a sus propios obreros calificados a expensas de jornaleros y ayudantes. Consecuentemente, los dueños encararon simultáneamente dos situaciones: el alza de los salarios, y la reducción de su control sobre su área en la cual estaban acostumbrados a ejercer su autoridad.

Más aún, los obreros que dirigían importantes procesos de producción, eran en ocasiones renuentes a que sus subordinados se organizaran, con frecuencia buscaban dominar la más amplia organización a la que pertenecían sus ayudantes. Un caso ilustrativo lo ofrece la experiencia de los Caballeros del Trabajo en la industria del vestido, donde los contratistas fueron organizados en asambleas locales propias, supuestamente

para que cooperaran con las de los cortadores, planchadores, sastres y operadores de máquinas de coser. Los contratistas fueron a menudo acusados de interferir en la sindicalización de sus propios contratados, para poder adquirir ventajas competitivas personales. Trataron sobre todo de desanimar a las mujeres para que se unieran a las asambleas de los operarios. Como reveló el secretario de una asamblea local de sastres de San Luis, los contratistas que eran sus compañeros Caballeros, le estaban diciendo a los padres de las operarias que “ninguna chica decente (sic) pertenecía a una asamblea”.<sup>36</sup>

Por el otro lado, la experiencia de los Caballeros de la industria del calzado y de la industria del vestido, sugiere que la sindicalización efectiva de operarias podría tener un notable impacto radicalizador en la organización. Esto cerraba la puerta, tanto a los patrones que quisieran



Trabajadores mineros (perforista y refaccionista) en la mina de Rayas en Guanajuato, 1900.  
(Del libro *Obreros somos...*).

obtener mayores beneficios al compensar los salarios altos pagados a trabajadores del oficio exigiendo más a trabajadores no capacitados, cuanto a trabajadores del oficio que se sintieran tentados a ganar más aprovechándose de otros. En Filadelfia, Toronto, Cincinnati, Beverly y Lynn, la resistencia de los manufactureros aumentó notablemente en contra de la sindicalización y la organización mutualista al organizarse las obreras del calzado junto con los hombres. Aún más, el sentido de organización conjunta hizo que todos los obreros del calzado fueran más ambiciosos en sus demandas y tuvieran menos paciencia hacia el prolongado procedimiento de arbitraje empleados por los Caballeros. Huelgas "rápidas" se hicieron cada vez más frecuentes al irse enrolando en la orden, más y más trabajadores del calzado. Inversamente, los manufactureros se unieron fuertemente para destruir a los Caballeros del Trabajo.<sup>37</sup>

En resumen, la organización de todos los tipos de trabajadores en cualquier industria impulsó la formulación de reglamentos colectivos de trabajadores de oficio que entraban en una relación más agresiva con los patrones, aun cuando siguieron existiendo estilos del trabajo sustancialmente iguales. El otro tipo de acción conjunta, huelgas por solidaridad involucraba más a menudo a los sindicatos de oficios especializados, y por lo tanto se relacionaba más directamente con cuestiones vinculadas con el control del proceso de producción. Cuando Fred S. Hall escribió en 1898 que las huelgas por solidaridad "habían estado tan en boga en los últimos años pasados",<sup>38</sup> observaba retrospectivamente el periodo durante el cual los obreros organizados habían mostrado una mayor tendencia a apoyar huelgas de otros grupos de obreros que en ningún otro periodo desde que existen estadísticas de huelgas. Tan sólo entre los años de 1901 y 1904 y entre 1917 y 1921, se observó que el número absoluto de huelgas por solidaridad se aproximó a la mitad de las que hubo entre 1890 y 1891.

Hubo de hecho, dos crestas diferentes durante la turbulencia de las huelgas por solidaridad. La primera surgió entre 1886 y 1888, cuando un número relativamente pequeño de disputas se extendió, por medio de acciones solidarias que incluyeron a un gran número de obreros, y captó dramáticamente la atención pública. La huelga de 1886 de los ferrocarriles del suroeste, la disputa de los cargadores de Nueva York en 1887, y los paros de 1888 en Lehigh, que afectaron las minas de carbón y los ferrocarriles, ejemplifican esta tendencia. Ninguna de ellas, sin embargo, involucraba principalmente cuestiones de control, en el sentido en que aquí fueron descritas.

La segunda cresta, la de 1890-2, fue bastante diferente. Estuvo dominada por paros relativamente pequeños de los trabajadores de oficio organizados. En el estado de Nueva York, donde el Buró de Estadística Laboral reunió la información detallada sobre estos paros hasta 1892 (e incluyó en sus cómputos huelgas que habían sido omitidas en los datos del Comisionado del Trabajo de EUA porque sólo habían durado un día, o habían involucrado a menos de seis trabajadores), el número de establecimientos que habían cerrado por huelgas solidarias ascendió de un promedio anual de 166 entre 1886 y 1889 a un promedio de 732 en 1890 y a 738 en 1892. La mayoría de ellas involucró a empleados de una sola compañía, como por ejemplo, los quince maquinistas que se fueron a huelga para apoyar las peticiones de los moldeadores en su fábrica, o los cuatro cortadores de mármol que se declararon en huelga para ayudar a los empapeladores del mismo sitio. Algunas huelgas fueron muy grandes. Por ejemplo, cuando los ebanistas de Nueva York estallaron en huelga para conservar su sindicato en 1892, 107 carpinteros, 14 doradores, 75 cortadores del mármol y sus ayudantes, 17 pintores, 23 yeseros, 28 porteros, 12 cortadores de mosaico, 14 loseros y ayudantes, 32 tapiceros, 14 barnizadores, 149 talladores de madera, y otros de más de 100

firmas se declararon en huelga en apoyo de aquellos.<sup>39</sup>

Eugene V. Debs enalteció esta extrema manifestación de mutualidad describiéndola como una "virtud de solidaridad semejante a Cristo", y también describió su propio boicot a los Pullman como la acción masiva solidaria más importante de la época, como una confrontación abierta entre las virtudes de la clase trabajadora y el orden social que santificaba el egoísmo.<sup>40</sup> Es cierto que la ética mutualista que apoyaba el control de los artesanos fue exhibida en su forma más elevada por las huelgas solidarias. Pero es igualmente cierto que los elementos de cálculo que caracterizaban cada vez más la actividad huelguística fue particularmente evidente aquí.

Como puntualizó Fred S. Hall, las huelgas solidarias de esta época diferían grandemente de las huelgas "contagiosas" que se extendieron en 1877, en dos aspectos. Primero, las huelgas solidarias eran convocadas por los trabajadores involucrados de acuerdo a procedimientos sindicales formales. Aunque no hay datos que comparen las huelgas oficiales con las no oficiales, dos estadísticas contrastantes ilustran el punto de Hall. La industria de la construcción siempre fue el centro principal de las huelgas solidarias. En Nueva York, más del 70% de los establecimientos fueron cerrados por acciones solidarias que involucraban la construcción de edificios entre 1890 y 1892. Por otro lado, en todo el periodo de datos federales (1881-1904), no menos del 98.03% de las huelgas en esa industria, fueron convocadas por sindicatos.<sup>41</sup>

Segundo, como Hall observó, la tendencia hacia las huelgas solidarias fue "menor en aquellos casos en los que las disputas se referían a condiciones de empleo tales como salarios y horas, y mayor cuando se trataba de asuntos sobre sindicalismo: empleo sólo de sindicalizados, reconocimiento de sindicatos, etc."<sup>42</sup> El incremento de huelgas solidarias, así como de huelgas por reconocimiento y reglamentos, fue

parte de la lucha por el control de los artesanos: su manifestación más agresiva y trascendente.

Es por esta razón que la práctica de huelgas solidarias fue ardientemente defendida por la AFL en los años noventa del siglo XIX. Los contratos en la rama de la construcción, explícitamente contemplaban el paro solidario. Aún más, en la convención de la federación de 1895, se tomó una resolución instruyendo al consejo ejecutivo a que "conminara a los sindicatos de la manera que considerara conveniente a no comprometerse con contratos que prohibieran la ayuda entre sí, cuando fuera posible". El consejo mismo, negó en un reporte dirigido a la misma convención, que se opusiera a las huelgas solidarias. "Por el contrario", declaró, "estamos unidos todos para ayudarnos entre nosotros mismos, las palabras sindicato, federación, lo implican. Una organización que se mantiene alejada de una organización hermana, cuando puede brindarle su ayuda, merece ser censurada" aun cuando cada sindicato tiene el derecho a decidir el curso de su propia acción.<sup>43</sup>

Por otro lado, no todos los sindicatos apoyaban esta política. Bajo las condiciones adecuadas era posible para el proceso laboral ser regulado por las reglas de un sindicato de oficio que se mantuviera alejado de todas las apelaciones a la solidaridad de clase, como lo era para un artesano individual el identificar su autonomía funcional con los intereses del patrón, a través de la subcontratación. Precisamente este curso solitario era orgullosamente perseguido por los ingenieros y fogoneros ferroviarios. En general, donde un sindicato era lo suficientemente fuerte como para desafiar él solo a sus patrones y no había innovaciones tecnológicas de importancia que amenazaran las prácticas de trabajo de sus miembros, el sindicato tendía a acordar con los patrones con base en el reconocimiento más o menos voluntario de ellos de las reglas laborales.

Dos ejemplos bastan. Uno apareció en la manufactura de estufas, cuando ocho años de largas huelgas y paros patronales siguieron a la

denuncia, en 1882, hecha por la Asociación Nacional de Defensa de las Fundidoras de Estufas, contra "las reglas unilaterales y férreas" del Sindicato de Moldeadores, que no dejaba lugar "a recurso alguno, además de la amarga lucha por la supremacía". Pero la indispensable maestría de los moldeadores en el arte de fundir partes satinadas y suaves para las estufas, su cabal organización y disposición para irse a huelga una y otra vez, permitieron al sindicato de moldeadores prevalecer con poca ayuda de otros sindicatos.

En 1890 los empresarios agrupados en la Asociación de Defensa firmaron un acuerdo nacional del ramo que contemplaba el arbitrio de todas las disputas y tácitamente aceptaba la autoridad del sindicato para establecer reglamentos de trabajo.<sup>44</sup> En agudo contraste con los moldeadores de maquinaria que a menudo se unían con maquinistas, caldereros y otros obreros del ramo del metal en las huelgas, la participación de los moldeadores de estufas en huelgas solidarias era prácticamente nula.

Similarmente los enladrilladores y los mamposteros probaron ser eminentemente capaces de defenderse a sí mismos, pocas veces vieron seriamente amenazados sus reglamentos, en consecuencia sintieron poca necesidad de la acción conjunta con otros oficios a excepción de la campaña para la disminución de horas. La fuerte pero conservadora forma de control artesanal que ellos representaban, se evidencia no sólo en la negativa del Sindicato Internacional de Enladrilladores y Mamposteros para enviar representantes a la Cámara de la ciudad de Nueva York como Delegados Itinerantes (New York City Board of Walking Delegates) o a afiliarse con la AFL, sino también en la renuencia de sus miembros para comprometerse en huelgas solidarias. Entre 1890 y 1892, sólo cuatro firmas de Nueva York fueron cerradas por los enladrilladores y cuatro por los mamposteros por acciones solidarias. En contraste, durante estos mismos tres años huelgas solida-

rias de los carpinteros en ese estado cerraron 171 firmas y los sastres de capas cerraron otras 152.<sup>45</sup>

Aún más, patrones de muchas industrias se unieron en los primeros años de la década de los noventa para resistir huelgas por solidaridad, reglamentos y reconocimiento sindical con creciente vigor y eficiencia. Paros empresariales solidarios fueron montados por la organización de los patrones para negarles a los obreros huelguistas alternativas de empleo o de apoyo financiero. Las persecuciones legales por conspirar para obstruir el comercio, incluido el uso de la Ley Sherman Antimonopolios (Sherman Anti-Trust Act) en contra del Consejo Amalgamado de los Trabajadores de Nueva Orleans (Workingmen's Amalgamated Council of New Orleans) por su amplia huelga solidaria que abarcó toda la ciudad en 1892, proporcionó a la corte armas suplementarias al mandato judicial.

En este marco, los oficios sindicalizados sufrieron un número creciente de derrotas. Mientras que menos del 40% de las huelgas de entre 1889 y 1890 las perdieron los trabajadores, el 54.5% de las huelgas de 1891 y el 53.9% de 1892 fracasaron. Este nivel de derrotas fue por mucho el más alto en la última parte del siglo XIX, y no se le asemejaría otro igual hasta 1904.<sup>46</sup> Las derrotas son aún más notorias al recordar que, estos fueron años record para las huelgas convocadas por los sindicatos (en oposición a las huelgas espontáneas) y que durante el periodo de 1881 a 1905 las huelgas convocadas por los sindicatos tendieron a ser exitosas en más de un 70% de los casos, mientras que las huelgas espontáneas se perdieron en casi la misma proporción. La explicación del alto grado de derrotas en huelgas calculadas en 1891 y 1892, reside en la audacia de las demandas laborales. Las huelgas oficiales sobre salarios continuaron siendo eminentemente fructíferas. Las más fieras batallas y las más amargas pérdidas giraron en torno a reglamentos, reconocimiento sindical y acciones solidarias.

Consecuentemente los sindicalistas empezaron a alejarse en la práctica de las huelgas solidarias, a pesar de sus defensas verbales, aun antes de 1894. El aparente aumento estadístico de huelgas solidarias en 1894, seguido por un abrupto colapso nos puede llevar a conclusiones erradas. Hall sugiere que los oficios, a excepción del ramo de la construcción, dudaron cada vez más en llevar a cabo movimientos solidarios con otros grupos, especialmente con trabajadores de otras plantas, de 1892 en adelante. Aunque los datos de Nueva York terminan ese año, estos parecen coincidir de manera interesante con la aseveración de Hall. El número total de huelgas solidarias en Nueva York fue tan grande en 1892 como lo fue en 1890. Por otra parte en 1890 el 67% de esas huelgas fue en el ramo de la construcción, comparado con el 69% en 1891 y el 84% en 1892. Uno desearía que estos datos hubieran continuado para revelarnos si el pequeño número de huelgas que se dieron después de 1895 estaban confinadas a la construcción. De cualquier forma, aun en 1892 más de 100 de los 120 establecimientos que no pertenecían al ramo de la construcción simpatizaron con huelgas solidarias por un mismo conflicto, el de los ebanistas. Al final los trabajadores abandonaron esta batalla al ser completamente derrotados. En este contexto el resurgimiento de tales huelgas en 1894 parece una aberración. Ciertamente el boicot de los Pullman y la huelga del carbón bituminoso dan cuenta del 94% de establecimientos que por acciones solidarias cerraron en los primeros seis meses de ese año.<sup>47</sup>

En resumen, los historiadores en general, han sido seriamente confundidos por la caracterización que Norman J. Ware hace del periodo posterior a la masacre de Haymarket (1886) como uno de "Sauve qui peut" (sálvese quien pueda).<sup>48</sup> Conforme los trabajadores de oficio se sindicalizaron, no sólo lucharon por el control en forma crecientemente colectiva y deliberada, sino que también manifestaron una creciente

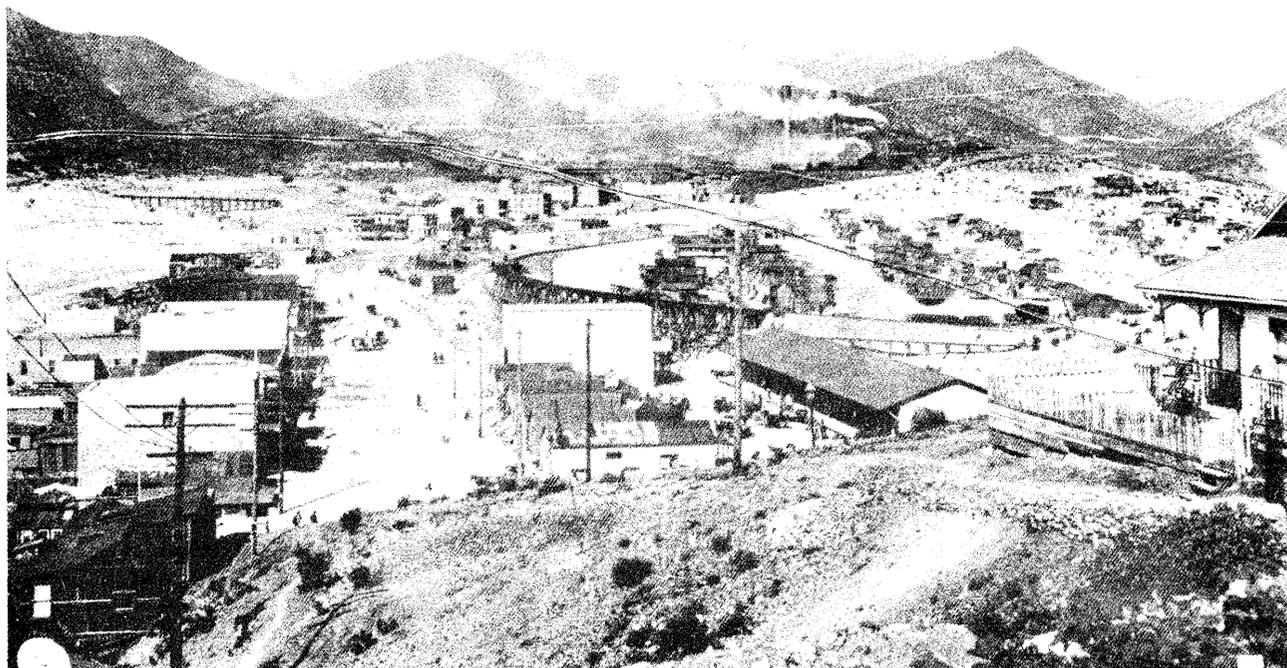
conciencia de la dependencia de sus esfuerzos con trabajadores de otros oficios. Obtuvieron fuerza en su autonomía funcional, que se derivaba de su conocimiento superior, ejercido a través de la autodirección y de la dirección de otros en el trabajo. Esta autonomía nutrió y a la vez fue nutrida por la ética mutualista, que repudiaba importantes elementos del individualismo adquisitivo. Conforme pasó el tiempo, la autonomía funcional fue cada vez más a menudo codificada en forma de reglamentos sindicales, que colectivamente fueron "legislados" y mantenidos a través del compromiso individual de los artesanos y del abultado número de huelgas. Los esfuerzos organizados alcanzaron el nivel más agresivo e inclusivo en acciones conjuntas de apoyo mutuo entre los oficios. Cuando tales acciones involucraron a todos los trabajadores de una industria (como sucedió cuando las mujeres se sindicalizaron en la manufactura del calzado), y cuando produjeron una fuerte tendencia de los trabajadores calificados sindicalizados a lanzarse a la huelga para apoyar las demandas de unos y otros, separaron agudamente las consecuencias agresivas de las conservadoras de la autonomía artesanal, al mismo tiempo que provocaron una concentrada e intensa respuesta por parte de la comunidad empresarial.

De manera importante, los últimos años de la depresión representaron solamente un aquietamiento de la batalla. Con el regreso de la prosperidad en 1898, tanto las huelgas como la organización sindical, rápidamente retomaron la espiral ascendente, los reglamentos de trabajo nuevamente ocuparon el centro del escenario, y las huelgas solidarias se hicieron más numerosas y se pelearon con amargura. La organización de los manufactureros saltó a la lucha usando el recurso del taller franco (es decir, contrataciones individuales n. ed.), mientras que sus voceros citaban estudios gubernamentales en apoyo de sus denuncias en contra de las "restricciones sobre la producción" de los obreros.<sup>49</sup>

Por otro lado, nuevos e importantes desarrollos distinguieron la primera década del siglo XX. Los dirigentes de los sindicatos que cada vez más servían durante periodos largos con posiciones asalariadas de tiempo completo, buscaron negociar los términos laborales con los patrones, en lugar de dejar que sus miembros los “legislaran”. La ansiedad de los dirigentes de la AFL por asegurar acuerdos del ramo, y afiliarse con “patrones amistosos”, como aquellos afiliados a la Federación Cívica Nacional (National Civic Federation), en contra del intento por implantar el taller franco, los llevó a repudiar la práctica de las huelgas solidarias. Las cuantiosas huelgas de esta índole, adolecie-

ron en mayor número de la sanción sindical, y en cualquier caso nunca alcanzaron los niveles de los primeros años de los años noventa.<sup>50</sup>

Lo más importante de todo, es que los nuevos métodos de administración industrial minaron la fundación de la autonomía funcional artesanal. El análisis del trabajo a través de estudios de tiempos y movimientos permitió a los administradores aprender para luego sistematizar la forma en que el trabajo mismo era hecho. Junto con la supervisión sistemática y las nuevas formas de incentivos de pago, se dio lo que Frederick Winslow Taylor llamó “métodos de estandarización obligados, adopción obligada de los mejores implementos y condiciones de tra-



El pueblo de Cananea fue creado por la presencia del trabajo minero. (Archivo de la Cía. Minera de Cananea).

bajo, y cooperación obligada de todos los empleados bajo una detallada dirección administrativa.<sup>51</sup>

De hecho, la administración científica vino a desarticular fundamentalmente el estilo de trabajo de los obreros de oficio, sus reglas sindicales y sus tarifas estandarizadas así como la ética mutualista, conforme se transformó la práctica industrial norteamericana entre 1900 y 1930. Su efecto básico como lo descubrieron Roethlisberger y Dickson en sus experimentos en el Westinghouse Electric's Hawthorne Works, fue el de situar a los obreros en "el más bajo nivel de una altamente estratificada organización", dejando sus "rutinas establecidas de trabajo, sus tradiciones culturales de artesano, y sus relaciones interpersonales" "a merced de técnicos especialistas".<sup>52</sup>

Dos características importantes del movimiento de administración científica se tornan evidentes cuando se contrastan con los antecedentes de las luchas de los artesanos del siglo XIX para dirigir su propio trabajo dentro de su propio estilo colectivo. Primero, el atractivo de las nuevas técnicas administrativas para los manufactureros involucró más que una simple respuesta a la nueva tecnología y a una nueva escala de la organización de los negocios, también implicó un esfuerzo consciente para arrancar aquellas prácticas de trabajo que habían sido el centro de la fuerza que disfrutaba el movimiento obrero en los últimos años del siglo XIX. Una explicación puramente técnica de la difusión del taylorismo es tan inadecuada como la explicación puramente técnica de la autonomía artesanal.<sup>53</sup>

Segundo, los apóstoles de la administración

científica necesitaban, no sólo abolir las viejas prácticas de trabajo industrial, sino también desacreditarlas públicamente. De esta manera Taylor negó rotundamente que incluso "los mecánicos de alta calidad" pudieran "jamás entender cabalmente la ciencia de hacer de su trabajo", e impuso la desdeñosa etiqueta de "soldiering" (autorrestricción) a todos los reglamentos de los oficios, formales e informales.<sup>54</sup> Los intelectuales progresistas secundaron estos argumentos. Louis Brandeis aplaudió la administración científica por "exhonerar a los sindicatos de responsabilidades no suyas".<sup>55</sup> Y John R. Commons consideró "inmoral mantener a este tipo de trabajo misceláneo, como clase, en la esperanza de que pueda llegar a administrar la industria". Si algunos trabajadores "tienen responsabilidades de peso", explicó, "Es porque algunos individuos tienen éxito, y esos individuos inmediatamente cierran las puertas, y el trabajo, como clase, permanece donde estaba".<sup>56</sup>

Fue en este contexto que la frase "control obrero" entró por primera vez en el vocabulario del movimiento obrero norteamericano. Apareció para expresar un grupo de demandas radicales, si bien a menudo amorfas, que surgieron alrededor del final de la primera guerra mundial entre los trabajadores de los ramos del metal, ferroviario, del carbón, y del vestido.<sup>57</sup> Aun cuando estas demandas representaban estilos muy nuevos de lucha en ambientes políticos e industriales únicos, muchos de los trabajadores que los expresaban, podían todavía recordar los días en que de hecho, los cerebros de los administradores habían estado bajo las gorras de los obreros.

Traducción de Graciela Lechuga  
Tomado de *Labor History*

Esta investigación fue hecha gracias a una ayuda financiera del John Simon Guggenheim Memorial Research.

1 Frederick Winslow Taylor, *The Principles of Scientific Management*, New York, 1967, pp. 31-2.

2 William D. Haywood y Frank Bohn, *Industrial Socialism*, Chicago, s/f, p. 25.

3 Herbert G. Gutman, "Work, Culture and Society in Industrializing America, 1815-1919", *American Historical Review*, núm. 78, junio 1973, pp. 531-88; E.P. Thompson, "Time, Work-Discipline, and Industrial Capitalism, *Past and Present*, núm. 38, Diciembre 1967, pp. 56-97; E.J. Hobsbawm, "Custom, Wages and Workload in Nineteenth Century Industry", en Hobsbawm, *Labouring Men*, London, 1964 pp. 334-70; Gregory Kealy, "Artisans Respond to Industrialism: Shoemakers, Shoe Factories and the Knights of St. Crispin in Toronto, *Historical Papers*, Canadian Historical Association, Junio 1973, pp. 137-57; Paul G. Faler, "Workingmen, Mechanics and Social Change: Lynn, Massachusetts, 1800-1869, disertación para Ph. D no publicada, University of Wisconsin, 1971; Bruce G. Laurie, "The Working People of Philadelphia, 1827-1853; disertación para Ph. D no publicada, University of Pittsburgh, 1971; David Montgomery, "The Shuttle and the Cross: Weavers and Artisans in the Kensington Riots of 1844", *Journal of Social History*, núm. 5, Primavera de 1972, pp. 411-46.

4 Los asuntos de las generaciones industriales han sido tratados en la historia de norteamérica en términos de dirigentes. Ver: David Montgomery, *Beyond Equality: Labor and the Radical Republicans 1862-1872*, New York, 1967, pp. 197-229; Warren R. Van Tine, *The Making of the Labor Bureaucrat: Union Leadership in the United States, 1870-1920*, Amherst, 1973, pp. 1-32. Para un análisis social mejor fundamentado ver Leopold H. Haimson, "The Russian Workers' Movement on the Eve of the First World War", trabajo no publicado, presentado en la convención de la America Historical Association, 1972; Michelle Perrot, *Les Ouvriers en grève: France 1871-1890*, 2 vols., París, 1974, I, pp. 312-95.

5 James, J. Davis, *The Iron Puddler: My life in the Rolling Mills and What Came of It*, Indianapolis, 1922, p. 91.

6 *Ibid.* pp. 85, 92-3, 114, 227. El asunto sobre la promoción de los ayudantes de los pudeladores de los hornos provocó huelgas de los ayudantes en contra de los pudeladores en los años setenta. Ver John H. Ashworth, *The Helper and American Trade Unions*, Baltimore, 1915, pp. 83, 93-4.

7 Minute Books, Lodge núm. 11, Rollers, Roughers, Catchers and Hookers Union, Columbus, Ohio, Julio 14 1873, Abril 28 1876. William Martin Papers, University of Pittsburgh Library.

8 Ernest Mandel, ed., *Contrôle ouvrier, conseils ouvriers, autogestion, anthologie*, París, 1970, pp. 192-7. También ver Carter Goodrich, *The Frontier of Control*, New York, 1921.

9 Frederick Winslow Taylor, "Shop Management", *Transactions of the American Society of Mechanical Engineers*, núm. 24, 1903, pp. 1337-456; U.S. Commissioner of Labor, Eleventh Annual Report, "Regulation and Restriction of Output", Washington D.C., 1904.

10 United Kingdom, Parliament, *Second Report of the Commissioner Appointed to Inquire into the Organization and Rules of Trades Unions and Other Associations, Parliamentary Sessional Paper*, 1867, XXXII c3893, p. 2; "Restriction of Output", p. 243.

11 "Restriction of Output", pp. 198-9.

12 U.S. Commission on Industrial Relations, *Final Report and Testimony Submitted to Congress by the Commission on Industrial Relations*, 64 avo Congreso, 1era. sesión, Washington D. C., 1915, pp. 893-4.

13 Henry L. Gantt, *Work, Wages, and Profits*, New York, 1919, p. 186.

14 "Restriction of Output", p. 18.

15 P.A. Stein a *Machinists' Monthly Journal*, núm. 15, Abril 1903, p. 294.

16 Ver "What One Trade Has Done", *John Swintons' Paper*, Marzo 23, 1884. Cfr. Peter N. Stearns, "Adaptation to Industrialization: German Workers as a Test Case", *Central European History*, núm. 3, 1970, pp. 303-31.

17 Massachusetts Bureau of Statistics of Labor, *Report of the Bureau of Statistics of Labor for 1871*, p. 590-1.

18 Associated Brotherhood of Iron and Steel Heaters, Rollers and Roughers of the United States, "Report on Communications. The Year's Term Having Closed July 10th, 1875", 25 Febrero 1875. Para más detalles sobre las reglas respecto a "trabajo sucio" y a "un hombre-una máquina", ver Amalgamated Association of Iron Steel Workers, *Proceedings*, 1877, pp. 52 y 75; "Restriction of Output", pp. 101-5 y 226-7.

19 Sobre los orígenes del "sweating system" en el ramo de la costura, ver Conrad Carl testimony, U.S. Congress, Senate Committee on Education and Labor, *Report of the Committee of the Senate upon the Relations between Labor and Capital*, 3 vols., Washington, D. C., 1885, I, pp. 413-21; Louis Lorwin, *The Women's Garment Workers*, New York, 1924, pp. 12-23.

20 Ashworth, *op. cit.*, pp. 67-72; Robert A. Christie, *Empire in Wood: A History of the Carpenter's Union*, Ithaca, N.Y., 1956, cap. 5; Paul Worthman, "Black Workers and Labor Unions in Birmingham, Alabama, 1897-1904", *Labor History*, núm. 10, Verano 1969, pp. 374-407; Jacob H. Hollander y George E. Barnett, *Studies in American Trade Unionism*, New York, 1912, pp. 147-8; *Iron Age*, núm. 91, 30 Enero 1913, p. 334; *Machinist's Monthly Journal*, núm. 16, Abril 1904, p. 321.

21 Cfr. Benson Soffer, "A Theory of Trade Union Development: The Role of the 'Autonomous' Workman", *Labor History*, núm. 1, Primavera 1960, 141-163.

22 Los tipógrafos aún llaman a su reglamento el Libro de Leyes. Ver Selig Perlman, *A Theory of the Labor Movement*, New York, 1928, pp. 262-72; Seymour Martin Lipset, Martin A. Trow y James S. Coleman, *Union Democracy*, Garden City, N.Y., 1972, pp. 160-226.

23 "Restriction of Output", pp. 101-8; Charles B. Going, "The Labour Question in England and America", *Engineering Magazine*, núm. 19, Mayo 1900, pp. 161-76; Hollander and Barnett, *op. cit.*, pp. 109-52.

24 *By Laws of the Window Glass Workers, L.A. 300, Knights of Labor*, Pittsburgh, 1899, pp. 26-36.

25 "What One Trade Has Done", *John Swinton's Paper*, 23 Marzo 1884.

26 Fred Reid, "Keir Hardie's Conversion to Socialism", en *Essays in Labour History 1886-1923*, Asa Briggs y John Saville eds., London, 1971, p. 29. También ver Montgomery, *Beyond Equality...*, pp. 142-53; David A. McCabe, *The Standard Rate in American Trade Unions*, Baltimore, 1912.

27 *Proceedings of the Eighth Annual Session of the Iron Molder's International Union*, Philadelphia, 1867, pp. 10, 14, 40-1; Ashworth, *op. cit.*, pp. 36, 38, 68.

28 Ver la nota 20.

29 Samuel Gompers, "The Strike and Its Lessons", en *A Momentous Question: The Respective Attitudes of Labor and Capital*, John Swinton, ed., Philadelphia y Chicago, 1895, p. 311.

30 Ver Phillip T. Silvia Jr., "The Spindle City: Labor, Politics and Religion in Fall River, Massachusetts, 1870-1905", disertación para Ph. D. no publicada, Fordham, University, 1973, cap. 3; John Amsden y Stephen Brier, "Coal Miners on Strike: The Transformation of Strike Demands and the Formation of the National Union in U.S. Coal Industry, 1881-1894", en *The Journal of Interdisciplinary History*; Andrew Roy, *A History of the Coal Miners*, Columbus, Ohio, 1902, pp. 220-42.

31 Massachusetts Bureau of Statistics of Labor, *Report*, 1871, p. 55.

32 Ver Cuadro.

33 John H. Griffin, *Strikes: A Study in Quantitative Economics*, New York, 1939, p. 107. Una espléndida discusión sobre el creciente papel del cálculo en las huelgas del siglo XIX puede encontrarse en Perrot, *op. cit.*, I, pp. 101-80; II, pp. 424-85 y pp. 574-606.

34 Augusta E. Galster, *The Labor Movement in the Shoe Industry, with Special Reference to Philadelphia*, New York, 1924, pp. 49-57.

35 Ver por ejemplo, el acuerdo entre Carpet Weaver's National Assembly No. 126, Knights of Labor y E.S. Higgins & Co., en New York Bureau of Statistics of Labor, *Fourth Annual Report, 1886*, Albany, 1887 p. 256. Se necesita mucho más investigación sobre las demandas de los obreros no calificados, pero nótese el agudo contraste en los tipos de las demandas presentadas por los artesanos y obreros, cuando cada grupo se encontró por separado durante la huelga de Bethlehem Steel U.S. Congress, Senate, *Report on the Strike at the Bethlehem Steel Works*, Senate Document Núm. 521, Washington D.C., 1910, pp. 26-32.

36 Abraham Bisno, *Abraham Bisno, Union Pioneer*, Madison, Wis., 1967, pp. 77-8 y 135-7; John W. Hayes Papers, Catholic University of America, LA 7507, LA 2567, LA 10353. La cita es de Gustive Cytron de John Hayes, Nov. 1, 1893, Hayes Papers, LA 10353. Ver Ashworth, *op. cit.*, sobre la dominación de los sindicatos de ayudantes por las asambleas de artesanos.

37 Galster, *op. cit.*, pp. 55-7. Ver también Alan C. Dawley, "The Artisan Response to the Factory System: Lynn Massachusetts, in the Nineteenth Century", disertación para Ph. D. no publicada, Harvard University, 1971; Kealy, *op. cit.*, pp. 145-7; James M. Morris, "The Cincinnati Shoemakers Lockout of 1888", *Labor History*, núm. 13, Otoño 1972, p. 505-19.

38 Fred S. Hall, *Sympathetic Strikes and Sympathetic Lockouts*, New York, Columbia University Studies in History, Economics and Public Law, núm. 26, 1898, p. 29.

39 New York Bureau of Labor Statistics, *Report, 1890*, pp. 936-49; *Report, 1891*, Part II, pp. 732-45; *Report, 1892*, pp. 124-39.

40 Eugene Debs, "Labor Strikes and Their Lessons", en Swinton, *Momentous Question*, pp. 324-5.

41 U.S. Commissioner of Labor, *Twenty-First Annual Report*, Washington, D.C., 1906, pp. 21-22, 33-4 y 81-2. Los cálculos de los porcentajes de las huelgas solidarias en Nueva York en la rama de la construcción son míos, del New York Bureau of Labor Statistics data.

42 Hall, *op. cit.*, p. 33.

43 E. Lavasseur, *The American Workman*, Baltimore, 1900, pp. 237-9; Hall, *op. cit.*, pp. 102-3. Las citas de la AFL están en Hall, pp. 102-3.

44 Hollander and Barnet, *op. cit.*, pp. 226-31. La cita está en la p. 226. El acuerdo del ramo está reproducido en las pp. 230-1.

45 John R. Commons, *Trade Unionism and Labor Problems*, First Series, Boston, 1905, pp. 66-7; Philip Taft, *The A.F. of L. in the Time of Gompers*, New York, 1957, pp. 25, 29, 251. Sobre las huelgas solidarias en Nueva York, ver la nota 39.

46 Hall, *op. cit.*, pp. 36-51 y 70-8; John Cumbler, "Labor, Capital and Community: The Struggle for Power", *Labor History*, núm. 15, Verano 1974, pp. 395-415; Almont Lindsay, *The Pullman Strike*, Chicago, 1942, pp. 122-46 y 203-13; Edwin E. Witte, *The Government in Labor Disputes*, Nueva York y Londres, 1932, pp. 26-31 y 61-82; Gerald G. Eggert, *Railroad Labor Disputes: The Beginnings of Federal Strike Policy*, Ann Arbor, Mich., 1967, pp. 81-191; United States Workingmen's Amalgamated Council of New Orleans, *et. al.*, 54 Fed. 994, 1893; Florence Peterson, *Strikes in the United States, 1880-1936*, Washington, D.C., U.S. Dept. of Labor Bulletin No. 651, Agosto, 1937, p. 34.

47 Hall, *op. cit.*, pp. 37-8.

<sup>48</sup> Norman J. Ware, *The Labor Movement in the United States, 1860-1895*, New York y Londres, 1929, p. XII.

<sup>49</sup> Clarence E. Bonnett, *Employers Associations in the United States: A Study of typical Associations*, Nueva York, 1922; Commons, *Trade Unionism and Labor Problems*; "Restriction of Output".

<sup>50</sup> Ver Van Tne, *op. cit.*, pp. 57-112; Mark Pearlman, *The Machinists: A New Study in American Trade Unionism*, Washington, D.C., 1956, pp. 20-36 y 48-50.

<sup>51</sup> Taylor, *Principles of Scientific Management*, p. 83.

<sup>52</sup> F.J. Roethlisberger y W. J. Dickson, *Management and the Worker: Technical vs. Social Organization in an Industrial Plant*, Cambridge, Mass., Harvard University Business Research Studies, Núm. 9, 1934, p. 16-7. Cfr. Harry Braverman, *Labor and Monopoly Capital: The Degradation of Work in the Twentieth Century*, Nueva York y Londres, 1974.

<sup>53</sup> Para interpretaciones básicamente tecnológicas de la administración científica, véase David Landes, *The Unbound Prometheus*, Cambridge, 1969, pp. 290-326; Samuel Haber, *Efficiency and Uplift: Scientific Management in the Progressi-*

*ve Era, 1890-1920*, Chicago y Londres, 1964; Hugh G. J. Aitken, *Taylorism at Watertown Arsenal: Scientific Management in Action, 1908-1915*, Cambridge, Mass., 1960.

<sup>54</sup> U.S. Congress, House of Representatives, *Hearings before the Special Committee of the House of Representatives to Investigate the Taylor and Other Systems of Shop Management*, 3 vols., Washington, D.C., 1912, p. 1397.

<sup>55</sup> Louis Brandeis, "Brief before the I.C.C., January 3, 1911", en *Selected Articles on Employment Management*, Daniel Bloomfield ed., Nueva York, 1922, p. 127.

<sup>56</sup> John R. Commons *et. al.*, *Industrial Government*, Nueva York, 1921, p. 267.

<sup>57</sup> Ver Arthur Gleason, "The Shop Stewards and Their Significance", *Survey*, Núm. 41, 4 Enero, 1919, pp. 417-22; Carter Goodrich, "Problems of Worker's Control", *Locomotive Engineers Journal*, núm. 62, Mayo 1923, pp. 365-7 y 415; Evans Clark, "The Industry is Ours", *Socialist Review*, núm. 9, Julio 1920, pp. 59-62; David Montgomery, "The 'New Unionism' and the Transformation of Worker's Consciousness in America, 1909-1922", *Journal of Social History*, núm. 7, Verano 1974, pp. 509-29.



# Entrevista con David Montgomery

Mark Naison, Paul Buhle

Entre los académicos marxistas que han modificado la escritura de la historia de la década de los años sesenta, David Montgomery ha desempeñado un papel que es único. En una época en la que muchos historiadores radicales se han concentrado en esquemas de resistencia entre poblaciones preindustriales o en las fuentes de la resistencia obrera centradas en la etnia o en la comunidad, Montgomery se ha concentrado en la lucha de clases en la arena electoral y en el centro de trabajo. Sus obras más importantes, *Beyond Equality* y *Workers' Control in America*, son estudios detallados rícamente sobre cómo influyeron los obreros en tendencias cruciales de la sociedad estadounidense desde la Guerra Civil: la política de la Reconstrucción y la organización social de la producción en el sistema moderno de fábricas.

Como sugiere la entrevista que sigue, la escritura histórica de Montgomery refleja su experiencia como obrero fabril, organizador sindical y militante comunista durante la década de los años cincuenta. A pesar del desbarajuste de la izquierda durante este periodo y la represión política que sufrió, lo que finalmente le costó el trabajo a Montgomery como maquinista, sus experiencias en la base lo convencieron de que la clase obrera no había sido pacificada del todo, como insistía la

mayoría de los intelectuales, y que sus protestas se harían más articuladas conforme reviviera la izquierda. Obligado a salirse de la fábrica, Montgomery se volvió hacia la academia para documentar y explorar tradiciones perdidas de la autoafirmación de la clase obrera. Desafiando la imagen dominante del conservadurismo de la clase obrera, su obra ha ayudado a dar forma a las percepciones de una generación de académicos de la Nueva Izquierda. Manteniéndose cerca de los activistas obreros en las comunidades en las que él vivió, y contribuyendo con artículos para publicaciones de izquierda, Montgomery animó el resurgimiento de un espíritu de colaboración entre trabajadores y radicales en el surgimiento de la guerra de Vietnam. Montgomery es profesor de historia en la Universidad de Yale y es editor de la publicación, *International Labor and Working-Class History*.

*Se ha vuelto moda escribir sobre el Partido Comunista estadounidense como algo intelectualmente retrógrado y completamente estalinizado. Sin embargo, un considerable número de académicos creativos en la historia estadounidense, en particular las personas que se hicieron académicas durante la década de los sesenta, fueron producto del Partido Comunista y sus organiza-*

*ciones aledañas. ¿Usted cómo explica esto?*

Creo que el Partido Comunista y el mundo político a su alrededor influyeron de dos maneras importantes en la visión histórica de los académicos en los que usted está pensando. La primera es que el partido era la organización marxista más importante en el país. A través de él, más que ninguna otra organización de la época, fue posible vincular el análisis marxista a la acción diaria efectiva. Este contacto con las luchas cotidianas de los estadounidenses y con un movimiento internacional en favor del socialismo nos llevó a estilos de análisis social que estaban fincados sólidamente en las duras y complejas realidades de la experiencia y alejados de las frases huecas y de las abstracciones dogmáticas. La segunda es la importancia central que el partido dio siempre a las luchas de los negros estadounidenses y a la creación de bases para una acción conjunta entre los trabajadores negros y los blancos.

También es importante el lado negativo de esta experiencia. El verdadero florecimiento del trabajo creativo entre las personas en las que usted está pensando vino después que se salieron del partido. La vida intelectual oficial del partido, como la que se encuentra por ejemplo en Jefferson School, era

paralizante.<sup>1</sup> A pesar del conocido slogan, "El marxismo es una guía para la acción, no un dogma", la teoría aparecía en el movimiento en la forma de explicación de los textos oficiales o hasta de las justificaciones *ex post facto* de las acciones tomadas, y no como un método riguroso para analizar y modificar las realidades sociales. En este sentido, fueron importantes las raíces y el rompimiento.

Después, aunque yo llegué a percibir una agitación interna y un sentido de debilidad en el PC, lo que yo vi en otros grupos dentro del espectro político, especialmente a mediados de la década de los cincuenta, era la pasividad total, o el espectáculo de todos ellos corriendo para treparse al tren de la guerra fría. Vi poco del mundo que Joe Starobin describe en su libro *American Communism in Crisis* porque yo nunca tuve ningún cargo o contemplé el mundo desde la clandestinidad.<sup>2</sup> Leer las memorias de antiguos líderes me ha enseñado lo diferente que eran sus vidas de las de los de abajo. En mi nivel de actividad seguíamos haciendo día tras día lo nuestro. En todo caso, la desaparición frecuente del liderazgo fortaleció una idea de autoconfianza en la base.

Teníamos que fundamentar todos los análisis y todas las decisiones que tomábamos en las realidades de la vida diaria que veíamos a nuestro alrededor. Si queríamos conjurar alguna noción de nuestra cabeza, sobre todo en un periodo de reflujo, nos iban a hacer polvo. El hecho es que todavía era posible, al comienzo de los cincuenta, desempeñar un papel de cierta influencia entre grandes números de trabajadores. Pero esto sólo se podía hacer si tus discusiones y análisis estaban con los pies plantados en la tierra lo más firmemente posible. Es verdad que la mayor parte de la discusión tomó la for-

ma de recibir una política general de decisión y luego imaginarnos cómo aplicarla de un modo realista y sensato, en vez de lo contrario. Pero en las bases teníamos que aplicar un slogan que hizo un amigo mío: "Mantente cerca de la clase trabajadora aun cuando te estén corriendo de las bases".

La mitad de la década de los cincuenta fue muy distinta al periodo en que la influencia del partido estaba en su punto más alto, en la década de los treinta, o a una situación que recientemente he estado estudiando en Lawrence, Massachusetts, en donde en 1919, toda la vida cultural e intelectual de la comunidad en su conjunto estaba organizada por los distintos izquierdistas que ahí había. Este no fue el caso en ninguno de los lugares en los que yo estuve durante la década de los cincuenta. La vida cultural de la mayoría de los trabajadores estaba bastante separada de la nuestra. La gente del partido, ya fuera que vinieran de las filas de los intelectuales o que fueran trabajadores-educados-por-el-partido, tendía a estar mucho más involucrada en actividades culturales estrictamente de izquierda: los conciertos de Peter Seeger, ir a los cines de izquierda en donde veían películas de la Unión Soviética. Pero también estaban mucho más involucrados con lo que se podría llamar la alta cultura de la burguesía tradicional: ir a la ópera, ir al ballet. En un movimiento socialista basado en las masas, grandes números de trabajadores estarían involucrados en una cultura orientada hacia el movimiento de masas. Este no fue el caso del partido a mediados de la década de los cincuenta.

Hubo dos excepciones parciales. Una fueron los bailes del partido. Sin embargo, aun entonces, se podía percibir el problema que es tan evidente en tantos sindicatos hoy en día: que

los trabajadores que iban a los bailes eran mayoritariamente negros y puertorriqueños e izquierdistas blancos. Los blancos más conservadores de la base no participaban mucho en los días de campo y en los bailes del sindicato, a menos que se tratara de un sindicato en el que no hubiera nadie más que ellos. La otra fueron los conciertos de Paul Robeson. En especial en los conciertos que dio en las iglesias de negros. Fueron parte integral de la vida de la comunidad y llegaron más allá de la izquierda comprometida.

Otra diferencia fueron los tipos de actividades a las que nos podíamos dedicar en la noche. El movimiento de izquierda sabe cómo mantenerse ocupado siete noches a la semana. *Siempre* había una emergencia. Esta podía ser una diferencia muy grande con los trabajadores que te rodeaban, que pasaban más tiempo jugando baraja, peloteando o en el boliche. Ir de un lado a otro noche tras noche podía provocar fricciones grandes adentro de la familia.

*A lo largo de la década de los cincuenta el Partido Comunista se distinguió entre la mayoría de los grupos de izquierda por su compromiso con el internacionalismo como un principio político y por su habilidad para atraer miembros negros de talento. ¿Fue esto, como lo han sugerido algunos, algo que dejara una marca en todos los que estuvieron en el partido?*

Yo creo definitivamente que el partido dejó una marca en todos. No existe ninguna otra organización que yo conozca, dentro de la izquierda estadounidense del siglo veinte, que emprendiera ese esfuerzo consistente para organizar e involucrar trabajadores negros y puertorriqueños en donde quiera que estuvieran y para luchar conscientemente contra el racismo en el modo

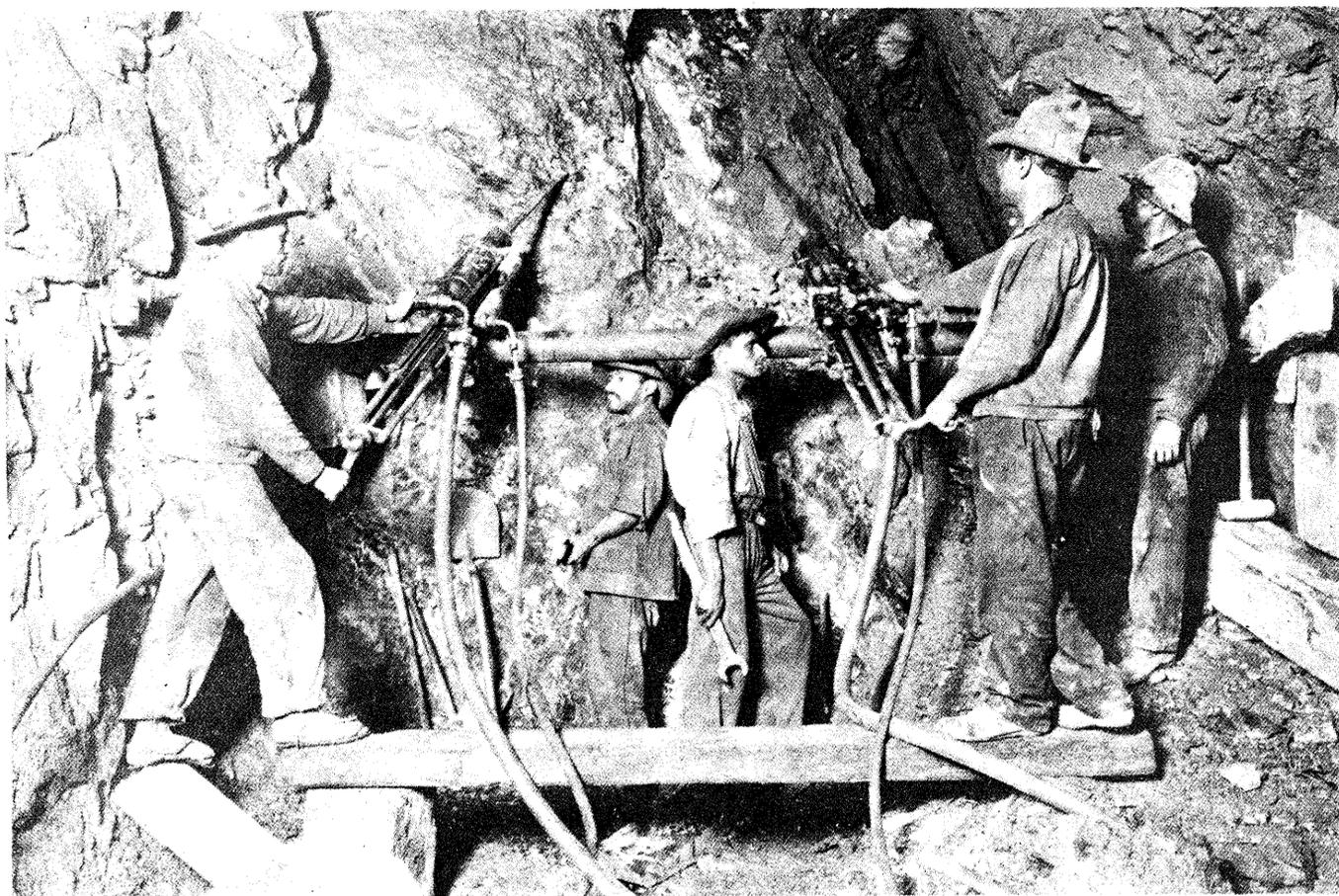
de pensar y en los actos de sus miembros. Había ocasiones en que el esfuerzo fracasaba y cada negro que estaba en el partido tenía que decidir “si voy a aguantar esta mierda” con la esperanza de que los camaradas blancos fueran a ser mejores. Esta era una escena común. Seguramente hay historias que todo el mundo puede contar de negligencia o de abuso a los miembros negros, y también hubo veces en que el cargo de chauvinismo blanco se usó de una manera política bastante falsa, como garrote para darles a los que se salían de la línea en casi todo. Pero ello no debe servir para decir que por lo tanto todo el esfuerzo fue falso o

equivocado. Una de las cosas que a mí más trabajo me costó acostumbrarme en la década de los sesenta fue la frecuencia con la que aparecían caricaturas y chistes en la literatura de izquierda que me hicieron pensar que eran unos racistas declarados. Era imposible imaginar que eso se colara dentro de la literatura del partido en la década de los cincuenta.

El partido también significó que a todos los lugares a los que fui a trabajar había un cierto número de trabajadores negros de cierta edad que nunca se habían afiliado al partido, o que si lo hicieron fue sólo por una temporada breve, pero que le tenían un respeto

considerable y que pensaban, en su mayoría, en el Tercer Periodo —el mismo que para la mayoría de nosotros fue el más desastroso— como en el cual ellos se habían probado a sí mismos, en el movimiento de desempleados, en la campaña de Scottsboro.<sup>3</sup> Este era el periodo que la generación de los negros de más edad veían con más respeto.

El Tercer Periodo dejó una marca duradera en términos tanto de que abrió la posibilidad para la acción interracial conjunta y que dejó atrás a un cierto número de personas que, cuando todos los demás estaban metidos con la propaganda McCarthysta, podían decirles a los trabajadores negros



Perforistas y ayudantes accionan un barreno en la veta de un mineral, 1930. (Fototeca INAH).

más jóvenes: "Eso tómenlo con un grano de sal. Déjenme recordarles lo que a mí me pasó cuando yo era más joven".

*Cuando finalmente usted dejó el partido, ¿qué tanto de lo que lo motivó para dejarlo fue la desilusión con la ideología del partido y qué tanto fue simplemente que el partido estaba perdiendo el poder práctico y la presencia en la clase trabajadora que inicialmente lo hacían atractivo?*

A mí me parece que las dos alternativas que has planteado están muy relacionadas entre sí. Primero que nada, después de la invasión de Hungría hubo gran agitación dentro del partido. La crisis que se desarrolló tuvo el efecto de presionar a una mayoría en la convención de 1957, y a una mayoría del comité político, para comprometerse a replantear la ideología y la manera de trabajar de toda la organización. Y sin embargo, al mismo tiempo, como me lo dijo hace poco un tipo que estuvo en la dirección, cuando él y otros empezaron a pensar sobre cómo hacerlo, descubrieron que eran generales sin soldados. Los soldados como yo estábamos desertando. Y desertando en masa porque creíamos que el partido se había vuelto prácticamente irrelevante para los trabajadores de Estados Unidos. Pertenecer al partido no confería una fuerza añadida a lo que cualquiera estuviera tratando de hacer y, ciertamente, ponía barreras enormes entre nosotros y otros trabajadores. En esa época yo estaba en Minnesota, y todavía seguía habiendo fermentos laborales y actividad suficiente alrededor de la paz y de los derechos civiles en el partido Demócrata Agro-Laboral que fue el otro lugar en el que yo me sentí muy bien y en el que podía hacer algo sin romper ninguna regla. Pero

igual, si hubiéramos sentido que en el partido teníamos algo de poder real y que valía la pena luchar hasta el final por un cambio, habría existido la motivación para dar la batalla en la cuestión ideológica. Sí, había que cambiar al partido, e incluso podían haber existido las fuerzas para hacerlo si un número suficiente de personas hubiera pensado que si hacían eso podían afectar la vida en Estados Unidos.

Finalmente, creo que fue cierto en este país al igual que en Inglaterra que muy pocas de las personas que se salieron a finales de la década de los cincuenta se pasaron a la derecha —en el estilo de *The God That Failed*.<sup>4</sup> Pero hay una diferencia enorme entre la experiencia estadounidense y la experiencia inglesa. Los que se salieron en Inglaterra siguieron formando un grupo: publicaron revistas, tuvieron un movimiento propio, tenían una voz teórica. Cada uno de nosotros en este país se fue por un camino distinto como persona. Nunca existió realmente ningún tipo de eje central. No hubo un movimiento masivo anti-bomba, ni *Reasoner*, que empezó en el interior del partido británico.<sup>5</sup> En Estados Unidos la gente se salía una por una, y esto fue especialmente cierto en la base de trabajadores industriales. Lo último que va a hacer un trabajador industrial es sacar un manifiesto político en el que explique "por qué me salgo". Eso serviría para que los federales y los patronos te identificaran y te mandaran hasta abajo. La gente en la dirección casi pensaba únicamente a través de sus cargos, aislados entre sí y separados de la acción: en la clandestinidad. Sufríamos muchísimo por la falta de comunicación. Cada uno de nosotros tuvo que encontrar un nuevo ámbito político para trabajar.

La represión hacía terriblemente difícil seguir como gente de izquierda sin

partido. Cualquiera que no fuera un dirigente prominente optaba por el silencio. De hecho, el FBI se fue con un vigor especial sobre la gente que se salía, con la esperanza de reclutar a mucha gente para que se metiera otra vez. Además, seguía siendo la regla más que la excepción que te corrieran del trabajo si públicamente te identificabas como parte de la izquierda. Sólo los que ya eran prominentes podían tener en esa época una voz pública.

Hay otro aspecto de lo mismo. La atmósfera de la represión misma ayudó a intensificar el sitio mental dentro del partido, ayudó a crear gran parte de esta rigidez ideológica de la que hablamos hace un momento. Eran ellos contra nosotros, dos campos. Cualquier pensamiento que se saliera un poco de la línea recta y estrecha era visto como un signo de la debilidad pequeñoburguesa. En Inglaterra había apertura para el debate, aun antes de las divisiones, que aquí era sencillamente imposible.

Pero también está la cuestión de por qué fue que la represión tuvo un impacto mucho más devastador aquí que en otros países. Después de todo, otros movimientos han sido reprimidos con mucha mayor severidad que nosotros. Fue duro, pero ha habido épocas más duras. Y creo que aquí hay que empezar a pensar sobre los cambios sociales que en esa época se estaban gestando en las raíces mismas del movimiento, hasta el grado de que no pudieran darse. El comienzo de la década de los cincuenta marcó el final de una experiencia generacional entre los trabajadores estadounidenses que comenzó a mediados de la década de los veinte, pasó por la organización de los sindicatos de la CIO y terminó en la década de los cuarenta. Las organizaciones y las formas de lucha que produjimos entonces jamás podrían volverse a dar de la misma forma. A veces había to-

avía renacimientos de la izquierda. Uno piensa en la ocasión en que la izquierda ganó la dirección de local 600 de la Ford en 1951 o 1952, en el clímax de la guerra de Corea, y lo hizo con tal fuerza que el ejecutivo del trust que envió Reuther se cambió y se lanzó como candidato de la izquierda. Podía haber resurgimientos, pero estos eran excepciones. La crisis del movimiento fue en realidad la crisis de los viejos moldes de la vida de la clase trabajadora, social y hasta físicamente. Uno de los grandes centros de la izquierda en Pittsburgh desde los días de la IWW había sido la ciudad de East Pittsburgh.<sup>6</sup> East Pittsburgh eran viviendas en donde la gente vivía amontonada una encima de otra. Hoy no es más que supercarreteras. La misma gente ya se fue.

También estaban cambiando las cosas en las fábricas, pero a mí me parece que la solidaridad era más fuerte en el nivel más bajo de ellas, en el taller. Esto era evidente en la proliferación de huelgas aguerridas de la década de los cincuenta, luego en el resurgimiento de todo tipo de luchas no-oficiales entre los trabajadores en los sesenta y setenta. Pero date cuenta que esos movimientos rara vez tenía alguna ideología política con alguna coherencia. Ahí estaba la militancia, luchar contra el patrón en el taller mismo, pero el sentido de la dirección política —que virtualmente siempre había estado en cualquier movimiento rebelde desde la década de los treinta— no estaba por ninguna parte.

*Para muchos estadounidenses de izquierda, la década de los cincuenta marcó una época en la que ellos perdieron la fe en la clase trabajadora estadounidense como un agente para el cambio histórico. Pensadores influyentes de la Nueva Izquierda —Herbert*

*Marcuse, C. Wright Mills—, a diferencia de la Nueva Izquierda británica, dejaron de escribir de los trabajadores como una fuerza progresista principalmente. ¿Por qué la idea de usted de la clase trabajadora como un agente histórico creativo se conservó inmovible cuando casi todos los otros intelectuales de izquierda no pensaban lo mismo?*

La respuesta es doble. Una parte tiene que ver con la experiencia y la otra con un principio. En términos de experiencia, el solo hecho de estar todos los días en las fábricas de Estados Unidos a lo largo de la década de los cincuenta, metido en las luchas junto con otros trabajadores ahí mismo, me persuadió de que la mayor parte de la literatura académica que se había escrito sobre el conservadurismo inherente o la pasividad de los obreros estadounidenses en la lucha para cambiar algo era sencillamente falso. Esto también me hizo consciente del carácter peculiarmente opaco de la vida de la clase trabajadora. Los trabajadores estadounidenses no usarán un tipo de lenguaje muy distinto al de todas las demás personas, pero le dan un significado distinto al lenguaje que captan de la televisión, de los periódicos y demás.

Pero en segundo lugar, cuando yo pensaba sobre la cuestión del socialismo y oía preguntar a la gente si la clase trabajadora era un agente de cambio social, me costaba mucho trabajo incluso relacionarme con la pregunta. ¿Por qué molestarse si la clase trabajadora no va a cambiar su propia vida ni va a hacer un mundo nuevo? Cambiar un patrón por otro no es algo por lo que yo vaya a salir y que me vaya a poner al frente.

De la década de los cincuenta en adelante la vida intelectual estadounidense comenzó a inundarse con el aná-

lisis estructuralista de la sociedad y de la historia que señalaban como ocioso cualquier esfuerzo emprendido por individuos o grupos para modificar al mundo. Eso o que tuvieras análisis que percibieran todos los cambios significantes como algo que surgía de dirigentes iluminados de la sociedad: vistos como una manipulación corporativa si eras de izquierda, como una dirección racional llevada a cabo por dirigentes responsables de la sociedad si eras de derecha. La élite del poder era vista como algo casi omnipotente en contraste con la manera en que Marx pensaba de ella, como algo atado por todas partes por las contradicciones económicas dentro de las cuales vive y que se ve cara a cara con otras clases sociales con las cuales tiene que competir por el poder. Las dos quedaron fuera del pensamiento dominante en la década de los cincuenta. En economía, la fórmula keynesiana había mostrado la respuesta —la élite se había vuelto inteligente—, y el ejercicio del poder de la élite se convirtió en el centro de la atención de todo el mundo. Esta manera de pensar fue tan dominante que inevitablemente se convirtió en un punto de partida para la mayor parte de la Nueva Izquierda que surgió en la década de los sesenta. Y hacía falta que la gente tuviera muchísima experiencia para empezar a pensar de manera distinta.

En cuanto a las personas que estuvieron involucradas en el trabajo en las fábricas que se desilusionaron, hubo muchísimas derrotas. Más aún, muchos trabajadores tenían motivos para estar desilusionados con nosotros. Nos estaban tirando por la ventana, pero a lo mejor a mí me ayudó el hecho de que gocé de un par de victorias. No puedo evitar recordar que en 1955 cuando el Comité de Actividades Antiamericanas llegó a Newark, los trabajadores de mi

taller se metieron por las ventanas a las cámaras del comité para denunciar lo que de nosotros estaban investigando y, en efecto, para sacarlos de la ciudad.

*¿Estaba usted desanimado cuando se salió de la fábrica en 1960 para irse a estudiar el posgrado?*

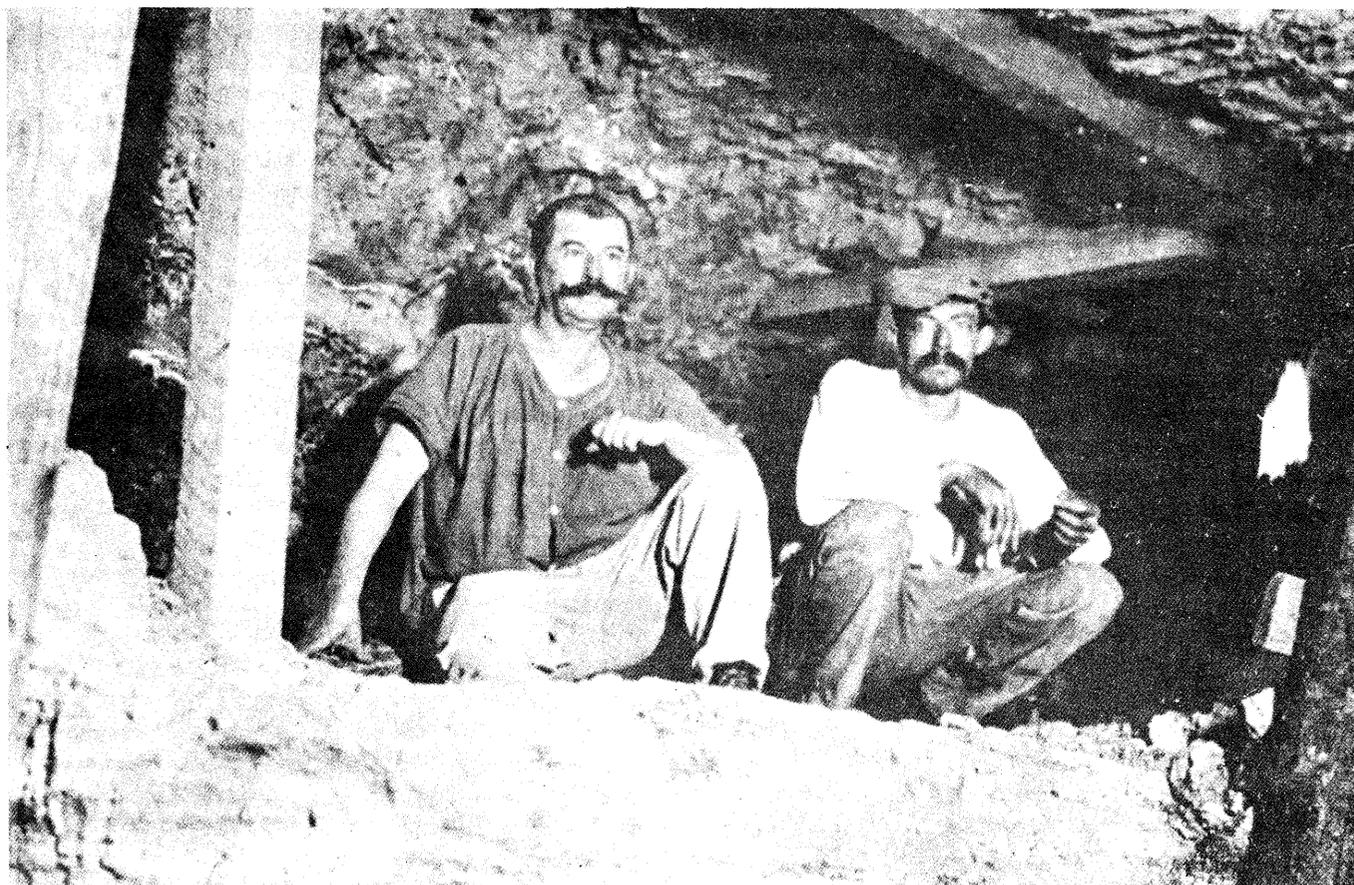
A mí me corrieron de la fábrica; estaba en la lista negra. Volverme historiador *no fue* mi primera opción. Tenía que hacer algo, de modo que tomé la segunda alternativa mejor que tenía al alcance entonces. Pero esta derrota personal sucedió en el contexto de algunos acontecimientos sociales muy

importantes: las campañas políticas de 1958 en Minnesota en las que el problema del desarme nuclear se convirtió en una discusión generalizada, en donde las fuerzas laborales en el partido Demócrata Agro-Laboral ganó una elección primaria para el congreso en la campaña más escindida en términos de clase en la que yo haya estado metido en toda mi vida.<sup>7</sup> Estas son algunas de mis *últimas* experiencias en el movimiento obrero de Minnesota. A mí me dieron en la madre pero jamás sentí que hubieran acabado con el movimiento. A *mí* no más me encerraron.

*La primera cosa histórica que us-*

*ted publicó, escrita cuando era todavía un obrero fabril, apareció en 1958 en una serie de ensayos sobre la vida en Minnesota que se llamó The People Together. El artículo de usted, sobre la huelga en Minneapolis del Sindicato del Ferrocarril Estadunidense, apareció firmado bajo el nombre de Amos Flaherty. ¿Nos podría decir algo sobre este libro?*

El libro se armó principalmente bajo la dirección de Meridel Le Sueur,<sup>8</sup> quien reconoció que Minnesota cumplía cien años y que la Cámara de Comercio había pensado en todos *menos* en la historia del estado. Claro, todos



Sotaminero y ayudantes en el interior de la mina, Mineral de Bolio, Santa Rosalía, B.C., 1918. (Fototeca INAH).

nosotros los chauvinistas de Minnesota sabíamos muy bien por qué habían dejado afuera una historia de nuestro estado. ¡Simplemente era demasiado buena!

De modo que nos juntamos granjeros viejos, trabajadores, miembros del PC, indios estadounidenses. Nunca se nos ocurrió que estuviéramos escribiendo algo para la clase trabajadora. *Eramos* la clase trabajadora de Minnesota escribiendo sobre nosotros mismos. Y, claro, Meridel sabía cómo mantener eso vivo y editar con habilidad suficiente el trabajo para que quedara bien.

En Minnesota me sentí como en mi casa al segundo día que estuve ahí. Todo el tiempo que trabajé en Minneapolis Honeywell el turno en el que estaba tenía un grupo de trabajadores —90 por ciento hombres, 10 por ciento mujeres— entre los cuales la comunicación muy a menudo no necesitaba de palabras. La idea de que una ofensa para uno era una ofensa para todos se extendía por todo el departamento con tal efectividad que, al final, la única manera en la que Minneapolis Honeywell pudo deshacerse de nosotros fue cerrando toda la división. Estos eran los nativos de Minnesota a los que conocía. Eso no suena mucho a Daniel Bell.<sup>9</sup>

La articulación de un ambiente de este tipo requiere de un movimiento, requiere de una organización para llegar a la sociedad más amplia. Una articulación que surge de una organización siempre es algo distorsionado. Pero sin ella, no hay modo de que las experiencias y las luchas de la localidad puedan ser más que nuestras vidas en la Planta de la Calle 29.

*¿Qué continuidad ve usted en su propio desarrollo a lo largo de los últimos treinta años?*

En el transcurso de mi vida he pasado por muchas maneras distintas de pensar sobre política. No salí de una familia de izquierda o crecí en cualquier ambiente de izquierda. Cuando tenía veinte años pasé del Federalismo Mundial al Trumanismo al partido Socialista a tú di. Elegí estudiar ciencias políticas en la universidad cuando salí del ejército porque pensaba que podía aprender algunos modos en los que se podía cambiar a este mundo. Desde la infancia me persiguió la pregunta más vieja: ¿por qué los que más trabajan son los que tienen menos? Después de que me recibí intenté un poco en el posgrado y deserté, me puse a trabajar unos diez años y descubrí que cada vez estaba más y más interesado en la historia cuando trabajaba como maquinista. De modo que hay una continuidad clara en cuanto a lo que yo buscaba.

Creo que en un sentido el trabajo que he estado haciendo últimamente puede ser un poco engañoso. Aunque mi especialidad es la historia de la clase trabajadora, el tema que estoy tratando de abordar es la historia del capitalismo. Desde este punto aventajado tengo el mismo respeto y estima por el estudio de la economía o de las relaciones exteriores que por los trabajadores. Pero el tema que he estado tratando, las relaciones en el taller, tiene una importancia especial porque los trabajadores en-el-trabajo tienen que definir su propio mundo para ellos mismos. Sin embargo, estudiar las maneras en que ellos han hecho esto lleva mucho tiempo y esfuerzo.

*Beyond Equality* iba tras el periodo de la Reconstrucción porque la época, primero que nada, me ofrecía una manera de llegar al impacto que los trabajadores estadounidenses tienen en las corrientes principales de la vida política estadounidense. Desde entonces ése ha sido mi interés básico. Ahí trabajé

directamente sobre el ámbito político por dos razones. Una era que simplemente yo no había iniciado el tipo de investigación sobre el trabajo en las relaciones sociales en-el-trabajo en las que me metí recientemente, y no sabía suficiente, pero la segunda razón y la más importante es que la Guerra Civil y el periodo de la Reconstrucción fue la época más revolucionaria en la historia de Estados Unidos. Quería observar este periodo para comprender las dinámicas de los cambios que se estaban dando y descubrir qué papel habían jugado los trabajadores en estas dinámicas; descubrir si habían tratado de presionar los cambios sociales de la época más allá de los límites de la burguesía radical. Y cuando sus esfuerzos fracasaron, descubrir qué efectos tuvieron esos intentos en el modo de pensar de los mismos trabajadores.

*Cuando leemos el trabajo que usted ha hecho sobre el control de los trabajadores y las luchas en el interior de las plantas productivas, tenemos la impresión de que esos asuntos ya no son tan centrales para la lucha de clases como lo fueron a finales del siglo XIX y principios del XX. ¿Cómo ha cambiado la dinámica de la lucha de clases?*

El trabajo de las académicas del feminismo, de hecho todo el *corpus* del trabajo reciente sobre la historia de la mujer, ha sido de importancia central para hacerme pensar a mí sobre qué otra cosa está metida en la clase más allá de las relaciones de producción. ¿Cómo una fuerza de trabajo se sobrepone a una clase trabajadora? Las dos son cosas muy diferentes. Una clase incluye hombres, mujeres y niños de todas las edades. Las relaciones de producción involucran gente en el trabajo, ganar salarios en un espacio de tiempo relativamente estrecho. Esa pregunta,

cómo tratamos y analizamos la clase como conciencia y como una dinámica política, es en la que cada vez pienso más y más, inspirado tremendamente por el trabajo de otras personas. La historia, como el trabajo en la planta, debe ser colectiva.

Pero en otro sentido, los descubrimientos sobre los cambios básicos en la lucha de clases han sido sólo eso, descubrimientos. Aprendí, por la evidencia de lo que yo estudiaba, que las dinámicas alrededor de las cuales se desarrolló el movimiento obrero —en especial las relaciones en la planta— en el siglo XIX eran fundamentalmente distintas a cualquier cosa que yo hubiera experimentado. Y entonces surgió la pregunta de cómo comprender esa época para poderla comparar con lo que yo mismo conocí.

Ciertamente existen elementos de continuidad pero, por ejemplo, no hay manera de que uno comprenda las relaciones en la planta hoy en día por medio del estudio de los reglamentos de los sindicatos, puesto que no existe la afirmación abierta de la posición de los trabajadores calificados. En un sentido, el paso del siglo XIX al XX en la industria significó la llegada a la producción de trabajadores no calificados. La producción en muchas industrias del siglo XIX la llevaban a cabo trabajadores calificados; los trabajadores no calificados levantaban cosas y las llevaban a los calificados y se las llevaban otra vez. En el siglo XX, en su mayor parte, los trabajadores calificados se volvieron los trabajadores afuera de la producción: los que hacían las herramientas, los de mantenimiento, los supervisores que montaban la maquinaria en vez de los que la operaban. Esto establece una diferencia fundamental en los tipos de movimientos que se crean y en los tipos de relaciones que existen en la planta.

Por supuesto, la fábrica sigue siendo fundamental como centro de reunión en una sociedad en la que hay tan pocos centros de reunión. Es una experiencia central del capitalismo el que lleguemos al trabajo en números muy grandes para crear beneficios a cambio de salarios y que por tanto pasemos a la situación de conflicto todos los días como resultado de esto. Las formas de conflicto pueden cambiar, pero el conflicto siempre va a estar ahí. Al final, un mundo socialista va a ser el cual en el que esas relaciones en el trabajo serán transformadas totalmente.

Pero lo que también es importante es revisar los modos en que las luchas en el exterior de la fábrica se superponen con esto. En las décadas de los años veinte y treinta gran parte de la actividad organizativa, aun alrededor de las huelgas, empezó en organizaciones fraternales. Las comunidades étnicas se volvieron la base de la movilización en la vida de la clase obrera. Si lo único que vemos es lo que pasa en el centro de trabajo, nos perdemos muchas cosas.

*¿Cuando usted buscaba alternativas para las interpretaciones dominantes en la historia durante la década de los cincuenta, a quién veía como modelo?*

Sin duda alguna, el académico más influyente era W. E. B. Du Bois. Cuando pienso en alguien que destacó entre todos en ese periodo pienso en Du Bois. Esa podría ser hasta la respuesta de por qué me remonté a la Reconstrucción. En el mundo académico, Du Bois no era leído muy seriamente. Pero creo poder decir con seguridad que no había un nombre que pudiera ser pronunciado con mayor respeto entre la comunidad obrera negra que el del Dr. Du Bois. Y de hecho, la experiencia más memorable que tuve mientras es-

taba en el Local 475, aún más que el haber estado en el primer plantón que había desde la década de los años treinta, fue nuestra semana de historia negra a la que asistió el Dr. Du Bois; los obreros estaban colgados del techo.<sup>10</sup> Esto fue en Brooklyn. Y Du Bois, como era de esperarse, no tiró golpes ni calló a nadie. De principio a fin podrías haber oído que se caía un alfiler. Este era su historiador, un gigante que jamás cedió ante el enemigo.

*¿El desarrollo actual en el movimiento obrero le hace a usted sentirse resarcido en su convicción de que la clase obrera no ha sido pacificada del todo y que a lo mejor el trabajo y la política de la clase obrera fortalecerán el socialismo estadounidense?*

Sí, ciertamente sí. Sí porque ha habido dos tendencias continuas en las luchas en el interior de las plantas, en los movimientos rebeldes, etc., y por la reaparición de lo que a sí mismo se llama un segmento socialista dentro de la dirección, que comienza a discutir problemas que habrían sido impensables hace algún tiempo. Pero al mismo tiempo tenemos mucho por avanzar para generar un movimiento socialista de masas porque lo que eso significa es no sólo partidos e instituciones y votos, sino también un gran número de personas que piensen que pueden vivir sus vidas de una manera fundamentalmente distinta y que pueden conducirse de acuerdo a eso. Pero eso toma mucho tiempo.

Hay un punto muy importante con el que estoy de acuerdo con Jim Weinstein<sup>11</sup> y es que el brazo político del movimiento socialista, cualquiera que sea la forma que tome, va a ser útil para el brazo de la lucha en el interior de la planta y del sindicato sólo en proporción a su fuerza en el exterior.

Pensar que un movimiento socialista pueda fundarse únicamente en la actividad sindical sería la locura más grande; una locura tan grande como el esfuerzo de crear el socialismo sin la lucha en el centro de trabajo.

*Esto nos remonta a una crítica de la Nueva Izquierda que es importante para comprender el trabajo que usted ha realizado en los últimos diez años. Una cosa es el rechazo que usted hace de la indiferencia de la Nueva Izquierda hacia las expectativas proletarias. Otra es la creencia continua de parte de usted en la necesidad de una dirigencia política y, en consecuencia, la exploración que usted ha realizado de estas reglas de trabajo del siglo dieci-*

*nueve como una manera de formular la comprensión real y consciente que había entre los trabajadores, mientras que la perspectiva de la Nueva Izquierda era tal vez hostil a las reglas.*

Ese impulso en particular de la Nueva Izquierda me parecía más un eco del capitalismo consumista contemporáneo que un ataque a él. Cuando los obreros reemplacen el capitalismo con su propia sociedad, no crearán un mundo sin reglas, sino uno basado en las reglas que ellos mismos han hecho para su propio beneficio. Esto es precisamente por lo que los propios códigos éticos de los trabajadores me interesan tanto.

Lo que siempre ha sido importante

para un movimiento revolucionario es que se dirija a la clase obrera con comprensión y respeto, que sus tácticas y estrategias y modos de actuar rompan la barrera entre el movimiento y el resto de la demás gente trabajadora en lugar de hablar solamente de ello. Eso se tiene que hacer simultáneamente con lo que ha sido crucial para cualquier tipo de movimiento socialista y que fue el aspecto más importante de la Nueva Izquierda: el compromiso total de la gente para acabar con una sociedad explotadora y vivir, aquí y ahora, para ese fin y juzgarse ellos mismos y a otros según ese principio. Cualquier crítica a la Nueva Izquierda debe empezar con el reconocimiento de que "gracias a Dios ahí estuvo".

*Como usted mismo lo ha descrito, volverse historiador fue su segunda opción, algo a lo que se vio obligado por el colapso del contexto político en el que trabajaba usted en el taller. Han pasado veinte años y muchas cosas cambiaron. ¿Cree usted que el Partido Comunista tal como usted lo experimentó en Estados Unidos, en la forma que tomó, es una forma que ya no es útil?*

Definitivamente, yo creo que necesitamos nuevas formas de organización política. Creo que hay muchísimo que podemos aprender de la experiencia del Partido Comunista, en especial durante la que para mí es su mejor época, el clímax del Frente Popular.<sup>12</sup> Con todo y la debilidad de esa época, la presencia del partido en medio de la vida cotidiana de tanta gente, su sentido de compromiso total en la lucha y de la necesidad de aseveraciones políticas realistas, significa que hay muchísimo que aprender, y que no sólo hay que evitar los errores. También resulta muy difícil imaginar cualquier



Manifestación de trabajadores adheridos a la Casa del Obrero Mundial en 1915.  
(Del libro *Obreros somos...*).

tipo de acción popular a gran escala para el futuro inmediato que no incluya lo que queda del Partido Comunista y de otros grupos.

A lo mejor ese es el punto fundamental. En este país, en donde ya existe una enorme capacidad productiva y los talentos necesitados de dirigir una sociedad humana están alrededor nuestro, lo que necesitamos no es un solo partido de vanguardia sino muchos centros autoactivados de lucha popular y variedad de iniciativas políticas. Pero todos esos centros de actividad tienen que aprender de la historia y del análisis sistemático del orden social contra el que están luchando así como también de su propia, inmediata experiencia.

Mi estudio de las luchas en el interior de la fábrica y del periodo de la Reconstrucción me descubrió el hecho de que la clase obrera siempre ha formulado alternativas a la sociedad burguesa en este país, particularmente en el trabajo. Lo que descubro que estoy buscando son formas nuevas de lucha política que surjan de la vida cotidiana

de los obreros. Pero también creo que la vida supone intercambio intelectual; supone discusión, agitación; supone la discusión colectiva de hacia dónde vamos. Esto se ve más claramente en *Beyond Equality* que en los ensayos de *Worker's Control*, con excepción del ensayo sobre los socialistas. Pero hay que enfatizar ese elemento en todo el trabajo que yo he hecho.

Si, como historiadores radicales, realizamos un trabajo que tiene algún significado para la política y para las vidas cotidianas de los obreros, entonces hay que compartirlo con ellos. Y tenemos que recibir sus respuestas, críticas y contribuciones. Creo que esto es tanto un compromiso personal como algo crucial en cualquier forma organizada de actividad: que no dejemos que nuestro trabajo histórico sea profesional *simplemente* —en el sentido purista— para los otros historiadores. Eso no quiere decir que nos sintamos satisfechos con hacer cualquier trabajo con tal de que sea por causas nobles. Precisamente porque nuestro trabajo histórico es impor-

tante políticamente debe aspirar a los niveles más elevados de exactitud y de rigor.

Cuando lo entiendes, la historia es el único maestro que tienen los obreros. Una tarea fundamental que todos enfrentamos en la actualidad es regresar a concentrarnos en nuestra propia experiencia revolucionaria. Muy claramente, al ver las grandes luchas que necesitan ser contadas, tenemos que ver con una mirada fría toda esa experiencia para ver dónde nos equivocamos, en dónde están las grandes lecciones que hay que sacar de la experiencia positiva, cuáles han sido las fuerzas impulsoras del cambio histórico y cómo hacer que la dinámica de nuestro propio movimiento sea del conocimiento público una vez más. En toda mi obra he tratado de observar el desarrollo a largo plazo, en parte para evitar términos de análisis que han sido definidos por la sociedad, o por nuestro movimiento, en momentos particulares. Pero también para mostrar cuántas luchas familiares reaparecen siempre en formas distintas.

Traducción de Antonio Saborit  
Tomado de Marho, "The radical historians organization", *Vision of history*

<sup>1</sup> La Jefferson School of Social Science en la ciudad de Nueva York era parte de un sistema comunista de instituciones educativas populares, para adultos, obreros progresistas durante la década de los años treinta. Tenía su propio local y en su mejor época enroló a varios miles.

<sup>2</sup> Joseph R. Starobin, *American Communism in Crisis, 1943-1957*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1972.

<sup>3</sup> En el Tercer Periodo (1929-35), el Partido Comunista, en la dirección del Comintern, se sumó a una estrategia de oponerse a los sindicatos tradicionales de trabajadores creando organismos rivales. También luchó vigorosamente contra otros grupos de la izquierda, incluyendo a los socialistas. En 1931 nueve jóvenes negros fueron arrestados en Scottsboro, Alabama, y acusados de violar a dos mujeres blancas. Sus condenas en tres juicios controvertidos fueron desechadas por la Suprema Corte en 1935. El Partido Comunista tomó un papel fundamental en la defensa y ayudó a que el caso ganara atención nacional e internacional.

<sup>4</sup> Richard Crossman, editor, *The God That Failed: Six Studies in Communism* por Arthur Koestler y otros, Nueva York, Harper and Row, 1950. En este documento de la Guerra Fría seis escritores prominentes explicaban su desilusión con el comunismo.

<sup>5</sup> El *Reasoner* fue fundado en 1956 por los historiadores británicos Edward Thompson y John Saville. En 1960 se unió con *Universities* y *Left Review* para formar *The New Left Review*.

<sup>6</sup> Los Industrial Workers of the World fue organizada en Chicago en 1905. Esta quería organizar a todos los trabajadores en un gran sindicato para derrocar al capitalismo.

<sup>7</sup> El Partido Agro-Laboral de Minnesota (1918-44) se formó de una coalición de organizaciones agrarias y laborales radicales y progresistas. Rápidamente desplazó al Partido Demócrata como una de las dos fuerzas políticas más importantes del estado. En 1944 se unió al Partido Demócrata formando el Partido Demócrata Agro-Laboral.

<sup>8</sup> Nacida en 1900 en Iowa, Meridel Le Sueur escribió e hizo periodismo sobre el medio oeste estadounidense durante la depresión, ganándose una reputación nacional como autor y activista radical. Fue puesta en la lista negra en los años de McCarthy. Desde la década de los años setenta su obra volvió a encontrar editores y un público amplio. Su libro más reciente es *Ripening: Selected Work, 1927-1980*, editado y con

una introducción de Elaine Hedges, Old Westbury, N. Y., Feminist Press, 1982.

<sup>9</sup> Daniel Bell, *The End of Ideology: On the Exhaustion of Political Ideas in the Fifties*, Glencoe, Ill., Free Press, 1960.

<sup>10</sup> El Local 475 de United Electrical, Radio and Machine Workers of America (UE) era un local amalgamado en Brooklyn al que perteneció Montgomery de 1951 a 1956.

<sup>11</sup> James Weinstein es un historiador radical asociado con la publicación *Studies on the Left*. Ha escrito mucho sobre el radicalismo estadounidense y en 1976 fundó el semanario socialista *In These Times*.

<sup>12</sup> Durante el Frente Popular (1935-39) el Partido Comunista siguió una política de alianza con todos los grupos de izquierda para combatir al fascismo. Este fue el periodo de mayor fuerza y popularidad del partido.

---



# Bibliografía básica para el estudio del movimiento obrero (1918-1930)

Mario Camarena, Gerardo Necoechea

La bibliografía que se presenta a continuación es una selección de los trabajos que se ocupan del movimiento y la clase obrera. Discriminamos los abundantes estudios generales ampliamente conocidos sobre el periodo, así como aquellos libros o ensayos individuales que pertenecen a colecciones mayores. También descartamos, por razones de espacio, los trabajos inéditos (principalmente tesis profesionales).

Para quien se inicia en el tema recomendamos consultar los siguientes ensayos historiográficos: "Del Leviatán al viejo topo: historiografía obrera en México, 1920-1930" del Seminario del Movimiento Obrero y la Revolución Mexicana (*historias*, número 1, julio-septiembre 1982, Dirección de Estudios Históricos, INAH, pp. 41-54) y "La economía en la Revolución (1910-1920)" de John Womack (*Nexos*, año 1, número 11, noviembre 1978, pp. 3-8); asimismo son importantes los trabajos de Barry Carr, *El movimiento obrero y la política en México, 1910-1929* (dos volúmenes, México, Setseptentas 256 y 257, 1976) y Marjorie Ruth Clark, *La organización obrera en México* (México, ed. ERA, 1979). Hacia finales de los años setenta se iniciaron los encuentros de estudiosos del movimiento obrero y de este nuevo impulso a las investigaciones han re-

sultado las Memorias de los dos congresos organizados por el Centro de Estudios Históricos y Sociales del Movimiento Obrero (*Memoria del primer coloquio regional de historia obrera en Xapala*, México, CEHSMO, 1977; *Memoria del segundo coloquio regional de historia obrera en Mérida, Yucatán*, México, CEHSMO, 1980) y la serie sobre la clase obrera en México, coeditados por el Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM, y la editorial Siglo XXI. Véase de ésta en particular los libros de Pablo González Casanova, *En el primer gobierno constitucionalista (1917-1920)*; de Arnaldo Córdova, *En una época de crisis (1928-1934)* y de José Rivera Castro, *En la presidencia de Plutarco Elías Calles (1924-1928)*.

- Alessio Robles, Miguel, *Historia política de la Revolución*, México, Ediciones Botas, 1938.
- Araiza, Luis, *Historia del movimiento obrero mexicano*, 4 tomos, México, Casa del Obrero Mundial, 1975, 2a. edición.
- Araiza, Luis, *Historia de la Casa del Obrero Mundial*, México, Sindicatos de Obreros y Artesanos de la Industria Cervecera y conexos de la ciudad de Orizaba, Veracruz, 1963.
- Araiza, Luis, *Historia de la CROM*, México, Sindicatos de Obreros y Artesanos de la Industria Cervecera y conexos de la ciudad de Orizaba, Veracruz, 1963.
- Arrijoa, José Jesús, *Huelgas y paros*, México, Conciliación y Arbitraje, 1926.
- Alva, Víctor, "Socialistas y Políticos", *Crisol*, año 1, núm. 6, junio de 1929, pp. 21-25.
- Baena Paz, Guillermina, *La confederación general de trabajadores (1921-1931)*, *Antología*, Centro de Estudios Históricos del Movimiento Obrero Mexicano, México, 1982.
- Barbosa Cano, Fabio, *La CROM; de Luis N. Morones a Antonio J. Hernández*, Ed. Universidad Autónoma de Puebla, México, 1980.
- Barrios, Elías, *El Escuadrón de Hierro*, México, Ediciones de Cultura Popular, 1938.
- Basurto, Jorge, *El proletariado industrial en México 1850-1930*, México, UNAM, 1975.
- Benítez, José María, "Los sindicatos y la política", *Crisol*, año 1, núm. 9, septiembre 1929, pp. 172-193.
- Berstein, Harry, "Marxismo en México 1917-1925", *Historia Mexicana*, Vol. VII, núm. 28, abril-junio de 1958, pp. 497-516.
- Cabo, Brígido, *Plutarco Elías Calles. Dictador bolchevique de México. Episodios de la Revolución Mexicana desde 1900 hasta 1924*, Los Angeles, California, Talleres Linotipográficos de El Heraldo de México, 1924.

- Calderón R., José María, *Formación del proletariado industrial y la Revolución Mexicana*, México, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM, Cuadernos del Centro de Estudios Latinoamericanos (CELA), Serie: Avances de Investigación 32, 1978.
- Camino, Maximiliano, *Ensayos sobre el contrato de trabajo*, México, Imprenta Manuel León Sánchez, 1924.
- Campa Salazar, Valentín, *El Partido Comunista y el movimiento obrero mexicano*, México, UAP, Controversia 1, 1976.
- Cantú Estrada, José, "Evolución del derecho en México y relación con el costo de la vida y salarios mínimos", *Contribución del Departamento del Trabajo al VII Congreso Científico Americano*, México, Talleres Gráficos de la Nación, 1935.
- Carrillo Azpeitia, Rafael, *Ensayo sobre la historia del movimiento obrero mexicano 1823-1912*, tomo I, México, Ed. CEHSO, 1981.
- Castorena, J. Jesús, *El derecho de huelga en México*, México, Imprenta Mundial, 1931.
- Centro Obrero Independiente, *Proyecto de programa político-social para su estudio*, México, Tipografía de B. García, 1919.
- Comité de Defensa Proletario, *Llamamiento a la unificación. Las verdaderas causas de la actual crisis sindical. Cómo enfrentarse a los peligros que amenazan a la clase trabajadora. Tesis que presenta el secretario del Comité [David Alfaro Siqueiros] para su discusión en el seno de las organizaciones adherentes y en general entre las organizaciones de trabajadores*, México, Talleres Linotipográficos, 1928.
- Confederación de Trabajadores de México, *Bosquejo del movimiento obrero en los 50 años de Revolución Mexicana*, México, CTM, 1960.
- Confederación Nacional Católica del Trabajo, (CNCT), *Primer Congreso Nacional Obrero, Preparación, Reseña y conclusiones confederadas*, Guadalajara, Tipografía Renacimiento, 1922.
- Cuadros Caldas, Julio, *México Soviet*, Puebla, Santiago Loyo Impresor, 1926.
- Domínguez Pérez, Olivia, "Un estudio de caso: los comunistas de San Bruno", *ANUARIO II*, Centro de Estudios Históricos, Facultad de Humanidades, Universidad Veracruzana, s/f, pp. 224-252.
- Estandia Cano, Alfonso, *La reglamentación de la huelga*, México, Talleres Gráficos de la Nación, 1948.
- Estrada, Roque, *Concentración Antibolchevique. Bolchevismo-fascismo, acción concéntrica, postulados, forma, instrucción pública, agrarismo, petróleo, obrerismo, artículos 3, 27 y 123 de la Constitución*, México, Partido Nacional Revolucionario, 1923.
- Ferrocarriles Nacionales de México, *Décimo noveno informe anual de los correspondientes periodos del 1 de julio de 1926 al 31 de diciembre de 1927*, México.
- Ferrocarriles Nacionales de México, *Convenio celebrado entre los Ferrocarriles Nacionales de México y la Alianza de Ferrocarrileros*, México, 1922.
- Fuentes Díaz, Vicente, *El problema ferrocarrilero en México*, México, s.e., 1951.
- Gálvez, Alejandro, "La sección mexicana de la Internacional Comunista y el movimiento obrero (1919-1943)", *IZTAPALAPA*, Revista de Ciencias Sociales y Humanidades, Universidad Autónoma Metropolitana, año 3, núm. 6, enero-junio 1982, pp. 236-251.
- Gamboa, Leticia y Estela Munguía, "El fracaso de la convención industrial obrera del ramo textil (1925-1934)", *Boletín de Investigación del Movimiento Obrero*, Universidad Autónoma de Puebla, año II, núm. 3, septiembre de 1981, (CIHMO-ICUAP), pp. 29-68.
- García Díaz, Bernardo, *Un pueblo fabril del porfiriato: Santa Rosa, Veracruz*, México, Fondo de Cultura Económica-SEP/80, colección SEP/80 2, 1981.
- García Díaz, Bernardo, "La clase obrera textil orizabeña durante los años veinte", *Investigaciones Económicas*, Revista de la Facultad de Economía, vol. XLI, núm. 162, octubre-diciembre 1982, pp. 179-198.
- García Díaz, Bernardo, "Apuntes sobre la huelga de Río Blanco", *ANUARIO II*, Centro de Estudios Históricos, Facultad de Humanidades, Universidad Veracruzana, s/f, pp. 183-207.
- Gilly, Adolfo, "La formación de la conciencia obrera en México", *Ensayos y materiales de discusión*, Centro de Investigaciones Históricas del Instituto de Investigaciones Humanísticas, Universidad Veracruzana, año 1, núm. 1, junio 1979.
- Guadarrama, Rocío, *Los sindicatos y la política en México: La CROM, 1918-1928*, México, Ediciones ERA, 1981.
- Gutiérrez Cruz, Carlos, *Cómo piensa la plebe*, México, Biblioteca de la Juventud Comunista, 1923.
- Gutiérrez, Juan, "Los obreros y los ferrocarriles", *Futuro*, núm. 27, diciembre 1937.
- Hart, John M., *El anarquismo y la clase obrera mexicana, 1860-1931*, México, Siglo XXI, 1980.
- Hart, John M., "Los obreros mexicanos y el estado, 1860-1931", *Nexos*, núm. 37, enero 1981, pp. 21-27.
- Hernández, Ana María, *La mujer mexicana en la industria textil*, México, Secretaría de la Economía, 1940.
- Huitrón, Jacinto, *Orígenes e historia del movimiento obrero en México*, México, Editores Mexicanos Unidos, 1978.
- Leal, Juan Felipe y Rocío Guadarrama O., *Estado y burocracia sindical. La experiencia mexicana: 1917-1931*, México, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM, Cuadernos del Centro de Estudios Latinoamericanos (CELA), Serie: Avances de Investigación 33, 1978.
- Lombardo Toledano, Vicente, *El contrato sindical de trabajo*, México, Talleres Tipográficos La Lucha, 1928.
- Lombardo Toledano, Vicente, *El problema de la educación en México. Puntos de vista y proposiciones del Comité de Educación de la CROM, celebrado en Ciudad Juárez en el mes de noviembre de 1924*.
- Lombardo Toledano, Vicente, *La Doctrina Monroe y el movimiento obrero*, México, Talleres Linotipográficos La Lucha, 1927.
- López Rosado, Diego G., *Historia y pensamiento económico de México. Minería e Industria*, tomo II, México, UNAM, 1968.
- Loyola Díaz, Rafael, *Conflictos laborales en México, 1928-1929*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Sociales, Cuadernos de Investigación Social, 1980.
- Manjarrez, Froylán C., "El Código Nacional del Trabajo en el crisol de la opinión", *Crisol*, año 1, núm. 9, septiembre 1929, pp. 157-163.
- Manzanedo, Eugenio, *El socialismo al desnudo o sea el régimen socialista a la luz de la historia y la filosofía*, Puebla, Talleres de la imprenta La Enseñanza Objetiva, 1919.
- Márquez Fuentes, Manuel y Octavio Rodríguez Araujo, *El Partido Comunista mexicano en el periodo de la Internacional Comunista: 1919-1943*, México, El Caballito, 1973.
- Martín, José Orientación, *Estudio breve sobre el origen y el desarrollo del sindicalismo establecido en México*, México, 1927.
- Mella, Ricardo, *Organización, agitación y revolución*, México, ed. Germinal, 1925.
- Morales, Gundeleo, *Tres años de lucha sindical*, México, 1931.
- Partido Comunista Mexicano, *Resolución sobre la situación actual y las tareas del Partido*, México, 1927.
- Peláez, Gerardo, *Partido Comunista Mexicano. 60 años de historia. I (Cronología 1919-68)*, México, Universidad Autónoma de Sinaloa, Colección Nacional, número 6, 1980.
- Peña, Mosiés T. de L., *La industria textil del*

- algodón. *Crisis salario-contratación*, México, Sindicato Nacional de Economistas, 1938.
- Peralta, Juan H., *El pasado, el presente y el porvenir. Un mensaje a los trabajadores*, s/e, Imprenta Progreso, 1927.
- Pihaloup, A. Gil, *El general Calles y el sindicalismo, problema social de México*, México, Ed. Herrerros Hnos. Sucs., 1925.
- Rabasa, Emilio, "La Libertad de Trabajo", conferencia sustentada el día 13 de septiembre de 1922, en el salón de actos de la Confederación de Cámaras Industriales de los Estados Unidos Mexicanos, México, Imprenta Victoria, 1922.
- Ramos Pedruega, Rafael, *Rusia Soviet y México revolucionario. Vicente Guerrero, precursor del socialismo*, México, Talleres Gráficos de la Nación, 1922.
- Reyna Muñoz, Manuel, "La convención industrial obrera del ramo textil y la crisis económica de 1927-1932 en este sector", *IZTAPALAPA*, Revista de Ciencias Sociales y Humanidades, UAM, año 3, núm. 6, enero-junio, 1982, pp. 115-145.
- Reyna Muñoz, Manuel, Laura Colmenares y Guadalupe Cortés, "El control del movimiento obrero como una necesidad del estado en México (1917-1936)", *Revista Mexicana de Sociología*, México, año XXXIV, núms. 3 y 4, julio-diciembre 1972, pp. 785-813.
- Rivera Castro, José, "La oposición obrera en los años veinte", *IZTAPALAPA*, Revista de Ciencias Sociales y Humanidades, UAM, año 2, núm. 3, julio-diciembre 1980.
- Rodríguez, Miguel, *Los tranviarios y el anarquismo en México. 1920-1925*, Editorial UAP, Centro de Estudios Contemporáneos, Puebla, 1980.
- Rodea, Marcelo, *Historia del movimiento obrero, FFCC, 1890-1924*, México, 1944.
- Rosenberg, Florence y Margarita Zárate, "Informe CGT", *Historia y crónicas de la clase obrera en México*, México, ENAH-INAH, 1981, pp. 101-138.
- Román, Julia, *Historia de los ferrocarrileros de México*, México, 1933.
- Salazar, Rosendo, *Líderes y Sindicatos*, México, Ediciones TC Modelo S.C.L., 1935.
- Salazar, Rosendo, *Historia de las luchas proletarias de México, 1923-29*, México, Editorial Avante, 1938.
- Taibo II, Paco Ignacio y Rogelio Vizcaíno, *El socialismo en un solo puerto (Acapulco 1919-1923)*, *El movimiento escuderista*, México, Coedición Extemporáneos-Información Obrera, 1983.
- Treviño, Ricardo, *El movimiento obrero en México. Su evolución ideológica*, México, Fondo de Cultura Económica, 1948.
- Tuñón, Esperanza y Benjamín Hernández, *Liberalismo e intervencionismo estatal en el movimiento obrero en México: 1900-1924*, México, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM, Cuadernos del Centro de Estudios Latinoamericanos (CELA), Serie: Avances de investigación 40, 1979.
- Unzueta, Gerardo, *Comunistas y Sindicatos*, México, Ediciones de Cultura Popular, 1977.
- Valadez M., *Los Trabajadores*, Prólogo de Manuel Dávalos, México, Librería Cultura, 1921.
- Vallejo, Demetrio, *Las luchas ferrocarrileras que conmovieron a México. (Orígenes, hechos y verdades históricas)*, México, Movimiento de Liberación Nacional, 1967.
- Velasco, Gustavo R., *La legislación del trabajo desde el punto de vista económico*, México, ACIAL, 1950.
- Vizcaíno, Rogelio y Paco Ignacio Taibo II, "Informe sobre los rojos. Mayo 1918-1921", *Historia y crónicas de la clase obrera en México*, México, ENAH-INAH, 1981, pp. 45-100.
- Vizgunova, I., *La situación de la clase obrera en México*, México, Ediciones de Cultura Popular, 1978.

# historias

Apartado Postal 5-119  
México, D.F., C.P. 11850  
Tel: 553-80-52

nombre	
dirección	código postal
ciudad	
país	teléfono

- Suscripción por 4 números:  
Del número  al número
- Adjunto cheque o giro postal por la cantidad de \$ 1200.00
- Adjunto cheque por la cantidad de 20 U.S. Dólares  
(Cuota para el extranjero, correo aéreo)

## CUADERNOS POLITICOS

Adolfo Sánchez Vázquez / V. Mikecin ▶  
Cuestiones marxistas disputadas ⊕ Varios  
▶ El protagonista social de la revolución ⊕  
Carlos M. Vilas ▶ El sujeto de la insurrección  
popular sandinista ⊕ Armando Bartra ▶  
Dos vías en la reforma agraria sandinista ⊕  
Francisco A. Moreno ▶ El reformismo en  
El Salvador ⊕ Carlos Monsiváis ▶ Crónica  
de San Juanico

REVISTA TRIMESTRAL  
DE EDICIONES ERA

# 42

# era



EDICIONES ERA ■ AVENA 102 ■ 09810 MÉXICO, D.F.  
MÉXICO, D.F. | GUADALAJARA, JAL. | MONTERREY, N.L.  
☎ 581 77 44 | ☎ 14 90 48 | ☎ 42 08 12

## casatiempo

está a la venta en las  
siguientes librerías:

GANDHI  
EL AGORA  
EL JUGLAR  
EL PARNASO  
DEL SOTANO  
CASA DEL LIBRO  
SALVADOR ALLENDE  
FONDO DE CULTURA  
ECONOMICA  
INDEPENDENCIA  
EL RELOX  
ROBREDO  
OASIS

 UNIVERSIDAD AUTONOMA METROPOLITANA  
Dirección de Difusión Cultural

ISSN0185 1659

# Cuicuilco 14-15

revista de la escuela nacional de antropología e historia

## Religión popular e identidad

Juan Pedro Viqueira □ La Ilustración y las fiestas religiosas populares en la ciudad de México (1730-1821) □ Carlos Garma N. □ Las lágrimas de la Virgen ya no caen aquí: ritual y cosmología entre católicos y protestantes totonacas □ Elio Masferrer □ Los factores étnicos en la rebelión totonaca de Olarte en Papantla (1836-1838) □ Silvia Ortiz Echániz □ La curación espiritualista □ Carlos Bravo Marentes □ Un conflicto en la Feria de la Ascensión en el Santuario de Chalma □ Luis A. Vázquez P. □ Iglesia y dominación ideológica entre los cordeleros de Yucatán □ Silvana Forti □ El ejército de Salvación; un caso de religiosidad urbana □ Ella Fanny Quintal □ El evolucionismo de Service.

ISSN 0185-2612

# DIÓGENES

REVISTA TRIMESTRAL

PUBLICACIÓN AUSPICIADA POR EL CONSEJO INTERNACIONAL DE FILOSOFÍA Y CIENCIAS HUMANAS EN COLABORACIÓN CON LA UNESCO Y LA COORDINACIÓN DE HUMANIDADES DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

CONTENIDO

PUNTOS DE VISTA SOBRE EL ARTE

RENE BERGER LAS ARTES Y LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN, ¿POR EL CAMINO DE ABERDAR? (HACIA EL FIN DE LA HISTORIA DEL ARTE?)

ULRIKA VON HAUMEDER ¿HACIA EL FIN DE LA HISTORIA DEL ARTE?

PIERRE DEHAYE POR UN SINCRETISMO DE LAS FACULTADES DEL ESPÍRITU DEL ARTE COMO MEDIO DE CONOCIMIENTO

RAOUL ERGMANN COLECCIONES Y COLECCIONISTAS

TENDENCIAS ACTUALES DE LA FILOSOFÍA

VIRENDRA SHEKHAWAT ALGUNAS TENDENCIAS EPISTEMOLÓGICAS EN LA FILOSOFÍA DE LAS CIENCIAS

ALAIN GRAS EL MISTERIO DEL TIEMPO: NUEVO ENFOQUE SOCIOLÓGICO

JOHN W. MURPHY UNA RETÓRICA QUE DESINTEGRA EL SENTIDO COMÚN JACQUES DERRIDA

128

INVIERNO

COORDINACIÓN DE HUMANIDADES  
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO  
1985

# El Buscón

## DOSSIER

Marx a la luz y a la sombra del siglo XX  
Nos. 4 y 5

Los hilos duros de Juchitán  
No. 6

La conexión alemana  
No. 8

Foucault: o el discreto encanto del poder  
No. 11/12



Pídalos al teléfono  
582 78 25

# nexos

sociedad • ciencia • literatura  
revista mensual

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE PUEBLA  
Instituto de Ciencias  
Centro de Investigaciones Históricas y Sociales



Colección Fuentes y documentos para la historia  
de Puebla.

- 1) *Fuentes para la historia de México de 1810 a 1920* en la biblioteca José María Lafragua de la Universidad Autónoma de Puebla.
- 2) *Guía de cuatro archivos parroquiales de la ciudad de Puebla.*
- 3) *Inventario del Archivo del Congreso del Estado de Puebla.*
- 4) *Catálogo del Archivo Histórico Municipal de Atlixco, 1600-1850.* Vol. I.
- 5) Hemeroteca Juan N. Troncoso: *Fuentes para la historia de México, 1810-1920.*
- 6) *Inventario del Archivo Parroquial de San Pedro Cholula.*
- 7) *Catálogo del Archivo Histórico Municipal de Atlixco, 1851-1880.* Vol. II. (En preparación)



Colección Cuadernos de la Casa Presno

- 1) Alberto Carabarán Gracia.  
*El trabajo y los trabajadores del obraje en la ciudad de Puebla, 1700-1710.*
- 2) Juan Carlos Grosso  
*Estructura productiva y fuerza de trabajo. Puebla 1830-1890.*

Nueva Antropología 26

REVISTA DE CIENCIAS SOCIALES

## CUESTION NACIONAL Y FRONTERAS

FRANCISCO JAVIER GUERRERO, *Los chicanos: Latinoamérica en las entrañas del monstruo* \* JUAN MANUEL SANDOVAL, *La internalización del capital y el proceso de industrialización de la frontera México-Estados Unidos* \* SEMINARIO DE ESTUDIOS MEXICANO-CHICANO Y DE FRONTERAS, *¿Qué es la ley Simpson-Mazzoli?* \* LUIS BARJAU, *La migración como problema metodológico y como problema político* \* SANDOVAL, GUERRERO, DEL VALLE, *La política de seguridad nacional y las fronteras en México* \* Documentos.

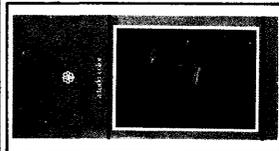
Nueva Antropología, A. S. - Av. Popocatepetl 510  
Col. Lomas de Chapultepec, México - 05340, D. F. Tel: 688 98 31  
Aparado postal 21 108  
Distribuidor: DIFESA, Av. Popocatepetl 510,  
México - 05340, D. F. Tel: 688 96 58

# GUIAS INAH-SALVAT

- Castillo de Chapultepec
- Templo Mayor
- Teotihuacan
- Valle de Oaxaca

## EN PRENSA

- Teotihuacan\*
  - Templo Mayor\*
  - Museo Nal. de Antropología
  - Museo Nal. de Historia\*
  - Norte de Yucatán
  - Uxmal
  - Paquimé
- \* en inglés



## Novedades libros INAH

**Avances en antropología física.** Tomo I. *Varios autores.* Cuaderno de Trabajo núm. 1.

**Materiales arqueológicos de origen orgánico: la madera.** *Ma. Cecilia Martínez López y Fernando Sánchez Martínez.* Cuaderno de Trabajo núm. 29.

**Diccionario de términos básicos para catalogar, registrar e inventariar las colecciones arqueológicas de México.** *Noemí Castillo Tejero y Lorenza Flores García.* Cuaderno de Trabajo núm. 37.

**Hacia la ciudad del capital: México 1790-1870.** *Adriana López Monjardín.* Cuaderno de Trabajo núm. 46.

**Los retablos de Tepoztlán** (tercera edición). *María del Consuelo Maquívar.* Colección Científica.

**El comercio de la Nueva España con Filipinas: 1590-1785.** *Carmen Yuste López.* Colección Científica.

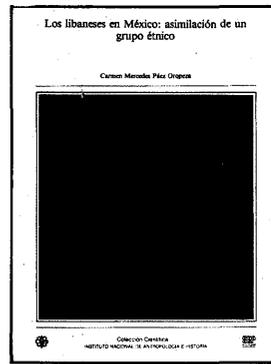
**Huamelulpan. Un centro urbano de la Mixteca Alta.** *Margarita Gaxiola González.* Colección Científica.

**Elementos de fonología y morfología del tarasco de San Jerónimo Purenchécuar, Michoacán.** *Eréndira Nansen Díaz.* Colección Científica.

**Ornitología amuzga: un análisis etnosemántico.** *Susana Cuevas Suárez.* Colección Científica.

**Aspectos generales de la arqueología de Malinalco, Estado de México.** *Luis Javier Galván Villegas.* Colección Científica.

**Las momias de la iglesia de Santa Elena, Yucatán.** *Lourdes Márquez Morfín y Norberto González Crespo.* Colección Científica.



**Los libaneses en México: asimilación de un grupo étnico.** *Carmen Páez Oropeza.* Colección Científica.



**Toponimias zapotecas. Desarrollo de una metodología** (segunda edición). *Rosa María Zúñiga.* Colección Científica.

**Teoría y práctica en la conservación de un monumento: Exconvento de Tecamalcalco, Puebla.** *Varios autores.* Colección Científica.

**Los fillos de la Cruz. Cuentos sobre religiosidad popular.** *Silvia Ortiz Echániz.* Colección Divulgación.



**Los niños de Morelia. Los primeros refugiados españoles en México.** *Dolores Pla Brugat.* Colección Divulgación.



**Violencia, droga y sexo entre los huicholes.** *Miguel Palafox Vargas.* Colección Divulgación.

**Palenque 1926-1945.** *Roberto García Moll* (compilador).



**Cuicuilco 13.** Revista de la Escuela Nacional de Antropología e Historia.

REVISTA DE LA DIRECCION DE ESTUDIOS HISTORICOS DEL INSTITUTO NACIONAL DE ANTROPOLOGIA



# HISTORIAS

\$400.00